



**Antonio Ferrer**  
**Los vencidos**

*Los vencidos* constituye un testimonio único sobre la posguerra civil. La obra permanecía inédita en España hasta el año 2005, pese a haber sido escrita en 1960, ya que la censura franquista impidió entonces su aparición. Fue publicada por la editorial Feltrinelli en Italia, por Gallimard en Francia, traducida al alemán, al neerlandés y a varios idiomas más. Incluso llegó a circular una edición clandestina en catalán y una edición francesa en español. En *Los vencidos* encontramos de nuevo al mejor Ferres, y sus cualidades literarias nos recuerdan al Baroja de las obras madrileñas, nos acercan a Sender y a Aldecoa. Max Aub dijo de Antonio Ferres que «su pasión de verdad le da una calidad que va más allá de la literatura». El valor literario de la obra es difícil de disociar de su valor documental. *Los vencidos* refleja con fidelidad el drama político y humano de quienes perdieron la guerra, cuya crudeza se revela magistralmente en sus páginas.

**Lectulandia**

Antonio Ferres

# **Los vencidos**

ePub r1.0

Titivillus 17.06.16

Título original: *Los vencidos*  
Antonio Ferres, 1965

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*In memoriam Beatriz y el niño Eduardo Claudín.*

## NOTA DEL AUTOR

La presente versión de mi novela *Los vencidos*, publicada por la editorial Gadir, es la única que considero válida. Quizás, tanto ésta como las anteriores versiones (comenzando por la italiana *I vinti*, gloriosamente traducida por Emilia Mancuso) provengan del original prohibido por la censura el año 60. Pero dadas las simplificaciones que he hallado en algunos textos, ni siquiera de esto estoy completamente seguro. Sobre todo conviene señalar que los manuscritos que se presentaban a la censura habían sido antes autocensurados. Lo comprenderá cualquiera que conozca, aunque sólo sea por referencias históricas, la España de los sesenta. Había palabras que no se podían escribir, ni pronunciar, en aquella ominosa época. La censura podía parecer en algunos momentos estúpida, pero siempre fue perversa y estaba al servicio de una clase y de una ideología. Incluso hoy la razón de su existencia, en la forma que sea, es el mantenimiento del poder *aquí y ahora...* Además, ni remotamente pude corregir nunca pruebas de imprenta, o hacer corrección o cambio alguno. Vivía yo en España cuando aparecieron las primeras traducciones (italiana, francesa, holandesa, etc., etc.) así como cuando se publicó la versión castellana en París en 1965. Recuperar y enviar por correo un manuscrito no dejaba de ser arriesgado. Incluso, después, cuando residía yo fuera de España, quise conservar siempre el pasaporte español, para poder entrar en mi país, y salir de él. En mi libro *Memorias de un hombre perdido*, que a lo mejor alguien ha tenido ocasión de leer, he contado estos episodios.

No he tratado ahora de desvirtuar el texto ni el estilo de la primera versión. Mis correcciones corresponden principalmente a los capítulos de la cárcel, donde se cuenta la represión y la indignidad a que se sometió a los vencidos. El tiempo del relato termina con la derrota de los ejércitos nazis. La ilusión de cambio democrático de los presos antifranquistas descrita en las últimas páginas de la novela iba a ser trágicamente borrada por los años... Así —conviene recordarlo— todos los héroes de la historia han muerto.

ANTONIO FERRES

Apontamentos para una canção mais tarde  
(fragmento)

*Um dia escreverei uma canção,  
uma simples canção  
terrible como um campo de trigo incendiado  
ardente como os povos que resistem.*

EGITO GONÇALVES

# PRIMERA PARTE

EL DERROTADO  
(fragmento)

*Atrás quedaron los escombros:  
humeantes pedazos de tu casa,  
veranos incendiados, sangre seca  
sobre la que se ceba —último buitre—  
el viento.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

# I

El coche de línea ha salido de la plaza un poco más tarde que otros días. Está lloviendo. Traquetea bajo la lluvia por los adoquines mojados de la cuesta. Las calles que dan a la plaza del Caudillo son estrechas y mal empedradas, con casas bajas pintadas de cal. No se ve un alma. Sólo, más adelante, una mujer y un niño con sandalias de goma, cogidos de la mano, cruzan, corriendo, por delante del autobús en marcha. A lo alto de la cuesta se ve el campo gris empapado de agua.

La tierra está hinchada. Por el lado izquierdo, los cerros, que llegan a la misma carretera, se desgranán en chorros de arena hasta la cuneta. La carretera es por esta parte un camino forestal. Hay olivares. Lejos, unos montes piramidales se pierden hasta la provincia de Jaén. Un rebaño de cabras, quieto, aguanta la lluvia parado a ambos lados de la carretera.

—Hacía ya falta que lloviera —dice Asunción.

En el coche, un Ford antiguo con asientos de pino, viajan casi solamente mujeres.

—Sí, señora —dice la que va sentada delante—. Todo el campo estaba achicarrao.

La que ha hablado es una mujer cuarentona, de cuello gordo, que tiene un moño grande y canoso. Se ha vuelto y apoya el brazo derecho en el respaldo.

—¿Sigue sin saber nada de su marido? —pregunta.

—No sé nada de él desde que entraron en el pueblo.

—Muchos traspusieron hasta Francia, andarán por esos mundos de Dios —dice la mujer.

—No sé dónde estará. A eso voy a Madrid. Por fin me han dado el salvoconducto. No me lo entregaban, ¿sabe?, y se pasaban los meses.

La lluvia oscurece todo el campo. El cielo está nublado, con nubes bajas que rozan los cerros y parecen humaredas.

—¿Y sus chicos?

—Al mayor me lo mataron.

En la primera curva el coche se detiene. Hay una casería, una especie de meseta y una casa blanca en lo alto. Dos higueras. De allí baja una senda.

El coche sigue parado un instante y los viajeros se asoman a la ventanilla para mirar la lluvia.

Un hombrecillo, con los pantalones remangados, trae abierto un paraguas negro. Debajo se resguarda una mujer joven que lleva a la cabeza un pañuelo de seda, con dibujos.

—Buenos días nos dé Dios —dice ella cuando sube al estribo.

El hombre entra detrás, sacudiendo el paraguas en el suelo.

—Buenas.

Una campesina vestida de negro, que viene sentada desde el pueblo, se cambia de sitio. La pareja se acomoda en el mismo asiento, justamente pegados a la puerta de atrás.

La carretera es peor en este trozo. Enseguida cambia de rasante. El autobús traquetea de nuevo, cuesta abajo. Por las ventanillas, que van abiertas, entra un aire fresco cargado de humedad.

—Cierren, si hacen el favor —dice el del paraguas.

—¿Te has dado cuenta de quién viaja en el coche, en el tercer asiento?

—No recuerdo.

—Es la maestra de Torrenoblejas, la que se casó con el secretario.

Se inclina el hombrecillo para mirar. Arruga los párpados.

—No me he traído gafas —dice—. ¿Piensas saludarla?

—Quita. Él era un rojo. ¿Te acuerdas cuando el lío de los jornaleros?

La carretera se ciñe al tajo de un arroyo. Hay piedras pintadas de blanco asomando al precipicio. Sigue así varios kilómetros, dando vueltas y más vueltas. De tarde en tarde se ve, también, un árbol. Troncos manchados con una franja de cal.

—Los días son cada vez más cortos —dice la mujer del moño, que va sentada delante de Asunción.

—Estamos ya en septiembre.

—Somos a día dos.

Todavía hay una claridad plomiza. Por el campo mojado se ven mil brillos. Aún llueve. Rompen las gotas sobre los charcos.

Suena el claxon del autobús, dos veces. Se nota que acorta la marcha y, por fin, se para. Se oyen voces en la carretera. Los viajeros se ponen de pie, y muchos vuelven a asomarse a las ventanillas. Un viejo que va sentado en los primeros asientos se apoya en una gruesa garrota. Se endereza poco a poco, mirando la carretera.

Hay un grupo de diez o doce muchachos. Algunos se han acercado al autobús. Se ven pasar las caras y asomarse dentro del coche. Tienen la piel pálida, reflejando la luz del crepúsculo, los pelos chorreando.

Dos automóviles viejos, pintados de negro, están parados, uno detrás del otro, en el lado derecho de la carretera. También hay un hombre que sujeta el ronزال de un burro, rodeado de muchachos.

Asunción baja el cristal de la ventanilla.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Un muchacho de los últimos del grupo vuelve la cabeza. Luego se vuelven otros tres o cuatro.

—¿Qué pasa? —repite Asunción.

El chico sonrío a los que están con él. Tendrá, si acaso, dieciséis años. Lleva camisa azul de falangista, descolorida, remangada hasta mitad del brazo. Pone un

gesto desvergonzado.

—Lo que tú quieras —dice. Pero se queda cortado al mirar a Asunción.

El cobrador del coche de línea ha echado pie a tierra. Se empina detrás del grupo.

—Os juro que no lo he hecho adrede —se oye decir al hombre del burro.

Desde la ventanilla del autobús se ven moverse las espaldas de los que rodean al campesino.

—¿Pero qué es lo que pasa? —pregunta una mujer que permanece en pie medio asomada—. ¿Qué es, Tino? —grita haciendo bocina con la mano.

Se vuelve y da un paso hacia atrás el cobrador del autobús. Levanta la cabeza y los ojos para mirar a la ventanilla.

—¿Qué quiere que sea? Han puesto carteles pintaos en el suelo y no dejan que los pisen los hombres que vienen del campo. A los coches no les dicen nada, pero no quieren que los pisen las caballerías.

—Si va a borrarlos el agua... —dice la mujer haciendo un gesto de inutilidad.

—Calle, tía tonta; están puestos con pintura de aceite —salta uno de los muchachos que están en la primera fila—. Y no vamos a dejar que los pise ningún cabrón.

—Si no digo ná —dice la campesina.

Un hombre flaco, medio viejo, bien vestido, que calza botas de montar y lleva una fusta en la mano, sale de uno de los coches.

—Dejarme un momento. Hasesme sitio.

Apenas llueve ahora; si acaso unas gotas. Se hace un silencio, mientras el tipo de las botas altas sigue hacia donde está el hombre del burro. Sólo se oye el tropel de los pies de los muchachos que le hacen sitio.

—Dejarme a mí —repite.

El campesino del burro es un hombre carirredondo que viste una camisa muy rota, casi en andrajos. Tiene los ojos asustados y grandes.

—Le juro que un servidor no lo ha hecho adrede.

—Escucha. Te das la vuelta. Voy a verte recular el borrico y pasar metido por la cuneta.

—Sí, señor.

Detrás del bosque de cabezas, se le ve recular, poco a poco, empujando la caballería, y luego seguir con el ronzal en la mano, y hacerse pequeño, achicarse dentro de la cuneta.

Se oye reír a los muchachos.

—¡Así quiero veros, maricones! —grita uno. Se pasa la mano por el pelo para secarse el agua. Otro, rubio, que lleva la boina en la mano, se vuelve al chófer del autobús.

—Tú sigue. Sigue de una vez.

Y señala el camino.

Los hombres corrían por la calle estrecha. Una calle también de casas bajas y blancas. Se oían tiros. Estaba ardiendo el molino. Subía una nube de humo.

—Adiós —dijo Antonio. Tenía los ojos y los brazos vueltos hacia donde estaba su mujer.

Asunción gritó:

—¡No te preocupes! ¡Vete de una vez!

Desde la puerta vio Antonio a otros paisanos que huían. El miedo tiraba de él hacia fuera y le agarrotaba las piernas. Miró a la parte en que el pueblo se perdía en el campo, detrás del humo de los incendios. Mucho más lejos empezaban las lomas de la sierra.

—Corre —dijo la mujer.

La calle estaba empedrada con adoquines redondos. Siguió un trozo, pero al llegar a la casa de la esquina, saltó la tapia del corral, por acortar camino. Huía agachándose aquí y allá, respirando hondo, arañándose las manos y las rodillas en la tierra. Las cumbres se encendían con el último sol. Las veía de vez en cuando entre las tapias y las ruinas.

Antonio llegó al primer cerro. Por la pendiente arriba venían unos pocos hombres. Iban hacia la sierra. Corrían. Querían que se hiciese de noche. Eran parejas o grupos pequeños. Antonio caminaba solo y se volvía un instante para mirar al pueblo.

Asunción les perdió de vista. En el otro extremo del pueblo, por el barrio de la carretera de Granada, había un gran incendio. Un borriquillo abandonado, al pasitrote, iba corriendo la calle. Asunción, desde la puerta, le vio alejarse, perderse en la primera revuelta. Siguió la muchacha un rato sin saber qué hacer y, luego, tiró escaleras abajo hacia la bodega. Sentía frío. Avanzaba a tientas en la oscuridad.

Antonio corrió todo lo que podían resistir sus piernas y sus pulmones. Se detuvo. Estaba extenuado. Por el valle iba subiendo también la noche. Antonio se sentó un instante a descansar. Se desató los zapatos y se descalzó. Le dolían los pies, las cañas de los huesos y las mallas de las piernas. Permaneció así un rato. Dos hombres que pasaban cerca le gritaron:

—¡Eh!, señor secretario, ¿quiere que le cojan y le apiolen?

—Ahora voy.

Tenía que llegar a la otra vertiente por el camino alto. Se levantó y echó a andar, deprisa, entre los jarales llenos de olor. Llegaba la noche igual que otra cualquiera. La luna había comenzado a salir. Oía Antonio el crujido de los pasos de los hombres que iban delante. Corrió para alcanzarles.

En el lado de acá de la sierra el aire estaba parado. Antonio notó que llegaba a la otra vertiente por el primer viento. Sintió el aire en la cara. Miró detrás de los montes y vio abajo, tendidas en el llano, las luces amarillas de los otros pueblos. No había llegado hasta allí la guerra. Parecían hogueras lejanas.

—Escriben en el suelo... —dice la mujer del moño sin dirigirse a nadie. Lo repite un par de veces, como si hablara sola.

Dentro del coche sólo hay, encendido, un pequeño piloto de luz. La gente dormita con las cabezas torcidas y los ojos a medio cerrar. Los faros del coche se reflejan por todo el campo. Se tiñen de blanco las copas de los olivos. En un altozano hay una muralla de chumberas.

—Vamos a llegar a Granada ya muy entrada la noche —dice Asunción.

—Yo estoy desmayá. A mi hombre le compro una asadura porque está delicaio, pero yo ando desmayá. —Se limpia con el revés de la mano cada vez que habla—. Lo peor del hambre lo llevan los chicos —añade—. Ahora tengo en mi casa a los de mi Juandedios. Se les salta la y el viendo cómo se come mi marío la asadura. Todos los días le digo que se la coma a escondías, porque se les salta la yel mirándole.

Asunción escudriña a través del campo oscuro. Se ven los postes del telégrafo y los terraplenes de la carretera. En los cristales del coche se reflejan las caras de las mujeres, los rostros turbios y sin expresión de la gente medio dormida.

—Me da ahogo pensar en el pueblo —dice Asunción—. Porque una se piensa que no va a ser siempre así, que si no...

—¿Quieren un poco de vino? —dice el viejo de la garrota que va en el primer asiento. Se vuelve, se levanta torpemente. Tiene una botella mediada en la mano.

—Páselo —dice la mujer del moño.

—Beban todos a morro, no se preocupen. El alcohol mata los microbios.

Beben dos o tres mujeres. Se pasan la botella de una a otra.

—Ande, si quiere le echo un poco en mi vaso, me he traído un vasillo de aluminio —dice la mujer del moño.

—Bueno, gracias —dice Asunción.

El hombre que traía el paraguas y su mujer han sacado una cesta de mimbre. Desenvuelven la merienda, sin hablar con nadie.

—Es bueno el vino. No está bautizao, no —dice el viejo en voz alta cuando le devuelven la botella casi vacía.

Asunción sonrío. Estira los pies debajo del asiento. Por la ventanilla se ve el cielo, las nubes rotas, dejando sitio a algunas estrellas. El coche va más deprisa, con los faros que barren el campo. Golpean los chorros de luz en los troncos, de uno en uno. Salta la luz. Junto a la carretera hay una arboleda grande, que no termina nunca.

—¿Son olivos?

—No, algarrobos. Los veo cuando vengo de día a ver a mi hijo, al que me queda —dice la mujer del moño.

—También hay almendros —dice otra que va más detrás, mirando por la ventanilla.

—Eso es más abajo.

—Parece que llueve otra vez —dice Asunción.

## II

Aunque está lloviendo, del suelo de la calles sale un vaho caliente. Se interrumpe la lluvia de vez en cuando y, en estos momentos, el calor sube más fuerte. Ahora cae otro chaparrón.

—Niño, aquí —dice una mujerona gorda, en bata de casa, que lleva las zapatillas en chanclas—. Aquí mismito tiene usted una pensión.

Está sentada en una butaca de mimbre que hay en el estrecho portal. Asunción y el chico delgadillo, como una pequeña sombra, que se había adelantado para ayudarla, se han quedado un poco a la puerta, resguardándose del aguacero.

—La llevo a casa de doña Concha, doña Angus.

—Has lo que se te manda, niño —dice la mujer. Mira a Asunción. Se pone trabajosamente en pie—. Si quiere subir a ver las habitaciones, señorita...

—Bueno.

—¡Niño, ya has oído! —dice la mujer.

Una alta y fija escalera sube derecha hasta las habitaciones. A la derecha del portalillo hay una puerta de dos hojas —abiertas de par en par— por las que se ve el comedor: una mesa alargada y un aparador y un almanaque pegado a la pared. Se asoma un tipo que lleva puesta la chaqueta del pijama, abrochada hasta arriba, y unos pantalones de franela. Hace ruido con la boca, arrancándose los restos de alimento, como si terminara de comer ahora mismo.

—Siente bien, don Fernando —dice la patrona al pasar.

—Con Dios me acuesto, con Dios me levanto —dice el hombre en broma.

—Buenas noches.

Suben las mujeres la escalera. El hombre va detrás.

—Si gusta puedo servirle algo de cena, ¿eh, señorita? —pregunta la patrona.

—No. Quiero acostarme. Estoy cansada.

—¿Va a quedarse a pensión completa?

—Tengo que salir mañana para Madrid.

A mitad del pasamanos, un pasamanos de madera que roza el muro, se lee un nombre escrito a navaja: «Angus». Las huellas de la escalera, la piedra, aparece comida por el centro del escalón. El hombre que ha salido del comedor se ha quedado abajo, al pie de la escalera, observando.

—Da a la calle —dice la patrona—. Y de limpio... ¡A mí me gusta todo como los chorros del oro! ¡Niño, trae el maletín!

El pasillo no tiene más luz que la que llega de la escalera. El chico arrastra el maletín. Asunción le mira: los ojos asustados, la figura endeble del niño.

—Déjalo ya —le dice.

Enciende la mujer la luz desde la puerta. Es una habitación pequeña, con un armario de caoba, sin cerraduras, una cama con cobertor blanco y azul, y una mesilla de noche, entornada, dentro de la cual se ve un orinal de loza.

—Está bien.

—Yo misma le llenaré el libro para la policía y se lo traeré a que lo firme.

Asunción se asoma al pasillo. Queda a la misma entrada de la escalera esperando a la patrona. El chico que ha traído la maleta se vuelve desde la mitad de la escalera.

—Gracias, señorita.

El tipo que está en chaqueta de pijama se mete la mano en el bolsillo del pantalón.

—¡Niño! Acércame una cajetilla de tabaco de estraperlo. ¡Del bueno! Ya sabes.

—Sí, señor.

La patrona sube con el libro abierto y con la pluma mojada de tinta en la mano. Mientras Asunción baja unos peldaños para encontrarse con la mujer, el hombre la mira descaradamente. La sigue con los ojos, todo el trecho de la escalera. Es un hombre de más de treinta años, con el pelo muy negro y cara aceitunada.

—Gracias, señorita. He puesto que va para asunto de familia —dice la patrona.

—Sí.

El hombre espera a la patrona abajo.

—Vaya, doña Angus... —dice—. Ya era hora de que cayera por su pensión una hembra así.

Asunción cierra la puerta por dentro y enciende la luz. Es una bombilla medio envuelta en una lámpara de tela, que da una tonalidad rojiza, caliente, como color de carne, a toda la habitación, y deja en el techo y sobre la cama círculos blancos. La luz puede encenderse desde la puerta y apagarse con una perilla que queda colgando sobre la cabecera de la cama. Hay una estampa grande de la Virgen con Cristo, desnudo y muerto, en los brazos.

Por el balcón —Asunción levanta los visillos— se ve una calle estrecha y solitaria, apenas iluminada, con el suelo brillante. No llueve.

Mira una y otra vez las cosas de la habitación y se echa en la cama, sobre el cobertor de tela rugosa a rayas. Siente asco al rozar la almohada con la boca. La luz de la bombilla cae desnuda, justamente sobre la almohada, formando un círculo grande. Le da a Asunción la luz en los ojos. Se queda así un rato con la manos metidas entre el pelo de la nuca.

Por la mañana tiene que enterarse de dónde vive Pablico en Madrid. El cielo sigue nublado, aunque se ven claros y, a ratos, luce el sol. A la espalda de esta ciudad se ven las montañas, muy altas, levantando el horizonte hasta la mitad del cielo, la Sierra Nevada. Es como un llano y, luego, montañas enormes blancas y azules.

Llega a casa de su tía. Hace cuatro años que estuvo, pero tiene que dar varias vueltas. Casi no lo recuerda. Es una escalera con mucha claridad. En los rellanos, en

las esquinas que forma la pared, hay bancos pequeños para descansar; bancos de madera con dibujos calados.

Tira de la cadena de la campanilla, una cadena larga que entra por un agujero a través del dintel de la puerta. Cuando estuvo aquí en el año treinta y nueve, el Año de la Victoria, tardaron mucho tiempo en abrir. Había un Santo Cristo frente por frente de la entrada, y cortinas, y un bargueño y sillones de mimbre.

La tía Anita, la tía de Antonio, tenía un pelo negro muy repeinado y la cara redonda. Estuvieron de pie en medio del recibidor.

—Bastante tengo yo con lo del tito Pedro. Mejor es que te vuelvas al pueblo si no te dan el salvoconducto. Bastante tenemos —le había dicho.

La criada era una mujer vieja y gruesa, con verrugas en la cara, que cojeaba un poco.

—Dichosos los ojos, señorita. Bendito sea Dios.

—Está usted igual que la última vez que la vi —dice Asunción.

—Me acuerdo como si fuera ahora mismo, fue el año treinta y nueve, na más acabar la guerra, señorita.

Todo sigue igual, el Santo Cristo, el recibidor con las cortinas, el bargueño y los sillones de mimbre.

—La señorita está esperándola. Me leyó su tarjeta, tan emocioná la pobre.

—Pasa hija, pasa, pasa —se oye decir dentro.

Hay un pasillo ancho, con grandes ventanas, por las que entra mucha claridad. En el suelo hay tres tiestos con geranios y un olor como a huesos rancios.

—Pasa hija, pasa.

La tía Anita lleva puesta una bata de flores y el pelo igual de negro y repeinado que siempre.

La criada se queda escuchando al otro lado, junto a los tiestos.

—Anda, Mariquita Antonia, termina el planchao —dice la tía volviéndose—. Y tú pasa. Vamos al cuarto de estar.

Pasan a una habitación amplia, con platos de loza colgados en la pared. En medio hay una mesa camilla sin vestir y dos mecedoras junto al balcón.

—Cuánto me alegro de que se te haya arreglao ya lo de ese dichoso salvoconducto, cuánto me alegro, hija —dice la tía—. Siéntate.

Se quedan un momento calladas, sonriendo forzadamente. Asunción mira por el balcón y se da cuenta de que ha vuelto a nublarse.

—Tú dirás, hija mía, tú dirás.

—Sólo venía a despedirme —dice Asunción—. Quería que me dieras las señas de Pablo Ruiz en Madrid.

—¿De Pablico el del pueblo, el que quería tanto a tu pobrecito marido?

—Sí.

—Ya, ya... —Queda un rato suspensa mirándose las manos. Tiene pintadas las uñas—. ¿No te meterás en líos, hija mía? Ya sabes que el tito ha vuelto a la clínica.

¿No te meterás en líos...?

—Sólo quiero que me digas dónde vive. Voy a ver si alguien sabe de mi marido en Madrid.

—Claro, hija...

Se cruza de brazos y, a continuación, pone las manos sobre el regazo. Lleva un anillo grueso, con una piedra negra, y lo tuerce un poco para colocárselo.

—No sé... —dice. Se levanta de pronto y se asoma a la puerta del cuarto. Llama con voz autoritaria, sin que quepa duda de que llama a una criada—: ¡Mariquita! ¡Mariquita Antonia!

La mujer vieja llega enseguida, renqueando. Trae remangada la blusa negra, enseñando los brazos grandes y rojos, como hinchados.

—Escucha, ¿tú sabes dónde vive Pablico Ruiz?

—Temprano se ha metido el tiempo en aguas.

El hombre que ha hablado es un tipo grandullón, con pinta de tratante de ganado, que viste una blusa negra y un pantalón también negro, de pana. Habrá pasado de los cuarenta años y se le notan venillas rojas en la nariz y la cara.

—Son tormentas, señor mío, son tormentas. A las fechas que estamos no pensará usted que ha llegado el invierno. Cambiará cuando lleguemos a Despeñaperros, ya verá —dice un hombre joven, delgado, de nariz algo roma y nuez inquieta. Tiene trazas de corredor de comercio.

En el mismo departamento de tercera clase viaja Asunción, cuatro mujeres campesinas y un cura jovencillo, carirredondo y colorado, con sotana nueva.

—Suele pasar así, que el tiempo cambie, a veces, al cruzar Despeñaperros, pero al fin y al cabo será lo que Dios quiera, ¿no les parece a ustedes?

—Claro.

Asunción va asomada a la ventanilla, pegada al cristal. La vía del tren penetra entre los cerros. Son terraplenes. No se ve el cielo. Si acaso, alguna vez, levantando la vista por las rodadas peñas arriba, se tropieza con un trozo de nubes. Hay retamas y árboles enanos, brillantes por la lluvia, asomados al precipicio.

—Yo voy a Villacañas —dice el hombre de la blusa negra—, pero me parece que la mayor parte de ustedes se dirigen a Madrid.

—Sí.

—No sé la señora. ¿Señora o señorita? —medio pregunta el que parece corredor de comercio.

—Sí, voy a Madrid.

—Yo estuve allí en la guerra, escondido en casa de unas personas piadosas —dice el cura—. Seguro que no las conocerá usted, claro. Viven en la calle de Génova.

—No, conozco a poca gente en Madrid, sería una casualidad.

—El señor que le digo, donde estuve escondido, es de mi mismo pueblo y fue él quien me costeó la carrera, un padre para mí y un buen cristiano, he de decirlo —dice

seriamente el cura.

Los hombres callan y miran al escaso paisaje. La lluvia pone rayas en los terraplenes próximos. Pita el tren y el humo, lanzado atrás, roza las ventanillas.

—¡Cuánta agua! —insiste el de la blusa.

—Sí, no para de caer.

—Virgen Santísima, me parece que he perdido el salvoconducto —dice una de las campesinas. Es flaca, de cara quemada. Se pone de pie, y mete su mano por el escote para registrarse el pecho.

—No te preocupes, que los policías no se comen a nadie. Si hay que hablar se habla y arreglao. ¡Peores fueron aquellos años que pasé en ese Madrid de mis amores! —dice el cura.

—Mire que también estas mujeres... ¡Tienen unos sitios donde guardarse los papeles! —sonríe el hombre delgado.

El curita se ríe, cerrando la boca. Se aprieta las yemas de los dedos contra los labios.

—¡Qué cosas, Señor mío Jesucristo! ¡Qué cosas!

Sólo Asunción mira por la ventanilla. El tren se detiene, apenas un minuto, en una estación casi vacía. Es de atardecida. Únicamente dos mujeres, seguro madre e hija, están arrimadas al edificio de la estación, a la puerta, bajo el tejadillo. Miran pasar el tren. Casi no llueve. Se oyen los pasos de uno de los guardas del ferrocarril, que, con la escopeta al hombro, cruza deprisa bajo la menuda lluvia.

Al otro lado de la vía se alzan algunas casas, desgajadas del pueblo. Un tapia con desconchones, que parece de un almacén. Más lejos asoman unos tejados terrosos y una aglomeración insospechada y triste de casuchas. Van quedándose atrás.

### III

Son las once de la mañana. Hay bastante gente aguardando en la estación, cuando llega el correo de Andalucía. Los que esperaban echan a correr, andan hacia la cabecera del tren, buscando a alguien que quizás venga. Los viajeros con las caras desencajadas se asoman a las ventanillas y a las puertas, mientras para el tren.

—Mira, mira.

Una mujer gruesa y chata le da metidos a un chico y lo aúpa en brazos.

—Mira a tu padre, ahí arriba. Mira a tu padre.

Le gente grita más cuando el tren se para. Se oye un ruido de hierros que chocan unos contra otros y, ahora, el tren se detiene por completo.

Asunción va hacia la puerta. La maleta le tropieza en el muslo y en la rodilla al andar. En el vestíbulo hay dos filas de policías y de mozos de ferrocarril, que miran los equipajes. Se aglomera la gente a la salida.

—Buscan estraperlo —dice una mujer alta como un varal, que espera delante de Asunción.

—¿Qué trae? —pregunta un mozo.

—Yo nada. Un poco de pan que me ha sobrado de la merienda.

—¿No lleva ningún bulto más?

—No —dice Asunción.

A la salida hay un jardincillo cerrado con verjas de hierro. Dentro, se ven árboles con las hojas polvorientas. Por la parte de la calle, arrimados a las verjas, mujeres y muchachos con cestas venden tabaco, pan y pipas de girasol. Una niña esmirriada, con un delantal blanco y un botijo lleno de agua, corre. Vocea con voz de pito.

Los tranvías cruzan despacio por en medio de la glorieta de Atocha, entre las filas de automóviles, de citroen viejos con gasógenos. Al otro lado están los troncos oscuros de las acacias y las copas, apenas verdes, tapando los balcones de los primeros pisos de las casas.

Cruza Asunción la plaza. Pegados a la sombra del edificio grande del hospital, dos viejos hablan con un hombre manco, picado de viruelas, que lleva una caja de tabaco colgada del cuello. Algunos paquetes están abiertos y asoman los cigarrillos sueltos.

—Así me han gustao a mí siempre las mujeres, morenotas, aunque sean flacas —dice uno de los viejos.

—Usted está ya para pocos trotes —dice el del tabaco.

—Que se dejara la gachí y ya vería usted —le oye decir Asunción, ya de lejos.

Siente ella una mezcla de pena y de miedo cada vez que oye a los hombres, así,

con las mismas monsergas, sean viejos o jóvenes, ricos o pobres. Camina por el bulevar y, ahora, sube la cuesta que hay detrás del hospital. Enfrente, una tapia de ladrillo rojo que huele a orines. Un camión del servicio de limpieza del Ayuntamiento está parado junto a un montón de basura. Sigue Asunción por la acera de la sombra. Son casas antiguas con balcones de antepecho y tiendas de ultramarinos, que tienen colgada a la puerta una pizarra donde escriben los comerciantes el racionamiento de la semana. Poco más allá hay una fábrica de maderas, con serrín en el suelo y olor a resina. Asunción se cambia varias veces de mano la maleta antes de llegar a Lavapiés.

Es una plazoleta en cuesta. Bajan dos o tres calles con mucha pendiente. En medio de la plaza hay una torre metálica esbelta, donde se apoyan los hilos de la conducción eléctrica. Cruzan los hilos por encima de las casas. También hay una boca del metro y una fuentequilla con un pilón en alto, al que cae un caño de agua. Se ve mucha gente, chiquillos que corretean, hombres que no hacen nada, sentados en los bordillos de las aceras, y mujeres con las cestas de la compra.

La casa tiene un portal angosto, con una taberna a cada lado. A lo hondo, está el patio. Es un corralón empedrado con adoquines redondos. Varios chiquillos salen corriendo y, detrás, una niña que lleva un pequeño en los brazos. Hay muchas puertas alrededor del patio, fraguas y talleres y una gallinejería de la que sale humo, olor a grasa de cordero. Se ven las ristras de desperdicios colgadas.

En lo alto, los corredores se asoman al patio. Son pasillos llenos de puertas de viviendas, y balaustradas de madera carcomida, y cuerdas con ropas blancas puestas a secar, y tejados piramidales, grandes, llenos de buhardillas construidas sin orden alguno ni simetría.

Desde los peldaños de debajo de la escalera ve Asunción a una mujer joven, con granos en la cara, que está en cuclillas, encendiendo una cocina portátil de carbón vegetal. Viste una falda estrecha y se pone en pie trabajosamente. Hace intención de dejar paso a Asunción.

—¿Busca a alguien?

—Quería saber dónde vive Pablo Ruiz, si me hace el favor.

—En la puerta número diez, en el pasillo de arriba.

Hay otra escalera de maderas viejas, hundidas. La puerta cae enfrente. Está entornada, cubierto el hueco con una cortina de cretona.

Sale una muchachita morena que lleva el pelo atrás con una cinta. Se asoma la chica, descorriendo la cortina.

—¿Qué quiere?

—Soy de Torrenoblejas. Quiero hablar con el señor Pablo o con su mujer.

—Mi padre está trabajando, en la fábrica. —Se vuelve para mirar dentro—: ¡Mamá!

No hay ventanas. Sólo puertas con cortinas de cretona, y la cómoda, que tiene una piedra grande de mármol blanco como una lápida y, en el centro, una mesa cuadrada

con tapete de hule.

Se asoma una mujer de pelo cano y cara muy aviejada. Usa gafas, unas gafas antiguas con montura metálica.

—No me acuerdo de quién eres...

—Soy del pueblo, hija de Morán el del molino. ¿No me reconoce?

—¿La maestra? —pregunta—. Ya, ya caigo. La que te casaste con don Antonio, el secretario.

—Sí.

Se sonríen las dos mujeres. La niña está mirando a Asunción, no le quita ojo y también sonríe.

—No sé nada de mi marido desde hace cinco años, desde que entraron los nacionales. En la guerra decían que muchos del pueblo paraban aquí, en Lavapiés.

—Vinieron algunos que estaban destinados en Madrid —dice la mujer, mirando a su hija.

—Sí, yo me acuerdo de que vinieron algunos —dice la chica.

—Luego, como nosotros nos evacuamos a Valencia...

—¿No vieron a mi marido?

—No. Que yo esté enterada, no vino por aquí antes de que nosotros nos marchásemos —dice la mujer.

—¿Ni saben nada de él?

—Como no sepa alguno de los vecinos de la casa —dice la muchacha. Ha abierto por completo la puerta y sale al pasillo—. Voy a preguntarle a la señora Concha.

Asunción se apoya levemente en la jamba de la puerta. La mujer de Pablo se asoma también.

—Sí, es mejor que se acerque a ver. Ésa se quedó aquí durante toda la guerra.

La muchacha va corriendo por el pasillo adelante. A la misma entrada hay una fuente y una pila pequeña, empotradas en el muro. Cae un chorro de agua en un botijo que ya está lleno. Se ve manar el agua sobrante por el pitorro. Al lado derecho del pasillo se abren las puertas de las viviendas, con números medio borrados, negros, encima del dintel.

Asunción mira el pasillo hacia lo hondo y siente todos los ruidos de la casa de vecindad, de un mundo bien distinto al del pueblo.

—No estuvimos aquí más que hasta el treinta y siete, pero en la guerra Madrid era de otra manera. No puedes hacerte una idea.

## IV

Se oía un tiroteo lejano que venía de la parte de Usera y se corría hacia el Oeste, hacia los Carabancheles.

—¿No nota usted que como mejor se da uno cuenta de que hay guerra es mirando a los chicos? —le preguntó a Antonio un hombre que se disponía a bajar del tranvía. Iban de pie en la plataforma, y el tranvía disminuía su marcha, poco a poco.

Era un tipo alto, con cazadora de cuero algo rota por los codos, muy moreno, de barba cerrada. Por el acento parecía valenciano, o quizás catalán.

Antonio le daba un poco la espalda, porque pretendía bajarse en la misma parada.

—¿Qué?

—¿No se da cuenta que es en los chicos en quienes más se nota?

De seguro que no se había afeitado en tres o cuatro días. Se le marcaban algunas calvas en la barba. Tendría el hombre unos treinta y cinco años y todavía no había empezado a caérsele el cabello. Le nacía muy bajo, sobre una frente pequeña, lisa y oscura.

Antonio se volvió y de nuevo miró hacia donde corrían unos chiquillos.

—Se ve que no se ha fijado en cómo jugaban los chicos antes de la guerra —insistió el de la cazadora de cuero, sonriendo.

También sonrieron levemente unas muchachas que iban arrimadas a la puerta de la plataforma. Antonio rozó con la mirada de las muchachas, al tiempo que se volvía.

—Ya, lo dice por los gorros —dijo.

El tranvía frenó. Cuatro o cinco chiquillos salieron de entre una barricada que se levantaba cerrando el paso a las calles transversales al bulevar. El parapeto estaba hecho con los adoquines del suelo. Aparecían levantadas todas las piedras, el empedrado entero de la calle por aquella parte. Los chicos asomados al parapeto levantaban las cabezas cubiertas con los gorros de miliciano, deshilachados y sucios.

—Claro, ¿por qué va a ser...? Porque imitan a los hombres, pero exagerándolo todo.

—Tiene razón. Los niños siempre hacen lo que ven —dijo Antonio, echando ya el pie al estribo.

Se bajaron casi en la esquina de la glorieta de Atocha. La estación del ferrocarril estaba solitaria y en la plaza se veía poca gente. Algunos coches, con los cristales y la pintura camuflada de colores de tierras, estaban parados en la larga cuesta de la calle de Atocha. Se veía desde allí toda la pendiente.

El tiroteo se oía más fuerte y como más próximo. Había desaparecido el ruido del tranvía.

—¡Bah! —dijo el de la cazadora de cuero—. Esto no es nada. Es en el Ebro donde está ventilándose el negocio. Daría cualquier cosa por estar allí.

—¿No ha podido irse?

—Yo voy donde me manden, compañero —dijo sonriendo, con la misma cara ingenua que ponía al dirigirse a Antonio en el tranvía—. Y tú, ¿estás en el frente de Madrid? —añadió volviéndose.

—Sí.

—No te veo barras, ni galones de nada —dijo alegremente. Había pasado, de golpe, a tutearle, como era normal que ocurriera desde que comenzó la guerra—. Y eso que tienes cara de intelectual.

—Soy miliciano de cultura —dijo Antonio siguiendo la broma.

—¡Cojons! Ya decía yo que se te notaba un aire de señorito —se echó a reír.

—Será algo menos —dijo Antonio—. Y tú, ¿qué destino tienes?

—El destino de los matasanos. Aunque no lo parezca soy médico en un hospital de sangre.

Se echó el macuto al hombro, y se le notaba muy alegre. Antonio siguió a su lado como por inercia. Llevaba una cartera vieja y grande, de cuero, en la mano.

—¿Llevas ahí la biblioteca de la brigada?

—No, un par de mudas, calcetines y unos chuscos —dijo Antonio con más cortedad.

—Bueno, compañero, yo voy hacia el centro, a buscar un sitio donde alojarme. Me han dicho de un hotel —dijo el de la cazadora de cuero.

—Yo voy a Lavapiés, viven allí unos paisanos.

El hombretón volvió a sonreír. Dio un paso hacia donde se había parado Antonio.

—Hay muchas tabernas por allí. ¿Sabes si dan vino en alguna?

—No sé. La verdad es que voy a Lavapiés por primera vez, ni siquiera sé si voy a encontrar a quien busco.

Se quedó cortado Antonio. Se dio cuenta de que el otro no quería quedarse solo.

—¿Si quieres venir?

—Estoy deseando beber un buen trago.

Echaron a andar juntos, medio riendo. Cruzaron la plaza por el centro, sin hacer caso a los escasos automóviles, que pasaban a gran velocidad. En la acera una muchacha vestida de mono azul hablaba con dos milicianos. Un poco más allá, cerca de la ronda de Valencia, dos viejos tomaban el sol.

—Me llamo Federico Vidal y soy catalán, de la provincia de Tarragona, aunque he dado más vueltas por España que un peón. Era corredor de productos dietéticos y de farmacia, antes que médico.

—Yo me llamo Antonio Blanco y soy de Granada.

El cielo estaba transparente, azul y frío, aunque atravesado por un sol tibio de invierno. En la plaza de Lavapiés las tabernas estaban cerradas.

Cuando llegaron a donde vivían los paisanos de Antonio se dieron cuenta de que

la casa estaba medio deshabitada. No había portera y anduvieron un buen rato dando vueltas por el patio. Unas escaleras muy pinas subían hasta el primer corredor. Por fin vieron a una muchacha flaca, casi sin caderas, que les observaba desde arriba.

—¡Eh, joven! A ver si nos puede dar razón de unos vecinos —dijo Federico.

La muchacha bajó unos cuantos peldaños. Se tiró del vestido hacia abajo, para que se le ajustara más al pecho. Parecía muy joven.

—Busco a Pablo Ruiz, una familia que son andaluces —dijo Antonio.

—Ésos se fueron a Valencia evacuaos, hace un par de meses.

—Ya.

La chica terminó de bajar. Quedó un escalón más arriba de donde estaban los hombres. Sobre todo miró a Antonio y se tocó el pelo que tenía despeinado.

—Pero hay arriba unos paisanos del señor Pablo, que han venido del frente.

—Subiremos entonces —dijo Antonio, mirando al catalán.

—Lo que tú quieras.

La parte interior de la casa estaba en ruinas, como si hubieran cortado el edificio por la mitad. Desde el corredor se veían al otro lado del patio los cuartos colgando. Abajo, un montón de escombros. Eran habitaciones interiores que jamás habían visto el sol, camas de hierro y sillas de anea.

—¿Fue la aviación? —preguntó Federico a la chica.

—No, un obús; pero la casa es muy vieja.

—¿Hubo muertos?

—No había nadie en los cuartos.

Les acompañó la muchacha hasta la puerta que buscaban.

—Es aquí. —Se quedó parada y, luego, se volvió—. Llamar antes —dijo.

—¿Por qué?

—Se traen chicas algunas veces.

Antonio y Federico se miraron. Se volvieron enseguida a mirar a la chiquilla, cuando se dieron cuenta de cómo se tiraba ella del cuerpo del vestido hacia abajo y sacaba el pecho. Se elevaban sus pechos pequeños en la tela.

—¿Tenéis pan? Algunas veces me llaman a mí también.

—Me cago en la leche —dijo el catalán—. Si eres una mocosa...

—No tanto —murmuró la chica.

Antonio abrió la cartera y le largó los dos chuscos que llevaba.

—Toma.

La muchacha se quedó parada, con el pan en la mano, mirando al suelo.

—¿Os habéis enfadado?

—No —dijo Antonio—. Qué va...

Se abrió la puerta y asomó un tipo de cara risueña. Llevaba un cigarrillo sin prender en la boca y vestía una guerrera de paño caqui. Sujetó el pitillo con los dedos mientras lo prendía.

—¿Qué queréis, compañeros?

—Venía a casa de Pablo Ruiz. Me dijeron que había aquí alguno de su pueblo.

Terminó de prender el cigarrillo de dos chupadas. Miró a Antonio con más atención.

—Aquí hay uno que conocía a los vecinos de esta casa. Pasar si queréis.

Desde la puerta miraron a la muchachita que se iba, con un chusco en cada mano.

A la entrada había una habitación de techos muy bajos. Dos hombres permanecían agachados en el suelo, apartando cascotes y trozos de yeso desprendidos del cielo raso. Uno de los que estaba trabajando levantó una escoba, apuntando a Antonio, como si lo hiciera con un fusil.

—¡Alto! Tú eres el secretario de Torrenoblejas.

—Tú eres el hijo del tío Daniel, el socialista.

—El mismo que viste y calza. ¿Venías a ver a Pablico? Se fueron a Valencia hace cerca de tres meses. Yo paro por aquí, con algún compañero, cuando venimos del frente.

—Sí, me he enterado. Me han dicho también que habéis convertido esto en una casa de citas.

—No tanto —dijo el muchacho sonriendo—. ¿Te lo ha dicho la chica? Te advierto que traga lo suyo.

—¿Sí? —dijo Antonio. Se puso serio.

—Tampoco tenéis delito... —dijo Federico, como mediando, moviendo la cabeza.

El paisano de Antonio dejó la escoba apoyada a la pared y la cogió otro miliciano. Se puso a darle vueltas al palo, distraídamente. Estuvieron todos un momento callados. Vieron algo que había cruzado corriendo por el suelo. Bajaron la vista para mirar.

—La casa está llena de ratas —dijo el que había salido a abrir.

—¿Piensas quedarte aquí a dormir esta noche?

—A lo mejor os divertís —sonrió Antonio, sin ganas.

—Tienes el mismo derecho que nosotros...

Dio el paisano de Antonio una patada, a ciegas, a otro bulto gris. El que tenía la escoba en la mano la sacudió dos veces y el animal quedó agonizando en el suelo.

—Arreglaros un sitio para extender las mantas, si es que vais a quedaros. Si queréis hacer de la casa un convento, pues a mandar...

—Yo lo que buscaba era un sitio donde dieran vino, la verdad...

Federico, a pesar del tono de broma, respondió enseguida, sin darle tiempo a Antonio.

—Yo lo que buscaba era eso y me parece feo que se encuentren dos compañeros y anden de pleito por cualquier cosa —añadió sonriente.

—Es verdad —dijo el de la guerrera de paño—. Tengo vino, tengo una frasca de vino en casa del chaval. Voy a convidaros.

Se dirigió a la puerta y a mitad de camino empujó con el pie al animal que estaba

muerto en el suelo.

—¡Qué asco de ratas! ¡Juan! ¡Juan! ¡Juanito! —gritó desde el pasillo.

Era un chico de doce o trece años, con el pelo al rape. Llevaba pantalón largo y una camisa de rayas, muy descolorida. Se asomó.

—¿Qué queréis, compañeros? —preguntó el chico.

—Acércate ese blanco que dejé en tu casa, responsable. ¡Ah! Y busca un par de vasos.

—A mandar —dijo el chico.

Tenía unos ojos grandes, castaños; la nariz algo roma y la boca pequeña, con labios finos y rojos. Sonrió y se quedó mirando a Federico y a Antonio.

—¿Éstos son nuevos?

—Claro, nuevos en esta plaza. ¡Hala, trae el vino!

Salió corriendo. Se perdió el trote del chico por el pasillo, adelante. El suelo era de tablas. Quedaron todos un instante y se oyó, entonces, aunque lejanamente, una explosión.

—¿Están tirando? —preguntó Antonio.

—En Madrid es el pan nuestro de cada día —aseguró su paisano.

—Me pareció oír otro zambombazo cuando estábamos en lo de la rata.

Habían quedado todos escuchando, por ver si continuaba el bombardeo. Se oyó otra granada, lejos, y otra más próxima.

—Será lo de siempre, que juegan al chito con la Telefónica.

—¡Valientes cabrones! —dijo el de la guerrera de paño—. Podían dedicarse a rezar el rosario.

—Si siguen tirando convendría bajarse al refugio, si es que lo hay —dijo Federico—. Y sobre todo decir a ese chico que se bajara.

—Bueno, a lo mejor nos dábamos el verde con alguna, aprovechando las apreturas —dijo el paisano de Antonio, haciendo resonar las palabras en el aire, como si hablara de mentira.

El chico llegó corriendo, abrazado a una frasca llena de vino blanco. Traía la frasca apretada contra el pecho y un vaso de cristal gordo en cada mano.

Se oyó una explosión muy cerca y ruido de cristales rotos. Se pusieron todos en pie.

—Ya estoy aquí. He atravesao la primera línea de fuego —dijo el chico.

—¿No te decía en el tranvía que es en los chicos en quienes más se nota la guerra? No se les olvida ésta, no. Se les mete lo que ven en la misma masa de la sangre —dijo Federico. Y le parecía que todos hablaban allí, medio borrachos, aun antes de beber ni un vaso de vino, todos menos el chico.

## V

La muchachita las llama, desde la otra punta del pasillo.

Asunción y la mujer echan a andar, deprisa. Casi al final del largo pasillo, pasada la fuente y las puertas de las viviendas, se abre una ventana con rejas. Entra el sol, una franja inclinada. El aire del pasillo se nota lleno de polvillo iluminado por esta parte. Asoma la ventana al corredor del piso de abajo. Se ven las cuerdas con las ropas tendidas y, más allá, un trozo de patio.

A la entrada de la segunda puerta, a la vuelta, espera la muchacha.

La vivienda es una sola pieza abuhardillada, larga, donde incluso está el fogón de la cocina y dos camas, separadas la una de la otra sólo unos centímetros. En la parte más alta del techo hay un tragaluz.

—Hola, señora Concha y compañía —dice una mujer de pelo rizado y cano. Está cerca la puerta.

En el espacio estrecho entre las dos camas hay otra mujer, encorvada, con los ojos saltones.

—La Merche está a la puerta del metro, a ver si vende unas barras —dice desde dentro—. ¿Es usted la mujer del médico, de Federico? —añade mirando a Asunción.

—No, mi marido se llamaba Antonio.

—Es... —va a intervenir la señora Concha.

—Ya, ya me ha dicho. Me doy cuenta. Es el que iba con él, el andaluz —dice rápidamente—. Creo que le vi un par de veces.

—¿Sabe algo de él?

—Mi hija a lo mejor puede darle alguna razón. Se escribía con uno de los chicos que paraban en casa de la señora Concha...

Se interrumpe la mujer encorvada y se dirige a la que está más cerca de la puerta.

—Yo ya he arreglao mi lao, no pienses que voy a arreglar el tuyo —dice señalando a la otra cama, deshecha, que muestra al aire un colchón de rayas azules.

—... Podría bajar la Maruja a avisar a mi Merche, ya les digo que estará en la puerta del metro.

—Sí, ya mismo voy —dice la muchacha, mirando a Asunción.

—Puedo acompañarte —dice Asunción.

—No, espere —dice la señora Concha—. Mejor que espere aquí.

—Si es cosa de nada... Estará en la boca del metro o por la puerta del cine si es que han tenido que salir por pies, corriendo de los guardias.

—Lo que yo digo, si quieren acabar con el estraperlo, que den venta libre en las tiendas o que la emprendan con los gordos y no con los pobres que están ganándose

unas perras en la calle —dice la del pelo rizado, que se ha puesto a arreglar la cama.

—Que lo diga.

Maruja ha vuelto a alejarse por el pasillo. Dos chiquillos, descalzos, que han salido de una de las viviendas contiguas, se echan a jugar en el suelo, casi debajo de las faldas de las mujeres.

A ratos, alguien cruza por los corredores. Se oyen crujir las maderas. Pasa una sombra, una mujer despeinada, con rizadores en el pelo, un chiquillo lloriqueando. En alguna parte se oye canturrear.

Vuelve Maruja con otra muchacha, delgada, ojerosa, que lleva un cesto de los que usan las mujeres para ir a la compra, colgado del brazo.

—Buenos días.

—Es mi hija Merche.

Tendrá, si acaso, veinte años. Lleva un delantal a rayas que le cubre los pechos, como hinchados y blandos, exageradamente grandes para su cuerpo. Tiene los brazos desnudos, flacos y pálidos, una carita fina y ojos amarillentos y tristes.

—Yo fui la primera en ver a su marido cuando vino a esta casa en guerra, ya me ha contado la Maruja. Estaba su marido mismamente en esa escalera —señala.

—¿Sabe algo de él?

—En la guerra sí venía algunas veces. Yo me escribía con el Daniel, pero lo enchiqueraron. Fui a verle a la cárcel pero no me dejaron pasar. Sólo dejaban a las madres y a las hermanas. No he vuelto a saber de él.

—¿Y mi marido?

—No sé. El vino a esta casa con un catalán que era médico, se llamaba Federico. Ya le digo, mismamente en esa escalera...

Se quedaron calladas. Asunción sentía que un color se le iba y otro le venía. La mujer que estaba haciendo la cama ha salido también a la puerta.

—Dios mío, qué tiempos le toca a una vivir.

—Ese catalán, ¿no sabe dónde podría encontrarle? —pregunta Asunción.

Merche se pone a mover la bolsa, dudando.

—No sé —dice—. Un chico que antes vivía en la casa le conocía. Hizo muy buenas migas con el catalán.

Se vuelve para mirar a las otras vecinas.

—Es Juanito, el hijo de Julia la aguadora, los que vinieron en la guerra evacuados de Carabanchel.

—Ya —dice la señora Concha—. Se ponen con unos botijos en la puerta del cine Progreso.

—Ése vio al catalán después de la guerra. Creo que fue a verle a un campo de concentración —dice Merche.

Durante la guerra Antonio y Federico habían vuelto alguna vez a la casa de vecindad. Fue por entonces cuando daban permiso para pasar veinticuatro horas en

Madrid. En apariencia la casa estaba desierta, con las tiendas y las tabernas cerradas, y montones de escombros que llenaban el patio. En los pasillos las paredes tenían manchones de humedad y las maderas del suelo aparecían arrancadas aquí y allá.

Dos o tres veces se tropezaron con Daniel y con Merche que iban cogidos del brazo a pasar la tarde a un cine de la Gran Vía. Pero, sobre todo, Federico preguntaba por Juanito. Le llevaban un panecillo, charlaban un rato con el muchacho y, después, los hombres se marchaban.

El chico les esperaba como agua de mayo y les preguntaba por las cosas del frente, por la guerra.

—¿Por qué no estudias?

—Estudiar cuesta dineros —dijo el chico—. ¿Tú eres médico?

—Sí.

—¿Y no eres un señorito?

—¿Tú qué crees? ¿Te lo parezco? —le preguntó Federico.

—No, no mucho.

El catalán rió y le revolvió los pelos con la mano.

—Qué chaval...

—Podías ir al instituto ahora, ahora no cuesta dinero —dijo Antonio.

—Se lo diré a mi madre.

Aunque se vieron en más ocasiones, nunca volvieron a hablar de aquello. La guerra iba de mal en peor. La aviación alemana se había empleado a fondo. Y luchaban divisiones enteras italianas. Las tropas enemigas habían llegado a Castellón. El frente del Ebro se había derrumbado después de muchos meses de luchas.

Federico volvió a encontrarse con Juanito el día que terminó la guerra. Los soldados habían abandonado las trincheras el día anterior y las fuerzas del Coronel Casado sublevadas contra el gobierno de Negrín hacía unas semanas que patrullaban por Madrid con sus brazaletes blancos, deteniendo a los elementos comunistas, que no querían rendirse.

Ya habían entrado las tropas franquistas en Madrid cuando Juanito y su abuelo decidieron acercarse a Carabanchel para ver lo que había sido de la casa donde vivían hasta que comenzó el cerco a la capital.

El abuelo del muchacho era un viejo de ojos pequeños y brillantes, un hombre taciturno y, a veces, socarrón, que se había pasado toda la guerra pensando cuándo volvería a su casa de Carabanchel. Como lo que le tiraba era el campo, mientras estuvieron refugiados en Lavapiés se pasaba las horas muertas arrimado a la hornilla de carbón de encina, barruntando el final de la guerra civil.

—Vámonos ahora mismo, ya no hay tiros —le dijo a Juanito.

El abuelo parecía hasta más joven y se había puesto un traje de pana que tenía en mejor uso. Se había atusado el pelo, que era como un mechón de estopa blanca, y se había afeitado.

—¿Nos dejarán?

—Claro.

Serían las diez de la mañana cuando llegaron al paseo de las Acacias. Cerrando las calles se levantaban barricadas hechas con adoquines. También había zanjas de trincheras abandonadas. Era a finales de marzo y hacía viento.

—Marzo ventoso y abril lluvioso... —dijo el abuelo.

Cerca de la Puerta de Toledo había unas niñas sentadas en el suelo comiéndose un trozo de pan. Estaban silenciosas mirando a la lejanía por donde terminaba Madrid. Un poco más allá había otra chiquilla, un poco mayor, con la falda rota por el vientre, riendo entre un grupo de moros que vendía comestibles. Tenían los moros unos pequeños tenderetes con botes de leche condensada.

—¡Leche confortada! ¡Garbansa! ¡Papel escriba! Vendo —dijo uno flaco. Escupió en el suelo y echó a reír cuando vio que no le compraban—. A lo mejor tú estar rojo, viejo —se reía.

Unos soldados subían cantando alegremente en dirección contraria. Había mucho barro. El suelo aparecía lleno de hoyos de granadas y de alambradas rotas. Se asomaban al paseo algunas casas en ruinas. Sólo estaban en pie las fachadas, con los balcones huecos y los muros salpicados de metralla. Algunas acacias solitarias tenían ya hojas o retoños verdes. De más abajo subía el ruido del río. Se asomaron y vieron el río turbio entre un campo de hierba.

—Hace mucho que no veíamos el Manzanares —dijo Juanito.

Continuaron por un barrizal. Olía a agua estancada. De nuevo se veían pequeñas casas en ruinas y montones de escombros.

—Tengo ya ganas de ver nuestra casa —dijo el abuelo.

Se distrajeron un momento mirando un tanque que estaba volcado en una revuelta de la carretera, cubierto de orín. Debía de llevar así mucho tiempo.

—¿Qué sería de esa gente del tanque? —preguntó Juanito.

—Cualquiera sabe. Puede que fueran de los primeros que venían a tomar Madrid.

Se notaba que el abuelo estaba cansado. Le silbaba la respiración cuando llegaron a lo alto de la cuesta.

—¿Quieres descansar?

—No. Sigue.

Entraron en una explanada yerma, que se extendía a la izquierda del camino. Había luego una leve pendiente. Iban agachados, mirando al horizonte alto de la loma. Desde allí oyeron una turba de pasos arrastrándose. Se volvieron a mirar a la otra carretera, que quedaba un poco en lo hondo.

Pasaba una fila de prisioneros. El chico se acercó al borde de la carretera y el viejo fue detrás. Llevaban los prisioneros los monos rotos y con las insignias arrancadas. Algunos iban descalzos. Fue entonces cuando Juanito se dio cuenta de que Federico iba en la fila. Calzaba unas zapatillas rotas que se le salían a cada paso y tenía necesidad de agacharse. Por aquel lado la carretera se perdía en un mar de barro. El oficial que mandaba los soldados de la escolta hizo la señal de alto con la mano.

Se volvió.

—Pueden descansar —dijo.

El muchacho aprovechó aquel momento para acercarse. Echó a correr.

—¡Juan! ¡Juanito! —le llamó el abuelo.

Los prisioneros se habían sentado; algunos se dejaron, más bien, caer en el suelo, sus arruinados cuerpos en el barro. Se quedaron inmóviles. De la tierra mojada subía un vaho tibio.

—¡Juanito! Pueden decirte algo —susurró el abuelo.

Los soldados de la escolta rodeaban al apretado grupo de prisioneros, pero hablaban a voces entre ellos. El que estaba más cerca se puso a liar un cigarrillo. Se agachó para ocultarse del viento.

Federico yacía en el borde del grupo y reconoció enseguida al muchacho.

—¡Chico! —Sus ojos brillaron de alegría.

—¿Adónde te llevan?

—Me cogieron cuando iba por la calle, de uniforme. Nos llevan a Vallecas, a un campo de fútbol.

Federico dudó un instante. Se sacó luego algo de debajo del mono: un objeto brillante.

—He escondido esto, ¿entiendes?

Juanito se acercó más y tomó lo que le daba Federico. Era un reloj de pulsera.

—Véndelo, ¿sabes? —Federico miró entonces al abuelo, que estaba unos pasos más atrás, asustado y sin atreverse a entrar en la carretera—. Se lo digo porque necesitaremos algo para comer, en el campo.

El centinela había terminado de prender el cigarrillo. Miró al viejo y al chico, sin rabia.

—¿Qué hacen ahí? Sigán su camino.

El abuelo tiró del brazo de Juanito. Estaba muerto de miedo, pero más que nada deseaba emprender de nuevo la marcha, para llegar a la casa. Ni se atrevía a mirar al prisionero a los ojos.

—Háganlo, por favor —dijo Federico.

El centinela continuaba observándoles, indeciso, dando fuertes chupadas al pitillo.

—Lárguense de una vez, venga.

Se volvieron para mirar, ya desde más lejos.

—¿Lo harás? —preguntó Federico.

—Sí.

Iban campo a través, buscando los sitios donde había menos barro. Juanito escuchaba, de vez en cuando, el latido del reloj. Le saltaba en la mano. Llegaron a un alcor que brillaba, con hierba menuda.

—Ahora seguimos este camino y a la vuelta del recodo está la casa —dijo el viejo, reviviéndole los ojos de alegría. Apretó el brazo de Juan.

Vieron, al fin, lo que quedaba de la casa. Era un montón de piedras y retamas altas. Únicamente el pozo estaba casi intacto, rodeado de matojos y de pisadas de caballerías.

—¡Nuestra casa! —dijo el abuelo. Se mordió los labios. Estaba llorando. Se oía el ir y venir del viento, en el silencio del campo.

El sol iba ascendiendo sobre los campos en primavera, de los que salía un vaho como de fuegos medio apagados.

El chico tenía el reloj en la mano. Volvió a acercárselo al oído y a sentirlo latir. Se aproximaron al pozo. El abuelo metió los dedos en las huellas antiguas que había dejado la cuerda en el brocal. Las recordaba. Se asomó a lo hondo, para mirar el brillo del agua. Juanito se asomó también.

—Tengo hambre —dijo.

—He traído un poco de pan —dijo el abuelo. Se buscó en los bolsillos de la chaqueta.

Comían despacio, sentados en un montón de ladrillos, sin decidirse a decir palabra.

—Iré a llevarle algo a ése. Era de los que iba alguna vez a la casa del barrio —dijo Juanito, al fin.

El abuelo pareció no oírle. Se alargaban en el suelo las sombras de las ruinas y del brocal del pozo. Seguía el viejo comiéndose a pequeños bocados el mendrugo de pan.

—Han perdido los nuestros, ¿verdad? —preguntó Juanito.

—¡Calla! —dijo el viejo. Continuaba sentado, medio tapándose los ojos con la mano que le quedaba libre del pan.

Pasado un rato Juanito se levantó.

—Voy a sacar un poco de agua —dijo.

Cruzó entre las ruinas y los matojos de cardos verdes, buscando con la vista en la tierra. Encontró una lata vacía, casi cubierta de óxido, y la sujetó con una cuerda fina. Después, se asomó al pozo y dejó deslizarse la cuerda.

El abuelo bebía ansiosamente, parándose para respirar.

—Hace un agua tan fresca este pozo... —dijo.

Cuando hubo terminado de beber, volvió a sentarse en el montoncito de piedras. Cogió un puñado de tierra del suelo y se puso a desgranarlo en la mano.

—Me gustaría ser joven. Volvería a hacer la casa y la huerta.

Juanito tenía el reloj aplastado contra la oreja. Lo escuchaba marchar furiosamente.

—A ver si cuando venga Pablo de la fábrica ya estáis de vuelta y habéis hablado con ese chico —dice la señora Concha.

—Tengo ganas de enterarme de algo, de una vez —dice Asunción.

Es de noche cuando Asunción y Maruja salen. En el pasillo está Merche esperándolas. Lleva un traje azul, estrecho, y se ha pintado mucho los labios.

—¿No te importa que te llame de tú?

—Claro que no.

—A tu marido bien que le tuteaba, aunque fuera de carrera —dice—, pero eran otros tiempos. Ahora no privan más que los señoritos.

El patio está lleno por la claridad quieta de la luna y el portal permanece a oscuras.

—Seguramente se ha fundido la bombilla —dice Maruja.

Todavía es una noche de verano. El calor dura más en lo hondo de Lavapiés que en el resto de la ciudad. Hay que subir hasta la calle de Santa Isabel o bajar hasta la ronda de Valencia y la glorieta de Embajadores para sentir cómo el aire se mueve. En el barrio hay una atmósfera caliente, densa, llena de humo y de humanidad; un vaho que sale de las alcantarillas y de los cuartos donde la gente vive hacinada, de las casas de vecinos, con corredores estrechos, retretes comunales y patios inmensos que parecen pueblos.

—Estaba revuelto el tiempo de Despeñaperros para abajo, y aquí, ya veis.

—Yo creí que en Andalucía siempre hacía bueno; como no he salido en mi vida de Madrid, chicas. Ni en la guerra —dice Merche.

A la puerta de las casas hay grupos de mujeres, sentadas en sillas o en el bordillo de las aceras. Por las calles en cuesta baja gente: parejas de novios y muchachas cogidas de la mano. Los faroles forman una sinuosa procesión de luces, perdiéndose hacia lo alto del barrio.

—Es mejor subir por Lavapiés que por Ave María —dice Maruja.

Al llegar al alto las calles son más frescas y corre un poco el viento. Se mueve la ropa que hay tendida en los balcones.

—El abuelo de este chico que vamos a ver sí que era un tipo gracioso. Iba con el chico a ver al catalán a un campo de concentración que había en el campo de fútbol de Vallecas. Un día fui yo, porque el viejo no podía ir. Voy y me asomo por los alambres.

—¿Y mi marido no estaba allí?

—Me lo hubiera dicho el catalán. Conocí a Federico enseguida. «Anda, si tú eres el de Lavapiés», le digo. «Buenas carreras que te dabas tú cuando tiraban los obuses y buenos magreos con el Daniel en el refugio», me dice él. El catalán era así, aunque fuera médico, ya te dije. Y nos estuvimos riendo.

—¿No le preguntaste nada de mi marido?

—No. Tiene una tantos jaleos, la cabeza llena de cosas, chica.

Caminan más deprisa, animadas por el aire que les da en la cara.

—Aquí se respira —dice Maruja.

De los sótanos del baile que hay en el edificio del cine del Progreso, por la parte de atrás, ya llegando a la plaza, salen bocanadas de música y de calor. La gente se para un instante para escuchar, se quedan pegados a la luz, al olor que sube desde el sótano, que es el baile.

—Hace un montón de tiempo que no me trae nadie a bailar —dice Merche.

—¿Has venido a éste? —pregunta Maruja.

—No. A los de Embajadores.

Asunción respira hondo cuando llegan a lo alto de la cuesta y se asoman a la glorieta.

—Ya estamos llegando —dice Maruja.

—Sí, suelen ponerse en el centro de la plaza, frente al cine.

## VI

Es una plazoleta ahogada. Los faroles de gas, con luz amarillenta, iluminan el lomo de terreno que se eleva entre el asfalto. En el centro hay un pequeño jardín con dos rectángulos de hierba y unos bancos de madera. Tres mujeres con críos en los brazos se sientan al fresco, a pesar de la hora. Se percibe el polvo quieto en el aire, sobre las luces de la plaza, rodeando los faroles de gas. En la acera de la derecha media docena de gitanos, con caras abstraídas, dejan pasar el tiempo alrededor del velador de un café. Alguno de ellos silba por lo bajo o, a ratos, canturrean y miran al suelo o escupen entre las piernas abiertas. Hay otros veladores vacíos, con los mármoles redondos y blancos destacando en la semioscuridad. Alrededor se ven sillones de mimbre colocados sin orden ni concierto.

—Ese Tirso era un fraile, ¿no? —pregunta a Juan un hombre viejo y calvo. Tiene un tenderete de caramelos al lado de donde está el chico con dos botijos, junto a la baranda de la boca del metro.

—Creo que sí.

—Lo digo por la sotana. Fíjate —dice el viejo, señalando al monumento que hay en el centro de la plaza.

—Ya.

—Las estatuas tienen la mar de gracia. La que hay en la glorieta de Bilbao, si la miras a contraluz, parece, mismamente, que el fulano está meando.

Unas prostitutas han llegado de las calles oscuras y esperan asomadas a la plazoleta, paradas en las esquinas, con los bolsos de piel colgados del brazo. Al poco, caminan y se quedan quietas en las aceras, mirando los coches que pasan. Tres muchachos muy jóvenes se paran unos pasos más allá.

—Venga, no te encandiles —dice uno. Tira de la mano de su amigo, que se vuelve.

—Si tenéis todavía los dientes de leche, desgraciaos.

Juanito y el hombre de los caramelos observan a los muchachos que se van.

—Si se levanta fresco me largo enseguida.

—Yo me iba de buena gana.

—Aguenta un poco, la hora de tu negocio empieza cuando llegan los borrachos con el resequillo —dice el viejo. Se ríe—. Pensaba que no venías esta noche. Tu madre estaba negra porque no llegabas a relevarla, chaval.

—Ya no soy tan chaval. Tengo dieciséis.

—Bueno, no te enfades. ¡Leñe de chaval! —recalca el hombre de los caramelos riendo.

—Usted siempre anda con ganas de broma.

—Cabréate y verás lo que adelantas.

Se mueven las sombras de las acacias con cada soplo de viento y, de tarde en tarde, pasa algún transeúnte.

Es cuando Juanito y el viejo ven llegar a las tres mujeres.

—Mira, éstas vienen hacia aquí.

—Sí —dice Juanito. Se adelanta, mirando sobre todo a Merche.

—¿Qué hay? No te conocía, chico, no te conocía de lo alto que estás —dice ella.

Maruja se ha quedado un poco aparte, observando a Juanito que está mudo delante de Asunción.

—Es la señora de aquel andaluz que iba a Lavapiés, el que venía con el médico...

—¿Te acuerdas de él? —interrumpe Asunción—. ¿Sabes qué fue de Antonio, de mi marido?

—El catalán pasó por Atocha en una expedición de presos. Estuvo en un campo, pero le soltaron. Le detuvieron después. Y cuando pasó por la estación le llevaban a un sitio, una cárcel que llaman de Guadalareal. Me dijo que iba también preso su marido. Pero no pude verle.

—¿No viste a mi marido?

—No... Sí que me acuerdo de él. Pero no lo bajaron del coche —dice Juanito, mirando todo alrededor—. Dieron el recado por teléfono en mi casa, a mi madre, y me acerqué a la estación, ¿sabes? —dice dirigiéndose a Merche.

—Sí.

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo viste a ese hombre en la estación de Atocha? —pregunta Asunción.

—Fue el verano pasado.

Lo dijo con seguridad. Porque se acordaba exactamente Juanito de todo lo que ocurría. El verano pasado, el del año 41, cuando se fueron los de la División Azul camino de Rusia. Recordaba aquellas manifestaciones de hombres con cara de muerto, arrastrando los pasos, y con los brazos en alto. Igual que recordaba otros veranos, el del 40 con el hambre, cuando comía sólo unas rajadas de melón al día. O como recordaba el verano del 39, cuando corrió por el barrio la noticia de que habían fusilado a más de cincuenta chicos y chicas de Cuatro Caminos, algunas niñas más jóvenes que él. Decían que los habían fusilado como represalia porque las guerrillas habían matado a uno o dos falangistas en la barriada de Tetuán.

—Claro que fue el año pasado.

Juanito ayudaba entonces, en el 41, en un taller de reparar automóviles. Y había regresado hacía un rato del trabajo. Se sentó a la puerta que daba al patio de vecindad. Vivían él y su madre en una casa del Puente de Vallecas. Había tenido que irse de Lavapiés casi nada más terminada la guerra. Y en reconstruir la casa de Carabanchel Alto, de momento no había ni que pensar.

Estaba entornada la puerta y corría fresco, aunque era un día de mucho calor. Se quitó la camisa y se puso a esperar a que terminaran de cocerse los garbanzos.

La madre del muchacho cosía debajo de un tragaluz. Por allí se veían los aleros del tejado y un rectángulo de cielo sin nubes.

—¿Qué haces? —preguntó, sin levantar los ojos.

Se oía hervir el puchero y las moscas volaban sin salir del haz de luz que entraba del tejado.

—Aquí parece que corre más el aire.

—No te pongas en el filo de la puerta, así, desnudo como estás.

Estaban en éstas cuando se oye abajo una voz. Se había levantado la señora Julia para cerrar. Llevaba la costura en la mano y dio la vuelta a la silla donde estaba Juan. Se oyó gritar, de nuevo, abajo y volvieron la cabeza los dos al mismo tiempo.

—¡Señora Julia!

—Es la tabernera que te llama —dijo el chico.

La madre, que ya tenía el picaporte en la mano, abrió la puerta y se asomó al pasillo.

—¿Qué quieres? —gritó por el hueco de la escalera.

—La llaman al teléfono.

Juanito oyó los tacones de su madre, escaleras abajo. La mujer casi nunca se quitaba los zapatos de tacón, ni para estar en casa, ni menos aún para salir a vender agua. Se puso de pie el muchacho y anduvo de un lado a otro por la habitación, hasta la pequeña estantería donde tenía los libros del colegio —ocho o nueve— y varias novelillas baratas. Miró a las moscas que daban vueltas.

Enseguida oyó, otra vez, los tacones de su madre. Subía deprisa las escaleras. Entró sofocada y casi sin aliento.

—¿Sabes quién era? —preguntó—. Llamaban de parte de ese médico catalán, el que ibais a ver el abuelo y tú al campo de concentración. Lo llevan preso para no sé dónde. Va a estar en la estación creo que un par de horas, en Atocha.

—¿Quién te ha dado el recaó?

—No sé. Llamaban de parte suya. Alguien que le habrá visto en la estación.

—¿En la estación has dicho?

—En la del Mediodía, en Atocha.

Juan se levantó. Cogió la camisa que estaba colgada, abierta, en el respaldo de la silla.

—Espérate a comer.

—No sea que se lo lleven. Enseguida vuelvo, madre —dijo mientras se ponía la camisa.

—Toma, llévale media libra de chocolate y una barra de pan. Es lo que tengo en casa. Y... ponte también la chaqueta. Según te veo el hato así te trato...

Retrocedió Juanito un paso y cogió la americana a cuadros que estaba sobre la cama turca que había al fondo. Se la echó al brazo.

Al salir le cegó la luz del sol. Las calles estaban muertas a las tres de la tarde. Fue buscando las sombras, pegado a los edificios. En pocos minutos llegó a la estación. No era hora de trenes y no había demasiada gente. Los mozos estaban sentados en los bancos. El chico pasó deprisa por una de las puertas, detrás de unos soldados que cargaban al hombro sus maletas. El empleado que picaba los billetes se le quedó mirando, aunque no le dijo palabra. Era un viejecillo flaco, con el reborde de la gorra empapado de sudor.

Juanito entró en el andén y se puso a mirar por todas partes, todo alrededor. Vio dos guardias civiles en la puerta de la sala de espera de tercera clase y se asomó.

Dentro había más guardias y sentados en los bancos diez o doce hombres, esposados de dos en dos. Una mujer y una chica de coletas hablaban con uno de los presos. Al lado había un guardia descansando sobre un fusil. Tenía el tricornio echado hacia atrás y le sudaba la cara y la frente. El hombre que estaba esposado junto al que hablaba con la familia miraba embobado, con la boca medio abierta, a la mujer y a la niña.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó uno de los guardias.

Juanito vio, en ese momento, al catalán que le hacía señas desde el otro extremo del banco.

—¡Juanito! ¡Chaval!

Volvió los ojos el guardia y vio a Federico que se había puesto de pie tirando del compañero al que iba unido por las esposas.

—Ah, ya. Pasa un momento —dijo el guardia.

Entró Juanito corriendo. Se paró delante de su amigo.

—¡Chaval!

—Hola —dijo. Se acercó más y le tocó la bocamanga.

—Ya ves, me llevan a Guadalarréal. Me cogieron en Cádiz cuando tomaba un barco para Canarias.

—¿Te ibas?

—De momento sí.

—¿Y van a hacerte algo?

—Tengo para unos años, no te preocupes. ¿Y vosotros?

—Bien.

—¿Y tu madre?

—Bien. El abuelo se murió.

—Vaya...

Juanito se dio cuenta, entonces, de que el guardia se había puesto detrás y de que le miraba distraídamente.

—¿Puedo darle esto?

Se volvió el chico y le enseñó el pan y la media libra de chocolate.

—Si se apaña... Y si no déjaselo encima del banco. Ya se lo meterán en el macuto.

—¿Trabajas? —le preguntó Federico.

—Sí. Estoy de aprendiz en un taller mecánico.

Se calló lo de que ayudaba a su madre a vender agua.

—Demonio de Juanito —dijo Federico sonriendo.

—No he vuelto a ver a ninguno de los que iban por Lavapiés en la guerra —dijo el chico.

—En el tren viene uno, pero lo han dejado en el vagón. ¿Te acuerdas de Antonio, aquel amigo mío que era andaluz? Tiene una condena gorda y le llevan a otro juicio.

El muchacho quedó un momento callado.

—¿Van a matarle? —preguntó en voz baja.

—Cállate de eso —dijo Federico—. Te encuentro mucho más alto que la última vez, hecho un hombre.

—Casi no me acuerdo del andaluz. Como no lo he visto después de la guerra...

—Claro, ¿y tú qué planes tienes?

—No sé.

—Tienes que estudiar, ¿sabes? Lo que sea.

—Sí.

Se quedaron otra vez callados y el muchacho volvió a tocarle la bocamanga de la sahariana. Federico le revolvió el pelo, con la mano que le quedaba libre.

—Demonio de Juanito.

La mujer que estaba con la niña de las coletas se puso a lloriquear. Luego, gemía con un ahogo.

—Tú no has hecho ná, Dios mío, tú no has hecho ná.

Un hombre y una mujer viejos, que iban del brazo, se asomaron a la puerta de la sala de espera.

—No se puede entrar aquí, lárquense —dijo un guardia. Se volvió a la mujer que lloraba—: Y ustedes, fuera. No puede uno hacerle favores ni a su puñetera madre —comentó.

La mujer y la niña se quedaron un poco a la puerta, mirando al preso, que estaba serio, vuelto hacia la puerta, tirando del brazo del compañero sujeto a su lado por las esposas.

—Tú largo también, chico.

Juanito, desde lejos, levantó la mano, saludando a su amigo. Reía y el sudor de la carrera que se había dado para llegar a la estación se le había quedado frío en el cuerpo.

—Adiós, Federico, adiós.

—Sí, fue allá hacia agosto y sólo pude ver a Federico un rato en la estación —dice Juanito.

La plaza está, si cabe, más solitaria y vacía. No queda nadie en la terraza del bar. Se fueron también las mujeres que tomaban el fresco en los bancos. Frente al cine se

asoman las prostitutas.

Asunción se apoya en el pretil de la boca del metro y se pasa la mano por la cara y el pelo.

—No puedo imaginarme por qué no habrá escrito Antonio siquiera una carta... No lo comprendo —dice. Mira a lo lejos, pensativamente.

—A mi madre le escribió una vez el catalán. Sólo les dejan escribir a las familias. No sé cómo se las apañó... Pero no decía nada de su marido.

—Por más vueltas que le doy... —dice Asunción.

Durante unos pocos minutos permanecen todos en silencio. Se acerca un hombre con mono azul y levanta el botijo; lo sopesa en la mano como para cerciorarse de que está lleno. Se pasa un rato bebiendo, cayéndole el chorro de agua en la boca apenas abierta.

—Está fresca. ¿Cuánto es?

—La voluntad.

—No tengo más remedio que irme a ese sitio, a Guadalquivir. Por más que quiero explicármelo... —dice Asunción, y mira al chico, interrogándole otra vez, pero vuelve enseguida la cabeza, rápidamente—. Me da miedo. Me da miedo pensar en lo peor.

—¿Cuándo se va usted? —pregunta Maruja.

—Mañana mismo, en cuanto pueda.

El hombre que ha bebido el agua mira a las mujeres mientras se busca con calma unas perras en el bolsillo del pantalón. Le da treinta céntimos al chico y se va.

El viejo de los caramelos ha estado todo el tiempo sin acercarse, aunque se nota que está escuchando. Mira a dos muchachas teñidas de rubio, con los cabellos casi negros que, cogidas del brazo, entran en el baile. Mueve significativamente la cabeza.

—Vaya... —dice.

Merche se ha vuelto, también, para mirar a las muchachas que entran en la sala de fiestas.

—Nos van a tomar por unas furcias de esas, como sigamos mucho rato aquí —dice, sonriendo, por decir algo.

—Si consigue entrar en la prisión, seguro que Federico le contará lo que buenamente sepa: si han trasladado a su marido o lo que sea —insiste el chico.

—Sí hijo, tengo que ir allí —dice. Mira a Juanito: la cabeza del chico, el mechón único de pelo que le cae sobre los ojos. Está Juanito agachado y se ha puesto a jugar con el asa del botijo. Asunción mira la plaza que le parece extraña y solitaria, muy vacía. Las sombras de las acacias se mueven con el aire, dan vueltas y vueltas.

—Está estropeándose la noche —dice Merche.

## VII

A la derecha de la carretera —detrás de los pocos árboles que hay pegados a las cunetas— todo es tierra árida, pedregales, lomas cubiertas de matojos. Al otro lado, en la lejanía más alta, se adivina un pinar. El día está claro pero, de tarde en tarde, pasan nubes grandes. Las ventanillas del coche van medio abiertas y corre aire.

Junto a Asunción viaja una mujer con gafas de vidrios transparentes, muy menuda y chupada de cara. No es vieja, pero viste sin cuidado alguno. Lleva una chaquetilla verde que pardea, rozada por las mangas, puesta sobre un vestido de color.

Están sentadas en los asientos de atrás y ven las espaldas de casi todos los viajeros.

—Ese de la mano escayolada es un oficial de prisiones —dice la mujer de las gafas. Se calla un segundo y, a continuación, sonrío dirigiéndose a Asunción—. Me he dado cuenta enseguida de que iba usted a ver a alguien a la cárcel.

—¿Sí?

—Es por el tiempo que llevo viniendo a ver a mi marido, ¿sabe? Se le nota que es usted forastera y además... Yo digo que hasta se nos nota en la cara y en la forma de mirar.

—Me dijeron que habían traído a mi marido aquí, hace más de un año. Se llama Antonio Blanco y es andaluz.

—No sé. Hay tantísimas gente... —dice la mujer—. Seguro que ese del brazo en cabestrillo lo sabe. Pero no se le ocurra preguntárselo ahora. Le dirá que él está fuera de servicio y que no tiene por qué darle información a nadie. Pregunte usted luego en la ventanilla —añade la mujer.

—No sé si acercarme a ese hombre, cuando se pare el coche en el primer pueblo.

—No lo haga. Para llevarse un sofión... Buen hijo de su madre será ese de la mano escayolada... Dicen que le fusilaron a su padre en guerra y bien se estará desquitando, bien —dice la mujer, en voz baja. Hace muchos gestos al hablar. Tiene unos ojos apagados que parecen más grandes, debajo de los cristales de las gafas.

—¿Llegamos con hora para ir a la cárcel?

—En este coche llegamos con hora para la comunicación de por la tarde.

Algunos pinos torcidos, con las cortezas reseca, se asoman al camino. Hay una recta que atraviesa un llano desierto.

—Tengo ya ganas de salir de esta indecisión.

En el asiento de delante va sentado un hombre mayor. Está fumando y se vuelve para mirar.

—Hable en voz baja —susurra la mujer de las gafas, apretando con la mano el

brazo de Asunción—. En Guadalarréal tienen a la gente, que usted no sabe...

La carretera penetra entre un grupo de casas.

—Este pueblo se llama El Villar.

El coche se para junto a una taberna que ocupa la planta baja de un edificio de dos pisos. Es un caserón aislado del resto del pueblo, pintado de almazarrón por la fachada que da a la carretera y encalado por las medianerías.

El hombre de la mano en cabestrillo se pone en pie. Está hablando con otro tipo gordo, vestido de negro, que viaja a su lado.

—No sé si acercarme... —insiste Asunción.

—Déjelo, dentro de un rato va a salir usted de dudas. No sabe cómo se las gastan y éste es de los malos. Don Miguel, creo que se llama.

Alrededor del coche de línea hay un grupo de chiquillos: seis o siete. Muchos son pequeños y van descalzos, con la ropa en andrajos. Un perro flaco, asustado, se arrima a olisquear las bolsas y los calcañares de los viajeros que bajan del autobús.

—¡Chucho!

—¿Quiere tomar café? —pregunta el hombre gordo al oficial. Le sonrío, señalando con todo el cuerpo torcido hacia la taberna o la fonda. Tiene la cara como congestionada, el cuello ancho y el blanco de los ojos enrojecido. Señala con sus brazos gordos y sus manos gordezuelas. Lleva chaleco de sastre y de uno de los bolsillos le cuelga la cadena del reloj de oro.

—No, gracias —dice el oficial.

—¿Fue un accidente?

—Sí, me caí en la prisión. Me he pasado unos días en Madrid rebajado, pero vengo a que me levanten la cura.

—Ya —se sonrío de nuevo—. La verdad es que le conozco a usted de vista. Tengo un comercio en la calle de Calvo Sotelo. Lo veo cuando pasar a coger el coche en la plazuela.

—Claro.

—Antes tenía poca vida esta cárcel, pero últimamente... ustedes tendrán mucho trabajo...

—¡Psch! En todos sitios pasa.

—¿No llevará mucho en el Cuerpo? Como es joven. Perdone que le haga tantas preguntas.

—Después de la Cruzada. Hice la guerra de oficial de artillería.

El tipo gordo le escucha muy atento, asintiendo con la cabeza.

—Verá... tengo un hijo que le gustaría ser militar, pero yo prefiero que estudie para ingeniero de caminos, canales y puertos. Gano, la verdad, algún dinero en los negocios, y me puedo permitir que estudie una carrera que rinda.

—Sí.

—Ande, ánimo. Tengo mucho gusto en invitarle a tomar café —insiste con una sonrisa. Empuja, levemente, en la espalda del oficial.

Bajan del coche y cruzan entre el grupo de chiquillos.

—Es mejor que espere a enterarse en la ventanilla. Cuando yo se lo digo... —dice la mujer de las gafas—. Ahora estará refrescando el buche y seguro que hasta le sienta mal que le mire la mujer de un preso.

No obstante, Asunción llega, por el pasillo del autobús, hasta colocarse frente a la puerta de la taberna. Se agacha para mirar. Realmente, la taberna tiene tres puertas con cortinas de colgajos, de palitos que chocan y se enredan unos con otros y suenan como a cristal, cuando entra y sale gente. En lo oscuro los hombres se apiñan alrededor del mostrador. A la puerta hay una niña con un pequeño en brazos. La niña aparta a manotazos las moscas que se comen la cara de la criatura. Entre los colgajos de palitos se asoma un gato.

Vuelve Asunción por el pasillo del coche, después de que ha echado una mirada.

—Si no me dan razón de mi marido, no sé qué voy a hacer, dónde enterarme — dice.

Podemos enterarnos por los que llevan más tiempo detenidos. No dejan pasar más que a los parientes cercanos, pero ya veremos cómo nos las apañamos para que hable usted con alguno.

—Quiero ver a un médico que está preso. Era amigo de mi marido.

—Me parece que he oído hablar de él —dice la mujer.

Asunción mira, intranquila, desde la ventanilla. Los chicos que merodean alrededor del coche dan saltos y tocan con las manos los bordes de las ventanillas.

—¿Me dan un cacho de pan? —dice una niña delgadita, rubia.

—Toma —dice la mujer de las gafas. Lleva en el bolso, además de un bocadillo para merendar, los pañuelos y un peine—. No sé cuándo vamos a terminar de pasar hambres —comenta.

El chófer y el cobrador han salido de la fonda y detrás va viniendo la gente. Los últimos viajeros que suben al autobús son el comerciante y el oficial de prisiones. Tiene plaza delante, en los asientos que llaman de «primera clase».

—Se va uno a olvidar de cómo era el café antes de la guerra —dice riendo el hombre gordo. Se estira con dificultad.

—Desde luego —dice el oficial. Se sienta despacio, con cuidado de no tropezar con el brazo en ninguna parte.

Los chicos se apartan para dejar paso al autobús. La niña con el pequeño en brazos, que estaba a la puerta, se ha acercado para ver cómo arranca el coche. También se asoman dos viajeros a la puerta de la taberna.

Enseguida atraviesan el pueblo y entran en la carretera general.

—Vaya traqueteo —dice el comerciante.

—Sí. La carretera está muy mal por este lado. Hay muchos baches.

Se callan. Pasan así un rato. Al oficial le venía a golpes la modorra. El ruido, el cansancio y el traqueteo del coche le caían dentro de la cabeza, como cuando en la guerra se dormía a caballo escuchando el repicar de la columna de artillería.

El ruido de los cascos de las caballerías venía repitiéndose horas y horas. Atravesaban, también, una tierra tortuosa, sin arbolado. Los escudos y las cureñas repicaban en los costados de los mulos. El polvo olía a estiércol.

Se detuvieron en un alto. La infantería mora estaba pegada a las cunetas. Había un repecho y, luego, se veían las primeras casas del pueblo. Eran filas de casas —a los lados del camino— y un cementerio con media docena de cipreses.

Desde lo alto del caballo, Miguel, amodorrado, se volvió y vio la columna que se había detenido asomando al alcor. Los artilleros seguían apoyados en los mulos, formando un grupo alrededor de cada carga. Había mucho silencio. Por el cielo, lentamente, volaba una bandada de tordos. De tarde en tarde se oía el grito de un pájaro.

Se acercó un soldado de la Plana Mayor, a caballo.

—¡Hay una bandera republicana en la iglesia, mi teniente! —gritó, y se alejó con el caballo al trote.

Sonaron dos estallidos secos y un mulo dio un salto y dobló las patas delanteras. Los moros se habían tumbado ya en las cunetas. Siguieron oyéndose más tiros.

El capitán de regulares iba en cabeza del primer pelotón y vino corriendo, hasta donde estaba detenidos los mulos.

—¡Descarguen la batería! —gritó Miguel.

Giraron los mulos —excepto aquel que estaba quieto, con las rodillas dobladas en el suelo— y los artilleros descargaron las piezas. Miguel escuchó, una a una, las voces de los sargentos:

—¡Primera pieza lista! ¡Segunda pieza lista! ¡Tercera pieza...!

Quedaron en fila los cuatro cañones. Miguel observó, de nuevo, el pueblo. Delante había unas acacias torcidas y sin podar y un parapeto de piedras, sobre el que flotaban los anillos de humo de los disparos.

—¡A cinco segundos, fuego!

Se estiraban y se encogían las bocas de los cañones. Las granadas empezaron a estallar contra las casuchas de la carretera. El humo no dejaba ver los árboles y el aire temblaba como un espejo roto. Todavía seguían hirviendo detrás del parapeto las nubecillas de los fusiles y de las escopetas. Un artillero dio un paso tambaleándose. Miguel lo vio caer y, entonces, se bajó del caballo y corrió hacia la primera pieza.

—Diez disparos por pieza. ¡Fuego rápido! —gritó.

Entre el humo vio algunos hombres corriendo, al otro lado del pueblo. De vez en cuando, un borriquillo abandonado emprendía el trote a campo través. Caía la tarde.

Era oscurecido cuando la columna de artillería cruzó el pueblo. Unas nubes de humo subían mansamente por el cielo morado, al final del caserío. Se oía el resoplido de los mulos, jadeantes, hambrientos. Había algunas casas en ruinas y en todo el pueblo no se veía un alma. Sólo, al llegar a la plaza, encontraron a algunos vecinos. En un balcón había colgada una colcha azul con una estampa del Sagrado Corazón de Jesús. En la acera se alineaban cinco o seis mujeres desgreñadas y un viejo.

—¡Viva Franco! —dijo una muchacha.

—¡Viva!

—¡Viva España!

—¡Viva!

Las otras mujeres rompieron a aplaudir, en medio del silencio. Era una plaza larga y grande, con casas de uno y dos pisos, pintadas de cal. En las tapias todavía había letreros de propaganda política, que no podían leerse con la escasa luz.

El capitán, con una patrulla de soldados moros, estaba a la entrada de la calle. También había un teniente español, delgadito y despechugado.

Miguel levantó la mano, para indicar a la pequeña columna que se detuviese.

—¡Alto! —dijo.

El capitán le salió al paso.

—Sigan. Luego, cuando acampen junto a la carretera, venga si quiere a tomar café.

A los lados del camino, cruzado ya el pueblo, se adivinaban unas eras. Se oía sin parar el canto de los grillos.

—Parece que se van a pasar esos grillos cantando toda la vida, parece que los asan vivos.

El autobús avanza despacio por el trozo lleno de baches. En la primera curva hay una casilla de peones camineros, junto a la cual han plantado unos girasoles. Luego hay unas tierras pobres de labor, fuertecillos. Tres hombres que trabajan la tierra levantan la cabeza, dejan las azadas clavadas en el suelo y se enderezan para mirar la marcha del coche.

—A mi marido lo pescaron el día que terminó la guerra —dice la mujer de las gafas—. ¿Usted es andaluza? —Sí.

—Ya decía yo.

—¿Dice usted que es andaluza? —pregunta otra mujer delgadilla, que viaja en el asiento que hay al otro lado del pasillo. Se sienta en el borde y dobla el cuerpo para hablar en voz baja.

—Sí señora.

—También va a la prisión —afirma la mujer de las gafas—. Tiene allí a su marido.

—Sí hija, sí.

Es una mujer con el pelo muy moreno y liso, con ojos pequeños y negros. Mueve la cabeza.

—Le preguntaba si era andaluza porque mi marido estaba destinado en Jaén durante la guerra.

—Soy de la provincia de Granada.

—¡Ah! ¿Tiene preso a alguien?

—No lo sabe de seguro —dice la de gafas—. Para eso viene a Guadalquivir.

—Hay dos cárceles. ¿Va a la central o a la provincial?

—Me dijeron que un amigo de mi marido estaba en la central. Allí iré.

Quedan calladas y se vuelven para mirar por las ventanillas.

En un altozano se ve un grupo de casas: un pueblo del color de la tierra. Por un camino que desemboca en la carretera viene un carro tirado por una mula cansina y flaca, que sacude el cabezal cada dos pasos. Un chiquillo, que hace de arriero, vestido con pantalones de hombre y camisa remangada, saluda agitando la mano.

## SEGUNDA PARTE

LA CÁRCEL  
(fragmento)

*Nací en la cárcel, hijos. Soy un preso de siempre.  
Mi padre ya fue un preso. Y el padre de mi padre.  
Y mi madre alumbraba, uno tras otro, presos.*

ÁNGELA FIGUERAS AYMERICH  
*Los tiempos difíciles, 1953*

## VIII

Fue un verano muy caluroso. Los campos estaban amarillos y polvorientos. Por las grietas del vagón de mercancías precintado se veían los taludes del tren, quemados y humeantes de trecho en trecho. Las tierras, después de la siega, aparecían rapadas y llenas de cardos secos. A las estaciones salía poca gente, sólo algún perro o algún chiquillo.

Los presos llegaron ya atardecido. Antonio aprovechó para acercarse a Federico, en el momento en que les bajaban del vagón de mercancías. Era un estribo alto. Se acercaban a la puerta, de dos en dos. Iban esposados por parejas, y bajaban con cuidado para no lastimarse las muñecas con las esposas. Con la mano que les quedaba Ubre arrastraban los macutos o las maletas. Algunos llevaban como único equipaje una manta atada con cuerdas. Les hicieron alinearse a lo largo del andén, en una sola fila. Tenían los rostros cansados y se colocaron de mala gana.

—¿Cuántos forman? —preguntó el sargento de la Guardia Civil.

—Treinta y cinco.

La estación estaba casi vacía. En el banco había un hombre durmiendo y una mujer vieja apoyándose en una muchacha mal vestida, que tenía los labios embadurnados de carmín. Al otro lado surgía un laberinto de vagones de mercancías, arrimados en las vías muertas. Un chico descalzo cruzó recogiendo trozos de carbón a medio quemar.

—No sé cuándo van a terminar, cuándo me van a dejar tranquilo en un sitio de una vez —dijo Antonio.

Los civiles llevaban los tricornios y los barbuquejos puestos. Eran lo menos diez. El sargento se colocó frente por frente de los presos.

—Contesten por el segundo apellido.

Se puso a pasar lista, deprisa, ayudándose con el dedo índice para seguir los nombres.

—Manuel Hernando...

—¡López!

—Pedro Retamar...

—¡Castejón!

—Federico Vidal...

—¡García!

Cuando salieron de la estación apenas quedaba claridad del día. Tiraron por una calle mal empedrada, atravesando la ciudad medio a oscuras. Siempre esposados de dos en dos, marchaban sin poder bracear, como en un trote, con los bultos en la mano

que les quedaba libre. Tres mujeres y un chico con guardapolvo caqui, manchado de salpicaduras de lejía, se asomaron a una tienda de comestibles. Cruzaron los presos una calle más ancha, en cuesta. En las aceras había gente que miraba; salían de los portales y de las tabernas. Había un trozo de calle sin luz eléctrica. Todas las casas parecían una única edificación, una tapia larga y blanquecina. Los guardias con los fusiles en la mano retrocedían a veces como recontando a los presos.

—Se me clavan las esposas en las muñecas —dijo el que iba de compañero con Federico.

Era un tipo de cara fina, el pelo lacio y pinta de enfermo. Parecía muy joven. Federico se arrimó más a él. Marchaban con los brazos juntos, casi apoyándose el uno en el otro por no clavarse los hierros. Su andar, esposados y con los bultos como iban, se hacía fatigoso.

—¿Estás mejor?

—Seguro que se me van a quedar las marcas, lo tengo en carne viva.

Continuaron un rato grande sin hablarse, medio dormidos, por una calle larga y oscura. El cielo estaba raso, de color morado. Brillaban las primeras estrellas. Había una calle casi sin casas, con desmontes.

—¿Cuándo llegamos?

—Aquella es la cárcel.

—¿La conoces?

—Soy de aquí, he vivido desde chico, menos los años de la guerra —dijo el muchacho.

Se detuvieron pegados a una edificación grande e indefinida.

Se oía la respiración jadeante de la gente. Mientras, el sargento se acercó y llamó golpeando la puerta con la culata del fusil.

—¿El oficial de portillo? Traigo una expedición de reclusos.

Empujados por los guardias entraron en un vestíbulo pequeño y lóbrego, sin ventanas, que recordaba un convento. Había una bombilla eléctrica muy alta. Apenas cabían allí los treinta y cinco presos y los guardias. Olía a humedad y a rancho.

—Fórmelos y vamos a pasar lista. Que contesten por el segundo apellido —dijo el que debía de ser oficial de prisiones.

Los presos se pusieron derechos. Federico había caído de nuevo junto a Antonio. Tiraron de sus compañeros de esposas para ponerse juntos.

El oficial empezó a pasar lista en el mismo orden que la otra vez. Tenía una voz chillona. Era un hombre bajo, con bigote recto y fino pegado al labio. Le oían despacio, aburridamente.

—Manuel Hernando...

—¡López!

—Pedro Retamar...

—¡Castejón!

—Federico Vidal...

—¡García!

Los civiles se colgaron los fusiles al hombro. Estaban impacientes. Una vez que hubo terminado la lista, el oficial de prisiones y el sargento se acercaron a una mesa para firmar el parte.

—¿Viene desde Madrid?

—Desde Alcázar.

—¡Puff! —sopló el oficial de portillo.

Salieron cuchicheando hacia la puerta. Los guardias les habían quitado las esposas a los presos e iban detrás, hablando entre ellos.

El oficial de portillo se volvió. Habían salido dos funcionarios.

—Que formen de a dos y llevarlos al Centro de Vigilancia.

Era un pasillo ancho, mal iluminado, con el suelo limpio y brillante. Los presos iban arrastrando los pies, con los bultos al hombro. Llegaron a un espacio donde desembocaban tres galerías. En medio había una garita grande, acristalada toda alrededor, en alto sobre una especie de entarimado. A la puerta se asomaron otros dos oficiales que llevaban desabrochadas las guerreras largas de color caqui. Tal vez eran de menos categoría y se abrocharon. El chico que había estado esposado con Federico dejó caer al suelo su hato de ropa. Se le escurrió de las manos.

—Conforme les llamen contesten por el segundo apellido —dijo uno de los oficiales, el más alto.

El catalán llevaba al chico cogido del brazo, pero le soltó cuando llegaron al Centro de Vigilancia. Antonio se quedó más atrás, con los brazos caídos.

—Parece que esto no va a acabar nunca —dijo.

Fueron acercándose de uno en uno, al empezar la lista.

—Manuel Hernando...

—¡López, hijo de Manuel y de Josefa!

—Celda número ocho.

—Pedro Retamar...

—¡Castejón, hijo de José y de Encarnación! —susurró el chico.

—Celda número ocho.

—Federico Vidal...

—¡García, hijo de Federico y de Dolores!

—Celda número ocho.

A Federico y a Pedro les pusieron juntos. En la celda ya había cuatro hombres, dentro, acostados en petates extendidos en el suelo. Con los que llegaban eran siete hombres, pero sólo tenían petate los antiguos. Echaron las mantas en el suelo, en silencio. Algunos de los que estaban acostados se incorporaron y miraron a los otros. Apenas quedaba sitio libre.

—Yo ocupo bien poco —dijo un tipo flaco que estaba echado junto a la puerta—. Podéis meter conmigo al muchacho, a mi lado.

Era una celda alargada. Al fondo había un ventanuco en lo alto, cerca del techo, que daba probablemente a la galería. Las paredes estaban encaladas y en un rincón había un retrete: un agujero en el suelo y unas huellas de cemento para poner los pies. Se oían pasos en la galería, y un portazo cada vez que los funcionarios dejaban a un grupo de hombres en otra celda.

Federico se envolvió en la manta y se tumbó en el suelo. Se acordaba de Antonio y, a pesar del cansancio, tardó mucho rato en quedarse dormido.

Más de un mes se tiraron en aquella celda. Cuando tenían calor se echaban en el suelo y así se pasaban las horas muertas. Entonces fueron descubriendo que la celda tenía grietas en la pared, por donde se había levantado la capa de cal. También había una pequeña mancha húmeda con bordes oscuros y el suelo de cemento tenía varios trozos raídos, cerca del retrete. El olor era muy fuerte, de día, y entonces tiraban varios cubos de agua.

En un mes no los sacaron de la celda para nada. Había un tiempo de siete días, que llamaban «periodo sanitario», y otras tres semanas de «observación y conducta».

Tenían que pasear. A pesar del cansancio y del hambre se ponían de pie. Paseaban primero uno y luego el otro, el suelo de punta a punta. Corrían por turnos, o hacían como que corrían, avanzando apenas, en aquel espacio tan pequeño. Se sentían mejorados, más tranquilos. Federico cerraba los ojos cuando iba arriba y abajo de la celda. No querían pensar en nada y, luego, se sentaba a descansar. Se tiraba a todo lo largo, con las piernas abiertas en el cemento.

Por fin, un día los sacaron para hacerles la ficha. Llevaban los mismos trajes que cuando llegaron a la prisión: camisas o chaquetas viejas y arrugadas, que tenían necesidad de zurcirse ellos mismos. El oficial había salido un momento y dos presos que estaban destinados en la oficina tomaron a Federico las medidas de todo el cuerpo: la altura, la distancia de brazo a brazo, el perímetro del pecho y el tamaño de los pies. Le untaron los dedos de la mano de tinta grasienta para marcarles las líneas dactilares.

—¿Eres médico? —le preguntó el preso que estaba de escribiente.

—Sí.

—Si tienes suerte, te darán un destino en la enfermería, de interno.

—Me da lo mismo.

—Te libras de hacer limpieza o de estar horas y horas en el patio, haga frío o calor.

Federico marcó las huellas en un papel. Luego, preguntó por Antonio.

—¿Vino en vuestra expedición?

—Sí. Traía ya una condena de muerte.

—Lo sacaron para otro juicio pendiente y luego lo han llevado a la provincial con otros seis. Aquí no pueden dejar a todos los de la Pepa.

—¿Qué?

—Los de la pena de muerte. Le llaman así.

—¿Lo habrán fusilado ya?

—No lo sé.

A Pedro y a Federico los colocaron en la misma brigada y como Pedro tenía a su madre de sirvienta en Guadalarréal, recibía paquetes, aunque de tarde en tarde, y los repartía con el catalán. Comían un poco de pan con una sardina o un plátano, después del cacillo de rancho, de coles con arroz o de garbanzos con coles. Iban tirando.

La nave donde dormían era una sala grande. Había doscientos hombres. A cada lado de la pared extendían en el suelo una hilera de petates y otras ocho en el centro. Cuando los presos extendían los petates, después del toque de silencio, tenían que dejar pasillos para que los oficiales pudieran entrar a hacer el recuento cada noche y para que los presos salieran al retrete. El retrete estaba en la misma nave, pero separado del dormitorio por un tabique que llegaba hasta mitad del muro. Por la noche, la nave permanecía cerrada. Había una cancela que daba a la galería y al otro lado dos ventanas también enrejadas, altas, que asomaban al patio.

Quedaba encendida una bombilla toda la noche en el centro del dormitorio. Persistía una medio penumbra en la que apenas podían distinguirse el rostro, las facciones. Sólo continuaba en pie el que estaba de imaginaria, aunque algunos que no tenían sueño se sentaban en los petates para hablar en voz baja y otros miraban a las ventanas altas por las que se veía la noche. A Federico, de tanto ir de un lado a otro, le parecía que siempre había una cárcel dentro de otra cárcel, y dentro de otra...

—¿Qué dices de los de la Pepa?

—En la provincial la noche que menos lo esperan van los oficiales con la lista de la Auditoría, de celda en celda, y se llevan a unos cuantos. Los otros tienen siempre la esperanza de que les van a indultar, pero la mejor noche, ¡zas! —dijo uno.

Ni escriben a la familia —dijo el que estaba de imaginaria—. Era ya un hombre viejo, de frente grande, con entradas que le brillaban en la semioscuridad.

—Yo no sé escribir, es lo bueno que tiene —dijo en broma otro hombre, que se había acercado a gatas desde la fila inmediata de petates. Tenía las piernas blancuzcas y andaba en calzoncillos—. ¿Me dais un cigarro? Es para matar el hambre —dijo.

Federico se buscó en el bolsillo de la camisa. No se quitaba la camisa para dormir. Sacó una petaca con picadura.

—Toma.

—Sí, abrevia, vete a tu sitio —dijo el imaginaria—. No sea...

—Yo llevo más de dos meses sin carta. A mis hermanas se les agarrota el palillero en la mano para poner cuatro letras.

El imaginaria se había puesto en pie y se dirigió, escuchando, hacia la puerta.

—Callaros, le toca al cabrón de don José hacer el relevo. No habléis.

Quedaron en suspenso, quietos, y luego los que no estaban en sus puertas volvieron deprisa, gateando hacia sus petates. Se tumbaron todos y, al momento, se oyó el ruido de la llave y el chirrido de la puerta al abrirse. El dormitorio estaba

increíblemente silencioso.

—A ver. ¡Imaginaria!

Federico miró desde el petate al oficial, que era un hombre joven, delgadito y con el pelo rizado.

Se acercó el imaginaria. Le brillaba la cara y la frente. Se paró en posición de firmes, en medio del pasillo.

—¿Quién hablaba?

—No he oído a nadie.

Dio unos pasos el oficial por el pasillo, entre los petates. Al llegar junto al preso pareció dudar un segundo, pero luego le sujetó por el cuello de la camisa con la mano derecha.

—Te voy a entubar por una temporada, ¿sabes? ¿Tú eres Menéndez?

—Sí, don José.

—Diez días de bayeta, ¿entiendes? Diez días.

Le empujó y el imaginaria se tambaleó y cayó de bruces entre los que estaban durmiendo, aunque se puso enseguida en pie. El otro oficial se acercó a su compañero.

—Bueno, te los entrego a todos —dijo en broma.

—Si de mí dependiera...

Movió la cabeza. Siguieron andando los dos oficiales hasta el final del pasillo, entre los petates. Don José se puso a contar los hombres que dormían. El otro le seguía distraídamente.

—No se ve ni cantar —dijo.

Por lo alto de las ventanas pasaban nubes redondas, blanqueadas por la luna.

Los presos hacían la mayor parte de su vida en el patio. Los bajaban muy de mañana y allí se pasaban el día, hasta el oscurecer. Comían y cenaban al aire libre. Formaban, con los platos de hierro y las cucharas sin rabo en la mano. Se pasaban un rato esperando, pero no protestaba nadie. Parecía que los hombres no entendieran nada de lo que ocurría a su alrededor, de lo que había pasado, ni de lo que estaba pasando. Nadie sabía bien qué día era, qué año o qué mes. Por eso ocurrían las cosas más insólitas. A veces parecía que los oficiales y los funcionarios no fueran gente de carne y hueso.

Cuando estaban formados solía bajar el oficial de servicio. Llegaban los perderos y ponían las perolas, mugrientas y llenas de rancho caldoso y humeante, en el suelo, en el espacio que quedaba delante de la formación.

—¡Firmes! —decía el vigilante.

—Pueden cantar —decía el oficial, seriamente.

Frente a los presos se colocaba uno de los funcionarios. Levantaba las manos en el aire como para empujar la voz, y rompían a cantar los himnos; los himnos de ritual se llamaban. Todos los hombres seguían firmes, con el brazo en alto, cantando y

saludando delante de las perolas.

—No bajar los brazos y gritar. ¡Eleva más la voz!

Los vigilantes sacaban a algunos hombres de la formación y les ponían aparte para que continuaran cantando durante todo el tiempo que duraba la comida. Se oía el soniquete monótono de los que cantaban los himnos una y otra vez. El pequeño grupo, tieso en mitad del patio, podía ser de sólo dos o tres hombres, perdiéndose su voz, ahogándose entre el murmullo de la comida y el ruido de las cucharas contra los platos metálicos.

En el paseo, durante las horas vacías, la gente vagaba de un lado a otro, de pared a pared; dejaban los ojos perdidos, la mirada en cualquier parte. Pocas veces sostenían una conversación sobre algo concreto. Por lo general no hablaban mucho y discutían entre ellos por la menor causa, por cosas pequeñas. Todo lo que pasaba les parecía anormal. La realidad estaba por encima, muy lejos, de lo que habían imaginado nunca, de lo que les habían contado.

Lo peor era no saber siquiera qué día, qué año o qué mes estaba transcurriendo por el calendario. Dentro, siempre la bombilla eléctrica encendida, y sin poder mirar a lo lejos, al horizonte.

—Daría cualquier cosa por que pudiéramos mirar el mar —dijo Federico—. Me acuerdo de Tarragona. El mar es como la libertad —añadió—. Me acuerdo de cuando tocaba las olas. Pensaba que venían de Grecia, de otro mundo.

Daban vueltas, pegados a las sombras en el verano, siguiendo las sombras de los muros.

Así se pasó el verano y llegó el otoño. Cuando llovía, como el patio estaba atestado de hombres, los que llegaban primero se amontonaban debajo de las marquesinas de fibrocemento que tenía el patio en un rincón. Otros, los que no conseguían sitio, se quedaban fuera calándose hasta los huesos, arrimados a la puerta de las galerías. Aunque estuviera abierta no se atrevían a entrar o, si estaba cerrada, a aporrearla con los puños.

Aquel año descargaron unas tormentas muy largas. El cielo se pasaba encapotado toda la tarde. Se ponía a llover y parecía que no iba a terminar nunca. Los presos que estaban en la zona descubierta se agolpaban a la entrada de la galería, esperando a que abrieran la puerta. Se empujaban para ocupar los primeros puestos. Lo peor era cuando le tocaba a don José de servicio. Los vigilantes la emprendían con los vergajos y atrancaban la puerta. Siempre dejaban un rato a la gente remojándose.

—El oficial ha dicho que no paséis hasta que no guardéis el orden.

Les caía el agua fría por todo el cuerpo. Seguían los presos un rato, como aguantando bajo una ducha.

Don José mandaba abrir y la gente retrocedía con miedo, temblando, hacia la lluvia.

—¡A formar! —mandaba desde dentro.

Se ponían los hombres firmes aguantando el agua. Pasaba así un rato, y luego iba

llamándoles por filas. Si alguno se precipitaba le volvían atrás para que siguiera mojándose.

Permanecían tiritando en las galerías mientras duraba el temporal y, después, nuevamente, los volvían a golpes hacia el patio, para que el aire y el calor del cuerpo les secaran las ropas.

Pero, en ocasiones, había una mejor vida, porque al menos se olvidaban de ellos. El tiempo iba a más frío. Los vigilantes ni siquiera hacían caso de los presos. Después de la cena venía don José y se metía en la garita del patio. Se ponía pegado a los cristales, mirando distraídamente, hurgándose los dientes con un palillo.

Era casi oscurecido. Caía una lluvia menuda y fría. Se veía la lumbre de los cigarros y el vaho de las respiraciones de los presos.

—¿Por qué esperará este hijo de...?

—Nos meterán antes de que se haga de noche, tienen miedo a que nos perdamos alguno —dijo Federico.

—Lástima que no se perdiera uno de veras...

—¿Qué día es hoy? —preguntó Pedro.

—Qué más da. ¿Por qué?

—Dicen que los alemanes han llegado a las puertas de Moscú, de Leningrado y de Stalingrado, que de seguro ganan la guerra.

—¡Bah! —dijo Federico.

—¡Callaros! Si os oye algún chivato... —dijo uno que estaba al lado de ellos. Se apartó.

—Nadie nos atrevemos a nada. No sé lo que ha pasado, pero todos estamos como borregos y la gente deja hasta que la lleven a matar a chorros —dijo Pedro.

Sabían noticias por uno que estaba destinado en la ventanilla, o por otro de la oficina.

—Franco no habría ganado de no haber sido por los nazis y por Mussolini. La guerra de ahora es una continuación de la de España, y acabará en España, ¿no? —preguntaba Federico, como inseguro.

Y llegaba el invierno. Por las tardes hacía mucho frío en el patio. Fue cuando Pedro agarró una pulmonía. Dijo que le dolía el pecho. Se había pasado tosiendo toda la tarde.

Federico se acercó a la puerta de la garita acristalada y llamó con los nudillos. Los cristales estaban empañados, porque dentro tenían un brasero. Estaban allí don José y un funcionario moreno que había llegado hacía poco a la prisión.

—Hay un muchacho que está muy enfermo.

—¿Tú eres médico? —preguntó con sorna el vigilante.

—Sí, señor.

—Tú ahora eres un recluso más —le cortó don José. Se puso en pie precipitadamente. Era un poco más bajo que Federico.

—Puede ver usted mismo que el muchacho está malo.

—Llámeme don José, ¿entiende? —alzó la voz—. Que se apunte mañana a reconocimiento.

Se asomó a la puerta, vio a tres o cuatro presos que se habían quedado un poco apartados del resto del grupo y miraron hacia la garita. Al oficial se le demudó la cara de rabia.

—Sacúdales a aquéllos —dijo.

El funcionario se acercó con el vergajo en la mano y dio un golpe a bulto a los que estaban más cerca. Todos retrocedieron y se mezclaron con la masa de hombres.

—Le voy a mandar a celdas. Le daré parte al director de que está usted arremolinando a la gente. ¡Váyase! ¡Váyase! —gritó. Se puso pálido. Tenía los labios secos, y se los mojaba de saliva. Apenas atinaba a hablar.

Pedro sudaba y tenía mojado todo el cuerpo. A ratos tiritaba y notaba la vista velada, soñolienta. Por la noche le dio mucha fiebre y, por fin, se lo llevaron a la enfermería.

Federico se pasó cinco días en una celda de castigo, una celda parecida a aquella en la que estuvo su primer mes de prisión, pero más pequeña y húmeda, con el techo abovedado y lleno de telarañas.

Estaba solo y, para distraerse, con un trozo de cal que se había desprendido de la pared pintó un mapa en el suelo, como cuando era chico.

## IX

Pedro estuvo tres meses en la enfermería. Era una época muy mala en la cárcel y la comida resultaba más escasa que nunca. Los hombres enflaquecían y estaban siempre lampando por un mendrugo de pan.

—¿Qué día es?

—Yo qué sé.

Se pasaban los días preguntándose lo mismo, consultando el calendario. Llegaba ya la primavera cuando, sin que nadie supiera por qué, llamaron a Federico y le dijeron que iban a darle un destino en la enfermería como interno a las órdenes del médico de la prisión.

Formaba con los otros presos a las horas de las comidas y para pasar lista, pero el resto del día se lo pasaba en la enfermería.

La enfermería era una nave grande, con un vestíbulo a la entrada que llamaban el despacho, donde el médico recibía a los presos que se habían apuntado a reconocimiento. Había una mesa y cuatro sillas. Del vestíbulo se salía a un comedor de baldosas blancas, al cual se asomaban las puertas con rejas de algunas celdas. En cada celda de estas se apiñaban tres o cuatro camas estrechas, de hierro, con la pintura saltada. Había sábanas, pero las almohadas no tenían funda. Eran cabezales de tela de colchón. Al fondo del pasillo, a la derecha, estaba el quirófano y, a la izquierda, la cocina de la enfermería, cuyas ventanas, también con rejas, daban a un patio pequeño y desnudo.

El médico de prisiones era un hombre calvo y con dentadura postiza, que se las daba de caritativo. Se llamaba don Mariano Beño.

—A ese Pedro Retamar Castejón le salvé yo de la pulmonía, pero tiene mala salud. Es un tipo muy flojo. Menos mal que es de aquí y que le mandan algún paquete, que si no...

Por entonces recibió Vidal la primera visita de su hermana. Fue ya en mayo del cuarenta y tres. Le avisaron de que tenía comunicación. Por las ventanas altas, enrejadas, se oía piar alocadamente las primeras golondrinas.

—¿Qué día es hoy?

—Cinco de mayo —dijo el que había traído el recado.

Salieron en fila todos los presos y ocuparon su puesto detrás de una tela metálica tan tupida, que ni siquiera por ella cabían los dedos. Había muchas mujeres con trajes de colores. Federico sintió que tropezaba con un mundo insospechado que casi había olvidado ya. Estuvo buscando con los ojos. También había entre los visitantes dos o

tres hombres viejos y muchos chiquillos que gritaban.

—¡Celia!

Vino ella corriendo hasta colocarse frente por frente, detrás de otra tela metálica. Federico la reconoció, aunque le parecía que estaba muy cambiada, más alta, quizás por los zapatos, y mayor, con las facciones lejanas por la luz y por las telas metálicas, como si no correspondieran a la persona que él esperaba ver. En medio quedaba el pasillo por el que paseaban los funcionarios de prisiones, de una punta a otra.

—¡Oye!

Oyó su voz lejana.

—¡Frederic!

—Chica, ¿qué hay?, Celia, no te esperaba. No decías nada en la carta de cuándo...

—Sí, he venido. Tú estás bien, te encuentro muy bien. He venido por los pelos. Tengo que estar el lunes en el laboratorio donde trabajo, ¿sabes?

—¿Estás en un laboratorio?

—Sí.

—Vaya...

Tenían que hablar muy alto para entenderse.

—¿Y Paquita? ¿Y los niños? ¿Y Jordi?

—Bien, muy bien. Oye, me decías que tenías destino en la enfermería...

—Sí, desde hace poco tiempo. Te noto más delgada. ¿Te pasa algo?

—No. Estoy bien. ¿Recibiste el paquete?

—Sí.

La gente hablaba cada vez más alto. Gritaban. Había que gritar para entenderse. El funcionario cruzaba deprisa, como si no escuchara nada.

—¿Habéis vuelto a tener algún contratiempo? ¿Os molestaron más después de lo de mamá?

—No, no —dijo Celia.

Se quedó con la mano levantada cuando pasaba el vigilante. No querían hablar catalán por no llamar la atención. Aunque daba igual. Porque cada vez arreciaban más las voces de la gente. Tenía la cara apretada contra la tela metálica y el pelo negro le caía en la frente.

—No, no pienses en ello. No sufrió nada, nos lo han dicho. Ni se dio cuenta. Fue por detrás, cuando se apeaba del coche en la puerta misma del cementerio —dijo—. No hemos podido hablarlo contigo —añadió ahogándose.

Le notaba la cara desencajada, pálida.

—Sí, déjalo. ¿Sabéis algo de Francia?

—No escriben.

—Sí. Aquí sabemos algunas cosas —dijo, sonriendo, forzado, haciendo gestos.

El funcionario se paró un momento. La gente gritaba más y más. Un niño lloraba en el otro extremo del locutorio.

—Es una guarra, te lo digo —dijo una mujer de al lado.

—Te mandamos una lata de aceitunas, de las del pueblo, de cornichuelo.

—Dile que venga, que quiero hablar con ella cara a cara.

—Al niño le he mandao con los abuelos. Allí tienen más posibles, hay más que comer.

—Al pequeñín, al Mariano.

—Ay, Virgen Santísima. Virgen del Amorhermoso. ¿Cuándo vas a salir?

—¿Cuándo...?

—No. No quiere ni saber de nosotros...

—¿Qué has dicho?

—Pienso venir en agosto o septiembre, para más días —dijo Celia—. Seguro, ¿sabes? Tú cuídate. Te mandaré algún paquete.

—Si podéis... Bueno. No es por mí.

—Sí, sí, podemos. La casa estaba a mi nombre y...

—Bueno, si podéis, bueno.

—Te he dejado unas cosas en la ventanilla.

—¿Qué dices?

Sonó el timbre y arreciaron aún más las voces. Algunas mujeres habían levantado en alto a los chicos. Los presos veían a los chiquillos con los brazos abiertos, al otro lado de las telas metálicas. Apenas había luz en el locutorio y la gente se veía como detrás de una niebla espesa. Federico miró los colores de los trajes de las mujeres, los colores muy vivos, violentos, que se derretían entre la multitud del locutorio. Le parecía un mundo lejanísimo, que se deshacía.

—¡Adiós, papá!

—¡Padre! Mira, aquí.

—¿Qué? ¿Qué decías?

—¡Adiós! ¡No te preocupes!

—Te escribiré antes, para avisarte —gritó Celia. Agitaba la mano. Reía y arrugaba la cara nerviosamente. A Federico le pareció que ella estaba llorando o haciendo esfuerzos por no romper a llorar.

—¡Adiós, noieta, adiós! —dijo.

Un oficial se asomó detrás de los presos y dio dos palmadas.

—Venga, venga. Fía terminado la comunicación.

Federico volvió a la enfermería. Andaba como un sonámbulo. Estuvo pegando unas etiquetas en unos frascos. Se le pasó el rato sin sentir. Le parecía que aún estaba viendo a la gente, a los visitantes que gritaban, con las caras desencajadas. Enseguida tocaron fajina y tuvo que salir al patio. Formó detrás de Pedro, con el plato de hierro en la mano.

—¿Qué tal están los tuyos? ¿Te ha traído tu hermana algo de comer?

—Sí, nos ha dejado un paquete.

—Estábamos ya sin meriendas —dijo Pedro.

Pocos días después llegó una expedición de cincuenta y tantos presos políticos. Llegaron cuando los patios estaban llenos de gente y se enteró todo el mundo. Se supo que venían algunos condenados a muerte; catorce o quince. Aunque a toda la expedición la llevaron directamente a las celdas, se produjo entre los veteranos mucha inquietud. Durante varias semanas la gente tuvo los nervios de punta. Por las noches estaban siempre escuchando por si oían abrir las celdas de las pepas. Casi nadie había visto a los nuevos, ni sabía cómo eran, pero hablaban de ellos a cada momento.

—¿Los llevarán a la provincial?

—A lo mejor sí y ya ni Dios volverá a hablar del asunto —dijo Pedro.

—Cuando estuve en Jaén, la cárcel estaba llena de pepas, y se ahorcaban por las noches. Los imaginarias sujetaban a los que querían ahorcarse, pero una vez se ahorcaron también los imaginarias. Por la mañana las vigas del techo estaban llenas de colgajos —dijo uno.

—No paran las cosas, ni pueden pararse nunca —se atrevió a decir Federico.

—Dicen que los alemanes están jodidos en Rusia, en Ucrania, en Leningrado, donde está la División Azul que envió Franco, como una división nazi más, y en Stalingrado —dijo otro.

—No habléis tan alto.

—Toda la comida se la llevan los alemanes. Franco les ayuda o les paga ahora —dijo Pedro—. Eso me ha contaó mi madre.

—Me fastidia pasarme el día pensando cómo llenar este rodalito —dijo Menéndez, tocándose el estómago.

—Hay a muchos que les llegan las ideas más por el estómago que por la cabeza —dijo Federico, sonriendo.

—Lo que te viene por el rodal es la mala leche; las ideas te vienen luego, creo yo —dijo Pedro.

El humor de la gente fue estropeándose según pasaban los días, las semanas. La comida era cada vez peor y más escasa. Además, mientras estuvieron en la cárcel los condenados a muerte, se redobló la vigilancia. El director ordenó que se colocaran garitas en el interior de la prisión. Garitas de madera montadas sobre torreones provisionales de obra de ladrillo. Había una en cada patio y otras en el corredor que daba a la cocina, que era al mismo tiempo un camino para llegar a las celdas de las pepas. Estaban guardadas por soldados.

A veces los reclutas llamaban a los presos y les gastaban bromas, cuando no estaban presentes los funcionarios.

—¿Cómo os arregláis con las mujeres, presos?

—Mejor que con el estómago, guripa —decía Menéndez.

Había, sobre todo, un preso que llevaba mucho tiempo en la cárcel, decían que desde el mismo día en que estalló la guerra, aunque antes había estado en otra prisión. Le llamaban «el loco» porque se pasaba el día sin hablar, paseando de un lado a otro

y sin mirar a nadie. Parecía que buscaba algo en el suelo y los oficiales le tenían casi siempre de «bayeta», castigado por no agruparse a tiempo en las formaciones o por no contestar a la hora de la lista. Era un tipo moreno, de barba cerrada, cargado de espaldas. Había sido maestro de escuela. Tenía un andar cansino. Iba de punta a punta por el pasillo de la cocina, arrastrando los pies, con la bayeta en la mano, restregando aquí y allá.

Los centinelas le dejaban llegar hasta cerca de la cocina y, algunos, se mofaban de él.

—Loco, loco.

El preso se volvió. Le miró con los ojos que se le salían de las cuencas. Nunca decía nada, pero aquel día se encaró con el centinela.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

—Loco, di algo, loco.

El hombre tiró al suelo la bayeta y dio dos pasos hacia la garita. Era ya asomando al fogón, donde hervían las perolas del rancho.

—¡Desgraciao! ¡Tira el fusil! ¡Tira el fusil! —gritó alzando los brazos a lo alto, al soldado—. ¿No te da vergüenza hacerle guardia al hambre? —gritó.

Se le atragantaban las palabras y tuvieron que sujetarle los mismos presos que estaban destinados en la cocina. Le salía la saliva a espumarajos por la boca y tardó mucho rato en serenarse.

El soldado era un chico menudo, de pocas carnes y nariz afilada. Se pasó la guardia nervioso y serio. No se quedó a gusto hasta que le relevaron de la centinela.

Por fin se llevaron a todos los condenados a muerte a la prisión provincial. Pero destinaron más gente a los dormitorios y ya no cabía ni un alfiler. Las comidas seguían siendo malas y se anunciaba un verano tan caluroso y seco como el anterior.

—¿Qué día es ya hoy?

No parecía pasar el tiempo. A mediados de agosto Federico recibió una carta de su hermana diciéndole que iría para septiembre a visitarle y que pasaría varios días en Guadalajara.

—Procura que no te entube para entonces ese desgraciao de don José. Sé bien mandado —dijo Menéndez.

Una noche, cuando ya estaban casi todos durmiendo, se abrió la puerta del dormitorio y entró un funcionario. Hacía un rato que habían hecho el recuento. Sería más de la una de la madrugada y les cogió a todos de sorpresa. El imaginaria despertó a Federico.

—Un oficial se ha caído y se ha roto un brazo.

—¿Quién?

—Ha sido don Miguel, venga usted enseguida —dijo el funcionario, desde el pasillo entre los petates.

Había un olor espeso en el dormitorio. Una masa de cuerpos en el suelo respiraba ahogadamente. La bombilla daba poca luz y parpadeaba de vez en cuando. Federico

se vistió de prisa y para llegar a donde estaba esperándolo el funcionario tuvo que saltar varios petates que no guardaban alineación.

No recordaba, de momento, quién era don Miguel; pero enseguida cayó en la cuenta de que era uno alto, que parecía muy amigo de don José, que por aquellos días no aparecía por la cárcel.

—No está el médico de prisiones. Se fue a Madrid —añadió el vigilante.

Salieron de la nave y el oficial volvió a cerrar la cancela. Echaron a andar corredor adelante y bajaron las escaleras agarrándose en el pasamanos. Apenas se veía. Atravesaron la cárcel que estaba en completo silencio. Fueron un buen rato sin hablar, uno al lado del otro. Al llegar al último corredor, la luz eléctrica había dejado de parpadear y lucía con más fuerza.

—¿Le han llevado a la enfermería?

—Sí, está en el quirófano.

Entraron en el quirófano —al espacio de enfermería que llamaban así— y Federico se acercó a don Miguel sin decirle palabra. El oficial tenía un gesto de dolor. Era un tipo más bien delgado, con cara de pocos amigos. Había también allí otro oficial rubio, pecoso, y un preso que hacía las veces de practicante, desde hacía poco tiempo.

El médico cogió a don Miguel por la mano y le hizo poner el codo sobre la mesa. Siguieron todos callados, observando con detenimiento.

Don Miguel fumaba ansiosamente. Estaba sentado en la mesa de operaciones. Con la mano sana dejó el cigarrillo consumándose en el borde de la mesa, que era de madera, cubierta por un hule blanco clavado de tachuelas. Puso un gesto de dolor, de rabia, y se echó hacia atrás.

—Me hace mucho daño —dijo.

Federico le miró y volvió a intentar apoyarle el codo.

—Me hace usted polvo. Si es que no sabe usted... lo dice y me deja en paz.

Retiró la mano y quedó con la cabeza un poco baja mirándose el brazo.

—Como no se comporte de otra manera, no podré hacerle nada. Tendremos que dejarlo —dijo Federico. Se dio cuenta de que el otro oficial y el vigilante continuaban expectantes, como desconcertados y sin atreverse a decir palabra.

Volvió a coger, de nuevo, a don Miguel de la mano y a apoyarle el codo sobre la mesa. El cigarrillo se consumía, estaba quemando el borde de la madera y Federico lo tiró al suelo empujándolo con el dedo.

—Es que no puede curarme... —cambió un poco el tono furioso de su voz.

—Yo tengo que hacerlo —dijo Federico—. Lo mejor que sepa.

Don Miguel intentó de nuevo, tímidamente, retirar la mano, pero Federico se la retuvo con fuerza. Se aguantaron un segundo las miradas, casi rencorosamente. Don Miguel resoplaba y se mordía los labios. Clavó los ojos en el hule blanco de la mesa.

Federico intentó doblarle con cuidado los dedos. Luego, le tocó con cuidado el antebrazo.

—Es muy claro. Hay que escayolar.

—¿Se atreve usted a escayolarle? —preguntó el funcionario que había ido a llamarle al dormitorio.

—Naturalmente. Pero es él quien tiene que decirlo —dijo Federico con voz reposada, impersonal.

Don Miguel miró un instante a Federico que seguía a su lado, impasible.

—Me duele mucho —murmuró, dirigiéndose a los otros funcionarios—. Que me haga lo que sea.

Federico le estiró el brazo sobre la mesa y se notaba que el oficial, despacio, hacía un esfuerzo para no quejarse. Sudaba y empezaba a sentir el brazo como si estuviera dormido, con un dolor continuo.

—Prepara la escayola y trae un rollo de venda —dijo Federico, volviéndose al practicante.

—Enseguida.

—¿Quedará bien? —insistió el oficial pecoso.

—Es una rotura muy clara. Primero hay que unir y, cuando le quitemos la escayola, quizás tenga que darle unos días de masaje y hacer un poco de ejercicio de movilización —dijo Federico, sin mirarle.

Los oficiales tenían veinticuatro horas de servicio y, luego, libraban dos días seguidos. Miguel se iba por la mañana, en cuanto hacía el relevo, incluso antes de que llegara el director. Pocas veces desayunaba en la prisión. Sin embargo, aquella mañana esperó a que llegara el suplente, don Victoriano. Entró a verle a su despacho, con el brazo escayolado.

El director nuevo se puso de pie y dejó el periódico sobre la mesa. Era un hombre grueso, con bigote cano y ojos hundidos. Tenía la nariz de porra, llena de espinillas. Y Miguel procuraba no mirarle a la cara.

—Ya me han dicho. ¡Vaya mala suerte! Le dolería de lo lindo. Quédese en Madrid hasta que tenga que venir a quitarse la escayola.

—Lo que usted opine...

—Ya hablaremos y daremos parte. ¿Quiere que le acompañe alguien?

Salió hasta la puerta del despacho, hasta el descansillo de la escalera. Era una escalera pina que bajaba haciendo caracol hasta el portillo. El oficial que estaba de servicio también se empeñó en que le acompañara alguien.

—Espérate al coche —dijo.

—Déjame. Voy más tranquilo paseando. Tengo ganas de que me dé el aire.

Tenía que andar entera una calle solitaria y mal empedrada antes de llegar a lo que propiamente podía llamarse la ciudad. La calle quedaba desnuda entre unos desmontes de tierra arenosa, cortados a pico. No había ni una sombra. A mitad del camino, sobre el paredón de la derecha, se abría una cueva donde había vivido gente el pasado invierno: un hueco arañado en el desmonte, con el dintel ahumado por

alguna lumbre que habrían encendido dentro.

Miguel miró hacia arriba, hacia la cueva abandonada. Andaba deprisa, deseaba alejarse lo antes posible de la cárcel. Cuando llegó a la parte céntrica de la ciudad se sintió más tranquilo. Pasó una muchacha con un vestido ligero y Miguel le miró los brazos y la curva de las nalgas. Faltaba casi una hora para que saliera el primer coche de línea en la plazuela. Junto a la parada de autobuses había un cafetucho, que era a la vez taberna. Cuando llegaba con tiempo, solían entrar allí a tomar café. Tenían cafetera exprés. Al fondo había tres toneles vacíos, delante de dos veladores de mármol blanco con sillas plegables alrededor. El mostrador era la mitad de cemento y la mitad de cinc. Un hombre calvo y grueso, que estaba fregando unos vasos, levantó los ojos cuando vio entrar al oficial con el brazo escayolado.

—Hombre, ¿qué le ha pasado a usted, don Miguel?

—Ya ve, nada importante: una caída.

—Cuánto lo siento.

—Me pasaré unos días sin venir a la prisión y arreglado. —Sonrió sin ganas. Estaba harto de repetir la historia del brazo roto.

Quedaron callados un instante.

Pidió una cerveza y se asomó a la puerta, con el vaso en la mano. Pasaron otras dos muchachas. Tenían aspecto de campesinas, las piernas recias y musculosas. En la casa de enfrente el balcón estaba abierto de par en par. Se veía una habitación atestada de muebles de estilo español, recargados de relieves y de cortinas. Había una mujer agachada, como fregando el suelo. Miguel tenía ganas de que llegara el coche de línea. Desde hacía un poco de tiempo empezaba a cansarle el ambiente de la ciudad y de la cárcel.

—Se ponen buenas las mujeres en el verano, ¿verdad, don Miguel? —sonrió desde detrás el camarero—. Hay que ver cómo mueve el trasero con el fregao del suelo esa criada del señor alcalde.

## X

—Bueno... No sé siquiera si me he presentado a usted en el coche —dice la mujer de las gafas—. Me llamo Águeda.

—Yo Asunción.

Siguen andando las dos mujeres, camino de la cárcel, por la calle que cruza entre los desmontes. El cielo está encapotado y parece que va a llover de un momento a otro. Un poco detrás, en grupo, vienen cinco o seis mujeres y tres chiquillos. Hablan a voces, como regañando.

Es un edificio de ladrillo. Tiene tres pisos. Las ventanas de la planta baja están tapiadas con panderetes de rasilla sin enlucir. Sólo en el tabique más próximo a la puerta hay abierta una ventanilla.

—Diciendo que es su mujer, verá usted como le dan la razón —dice Águeda.

A cada lado de la puerta de la cárcel hay un guardia civil, descansando sobre el mosquetón. La entrada es un zaguán oscuro. Mira Asunción, de paso, desde fuera.

Tres mujeres que llevan en la mano paquetes envueltos en papel de estraza con los nombres y apellidos de los presos escritos guardan turno delante de la ventanilla.

—He comprado unos higos secos en el mercado y unas pasas. Son más baratos que en Madrid —dice una.

—Yo le hago rosquillos. Compró harina y le frío una fuente de rosquillos; es lo que sale más arreglao —dice otra.

Siguen hablando de sus cosas.

Asunción y Águeda se ponen en la fila. Las que van delante entregan, una a una, los paquetes al funcionario y van dando los nombres para que las apunten para la primera comunicación.

Águeda le deja sitio en la ventanilla.

—Venga, ahora le toca a usted —dice. Interviene cuando ve a Asunción que está dudando—: Quería enterarse si entre los presos está su marido —añade.

Se asoma la cara del funcionario: una nariz fina y unos ojos indiferentes.

—¿Cuál es el nombre del preso?

—Antonio Blanco Quilez —dice Asunción, rápidamente.

—¿Cómo?

—Antonio Blanco Quilez.

—Espere un rato. Le contestaré a usted antes de que llamen a los de la comunicación.

Quedan aguardando las dos mujeres, arrimadas a la pared del edificio, que está todavía caliente del sol. Pero ahora sopla un viento fresco, casi frío. Se agradece el

calor del muro en la espalda y en las palmas de las manos.

—Si no nos llaman pronto, nos vamos a mojar. Me ha caído una gota —dice Águeda.

—No lloverá por ahora. Sopla mucho aire —dice otra mujer.

Se acerca la de pelo negro que venía en el coche de línea. Ha llegado con el grupo que marchaba detrás, por la calle entre los desmontes.

—Hola, ya estamos aquí. Como siempre —dice—. Esas que venían conmigo por la calle, casi todas llegaron en el tren de esta mañana. Creo que traía mucho retraso.

—Y otras hemos dormido aquí, en Guadalquivir, hija —comenta una mujerona chata—. Bien fastidiadas estamos.

Van pasando todas las mujeres por la ventanilla para dar sus nombres y, ahora, se quedan a la puerta de la cárcel en grupos pequeños, formando corrillos.

Asunción mira a las mujeres. Ve cruzar, delante, sus ojos oscuros, sus rostros encogidos, anhelantes, casi alegres. Le parece conocerlas, no sabe de dónde, del camino del pueblo, de Granada o del tren, o, quizás, de aquel barrio bajo de Madrid, de la plaza llena de gentes que parecían ahogarse.

Sopla más fuerte el viento. No se arranca a llover. Por la calle que desemboca a la prisión entre los desmontes vienen remolinos de polvo.

—Voy a acercarme ya —dice Asunción.

—Bueno, vaya a ver.

Águeda se asoma a la ventanilla, detrás de Asunción. No hay nadie aguardando. El funcionario está dentro, hablando con otro hombre.

—¿Miró si ya estaba Antonio Blanco Quilez entre los presos?

—No, aquí no está. Hemos mirado la lista por dos veces.

Asunción se queda muda, sin saber qué decir, la cabeza volcada dentro de la ventanilla.

—¿Seguro? —pregunta Águeda.

—Claro —dice el funcionario, medio encogiéndose de hombros.

Asunción se ha apartado de la ventanilla. Quedan muy cerca, con la espalda apoyada, nuevamente, en el muro de la cárcel. La otra le toca en el brazo.

—¿Cómo dijo que se llamaba ese médico amigo de su marido?

—Federico Vidal.

Águeda se va hacia las otras mujeres, deprisa. Pregunta de corrillo en corrillo.

—Oigan. ¿Hay por aquí alguien de la familia de Federico Vidal?

—¿Conocen a alguien que sea de la familia de Federico Vidal...? —Sigue sola, abriéndose paso entre la gente—. ¿Me hacen el favor? ¿Alguien conoce a la familia de Federico Vidal? La familia de Federico Vidal, uno que es médico...

Asunción va detrás de Águeda. Se acerca una muchacha mayor, alta y bien vestida. Lleva un traje blanco de corte de sastre y un bolso de paja trenzada.

—Yo soy hermana suya, hermana de Federico.

Asunción le sale al encuentro y las dos mujeres quedan frente a frente.

—¿Uno que es médico?

—Sí.

—Mi marido era amigo de su hermano. Yo no le conozco, pero me dijeron en Madrid que iban los dos juntos cuando trajeron a su hermano a esta cárcel... No he sabido nada de esto hasta hace unos días, ni he podido enterarme antes, por muchas razones.

—Ya me lo imagino —dice la muchacha. Se le notaba el acento catalán.

—He venido aquí a buscar a mi marido y ahora...

—Terminan de decirle en la ventanilla que no está en la cárcel —le interrumpe Águeda. Mira con aire compasivo a Asunción.

—Me gustaría hablar con su hermano, pedirle que me contara lo que sepa...

—¿Se ha apuntado usted ya para la comunicación? —pregunta Águeda.

—No. He llegado ahora mismo —dice la hermana del médico.

—Cuando se apunte diga que viene con otra persona más. Diga que esta mujer es también de su familia. Si les entra usted con simpatía, como va arregladita... Las dejarán pasar juntas.

—Bueno... Aunque ayer me apunté yo sola. No sé qué dirán...

—Las dejarán pasar, ya verá usted.

La hermana de Federico Vidal se dirige hacia la ventanilla. Asunción la sigue, un poco retirada.

—No sé nada de él desde la guerra —murmura.

—Aguarde usted aquí. Es mejor que no la vea el funcionario de antes —dice Águeda. La sujeta del brazo y se queda a su lado.

Asunción siente una angustia que la ahoga, y mucha impaciencia.

Aunque caen algunas gotas gruesas y separadas, no se decide a llover.

—Es una tormenta de aire —dice una mujeruca.

Unas cuantas mujeres se han quedado alrededor de Asunción, mientras regresa la hermana del médico. Bisbisean entre ellas, hacen gestos de afirmación, se miran. Se dan todas la vuelta cuando ven llegar a la otra muchacha.

—No han puesto ninguna pega. Podrá entrar conmigo, no se preocupe —dice.

Los pájaros vuelan rozando el suelo. Asunción mira su reloj de pulsera. Algunas mujeres van y vienen y se asoman, de vez en vez, al zaguán de la cárcel. Se paran a mirar desde fuera, entre los dos guardias civiles. Un chico se agacha en el suelo. Juega a meter en un hoyo unos huesos secos de albaricoque. Una muchachita delgada, vestida de negro, de piernas flacas y sucios los tobillos, está mordiéndose las uñas. Sólo hay un hombre viejo, que se ha quedado cerca de la ventanilla, fumando un cigarro gordo de picadura. Asunción mira a la gente y siente que se pone nerviosa. Nota como si el tiempo estuviera quieto. Ahora se pone a mirar, de nuevo, el vuelo rasante, disparado, de los pájaros.

—¿Cuándo nos llaman?

—Enseguida.

Al poco sale un funcionario a la puerta, con una lista en la mano, y se pone a leer nombres: María Bermúdez, Carmen García, Celia Vidal y una persona más, Petra Requejo, María del Rosario Durán, Concepción Fernández, Dolores Morales...

Las mujeres entran, corriendo, empujándose unas a otras, con los chiquillos en los brazos. Pasan entre los guardias civiles, dando voces, bulliciosamente, llamándose por sus nombres, contándoles a los niños, diciéndoles cosas de sus padres, de los hombres de dentro. Pero cuando se encuentran ya en el interior de la cárcel, en la penumbra, callan, guardan silencio y sólo se oye un tropel angustioso de pasos, como un rodar de piedras.

## XI

El locutorio está lleno de mujeres. Ven llegar a los presos en fila, por detrás de las telas metálicas. Distinguen a los hombres oscuramente.

—Está allí —dice Celia.

Continúan juntas, abriéndose paso entre la gente.

—Allí.

Recorren casi todo el locutorio. Muchas mujeres se han arrimado ya a las rejas y Asunción y Celia tienen que empujar y hacerse sitio, hasta colocarse frente a Federico.

Asunción le mira y sólo atiende a él, al rostro del hombre en la semioscuridad, sombreado por las telas metálicas, demasiado lejos.

—Sabes... Es la mujer de uno que es amigo tuyo.

—De Antonio Blanco —interrumpe Asunción. Apenas puede distinguir su rostro—. ¡De Antonio Blanco! —repite gritando.

—Dice que es un amigo tuyo, uno andaluz...

—Sí. ¡Antonio Blanco!

No deja de mirarle, con los ojos abiertos y redondos. No deja de mirarle y va ganándola el silencio y siente que se le mete dentro. Le late todo el cuerpo, las sienas. Se arrima más a la tela metálica. Se empina echada sobre la reja.

—¿No le conoce? Dígamelo.

Arrecia el bullicio y la gente grita cada vez con más fuerza. Se mezclan las palabras de los que hablan cerca. «¿Y la Adela? Dile que venga, que me voy a hacer viejo, que no se la ve el pelo». «¿Oye? ¿Escucha? Pepito quería venir». «¿Sabéis algo de Conde, de Gallego?». «A México. Creo que cruzó el charco y se fue». Ve Asunción a la gente con los ojos fijos, las mujeres volcadas sobre las mallas. Y vuelve a buscar la cara de Federico.

—¿No me oye? Le he dicho Antonio Blanco —grita—. ¿No le conocía? ¡Dígamelo! ¿Es que no me oye? —tartamudea.

—Cálmese —dice Federico.

Le ha oído hablar remotamente. Le ve moviéndose nervioso y llevarse las manos a la cara.

—¿Qué le ha pasado? —grita Asunción.

—Sí, le conocía. Le trajeron aquí conmigo, en mi misma expedición.

Asunción tiene las palmas de las manos y la cara clavadas sobre la tela metálica.

—¡Dígamelo!

—Ya no va a arreglar nada, cálmese.

—¿Lo mataron? Dígamelo, dígamelo —repite sin fuerza. Se ahoga al hablar. Cierra los ojos y aprieta la cara, las manos, las yemas de los dedos, contra los alambres. Le oye decir: «Hace ya más de dos años». Le mira de nuevo, el rostro del hombre, nublado, borroso, como si le viera con los ojos llenos de arena. Se pasa la mano por la cara y por los ojos y sigue mirando, sin verle, ciega por las lágrimas que le saltan, le revientan en el cristal de los ojos. Nota el brillo de las lágrimas y oye a la gente que habla a su alrededor constantemente. «Tengo el tiempo hecho un lío, pero fue hace ya más de un año».

Celia le ha echado la mano por la espalda. Asunción tiene todo el cuerpo temblando, caliente y cubierto de sudor.

—Mujer —murmura Celia—, mujer...

—Mi Antonio —dice Asunción. Y rompe a gemir despacio. Abre los párpados, de vez en vez, inútilmente. Se ha apartado un poco de la tela metálica. Oye, de nuevo, mezcladas, las voces, las conversaciones de las mujeres con los otros presos. «Se va a la mili, sí. Siguen pidiendo quintas». «Dile que venga, que me voy a hacer viejo». «Lo peor es lo de Joaquinito, lo del chico de tu pobre hermana...».

Celia le da un pañuelo y le ayuda a pasárselo por los ojos. Están medio abrazadas.

—¿Qué le pasa? —pregunta una mujer de al lado, una delgadita.

—Su marido... Se ha enterao ahora mismo de que se lo fusilaron —dice Celia.

—Pobre.

La otra mujer se dirige, de nuevo, a su hombre. Asunción ha abierto los ojos. Ve, fugazmente, cómo hacen gestos con la mano, señalando. El preso que está al lado de Federico la mira también. Es un hombre alto, cargado de espaldas. Otra mujer, pelirroja, se ha vuelto. El vigilante que pasea de un lado a otro entre las dos telas metálicas tuerce la cabeza, va volviendo la vista, la cara muy afeitada, según cruza delante de Asunción. Tiene bigotillo, la cara vacía, indiferente, ajena a lo que pasa.

—¿Cuándo fue? —pregunta Asunción.

—Fue en septiembre. Yo me enteré bastante después. Fui imaginándomelo. No podía hacerse nada.

Se miran Celia y Asunción. Siguen juntas, rozándose los hombros.

—A nuestra madre también le tocó, ¿sabe? —dice Celia.

Y Asunción baja la vista.

—¿Sí? —dice sin fuerza, mecánicamente.

—¿Vive ahora en Madrid? —pregunta Federico, por preguntar algo, con otra voz. Asunción levanta los ojos.

—Se fue a la guerra y no he vuelto a verle, ¿sabe?

—Sí. Lo sabía.

—Me hubiese gustado verle, siquiera un rato.

Se quedan callados. Federico está nervioso, retorciéndose las manos. Hay mucho ruido. A cada momento parece aumentar el vocerío del locutorio. Grita:

—Si me dan permiso le escribiré alguna vez, por medio de Celia. No se amilane.

Se vuelve para mirar a su hermana.

—Dale ánimos, que no se amilane.

—Claro... —dice Celia.

—Le escribiré alguna vez, ¿me oye?

—Sí. Gracias.

—¡Que no la vean llorar! —grita.

—Sí.

Se sorbe la nariz y, otra vez, se pasa las yemas de los dedos por los ojos. Suena un timbrazo largo, agudo, por encima de todo el murmullo. Y los gritos crecen, ahora, hasta desbordarse. Los presos se mueven detrás de las telas de metal; bailan de un lado a otro.

—¡Escucha! Dile a la Adela lo que te he dicho, díselo.

—Sí, vendrá, la traeré.

—¡Mira! ¡Escucha! Que tengo que verla, que...

Asunción se da cuenta de que tiene que marcharse. Le da miedo.

—¡Que no la vean llorar! —repite Federico.

—Sí.

De nuevo suena ahora un timbrazo y más voces y gritos. Un niño llora en alguna parte.

Los vigilantes que están en el pasillo, entre las dos telas metálicas, se ponen a dar palmadas. Suena otra vez el timbre.

—Ya han tocado, ya es la hora —dice la mujer de al lado.

—A ver si la próxima vez te dan la comunicación por una sola reja —grita el hombre que está hablando con ella.

—Te traeré a la chica, cuando pase le invierno.

Asunción siente miedo. Le parece que va a quedarse sola para siempre. Ve a todos los presos agitando las manos, diciendo adiós, y los claros que va dejando la gente que se va.

—Si vuelve por Madrid no deje de ir a ver a Juanito, a ese muchacho. Cuénteme cosas del chico, cuando me escriba. Y... No se amilane. ¡Tenga ánimos! —grita Federico—. Ya me dirás mañana...

—Sí —dice Celia.

—¡Adiós!

La gente de varios pasos y, algunos, de pronto, se vuelven desde la mitad del locutorio. Las mujeres levantan a los chicos en vilo. Se ven los chiquillos braceando en el aire.

—Adiós... Adeu, Frederic —grita Celia.

Asunción continúa parada. Ve cómo los presos se alejan por el pasillo, en fila, con las caras vueltas y levantando las manos. Ya no hay nadie detrás de las telas metálicas y se echa a temblar.

## **TERCERA PARTE**

SIN SABER CÓMO  
(fragmento)

...  
*la esperaba, y ella,  
la vieja voz del pueblo  
volvió a sonar en mí,  
sonó, sonó, porque  
también el sordo oye  
la campana que ama.*

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO  
(de *Seis poemas*, 1957)

## XII

Miguel se detuvo un rato en el bar-taberna que había junto a la parada del coche de línea. El comerciante que había viajado a su lado tenía prisa por llegar a su casa y se fue. Miguel se sintió más tranquilo, aunque, al mismo tiempo, estaba aburrido. A veces le pasaba como si Guadalquivir se le cayera encima. Vio a las mujeres de los presos que se iban por la calle adelante, acortando, hasta los desmontes donde estaba aquella cueva ahumada, con huellas de hogueras.

—¿Ya de vuelta, don Miguel? —le preguntó el tabernero.

—Sí. Me encuentro muy bien. Yo creo que si no fuera por la escayola movería el brazo como si nada.

—Vaya...

Le pareció bien esperar un tiempo que calculaba más que sobrado para que hubieran entrado a la cárcel las mujeres del coche de línea. Se había fijado en las mujeres. Siempre miraban con el rabillo del ojo a los oficiales. Y, además, le molestaba la hora de las visitas. Eran las cinco de la tarde.

—A lo mejor va a haber tormenta —dijo el tabernero.

—Pronto tendremos el frío encima.

—Sí, adiós veranillo.

Se asomó Miguel a la puerta, con la copa en la mano. Siempre lo hacía, por ver pasar a la gente; pero fue inútil, no transitaba nadie. También estaban cerrados los balcones de la casa de enfrente. Pegándose al cristal miró hacia la izquierda, por la leve pendiente arriba de la calle. Lejos, se veían dos o tres personas arrimadas a la acera, a la puerta del comedor de «Auxilio Social». Era un edificio pintado de azul, con balcones corridos. Había una bandera que se movía en el aire.

—Si quiere mando un chico a la plaza a que le busque el taxi, ¿eh, don Miguel?

—¿No lo habrán alquilado?

—No creo. A la hora que es...

—Bueno, mándeme por él; no sea que llueva.

Se sentó Miguel. Arrimó una silla plegable a uno de los veladores que había arrinconados junto a los toneles vacíos. Estuvo esperando a que volviera el chico con el coche de punto. Mientras tanto entraron dos hombres. Pidieron vino blanco y unas aceitunas. Hablaban en voz baja y Miguel no podía oír lo que decían. Se notaba que eran forasteros. Desde donde estaba sentado podía ver un trozo pequeño de calle, aunque no se había dado cuenta de cuándo salió el chico a buscar el taxi. Vio unos papeles que revoloteaban por la calle. Hacía mucho aire. Los hombres del mostrador se reían de vez en vez, estallaban a reír de repente, como si se contaran chistes.

—Ha empezado bien el Atlético este año, ¿no creen? —les preguntó en voz alta el tabernero.

—Sí —dijo uno. Era alto, moreno, con algunos dientes de acero. Había dejado en el suelo un maletín pequeño.

—¿Representa algo? —preguntó el tabernero.

—No para usted. Traigo crema para los zapatos y sidol —señaló al maletín—. ¿Qué decía del fútbol?

—Que ha empezado bien el Atlético esta temporada...

—Sí, cada día hay más afición por el deporte.

—Lo que es yo, voy a colgar una pizarra para poner los resultados los domingos. Luego, en el invierno, se aburre mucho la gente en Guadalquivir. No tienen otra distracción —dijo.

El chico llegó al poco con el taxi. Entró corriendo, sofocado, con los pelos revueltos del aire.

—Está ahí a la puerta, don Miguel.

Miguel miró al muchacho y se buscó unas perras en el bolsillo del pantalón. No se había fijado hasta entonces en el chico. Era rubio y flaco, con cara de pícaro; pero a la vez como miedoso y tímido. Estiró el chico un poco la mano, con la palma hacia arriba, sin apartar el brazo del cuerpo.

—Gracias, don Miguel.

El tabernero salió de detrás del mostrador y se asomó a la puerta.

—Oiga, sírvanos otros vasos —dijo, al verle salir, uno de los hombres.

—Esperen.

Salió hasta la misma acera de la plazuela.

—Que se mejore del todo, don Miguel —dijo.

El taxi era un Citroen muy viejo, con capota, como los de Madrid. El chófer se bajó a abrir la portezuela.

—Le llevaré despacio, para que no vaya a lastimarse —dijo como sin ganas de hablar.

—Si no me estorba más que esta leche de escayola.

Caían algunas gotas y el viento sacudía la bandera que había en lo alto de la calle, en el balcón de «Auxilio Social».

—¿Quién es? —repitió dirigiéndose al tabernero.

—Es un oficial de la prisión central.

—¡Ah!, coñe —dijo el representante.

Cuando el taxi llegó a la puerta de la cárcel y paró, Miguel notó una especie de inquietud. Se bajó deprisa, sin preocuparse demasiado del brazo inútil, incluso tropezó con la portezuela, y se dio cuenta de que le dolían un poco los dedos al intentar el juego de la mano.

Los guardias civiles se cuadraron y le hicieron el saludo con el mosquetón. Miguel pasó de largo, sonriendo.

—Hola, Manolo. ¿Estás de portillo?

—Sí. ¿Qué tal te encuentras?

Se levantó Manolo y le puso la mano en la espalda. Le dejó la mano abandonada en la espalda, sin fuerza. Era aquel oficial rubio, de cara pecosa.

—Ya ves. Creo que estoy bien. ¿Está el director?

—No. Le toca a Pepe de jefe de día. Me parece que anda en la cantina.

Oyeron dentro el toque de fajina, como si viniera de lo hondo de un pozo.

—¿Tocan ya para cenar?

—Sí. ¿Qué hora te crees que es? —miró Manolo su reloj de pulsera.

—Se me hace raro, después de tantos días...

—Vaya bicoca que te has buscao con lo del brazo —sonrió y volvió a tocarle en la espalda—. Vaya bicoca.

Miguel entró por el pasillo que iba a la cantina. En la otra punta del corredor, pasado el Centro de Vigilancia, oía el murmullo de los hombres en el patio y, luego, un gran silencio. Escuchaba el ruido de sus propios pasos.

—Firmes ¡Arr! —oyó dentro—. A cubrirse ¡Arr! —Siguió, por delante de la puerta de los locutorios, que estaban vacíos, medio a oscuras. Había un olor a rancho, a sudor, como siempre.

Se había pasado casi quince días en Madrid. Vivía solo con su madre, en un piso grande de la calle Sagasta. Era una casa muy tranquila. Tenían una criada vieja que le llevaba a Miguel el desayuno a la cama todas las mañanas, cuando el señorito estaba en casa. Llamaba a la puerta, con los nudillos, a eso de las once.

—Pase. ¿Y mi madre?

A esas horas su madre solía estar en la iglesia y Miguel, después del desayuno, se bajaba a un bar de la glorieta de Bilbao. Se quedaba allí hasta que le entraban ganas de almorzar. A Miguel no le importaba que su madre sé pasara la mañana entera en la iglesia; pero en esta ocasión tenía que esperarla para que le ayudara a vestirse.

—¿No le importa ayudarme, Engracia?

—Claro que no me importa, señorito.

La mujer estuvo esperando a la puerta del baño, mientras Miguel se lavaba. Luego, le puso la camisa y le abrochó los pantalones. Le hizo el nudo de la corbata y le metió una manga de la chaqueta. La manga del brazo escayolado se la dejó por fuera.

—Dios mío, si no le he visto a usted desde que era bien pequeño, cuando vivía el señor, que en Gloria esté. Entonces una era joven y hasta creo que le daba a usted vergüenza —sonrió.

Miguel sonrió también, por puro compromiso, y se acordó de que una vez Engracia le había cogido en brazos, cuando era niño, y se lo había subido encima, echada ella en la cama, apretados el uno contra el otro, jadeando los dos. Entonces se llamaban de tú. Engracia por aquí y Engracia por allá. Le dio asco.

—Cuando mataron a su padre todo cambió en esta casa —dijo la mujer—. Usted estaba en la guerra, pero si viera qué sustos nos daban los sinvergüenzas de la fábrica... —Se calló mientras Miguel se arreglaba el nudo de la corbata en el espejo—. ¿Vendrá pronto a comer?

—Sí. A las dos y media.

—Se lo diré a la señora. Por si quiere esperarle.

—No, que no me espere.

En el café de la glorieta de Bilbao se veía con varios amigos, todos solteros y, algunos, excombatientes como él. El que no faltaba nunca era Ernesto Gamoneda. Estaba colocado en un ministerio, pero se escapaba pronto del despacho. Cuando llegó Miguel ya se encontró con Ernesto.

—¿Qué hay?

—Nada, pisándome la barba de puro aburrimiento —dijo Gamoneda.

—Por cierto que antes que venga el beato de Clara, tengo que contarte un plan para esta tarde con unas nenas.

—Te advierto que con esta puñeta de escayola...

—Da igual, con las que te digo da lo mismo. Una de ellas anda detrás de mí yo que sé el tiempo porque quiere que a un tío suyo le concedan permiso para un camión.

Al poco llegó Clara, con un chico muy joven que se llamaba Eugenio. Clara era un muchachote navarro, muy rubio, carirredondo y colorado.

—¿Qué tal tus novenas? —le preguntó Ernesto, en broma.

—Qué leche novenas. Sois peores que los protestantes.

—Vamos anda... —dijo Miguel, sin ganas.

—¿Y tu brazo?

—Bien.

—A ti te ha castigado Dios, hereje —bromeó Clara.

—Bueno, ¿y vosotros los apostólicos qué hacéis? —bromeó Ernesto—. Apuntaros en la División Azul si queréis ganar el cielo, ¿no? Digo yo.

—Ayer les dimos buena bronca a los protestantes de la iglesia que hay en la calle Noviciado, a la vuelta de la Ancha de San Bernardo —dijo Eugenio.

—Vaya... por ahí venían los tiros, entonces —dijo Ernesto.

—Contarlo si es que merece la pena.

—Nada, que les tiramos patas abajo todos los bancos y les dijimos que íbamos a pegarles fuego, como hicimos hace un par de meses.

Se pasaban la mañana bebiendo cerveza y contándose sus aventuras. Ernesto le tomaba el pelo a Clara, cuando cruzaba por la glorieta una mujer que estuviera bien.

—Vaya ancas que tiene esa pura sangre —reía.

—Anda, anda, pecador —decía el otro, siguiendo la broma.

Por la tarde Miguel y Ernesto salieron con las chicas. Estaban ellas esperándoles en una sala de fiestas. Había mucha gente, mucho humo. Entraron Miguel y su

amigo. Algunos se volvieron para mirarle el brazo escayolado.

Una chica venía bordeando la pista de baile. Vestía un traje de terciopelo negro que le caía estrecho y se le notaban todas las curvas del cuerpo.

—Mira, ésa es una —dijo Ernesto.

La muchacha se acercó y se detuvo delante de ellos.

—¿Qué haces en medio de la sala?

—Me había levantado al lavabo. Estamos sentadas allí, al fondo —señaló con la vista, y echaron a andar los tres.

Sentada a la mesa había una chica rubia, de ojos muy grandes y azules y cara de infeliz.

—Hola —saludó Ernesto—. Es Miguel.

Apenas se habían acomodado cuando Ernesto sacó a bailar a la del traje de terciopelo. Se abrazaron fuertemente, casi antes de levantarse de la mesa y, luego, siguieron bailando, hasta ocultarse entre las otras parejas.

—¿Cómo te llamas? Ni siquiera me lo han dicho éstos —dijo Miguel.

—Elena —dijo la rubia, sonrió—. Nos han dejado solos.

Se había acercado el camarero y Miguel miró el vaso casi lleno de la muchacha.

—¿Qué es eso que bebes?

—Es una combinación especial de la casa.

—Tráigame a mí otra.

Acercó más la silla y rozó con sus piernas las de Elena. Notó en sus rodillas el contacto de las medias tirantes de la chica.

—¿Te atreves a bailar conmigo? —se señaló el brazo escayolado.

—Sí. ¿Qué te ha pasado?

—Me caí.

—No podemos, mira —dijo la chica, cuando iban a levantarse.

Al otro extremo de la sala se alzaba una especie de escenario, fueron apagándose las luces y salió a las tablas una mujer morena, endrina, muy pintada, vestida con traje de gitana. Retorcía los brazos en el aire, taconeaba y giraba, levantándose la falda de forma que se le veían los muslos. Las parejas que estaban bailando se detuvieron, aunque algunas continuaron un rato abrazadas.

Ernesto y la chica del traje estrecho regresaron a la mesa. Miguel aprovechó un momento para preguntarle a su amigo, en voz baja:

—Oye, ¿tú estás seguro de que ésta...?

—Que sí, hombre, que sí.

Mientras miraban a la mujer que bailaba en el escenario y escuchaban las guitarras, Miguel rozó las manos a la rubia. Debajo de la mesa sintió la presión de las piernas de la chica.

—Leñe de escayola, no voy a poder dar ni un paso de baile.

—No me importa.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Bueno.

Miguel se volvió a Ernesto.

—Nosotros nos vamos —dijo.

—Sí que sois rápidos —sonrió—. Don Miguel el rápido.

La rubia sacó la polvera y empezó a mirarse en el espejo. Se chupó el dedo meñique y se lo pasó por las cejas, todavía con aquella cara de infeliz, de mujer triste.

Se habían encendido, de nuevo, todas las luces y la bailarina saludaba desde el centro del escenario. Mostraba los dientes muy blancos, como de un anuncio.

Cuando salieron era oscurecido. Tirando por la misma calle donde estaba la sala de fiestas, enfrente, había un jardín con una verja y, detrás, árboles con hojas grandes. Se cogieron del brazo. Fueron un rato sin hablar.

Había algo deprimente en el aire, impregnándolo todo. O era algo que le salía de dentro. Desde hacía tiempo sólo se acordaba con nostalgia de la guerra, de cuando era oficial provisional de Artillería. A su madre y a él les había cogido el alzamiento cuando veraneaban en Segovia en zona nacionalista, y como era estudiante de Ayudantía de Obras Públicas, enseguida le nombraron alférez provisional. Hasta llegó a mandar como teniente una batería de artillería de montaña, con los cañones transportados en lomos de mulos. Avanzaban por las sierras y disparaban de improviso sobre los pueblos. Le gustaba recordar los campos apartados de la guerra, como si leyera novelas sobre las guerras carlistas. Con los amigos ni hablaba de eso en Madrid. Sólo salían con aquellas putas o casi putas, siempre ellas con las caras tan tristes.

—Aquí cerca alquilan unas habitaciones muy cucas —dijo la muchacha.

Miguel notaba el picor, debajo de la escayola; un hormiguillo que se le corría, despacio, hacia arriba. Le empezaba casi en la muñeca y se le subía, poco a poco, hacia el codo.

—No sé cómo nos vamos a apañar con el brazo.

—Verás como sí —dijo la chica.

Aguardó al lado, mientras ella llamaba al timbre del chalet. Salió, enseguida, una mujer cincuentona, con bata larga, y pasaron los tres. Miguel detrás.

En la habitación, la rubita cerró el pestillo por dentro.

—Espera que te ayude a quitarte la chaqueta, que no se te arrugue.

Le puso la americana sobre una silla, y se sentó en el borde de la cama a sacarse las medias.

—Me pica debajo del yeso —dijo Miguel. Se restregó el brazo, con fuerza, contra el travesaño de la cabecera de la cama—. ¡Qué leche!

—Se crían piojos debajo de la escayola. Lo bueno es que se mueren en cuanto se abren, en cuanto les da el aire —dijo la chica.

En la cantina sólo había dos guardias civiles, que comían en una mesa del fondo, y Pepe, arrimado a la barra del mostrador. Era un mostrador en forma de semicírculo,

construido de cemento. Tenía entrada la cantina por el pasillo de los locutorios.

—Hola, caballero mutilado.

Tenía el pitillo en la boca —una boca grande, con el labio inferior un poco colgante— y el codo izquierdo apoyado en la barra. Era delgadito, con ojos mal encarados, y en la cárcel el tipo de más categoría, después del director. Luego iba Miguel y, detrás, los oficiales más jóvenes.

—Bien.

—Tómame una copa. Hay que pasar el día a tragos. ¿Vienes a que te quiten la escayola?

—Sí. Póngame una de manzanilla —dijo Miguel, dirigiéndose al muchacho que despachaba.

Se tomó la copa de un trago y se limpió con el pañuelo que llevaba doblado, asomándole un poco, en el bolsillo de arriba de la americana.

—¿Está el médico?

—Sí. Anda, tómame otra copa. Sigo pagando yo.

—No. Quiero ver al médico. Ya sabes que me escayoló el tipo ese.

—Pero... Anda, tómame otra.

Notó Miguel que le picaba, nuevamente, debajo de la escayola, y se rascó con la otra mano.

—No quiero que se me escape don Mariano.

—Le mandaremos recado, pero no me desprecies el convite. ¿Qué tal se te ha dado por Madrid?

—Como siempre. —Le hizo un gesto al camarero para que le llenara la copa otra vez—. Las tías, como siempre.

—Dígale a don Mariano que quiere verle don Miguel, antes de que se vaya —dijo el jefe de día al de la cantina.

Cuando llegó el médico de prisiones se habían bebido la botella entera y habían abierto otra. Miguel sentía asco, mal cuerpo. Notaba hasta en la cantina aquel olor a rancho, a perolas sucias.

—Huele mal —dijo.

—A cacharros de rancho, como siempre —dijo Pepe.

Se dieron cuenta de que había llegado el médico en ese momento, de que estaba detrás.

—Buenas tardes, don Mariano.

—La escayola me pica mucho —dijo Miguel—. Preferiría que me la quitaras hoy mismo.

—Sí, llamaremos al interno. Quedarás bien, no te preocupes. Lo mejor será que, luego, te dé él mismo unas sesiones de masaje y movilización, entiende de eso.

Se tuteaban forzosamente, sin mucha naturalidad y Miguel hacía esfuerzos para hablar. Tenía la cabeza algo cargada por el vino o como si tuviera fiebre.

—Estoy rabiando por rascarme a gusto.

Los presos estaban formados en el patio, firmes, después de haber terminado los himnos de ritual. Había silencio. Llevaban un buen rato así. Sólo se oía el ruido que hacía alguno al carraspear, al arrancarse las flemas. El perolero, delante de la primera fila, tenía el cacillo metido en el caldo de coles, lo movía nerviosamente.

El funcionario se dio dos paseos por delante de la primera fila.

—No voy a mandar repartir la cena hasta que no se callen —dijo.

Los presos tenían el plato y la cuchara en la mano derecha. De vez en cuando un hombre se movía un poco o miraba hacia otro lado.

—No se olviden de que la prisión es como un cuartel —insistió el vigilante. Esperó un rato y después de unos segundos de total silencio mandó que repartieran el rancho.

Iban pasando los presos, con el plato dispuesto en la mano y, luego, la cuchara en su ración y se ponían a comer despacio, dándole teatro para que no se terminara.

Menéndez decantaba primero el caldo, se lo bebía a sorbos y, a continuación, poco a poco, con la punta de la cuchara, se comía lo sólido. Se sentó en el suelo, al lado de Federico y de Pedro.

—¿Has tenido otra vez visita?

—Sí. Hoy ha venido mi hermana con la mujer de Antonio, aquel que trajeron con nosotros. Yo lo conocía de la guerra.

—Ya —dijo Pedro.

—¿El que apiolaron? —preguntó Menéndez.

—Sí.

—¿Trae alguna noticia más tu hermana?

—Apenas hemos hablado, salvo de Antonio.

—¿Quieres un trozo de chusco?

—Bueno —dijo Menéndez. Había terminado de comer y cogió un pellizco del pan que le daba el chico. Se puso a pasar el pan por el plato, hasta dejarlo limpio.

—Me fastidia estar aquí, sobre todo porque me parece que no sabemos nada, que no sé cómo andan las cosas. Aquí, sin poder aconsejar a nadie, ni conocer lo que piensa la gente —dijo Federico.

—De todas maneras, en la calle también te ibas a enterar de poco.

—¿Lo dices por esa mujer, por la mujer de tu amigo?

—Por todo. Lo digo por todo.

Tenían los platos completamente limpios, después de haberles pasado las migas de pan. Se puso a comer cada uno el trozo de chusco que le quedaba.

—La verdad es que te podías apuntar a la comida de la enfermería. Tiene doble asignación —dijo Menéndez.

Federico estaba distraído, pensando en la mujer de Antonio. Le daba pena acordarse de ella preguntándole una y otra vez, con el cuello estirado detrás de las telas metálicas.

—Me cabrean las cosas como las de esta tarde. Se te asoman las cosas de la vida

por detrás de la reja o te acuerdas de algo que te figuras que puede ocurrir en la calle y, luego, todo se te va: te lo quitan de delante —dijo.

—Sí.

—Les he hablado también a las mujeres de ese chico de Madrid. No me olvido de él desde que fue a verme a la estación.

—Leche, tú quieres ser como Dios —dijo Menéndez.

Pedro y el catalán se miraron. No dijeron nada.

—Sí, es eso lo que te pasa a ti —insistió Menéndez, de mala gana.

—No me vengas con puñetas.

Es ahora cuando ven al ordenanza cruzando el patio. Ha llegado hasta donde está el vigilante y viene hacia donde están los hombres cenando.

—¿Qué quieres? —pregunta Federico.

—Te llama don Mariano, que vayas a la enfermería.

—¿Sabes lo que pasa?

—Ha venío don Miguel, con el brazo escayolao —dice el preso que hace de ordenanza. Habla un andaluz muy cerrado y se acompaña siempre con mímica.

Mientras, se ha acercado al grupo uno que es amigo de Menéndez, correligionario.

—Vaya trabajo, doctor Vidal —sonríe—. Ten cuidado, que se le cure bien la mano, que quede a punto para seguir sacudiéndonos guarras a la gente —añade, con sorna.

—Él sabrá lo que tiene que hacer, es médico —salta Pedro—. Pues sí que vosotros sabéis...

—¿Nosotros?

—Sí, vosotros, los socialistas.

—Me cago... —dice el amigo de Menéndez. Es un tipo con labios gruesos, corpulento.

—Déjale al chico —le dice Menéndez, dándole con el codo, señalando al ordenanza.

Federico vuelve la cabeza, desde mitad del patio. Ve a Pedro solo, paseando. Empieza a oscurecer. En los ángulos sombríos del patio está acostada la gente, tumbados en el suelo, en espera de que los suban a los dormitorios. El ordenanza le acompaña hasta el Centro de Vigilancia. Se asoma un oficial, cuando le ve pasar, y señala el pasillo de la enfermería, con la mano extendida.

Don Mariano y don Miguel están ya en el quirófano.

—Buenas noches.

—Quería que estuviera usted presente —dice el médico de prisiones—. Creo que esto se encuentra en condiciones de que levantemos la escayola.

—Sí.

Corta don Mariano con las tijeras el borde de las vendas y las rasga de un tirón.

Federico se acerca al oficial. Toca con la yema de los dedos el brazo pálido,

entumecido. Le obliga, poco a poco, a cerrar la mano. El médico de prisiones tiene el pitillo, mojado de saliva, en la boca, abatido sobre el labio inferior. Habla sin quitarse el cigarrillo, mirando a Federico.

—Ya le he dicho a don Miguel que sabe usted de esto más que yo. Tendrá que darle algún masaje y ejercicio de movilización, ¿no?

—Unas cuantas sesiones —dice Federico—. Apriete así, así —dice.

—Leñe, me picaba mucho. Era eso lo que más me fastidiaba. Y sin poder uno rascarse —dice Miguel.

—La escayola es siempre molesta —dice don Mariano—. Estorba de verdad.

Miguel está intentando cerrar la mano. Mira sólo al médico de la prisión.

—¿Cuándo me darán esos masajes? —dice, de repente, en voz alta.

—Los días que tienes servicio, a la hora que quieras. ¿Eh, Vidal?

—Cuando ustedes manden.

El oficial sigue haciendo esfuerzos para cerrar la mano. Tiene los ojos muy abiertos, cada vez más asustados.

—Todavía no tengo fuerza —dice—. Sí que es pistonuda la cosa... Tengo la mano muy floja.

—Ya te digo, será cuestión de unos días. El interno es médico, y ha trabajado en esto en la guerra, y antes de la guerra en Barcelona. Irás recuperando el juego enseguida, hombre, enseguida.

—Si es que me voy a quedar mal...

—Las cosas tienen que seguir su curso, es cuestión de paciencia. Ten calma, hombre, ten calma —dice don Mariano.

Se oye el toque lejano de retreta. Todavía entra luz del día por la ventana, aunque va apagándose por momentos. En el silencio se oye el tumulto de la gente que sale de los patios, camino de los dormitorios. En un reloj que hay en la pared son las ocho y media. Se oye el latido del reloj. Miguel nota la cabeza y los ojos cargados. Y piensa que porqué habrá bebido tanto vino.

—Bueno, si no digo nada. Tú sabrás —dice, mirando a don Mariano—. Yo no entiendo un bledo, pero me jode. Me creí que iba a tener fuerza en la mano y moverla como antes de la caída.

—Si es cosa de poco...

—Apenas me apaño con la izquierda —dice Miguel bajando la voz.

—Verás como quedas bien, después de que te trate el interno.

Federico levanta los ojos, que tenía fijos en el hule de la mesa. Se acuerda de la mujer de Antonio Blanco, la recuerda detrás de las telas metálicas. Piensa que se ha ido con Celia y con las otras mujeres, y que ya habrán llegado hasta el campo abierto.

## XIII

—No quiero volver ahora al pueblo, por nada del mundo —dijo Asunción—. Seguramente le denunciaron los de allí.

Pensó que a ella siempre le habían echado en cara estar casada con Antonio. Se acordaba de que por ser la mujer de Antonio incluso le requisaron, los de Responsabilidades Políticas, dos casas que tenía en la calle Mayor. Se acordaba de los dos oficios que le habían enviado explicándole que las ideas que propagaba su marido habían traído muchas muertes, y que por ser ella la esposa tenía que entregar las casas. Eran dos oficios con el sello de Falange. Uno de ellos terminaba diciendo: «Por Dios, por España y por la Revolución Nacional Sindicalista» y el otro decía: «Por el Imperio hacia Dios», siempre el nombre de Dios.

—Mi hermano va a escribirte. Contéstale —dijo Celia—. Vete también a ver a ese chico Juanito, que nos ha encargado que veamos dónde anda.

En Madrid se despidieron todas. Águeda tampoco vivía en la capital. Era de Toledo. Lo primero que hizo Asunción fue volver a Lavapiés, a casa de la señora Concha. La recibieron bien y le habían alquilado una cama en la misma habitación de Maruja. Por una ventana pequeña, que caía justamente a la altura de la cabecera de la cama, si se ponía de rodillas, veía el patio y los tejados.

Asunción se levanta cuando la señora Concha se va a la compra.

—Vente. Así te distraes.

La plaza y el patio están llenos de gente a estas horas. El barrio entero empieza a hervir. Los traperos suelen asomarse al patio, voceando. Cambian ropa vieja por cacharros. Las mujerucas que venden pan y tabaco de estraperlo huyen a cada momento, de los guardias. El afilador, con la rueda de esmeril girando, aún, echa a rodar su artilugio, calle adelante. Hay varios limpiabotas, con las cajas de cepillos y una silla plegable por si quiere sentarse el cliente. Un tullido, montado en un carrito tirado por un burro, grita: «Madre mía, en la flor de la vida y sin poderlo ganar. Madre mía». Golpea el mendigo al burro y, ahora, le arrea hasta la otra esquina, calle de Ave María arriba. Se le oye gritar lejos «Madre mía, en la flor de la vida...». Se ven muchos chicos rodeando el carro. En la verdulería hay una cola de mujeres, esperando para comprar patatas.

—¿Dónde vamos?

—Al mercado. Está más barata la verdura.

Van por una calleja estrecha, llena de gente. Algún coche con gasógeno, echando chispas, se abre paso despacio, haciendo sonar la bocina entre la muchedumbre.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No sé todavía. Me queda algún dinero. Vendí la máquina de coser —una Singer — y algunas cosillas, antes de venirme.

—Pablo podría hablar en la fábrica por si te colocaban en la oficina.

—Bueno.

—Como trabaja y calla está bien mirado por los jefes. Aunque ya sabes que tiene sus ideas.

—Ya lo sé.

—El obrero que no trabaja diez o doce horas va arreglao, y el que se pasa de la lengua, tanto peor.

Le gusta salir por las mañanas con la señora Concha. Se siente vivir entre la gente, como si así se le olvidaran las preocupaciones.

—Podía ir hoy mismo a hacer ese recado de Federico, del médico que era amigo de mi marido.

—Toma el metro en la plaza y haz transbordo en Sol, hasta el Puente de Vallecas.

—Sí.

Se despiden en la boca del metro. Mucha gente baja las escaleras. A la entrada hay un ciego que vende lotería. Los andenes están llenos. Se hace un vacío delante de cada puerta del tren y los viajeros pasan, empujándose unos a otros. Es un tumulto de hombres y mujeres. Al lado de Asunción, en el vagón delantero, se resguarda una chiquilla de ocho o nueve años. Lleva una cesta con un cacharro humeante dentro.

—Voy a ponerlo aquí, para que no me lo tiren.

—¿Qué es?

—Es el cocido para mi padre. Se lo llevo a la obra.

Asunción se apea en Sol. En el pasillo del transbordo los viajeros se desperdigan en todas direcciones. Hay una gitana mendigando con la mano extendida y sin decir palabra. Por la línea de Vallecas los trenes vienen, si cabe, más abarrotados.

—Hale, por eso le llaman al Puente la zona no liberada —dice en broma un guardia de la Policía Armada. Viste uniforme gris y gorra alemana. Entra el guardia entre el tropel de la gente.

Unos soldados con maletas entran en el vagón, torpemente. Se mueven de un lado a otro, como muñecos, empujados por los viajeros y por los frenazos del tren. Tienen cara de campesinos, los ojos muy abiertos y los brazos colgando.

—Vamos a la estación de Atocha a coger el tren —dice uno.

—Cuidao con las medias de seda —dice un hombre.

Entra y sale la gente en todas las estaciones. Un niño vestido con uniforme de botones de un banco se pone a silbar arrimado a la puerta. Entran hombres con caras cansadas, se agarran sus manos grandes y sucias de las barras.

—¿Vallecas es la última?

—Sí.

Siente Asunción como una inquietud, y se pone a mirar el túnel oscuro.

Es una calle larga de Vallecas, con casas bajas, de dos o tres pisos, tapias que

huelen a orines y tiendas pequeñas. En el primer tramo de la calle, en la parte más próxima al Puente, viven muchas familias. Es una zona muy poblada. Hay talleres estrechos, oscuros, con lumbres de fraguas, y almacenes de sacos, y traperías. Se ven aquí niños desarrapados, pelones, vestidos con ropas viejas del padre, y mujeres con criaturas en brazos. Un poco más adelante la calle es más tranquila, aunque las casas son más bajas, parecen de un pueblo. Hay un volquete atravesado en la calzada; una mula negra y un carro lleno de arena, chorreando tierra amarilla de Madrid, que suena en el suelo, con las pisadas.

La mula hace un extraño, cuando Asunción cruza. Hay casas estrechas, con números pintados torpemente, sobre el dintel de los portales. El 98 tiene a la entrada, a la izquierda, dentro del angosto portal, una puerta con cristales que da a un semisótano. Es un taller de zapatero remendón. Asunción abre la puerta y se asoma.

Se levanta del banco un hombre bajito, con mandil y peto de cuero. Se saca unas tachuelas de la boca y las coge con la punta de los dedos.

—¿Quería algo?

—Si me hace el favor. ¿Vive aquí Julia la aguadora?

—Ha salido. La he visto salir con la bolsa de la compra.

—¿Sabe si vendrá pronto?

—Claro. Ahora no hay mucho que comprar —dice el zapatero. Se ríe de su propia ocurrencia—. Espere ahí si quiere —le señala un banco de madera que hay enfrente—. Es donde esperan los clientes, no hace raro. Más de una viene a que le arregle el tacón. —Se ríe otra vez.

Asunción baja los peldaños de la escalera y se sienta en el banco. El zapatero sigue un rato claveteando, sin levantar la cabeza, poniéndose las tachuelas entre los labios.

—No se tardará mucho, de seguro —dice sin mirar.

—¿Sabe si suele venir el chico ahora, al mediodía? —pregunta Asunción.

—Creo que no viene hasta la noche.

Mientras Asunción espera, se asoma a la puerta un hombre gordo, sucio, que lleva un puro muy chupado en la boca. El hombre parece andar con dificultad. Trae las manos en el bolsillo del pantalón. Abre desde fuera y, enseguida, vuelve a meterse la mano en el bolsillo. Tiene la cara amoratada y la mirada torpe, velados los ojos.

—Nicasio. ¡Zapatero! ¡Culón! ¿Me tienes las botas?

—Te las estoy arreglando ahora.

Mira a Asunción, detenidamente, y se sale. Se queda otra vez en el portal, con las manos en el bolsillo.

—Ahí la tiene. Allí llega la Julia —dice el zapatero, que ha levantado la cabeza para mirar a la puerta.

—Gracias.

Ve entrar a la mujer. La alcanza, todavía en el portal. El hombre gordo gira la cabeza para mirar a la muchacha.

—Buena compañía se busca el culón, buena —dice.

Asunción y Julia se paran, ya entrando al patio.

—¿Qué desea?

—Verá —dice Asunción—. Traigo un recado para ustedes, para Juanito, de parte de Federico Vidal, uno que es médico y está preso.

—Ya sé quién es —dice la mujer. Mira con el rabillo del ojo al hombre que está en la puerta.

—¿No nos buscaremos ningún lío? —murmura. Es una mujer alta, bien plantada, aunque ya cuarentona. Viste un jersey negro, muy usado, que se le ajusta a los pechos blandos y caídos. Lleva medias negras y zapatos de tacón alto.

—No. ¿Por qué se iban a buscar un lío?

—Yo tengo miedo. A mi chico le gusta campar por sus respetos; sobre todo desde que ha dejado de ayudarme con los botijos —dice—. ¿Qué recado traía?

—Federico Vidal me dio recuerdos para ustedes. También traigo las señas de un profesor, por si Juanito quiere estudiar.

—Se lo decía porque bastante tengo yo con lo de mi hermano —dice la mujer. Se queda callada—. Bueno, usted no lo sabe... un hermano mío tuvo que volar a Francia. Ahora no tenemos noticias de él.

—Lo comprendo —dice Asunción.

—El chico no está ahora —dice la señora Julia. No vuelve hasta la noche, pero le diré que ha estado usted aquí.

—Le dejaré esas señas.

—Si quiere ir a buscarle al taller... O, mejor, yo le diré que vaya él a su casa.

—Yo estoy parando en Lavapiés, en casa de la señora Concha.

—¡Ah! Bueno. Es lo mejor —dice la mujer. No para de mirar de soslayo al hombre que está a la entrada del portal—. Me fío de lo que usted me ha dicho —añade.

—No se preocupe —dice Asunción.

—Si viera... Como en mi casa no ha habido hombre desde el treinta y cuatro...

—No se preocupe, mujer. Por lo que más quiera, no tenga miedo, no se preocupe.

—Si no puede ir mi hijo, por lo menos que le mande recaos —dice la mujer.

Asunción se da cuenta de que el hombre gordo sigue en el portal, que ha estado allí todo el tiempo, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón. Mueve un poco las manos dentro del bolsillo y echa a andar detrás de Asunción.

—Si viene a ver a la Julia, se puede perjudicar, ¿sabe? Son rojos, y usted está muy rica para perjudicarse.

Hay más gente en la calle. El volquete, vacío de tierra, tirado por la mula, va despacio por la cuesta abajo. Asunción camina, más deprisa. Le oye jadear a su lado. Cruza un coche por una transversal y Asunción y el hombre tienen que pararse. Le siente a su lado agitando con un vaivén la mano en el bolsillo del pantalón, la boca entreabierta y los ojos apagados. Asunción cruza, muy deprisa, rozando la trasera del

auto. Echa a correr entre la gente, y se mete en la boca del metro.

Por la noche, Maruja y Asunción se quedan solas. Asunción mira de nuevo al patio vacío, a través de los cristales. No hay nadie en la puerta de los talleres y las tiendas interiores están cerradas. Únicamente, en la gallinejería, un humo espeso sale de entre las rejas de la ventana.

—Es un chico muy raro, Juanito —dice Maruja—. Ni mira a las chicas. Siempre va con otro como él, y se pasan el domingo leyendo.

—¿Qué es lo que leen?

—No sé, novelas, me imagino.

Maruja se desnuda deprisa, medio encogida. Se queda en combinación, con los brazos al aire.

—Ya hace fresco —dice.

—Acuéstate, yo apagaré la luz —dice Asunción.

Espera descalza, de pie, con el camisón puesto, a que la niña se meta en la cama. La llave de la luz está junto a la puerta. Ahora, Asunción tiene que andar a oscuras todo el cuarto, casi a tientas. Oye los muelles de la cama de Maruja.

—El Juanito es un chico majo, ¿verdad?

—Sí.

—A mí siempre me gustan los chicos más mayores.

—Pero si eres una mocosa. Si tienes quince años, ¿no?

Le oye moverse, de nuevo, en la cama, su respiración. Siente ternura cuando la oye.

—Ya hace frío, hay que decirle a mamá que encienda el brasero.

—Estírate tres o cuatro veces seguidas las piernas en la cama, para entrar en calor. Sé valiente.

—¿Por qué vas a ir a ver otra vez a Juanito?

—No sé: Me parece como si fuera algo que tiene que ver con la memoria de mi marido.

—Ya te digo, cuando vuelvas puedo acompañarte, porque no traspongas sola hasta Vallecas —dice Maruja.

Asunción siente las sábanas frías, casi húmedas, con el olor del jabón. Empieza a tejer y a destejer con la imaginación, a darle vueltas a su visita a la cárcel.

—¿Me has oído? —pregunta la niña.

—Sí, descuida. Tú vendrás conmigo.

## XIV

Era martes. Por la tarde les dijeron que el sábado iba a ir el cura, para rezar el Santo Rosario. Se pasó el día lloviendo y los presos estaban en las galerías. Por las ventanas, que también tenían rejas, se veía el patio encharcado y lleno de barro.

Estaba esperando a que tocaran para cenar.

—Aquí no hay otoño. La verdad es que puede decirse que tenemos otro invierno encima —dijo Federico, por hablar de algo.

—¿Cómo les van las cosas a los nazis?

—Mal. Pero don Mariano ahora apenas habla de ello. Gracias a que sigue dándonos noticias ése de la oficina.

Estaba de guardia don Miguel y le vieron aparecer por el otro extremo del corredor. Llevaba, todavía, un pañuelo colgado desde el cuello, para apoyar el brazo.

—Es raro que no nos haya dejado este cabrito mojándonos en el patio —dijo un preso que estaba al lado de Pedro.

—Sí, es raro. A lo mejor es por agradecimiento por el tratamiento del doctor —dijo Menéndez.

Pasó don Miguel por delante del grupo donde estaba Federico. No dijo nada y, luego, regresó paseando por el mismo sitio. El oficial ya casi había atravesado el espacio entre los presos. Conforme recorría la galería, los hombres se ponían de pie, casi en posición de firmes, y guardaban silencio.

Llegando al final se fijó en uno que estaba sentado en el suelo. Los presos que había en el corredor ocultaron a su compañero detrás del bosque de cuerpos, pero don Miguel se dio cuenta y se acercó.

—¿Qué haces ahí escondido? Ponte en pie.

Habían abierto paso los otros hombres, y el preso se puso de pie, cansadamente. Miró con cara seria al oficial.

—¿No tienes educación? —le preguntó don Miguel.

—Tengo hambre.

Los que estaban cerca notaron que el oficial se ponía pálido. Don Miguel y el preso se aguantaron las miradas. Estaba en silencio todo el pasillo, se había corrido el silencio hasta la otra punta.

—Anda. Ponte en pie... Ya sabes que la cárcel no es un hotel —dijo don Miguel.

—Estoy agotado, por eso me había sentado en el suelo —dijo el hombre.

—Venga, venga... —le cortó el oficial—. Sígueme —le ordenó.

—Estás loco. Te da igual, ¿eh? ¿No sabes guardar el respeto a un oficial? —se mordió el labio inferior—. Vente —iba diciéndole al preso, en voz baja.

Echó a andar, y el preso detrás de él.

Los hombres les vieron desaparecer despacio por la galería. Se inició un murmullo y algunos se agruparon alrededor de Pedro y Federico.

El vigilante que tenía a su cargo el pasillo apareció en aquel momento. No estaba en su puesto cuando había pasado don Miguel.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó al primer preso con el que se tropezó.

—El oficial se ha llevado a uno.

—Os está bien empleado. La culpa la tengo yo por fiarme —dijo—. No forméis grupos y pasear de un lado a otro. ¡A ver! —gritó.

Se oyó muy fuerte la voz del vigilante. Los presos se habían quedado en silencio. Había empezado entonces el silencio por el lado del pasillo donde estaba el Centro de Vigilancia.

—Ese hijo de la gran perra —dijo Pedro.

Federico y el muchacho se miraron. También se había acercado Menéndez.

—¿Qué piensas, doctor? ¿Que esos tipos amanecen más buenos cada mañanita? —dijo Menéndez en voz baja.

—No, hombre, no. Yo nunca he pensado eso —dijo Federico con voz suave. Pasó su mano por el brazo de Federico y empezaron a pasear. Detrás iba Pedro.

—¡A ver! ¡Paseen! —iba gritando el funcionario, acaloradamente, nervioso, corriendo de un lado a otro.

—Tenía que haberlos parido su madre en sangre —dijo Menéndez, rechinándole los dientes.

—Cálmate —dijo Federico en voz más baja.

—¡A ver! ¡Pasear en silencio! —gritaba el vigilante—. ¡No tengo ganas de ganármela por ninguno de vosotros!

—Están locos —dijo Federico—. A lo mejor es que siempre seguirán locos.

Después de cenar tenía que volver Federico a la enfermería para darle masaje a don Miguel y dirigir la rehabilitación. Se fue antes de que los otros presos formaran para subir a los dormitorios. Llegó unos minutos antes que el oficial. Se sentó en una silla, lió un cigarrillo y se puso a esperar. Estuvo un rato solo, aguardando. Al poco vino don Miguel.

—Buenas noches —saludó. Sacó una cajetilla de tabaco rubio del bolsillo de la guerrera y cuando iba a ofrecerle, se dio cuenta de que Federico estaba ya fumando—. ¡Vaya! —dijo. Se notaba que quería estar cordial.

Vidal le ayudó a quitarse la guerrera y le deslió la venda en silencio. Empezó a doblarle los dedos, uno a uno, a obligarle a hacer el juego de cada dedo.

—Parece que los muevo mejor —dijo Miguel.

—Sí, va bien.

Federico siguió un rato callado, estirándole y encogiéndole el dedo anular, sin mirar al oficial a la cara.

—Tenía que hablar con usted —dijo pronto con voz suave.

Miguel levantó los ojos. Se miraron los dos hombres.

—¿Qué quería?

—No es de su lesión —dijo Federico, y se cortó. Volvió a tropezar con la expresión interrogante, extrañada, del oficial—. Se trata de la convivencia en la cárcel, de la manera en que los funcionarios tratan a los presos.

Quedó el oficial callado, durante unos segundos. Luego dijo:

—Hemos terminado. No se lo puedo admitir. Si es usted médico, como si no lo es.

Federico le había soltado los dedos y luego volvió a doblárselos, despacio, como distraídamente.

—Sólo se lo he dicho para que lo piense —dijo.

—Bueno, hemos terminado. No puedo consentir... —dijo, sin fuerza.

—Sé que asesinaron a su padre; pero no es culpa de los que están aquí. No es responsable ninguno de los que están aquí, créalo.

Miguel le miró, con rabia, aunque pareció tranquilizarse enseguida.

—Entonces ¿quién es culpable? —preguntó. Volvió a preguntarle antes de que Federico respondiera, gritando—: ¿Cómo se ha enterado de eso?

—En la cárcel se saben muchas cosas. Se habla de todo... Aunque esté prohibido hablar.

—Está bien, ya le he dicho que se calle —gritó desesperadamente.

Guardaron silencio. No se miraban. Federico le cogió de nuevo los dedos. Se pasó doblándoselos un rato.

—¿No está ya bien por hoy? —preguntó Miguel con voz débil, sin mirar al otro.

—Sí, van recuperando su función, poco a poco.

Federico no contó nada a sus compañeros de su conversación con el oficial. Al día siguiente, la brigada y la cárcel entera estuvieron muy revueltas. Habían trasladado a doce presos a la cárcel de Burgos. Hasta el jueves se pasó la gente despidiéndose de los que se iban. Los presos hablaron más unos con otros, hasta parecía que se olvidaran de sus disputas. Se marchaba un chico joven, amigo de Pedro. Era un tipo rubio, de nariz afilada, medio imberbe, con los ojos hundidos y tristes. Se acercó a estrecharle la mano a Federico.

—Allí están más organizados.

—Ya.

—A lo mejor no volvemos a vernos más.

—A lo mejor sí —dijo Federico—. Tenemos que levantar cabeza, algún día —sonrió.

—Les diré a los de Burgos cómo estáis.

—Las cosas han de ir mejor —dijo Federico.

El mismo jueves trajeron de la provincial casi a cien hombres, entre comunes y

políticos. Venían mezclados, esposados unos con otros. Como ya habían pasado el periodo sanitario y el de «observación y conducta», los repartieron nada más llegar, en los dormitorios y en las galerías.

El director de la cárcel dio orden de que habilitaran las galerías para dormir. Durante la noche, el suelo de los pasillos estaba lleno de petates extendidos. Los funcionarios pusieron alambradas con pinchos, para separar los espacios destinados a dormitorio. Las naves antiguas también estaban abarrotadas hasta más no poder. Los hombres tenían tan poco espacio que quien no andaba listo en buscarse sitio, sólo podía dormir sobre una manta, de costadillo, maldiciendo toda la noche. Incluso los vigilantes se desentendían. Y se hacían los sordos cuando los presos discutían.

—En Jaén dormíamos en los patios y estábamos más apretados que aquí —dijo un veterano.

—A mí me trajeron por toda España de cárcel en cárcel. Íbamos en vagones precintaos, comidos de piojos. Me acuerdo que cuando pasé por una cárcel, tuve que entrar en un sitio que llamaban la ducha. Me desnudaron y en pleno enero nos echaban agua con un plato de aluminio. En eso consistía la ducha. Y nosotros serios como ajos, sin decir oste ni moste.

—Aquí casi nunca funciona y sólo hay una en la desinfección.

—¿Tú estuviste en Jaén?

—Sí.

—Dicen que entre los que han venido hay un chaval que se pasa el día tocando la campana, cinco contra uno, masturbándose como los monos del Retiro —dijo Pedro.

—Ya se encargará el rancho de dejarle como al casto José —dijo Menéndez—. ¡Me cago en Sos!

—No te creas, Menéndez —dijo otro—. Hay fulano que antes marto que jarto.

—En la comida, bueno. Pero en lo otro... de donde no hay no se puede sacar.

—¿Qué decías de Jaén?

—¿Estabas cuando cogieron a unos que les achacaban que iban a fugarse?

—Sí.

—¿Qué fue? —preguntó Federico.

—Los liquidaron en el patio. Nos pusieron a toda la gente formada en las galerías, con los caños de las ametralladoras enfilados a nosotros, por si nos movíamos.

—Lo que sí me acuerdo es de aquel día de «las bodas de Camacho». Llevábamos una temporada muy mala de rancho. Sólo nos daban caldo, aguate padre que te pillo, y un día a la hora de comer empezaron a sacar perolas y perolas de potaje espeso. Era como en las bodas de Camacho. En mi patio había un tío pistonudo de cabo y la emprendió a patadas con los que se habían puesto a comer hasta reventar. «¡Fuera! ¡No comáis más! ¿No os percatáis de lo que pasa? Nos quieren matar», decía. Y así y todo reventaron muchos en toda la cárcel.

—Cuando salga de aquí...

—En la calle también pasa la gente más hambre que sequías, no sueñes.

—A los alemanes se les está poniendo mal el asunto en Rusia —dijo Pedro.

Había uno cenceño, de mucha nuez y voz ronca. Tenía ganas de camorra y se encaró con el muchacho.

—Me cago yo en tus informes, en los vuestros. En Rusia se van a esnucar unos y otros.

—Tú hablas como los fachas —dijo Pedro—. Por eso nos vendisteis.

—¿Nosotros? Vosotros sí que me cargáis. ¡Me cagüen tu madre!

Se levantaron de los petates. Y Federico sujetó a Pedro. El imaginaria empezó a decir que se callaran.

—Como me toquen quince días de «bayeta», si os oyen, me voy a cagar...

Las conversaciones y el humor de la gente tenían muchos altibajos. Se pasaban hablando hasta que les venía el sueño. Estaban cansados, sin poder decir de qué. El sábado por la mañana, Federico recibió tres cartas juntas de Celia. En todas le hablaba de Asunción, de la mujer de Antonio. Su hermana casi siempre ponía lo mismo en las cartas. Él decía: «Creo que pronto estaré con vosotros», y Celia: «Creo que ya te queda poco», «ahora sí que estamos seguros de que es cosa de poco». Una de las cartas que recibió Federico venía llena de tachones a tinta. No había manera de descifrar lo que ponía debajo de la mancha. Se esforzaban por desentrañarlo.

—Aquí parece que pone algo así como... «Estados Unidos».

—No sé.

Miguel había oído el zumbido de una mosca, y se la apartó de la cara, con la mano izquierda.

—A las fechas que estamos y todavía moscas —murmuró—. No hay más que guarrería.

—No haces más que refunfuñar —dijo Manolo—. ¿Vas a desayunar antes de irte?

—Sí. Voy a esperar a Pepe.

En la cantina, al otro extremo del mostrador, había dos guardias civiles. Metían despaciosamente las cucharas en sus vasos de café con leche, sopados de pan.

El cantinero les sirvió el café a los oficiales, en tazas, aunque estaban un poco desportilladas. Ya terminaban de desayunar cuando llegó Pepe.

—Venga. Te llevo en el taxi. Hoy no viene el coche del Gobierno Civil.

—¿No vas a tomar nada?

—Yo desayuno con una copita de aguardiente, como los castizos —dijo—. Estoy listo por el momento.

Salieron. Los dos oficiales francos de servicio iban vestidos de paisano. Miguel se había puesto un pañuelo de seda nuevo, para apoyar el brazo.

—Estás haciéndote la víctima, sin abandonar la brecha. ¿Cuándo vas a terminar con eso?

El taxi enfiló por la calle que quedaba entre los desmontes de tierra arenosa cortados a pico. Todo el suelo era un barrizal, cruzado por huellas de carros que

parecían diminutos canales. Brillaba la luz.

—Podíamos vernos mañana en Madrid, quedar para dar un garbeo por ahí. Para un día que libramos juntos... Por la mañana, desde luego; por la tarde tengo que atender a la familia.

—Te llamaré por teléfono si tengo humor. Puede que salga con unos amigos.

—¿Con quién?

—Con uno que me recuerda un poco a ti —dijo Miguel, con voz seca—. Pero que es soltero.

—Ése es más listo. No me mates...

—El caso es que he dormido mal esta noche.

—Lo que te hace falta es juerga, unos vasos por la mañana y luego unas nenas para entrar en calor. Si no fuera por la parienta que me lleva el control... te acompañaba.

Delante del comedor de «Auxilio Social» había una fila de gente. Cuando el coche dio la vuelta, despacio, se asomaron las caras de unas mujeres. Se volvieron para mirar al taxi casi todos los que estaban esperando. Un viejo, rodeado de chiquillos, había encendido unos tizones dentro de una lata vieja. Salía una humareda. El viejo estaba espatarrado y calentándose las manos. Una niña había puesto el pie —la suela de la zapatilla— encima de las llamas del brasero.

—Cuando terminó la guerra, no me pensaba que iba a durar tantos años el hambre —dijo Miguel.

—Bueno, hay que ver también lo que pone la gente de su parte para salir de la miseria. La verdad es que siempre ha habido ricos y pobres. ¿No le parece, Jesús? —dijo el otro oficial, dirigiéndose al chófer.

—Desde luego, don José.

El automóvil siguió, un rato, saltando por la calle y al final se detuvo junto a la parada del autobús de Madrid.

—Oye, Jesús. ¿Vas a tener el taxi disponible el lunes?

—Ya veré si puedo servirles. Me ha hablado don Eulogio, porque quería ir a Fuentesantás a cazar con el señor notario.

—Bueno, si es que estás alquilado, no te preocupes. Nos acercaremos para que nos lleve el director en el coche. Está todo tan lleno de barro...

El cura era un hombrachón con la nariz gruesa, llena de puntos negros. Tenía papada y unas manos grandes y velludas; sus ojos eran oscuros y tiernos, de párpados caídos, como si siempre tuviera sueño. Hablaba con voz grave y reposada.

—En otras prisiones donde hay hermanas, monjas —dijo para aclarar—, ellas se preocupan de que los reclusos practiquen el Santo Rosario. También los presos están atendidos en otras muchas cosas. Si aquí no las tenéis a ellas, he querido que, por lo menos alguna vez, algún sábado, podáis oír hablar sobre el tema más importante, sobre el gran tema de Dios, o para que, como en el caso que hoy nos reúne, recemos

la oración más querida de nuestra Santa Madre, la Católica y Apostólica Iglesia. Amén. Como dice San Alfonso María de Liguori: «El que reza podrá ser libre».

Federico le oyó decir «libre», aquella palabra. A lo mejor había querido decir algo más. Pensó que cuando vieran cambiar a la Iglesia, otras cosas más estarían cambiando. Pero quizás sólo era una ilusión. Se acordaba del campo de concentración donde había estado preso, entre muchos soldados que se entregaban sin combatir, hechos prisioneros al final de la guerra. El cura, un hombrachón también grande como el que rezaba el rosario en la cárcel, un cura con sotana negra descolorida, se paseaba entre las filas de soldados vencidos. Llevaba un gran crucifijo en una mano y un vergajo en la otra. Gritaba: «Apátridas, ateos, besad a Dios crucificado y el suelo sagrado de la Patria» y obligaba a arrodillarse a los prisioneros y a besar la tierra. Se mezclaban en el recuerdo de Federico las dos figuras y a la vez se acordó del colegio de los Escolapios, de cuando los chicos —él entre ellos— llegaban corriendo, levantando el polvo de las maderas del suelo, por las galerías cruzadas de haces de sol donde iban a rezar el Rosario. El padre les hablaba con voz dulce, les decía que era una oración en honor de la madre de Dios, la rosa encendida, la rosa divina, la madre inmaculada que nos ayuda a vivir en este valle de lágrimas...

El sacerdote se levantó la sotana y sacó el rosario de un bolsillo del pantalón y entornó un poco más los ojos. Llevaba un pantalón negro con los vueltos manchados de barro.

—Santa María.

—Ora pronobis.

Federico cerró los ojos.

—Mater intemerata.

—Ora pronobis.

—Mater inmaculata.

—Ora pronobis.

—Mater amabilis.

—Ora pronobis.

—Mater admirabilis.

—Ora pronobis.

—Mater boni consili.

—Ora pronobis.

—Mater Creatoris.

—Ora pronobis.

—Mater Salvatoria.

—Ora pronobis.

—Virgo Prudentissima.

—Ora pronobis.

—Virgo veneranda.

—Ora pronobis.

- Virgo potens.
- Ora pronobis.
- Virgo clemens.
- Ora pronobis.
- Virgo fidelis.
- Ora pronobis.
- Speculum justitiae.
- Ora pronobis.
- Sedes sapientiae.
- Ora pronobis.
- Causa nostrae laetitiae.

## XV

Maruja y Asunción llegan a la esquina de una calle ancha, por la que pasan tranvías en las dos direcciones, aunque ahora están quietos en las vías. Hay casas altas, de cinco o seis pisos, con los balcones apagados. En las aceras, las acacias todavía conservan alguna hoja seca, como sujeta a las ramas por casualidad. Maruja le pregunta a una mujer jorobada, que cruza deprisa, con un manojito de periódicos debajo del brazo:

—¿Esta calle es Torrijos, me hace el favor?

—Antes, sí. Ahora se llama Conde de Peñalver —dice, volviendo la cabeza, sin detenerse.

Siguen Asunción y la chica, calle arriba. Está oscureciendo. Hace frío y cae una llovizna que cala hasta los tuétanos. Las acacias están húmedas, con las cortezas negras. Los automóviles llevan ya los faros encendidos, aunque todas las luces de los comercios y las ventanas de las casas están a oscuras. En la primera ventana, en el piso bajo, se ve la cara de un niño pegada a los cristales en tinieblas. En lo hondo de una tienda han encendido un candil. Los dependientes, a la puerta de una droguería, están esperando a que llegue la luz eléctrica.

—Por aquí es día de restricciones, ya se nota —dice Maruja.

—No tardará en venir la luz. ¿Dónde nos espera Juanito?

—Su madre me dijo que en Diego de León, a la puerta de un café.

—Si sigue así de oscuro...

El suelo de la glorieta cae en alto. Es un alcor panzudo de la calle, brillante por la atardecida. El cielo parece, cada vez más, un cristal ahumado. Se asoma a la calle el farol rojo de unas obras.

—En la guerra voló por los aires casi todo el suelo de esta calle. Había debajo una fábrica de hacer pólvora y hubo más de mil muertos. Hace poco que funciona el metro —dice Maruja.

Llegan la mujer y la niña a la glorieta. Por la derecha, un tranvía estrecho, encendido de luz —como por milagro, entre lo oscuro—, se mete entre las angosturas: las casas bajas donde comienza el barrio de la Prosperidad. Se quedan un momento Asunción y Maruja paradas sobre las rejillas del metro. Tiembla el suelo cuando pasa el tren debajo de sus pisos. Un aire caliente, que sale entre las rejillas, les sube hasta las rodillas y los muslos. Se pega a la carne.

A la puerta del café Pekín se ven los bultos oscuros de varias personas y, dentro, hay encendidos candiles. Por el paseo de Ronda, por el bulevar que cruza la glorieta en su parte más alta, viene un farolero, encendiendo los faroles de gas. Lleva al

hombro un palo largo, con una llama prendida. También hay gente asomada a los cristales oscuros de las tiendas, en la otra acera de la calle de Diego de León, frente a la tapia de las obras de lo que parece ser un hospital.

Asunción y Maruja cruzan.

Es ahora cuando llega la luz eléctrica y se encienden de golpe las tiendas, el café, y los balcones de las casas de vecinos. Viene con un estallido de voces y un clamor de conversaciones que se callan poco a poco.

—Qué buena es la luz —dice Maruja.

Juanito lleva boina negra y una gabardina echada sobre los hombros, una gabardina vieja, con manchas de grasa.

—Te estarías poniendo empapado con este calabobos —dice Maruja.

—No me moja —sonríe el chico—. Me he escapado un momento del taller. —Se vuelve a Asunción y se pone serio, con cara de circunstancias—: Ya me ha dicho mi madre. Le acompaño en el sentimiento.

—Nos dijo tu madre que viniéramos mejor a verte aquí.

—Trabajo ahí cerca. —Se vuelve para señalar—: En el taller de un garaje. Otra vez soy mecánico.

—Si queréis que entremos al café, os invito yo —dice Asunción.

—Sí —dice Maruja, enseguida.

—Lo que usted diga, pero invita un servidor.

Lleva un chaleco de punto, debajo de la americana. Se busca en el bolsillo del pantalón y se pone a contar el dinero en la palma de la otra mano. Tiene cara despierta, la frente ancha, que le brilla con el agua, y las cejas finas. Lleva el pelo muy cortado, pero con un mechón que le cae hacia adelante. Se lo toca y repeina con la mano, de vez en vez.

—Bueno, ya veremos quién paga —dice Asunción—. Ahora vamos a tomar algo caliente.

Maruja entra deprisa. Se la nota contenta. Son mesas blancas, de mármol, rodeadas de sillas incómodas. Es un café muy grande, medio vacío.

—Federico, el catalán, se acuerda mucho de ti. Me ha encargado que te viera.

—Es un hombre muy bueno —dice Juanito. Ahora, mira a Asunción.

—Después de que me dijo mi madre lo de su marido, he estado recordándome y se me vino a la memoria tal y como yo le vi tres o cuatro veces en Lavapiés, tan serio. Me parece mentira que no pudiera verle cuando pasó en el tren.

—Sí —dice Asunción. Nota los ojos cariñosos del chico.

—Parece que los hombres eran entonces en la guerra de otra manera, aunque su marido era serio, siempre... no sé.

—El andaluz que sale serio... Igual que le pasa a mi padre —dice Maruja. Se pone colorada y mira al suelo.

—¿Fuiste a eso de las clases? —pregunta Asunción.

—Verá... —dice el chico—. Para eso de estudiar hay que tener más tiempo, estar

de otra manera. No sé si me explico, señora.

—Lámame Asunción, ¿quieres? Maruja también me llama por el nombre, hasta nos tuteamos.

—Sí, dice Maruja. Me llamo de tú con ella. —Se calla y mueve nerviosamente los pies. Echa a andar, a la par que Asunción, hacia la mesa.

—¿Usted me entiende? —insiste Juanito cuando ya se sientan.

—Te entiendo bien.

—Hasta había pensado en irme de España o a la sierra... ¿sabe?

Se callan y Juanito vuelve un momento la cabeza. Dos mesas más allá hay una pareja de novios cogidos de las manos. La novia lleva una falda corta, muy estrecha.

Está sentada de medio lado y se le ven las rodillas, sin medias, llenas de granos. El hombre lleva unos pantalones azules de trabajo y botas sin brillo.

—¿Qué van a tomar?

Juanito oye la voz del camarero, detrás. Se ha acercado el camarero por el otro lado de la mesa. Lleva la bandeja debajo del brazo y un paño en la mano.

—Café.

—Sí, tres cafés con leche —dice Asunción.

Siguen callados el tiempo que el camarero está junto a la mesa.

—Piénsalo bien antes de irte. Aquí hay muchas cosas que hacer.

—Si se entera tu madre... —dice Maruja. Se calla, como arrepentida—. Le ibas a dar un buen disgusto a tu madre —añade enseguida.

—Lo pensará antes de hacer cualquier cosa —dice Asunción como dando por seguro que lo pensará.

—No, si no es que lo tenga decidido... —dice Juanito.

—¿No sales ya a vender agua? —pregunta Maruja.

—Hace ya bastante que no salgo —dice el chico. La mira y se vuelve con la cara contenta a Asunción—. ¿Y qué es de Federico? ¿Sigue animao? Es una persona que sabe de todo.

—Sí. Está de médico en la prisión. Como preso, claro es.

—Si usted le hubiera visto en guerra... —dice Juanito—. Seguro que es de los que no tragan ni un pelo.

—Las cosas cambiarán alguna vez —dice Asunción.

Viene el camarero y pone los vasos vacíos para él café con leche y la jarra con agua y otros vasos. Detrás, llega el echador, con los dos cacharros —uno en cada mano—, el de la malta y el de la leche.

—No vienes ahora por Lavapiés —dice Maruja.

—Iré algún día.

—Voy a escribir a Federico, diciéndole que estás bien. Le mandaré una carta a su hermana para que la meta en el sobre que envía ella.

—¿Sí?

—Es de esta manera como pueden pasar. Sólo dejan escribirles a los parientes.

Se ponen a beber el café, a sorbos pequeños. Se miran unos a otros, de vez en cuando, y sonríen.

—Entona el cuerpo —dice Juanito.

Una pareja de guardias de la Policía Armada, arrastrando los mosquetones, entran en el local para resguardarse de la lluvia. Hay un hombre cojo, con una caja de limpiar zapatos, arrimado al cristal de la puerta. Mira a los guardias de soslayo.

—Todavía llueve —dice Juanito. Se pone de pie, para mirar a la calle, las ventanas.

—¿Sigues juntándote con ese amigo tuyo? ¿Con Enrique? —pregunta Maruja.

—Sí.

—¿Quién es?

—Trabaja en un taller enfrente del mío —dice Juanito, se calla un momento y mira hacia la puerta donde están los guardias.

—Piensa como nosotros —se vuelve a Asunción—. Tiene un hermano que sabe de muchas cosas. Es muy listo y sabe de política.

—Ya.

—Lo que pasa es que está tuberculoso. Se pasó seis noches durmiendo en el sótano de una comisaría y cogió una tuberculosis. Tuvieron que llevarlo a un sanatorio de la sierra, después de mover muchas recomendaciones, porque no había camas suficientes.

—Tener cuidado —dice Asunción.

Juanito volvió a empujarse para mirar hacia la calle.

—Vaya lata de lluvia.

—Tendremos que irnos de todas maneras —dice Asunción.

—Ahora tengo que volver al taller para recoger unas limas. Además hay que terminar un trabajo que llevamos ajustao.

—Si quieres te esperamos y nos vamos juntos en el metro —dice Maruja.

—Voy a tardar mucho. Y, luego, espero a Enrique. Otro día las veré más despacio —dice. Sonríe a Asunción.

Los guardias siguen todavía a la puerta del café, dentro, apoyados en los mosquetones desganadamente.

—Hemos quedado en que te veremos —dice Maruja.

—Sí, claro.

—Adiós.

Se dan la mano y, ahora, vuelven a saludarse, de lejos.

Asunción y la chica se quedan solas. Cruzan, de nuevo, la glorieta. Se les empañan los ojos. Se les saltan las lágrimas de frío.

—Vaya invierno este que empieza.

—Sí, va a ser bueno.

—Lo que le pasa a Juanito es que tiene muchos nervios. Mi madre decía que está hecho de rabos de lagartijas.

Juanito sale del taller cuando aún no han cerrado las tiendas de ultramarinos. Por la calle de Diego de León pasan los tranvías abarrotados de gente, hombres agarrados a las barras, trabajadores con las tarteras vacías, que regresan de las obras.

Tiene hambre. El escaparate de la tienda de comestibles está medio a oscuras. Detrás del cristal hay un montón de higos secos, cubiertos de un polvillo blanco. Compra un cuarto de kilo. Se pone a comer, deprisa, antes de que llegue Enrique. Juanito siempre tiene hambre. Se ha comido la ración de pan que le ha puesto su madre, con la comida de al mediodía. Se pasa todas las tardes lampando de hambre.

Enrique anda a zancadas, moviendo el cuerpo de un lado a otro. Es un muchacho alto y desgarrado, parejo en edad con Juanito. Trae la tartera vacía debajo del brazo, envuelta en una bolsa de tela.

—¿Qué comes?

—Higos secos. Los he comprado ahí enfrente. Toma.

Le da un puñado, tres o cuatro higos. Y Enrique se pone a mirarlos en la palma de la mano.

—Los cabritos de los tenderos les echan yeso para que parezcan buenos.

—En mi barrio me sé dónde son los mejores y dónde cuestan diez céntimos más baratos —dice Juanito.

Siguen un rato, andando, con la boca llena, sin decir palabra. Juanito come deprisa, por acabar antes. Tiene aún hambre. Es como una obsesión y nunca se siente hartado.

—¿Quieres más?

—Déjalo —dice Enrique.

—Sí, toma, hombre, toma —arranca Juanito, como haciendo un esfuerzo.

Toda la calle de Diego de León es cuesta abajo. Tiembla la luz verdosa de los faroles de gas; a veces parpadea, parece que va a apagarse con las rachas de viento. Pasa poca gente. Las tiendas están con los cierres a medio echar. De tarde en tarde se oye el ruido que hace un cierre metálico al bajarlo; suena como una descarga de fusil, en medio del silencio.

—He visto a esa mujer que te dije, a la que mataron al marido.

—¿Sí?

—Me ha hablado de mi amigo, ese que está preso.

—Mi hermano dice que hay que ayudar a los de la cárcel, pero que ahora es peligroso.

—¿Ayudarles? ¿Cómo?

—No sé. Creo que mandándoles dinero y cosas de comer.

La Castellana cae en lo hondo. Desde arriba el asfalto mojado del paseo se ve brillar como un río. Las luces de los faroles se mueven entre ramas de árboles grandes, de troncos terrosos.

Al pie del monumento de Castelar apenas corre aire. Juanito y Enrique esperan en la parada del 17, del tranvía que va a Vallecas, que viene desde los altos de los Cuatro

Caminos. Hay tres o cuatro hombres, encogidos, con las manos en los bolsillos, aguardando bajo los árboles desnudos.

—¿Cómo es la mujer esa que ha venido a verte?

—Es mayor. Tendrá lo menos veintiocho años.

Enrique se calla, cuando ve que su amigo está serio, mirando vía adelante. Les ciegan los faros de los coches.

—Tenemos para rato hasta que llegue el tranvía. El que espera desespera —dice Juanito.

Al otro lado del paseo hay un edificio encendido, con torrecillas y la portada de azulejos.

—¿Qué es aquello?

—El *ABC*, donde hacen el periódico —dice Juanito.

## XVI

—Los días peores son los domingos —murmura Miguel. Vuelve, ahora, de nuevo, su atención a la misa.

Es una misa muy larga. El reloj que hay sobre el dintel de la puerta de la sacristía marca la una y media. La iglesia está llena de gente. Miguel se siente nervioso. Desde donde se ha puesto —junto a la pila del agua bendita— ve las espaldas inmóviles, la gente de espaldas y, a la derecha, dos velas que arden chorreando cera en la palmatoria, debajo de un Santo Cristo.

Inmediatamente delante de Miguel hay una mujer gruesa y alta. Parece la única persona con vida que se mueve, qué rebulle de vez en cuando. Es una hembra mayor, de nalgas grandes, con el pelo muy rizado, teñido de rubio, sin llegarle el tinte a las raíces. Está nervioso Miguel, impaciente, bailando las piernas, hasta terminar la misa. El cura se vuelve, abre los brazos. Se santiguan los hombres y las mujeres, aquí y allá. Ahora ya se vuelven todos. Miguel se santigua.

La gente sale, lentamente, hacia la puerta. Miguel oye todas las pisadas arrastrándose, detrás, en medio del silencio del templo. Rompen a hablar las mujeres, cuando llegan al vestíbulo. Algunas llevan la mano mojada de agua bendita y tocan los dedos de las otras mujeres y, nuevamente, se santiguan, casi en plena calle. Hace sol fuera, un sol frío de invierno, color de limón. Por la calle de Alcalá abajo cae mucha claridad.

El café donde espera Ernesto está en un semisótano, cerca de otra iglesia. Hay que bajar tres o cuatro escaleras, y surge una fila de mesas de mármol oscuro, paralelas a la barra del mostrador. Es un café hondo, lleno de personas bien vestidas. A la puerta hay un limpiabotas de uniforme.

—¿No tenías en esta iglesia misa de una?

—No, creo que no.

Se sienta Miguel y, ahora, vuelve a levantarse y corre la silla.

—No has vuelto a decirle que viniera a ese compañero tuyo casado.

—Coincidimos los dos francos de servicio ese domingo, de casualidad. Somos los dos de más categoría en la prisión.

—Parece un tío simpático, me gustaría liarle con chavalas —dice Ernesto—. A ver cómo respondía.

—Imagínatelo.

—Les he dicho a ésas que vamos a llevarlas primero al cine. El secreto está en tratar a las putas como si fueran decentes y a las decentes como si fueran putas, ya lo sabes —dice Ernesto.

—Bueno...

—A ver si conseguimos entradas en alguno de la Gran Vía, ¿te parece? ¿Vas a tomar algo?

—No, nos largamos si quieres... antes de que cierren las taquillas.

Se levantan. Miguel desdobra el pañuelo blanco que lleva en el bolsillo de arriba de la americana.

—Estoy acatarrado —dice.

—Ya te manejas bien con la mano.

—Sí. Me molesta un poco con los cambios de tiempo, pero estoy francamente bien.

—¿No te has puesto la gabardina?

—No tenía frío —dice Miguel.

En la Gran Vía las gentes pasean al sol. Los transeúntes van despacio, pegados a las casas. Un comandante, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón de montar, está hablando con un paisano a la puerta del Casino. Algunas chicas de las que caminan llevan todavía puestos los velitos de misa. Asomado al portal hay un hombre cojo que vende periódicos.

—No haces más que hacer gestos con la boca, como si se te hubiese quedao una miaja de comida entre los dientes. Termina de una vez —dice Ernesto.

—Estoy nervioso.

—Mira, eso te calmará —dice Ernesto volviéndose, para mirar.

—Fíjate en la dama. Y que debe funcionar la señora más que el gallo de la pasión.

—Estaba delante de mí en misa —dice, por seguirle la corriente, harto ya de hablar de lo mismo.

—Ahora me explico que tengas nervios, contra, ahora me lo explico —dice Ernesto, en tono de guasa.

A la vuelta de la primera calle hay un coche parado, y se acerca un guardia urbano para ver lo que pasa. Se arremolinan los transeúntes, saliéndose de las aceras. Miguel y Ernesto se asoman para mirar. En la última fila del corro hay unas muchachitas jóvenes que pasean entre dos chicos con uniforme negro, de Falange.

A Miguel le duele un poco la cabeza, del catarro. La luz es muy fuerte y toda la calle aparece llena de transparencia, limpia. El cielo está azul. Siente Miguel impaciencia, sin saber por qué está nervioso.

—Llevo con este catarro todo el invierno. Va a jorobarme esa prisión.

—Y se te ocurre salir sin gabardina...

—Allí siempre hace frío, y en verano un calor que te asas vivo. Me fastidia hasta acordarme de aquello.

Los viajeros del metro están agrupados, esperando los ascensores para bajar a la estación de José Antonio. Miran, los primeros de los dos grupos, a un lado y a otro, por ver qué ascensor sube primero. Es una aglomeración de personas en el centro de esta especie de plaza.

—Miraremos en el Avenida y en el Palacio de la Música, me da igual lo que pongan —dice Ernesto.

—Como quieras... Te decía eso de la cárcel...

—Yo creí que por lo menos en la parte destinada a los funcionarios tendríais calefacción y alguna comodidad.

—Qué va a haber.

—Oye, o si no en el Capítol. Me dijeron que ponían una que estaba bien, de intriga.

—Con tal de que no sea de cárcel... —dice Miguel, como si intentara bromear.

—Déjate ya de ese rollo.

—Si es que, aunque te parezca mentira, no puedo quitármelo de la cabeza, no puedo —dice Miguel.

En el Centro de Vigilancia tenían encendida todo el día una estufa eléctrica, debajo de la mesa. A veces, hasta encendían dos. Los días de frío se reunían allí los oficiales a jugar a los dados. Se pasaban así las horas. Hasta se empañaba el cristal que daba a las galerías y tenían que limpiarlo con las manos para poder vigilar, para enterarse de si alguien salía de los patios.

Manolo ganaba casi siempre, rara era la partida que no se sacaba cinco o seis duros.

—Tienes más suerte jugando que Manolete toreando. Hasta que un día te enganchen con los cuernos —decían unánimes los compañeros.

—No hay tío pásame usted el río, que tengo suerte y he nacido de pie —decía Manolo riendo.

Miguel tiraba con la mano izquierda, porque todavía se resentía de la derecha cuando hacía esfuerzo. Por lo general, le tocaba perder y como llevaba una temporada de mal humor, nadie se atrevía a mofarse de él. Estaba entre sus compañeros jugando. Pero como en otra parte. Manolo le dijo:

—Eso es porque se te dan muy bien las gachís.

—¿A mí?

—Sí, a ti. No te las des de santo.

Seguía Miguel jugando, mecánicamente. No importaba el tiempo que pasara. El último día empezó la partida de dados por la mañana. Jugaron todos. Hasta Pepe, y uno, que era de la guardia saliente, se quedó un rato.

Cantaban:

—Cuatro sietes.

—Dos ases.

No paraban durante horas.

—Que traigan unos vermús que todavía no me rajo —dijo Manolo.

Mientras tanto era la hora de la consulta y Federico y el médico de prisiones estaban esperando a que se reunieran a la puerta de la enfermería todos los presos que

se habían apuntado a reconocimiento.

—Parece que los alemanes están parados en Rusia, más que parados —dijo don Mariano.

Se oía el murmullo de la gente que iba llegando y de los que ya aguardaban en el pasillo.

—¿Decimos a los enfermos que pasen? —preguntó Federico.

—Sí, que vayan entrando, de dos en dos.

Fue entonces cuando se asomó Miguel a la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó don Mariano desde dentro.

—Volveré luego si no, cuando termines el reconocimiento.

—¿Es algo importante?

—Sólo quería que me dieras algo para la cabeza. Hay un ambiente muy cargado hoy en el Centro, con las estufas dentro y todos fumando —dijo Miguel bajando la voz.

—Sí, es muy insano —dijo el médico—. Sobre todo porque quemáis tabaco como descosidos. Ahora te daré un analgésico.

—Hasta don Mariano me lo ha dicho. A los alemanes les va mal en Rusia. Cuéntalo por ahí —dijo Federico en voz baja al primer preso que había entrado. Era un tipo de ojillos picaros y se sonrió.

—Siempre se enteran tarde de las cosas —dijo el preso también en voz baja—. Lo que les pasa a los alemanes es que corren. Ahora van hacia atrás. Retroceden en todos los frentes. Han avisado de Burgos. En algunos puntos los rusos han atravesado ya la frontera polaca.

—Bueno, a ver si se me quita el dolor de cabeza.

—Lo disuelves en un poco de agua —dijo don Mariano. Salió a acompañarle al pasillo, abriéndose paso entre los presos, que se aglomeraban a la puerta. Algunos habían entrado ya.

—¡Guarden orden! —dijo a voz en grito el funcionario que estaba en el pasillo. Los hombres volvieron a ponerse firmes y a callar cuando pasó don Miguel.

—Cuatro reyes —dijo Pepe, riendo, señalando los dados desparramados sobre la mesa.

Miguel llamó por la tarde a Federico para que le diera el masaje y le hiciera el ejercicio de los dedos. Le resultaba a Miguel un poco violento, después de aquella conversación que tuvo con el preso a principios de invierno. Lo que más le molestaba era no saber cómo clasificar a Federico. A veces le parecía un hombre tímido y otras un mal encarado.

Se sentó en la silla, en mangas de camisa. Aunque generalmente no hablaban, le dieron ganas de preguntarle algo.

—Muchos estarán animados con las nuevas noticias de la guerra, ¿no? —le dijo.

—No dicen nada —dijo Federico; se puso en guardia al oírle. Además, al oficial le olía un poco el aliento a vino.

—Tendría gracia que fueran a ganarnos ustedes sin hacer nada, tumbados en las celdas a la bartola.

—No creo que se trate de un asunto personal entre nosotros los presos y ustedes los oficiales, y perdone —dijo Federico.

—¿Cómo cree que me tratarían a mí sus compañeros, si pudieran? ¿A los que estamos de oficiales? —dijo Miguel, sin escucharle.

Federico se dio cuenta de que le miraba con unos ojos diferentes a los de cuando se conocieron. Notó que el oficial dudaba.

—Tienen sus razones, pero ya le he dicho que la guerra no fue un asunto entre presos y funcionarios de esta cárcel. Al final en España terminará entendiéndose la gente.

—¿Al final de qué?

—En todas las guerras civiles ha pasado así. Sólo duran las ideas que tienen razón de ser, las que ayudan a la gente a avanzar y a superarse; pero los hombres terminan por reconciliarse y por convivir al menos.

—Bueno... —dijo. Puso un gesto escéptico, como una sonrisa que se le quedara en la punta de los labios—. Adiós —dijo mientras Federico le ayudaba a ponerse la guerrera.

Después de hablar con Federico, sentía cierta pesadumbre. Le daba rabia, sobre todo, oír los comentarios de los otros oficiales o del médico de prisioneros, refiriéndose a Vidal.

—No tiene mala pasta —le oyó decir a don Mariano—. Políticamente es una familia de armas tomar. Su madre perteneció a no sé qué asociación de mujeres y la mataron nada más terminar la guerra, las cosas que pasan.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó rápidamente.

—El que está de practicante. El chico ese que tenemos ahora.

Don Mariano le miró extrañado, con los ojos muy abiertos.

—Sí, claro —dijo Miguel.

Le hastiaba cada vez más la cárcel, en especial su relación con los presos y con los otros oficiales. Se cansaba de estar allí, en el Centro de Vigilancia, sintiendo el calor de las estufas eléctricas achicharrándole las piernas; de las gracias de Manolo o Pepe; de estar allí encerrado horas y horas escuchando el clamor de los patios. Temía los días que le tocaba volver a la prisión, por aquella calle desnuda entre los desmontes.

Hay todavía gente en la taberna. Es más bien un colmao: un local pequeño con cuatro o cinco mesas. En la pared está colgada la cabeza disecada de un toro de lidia y varios carteles antiguos de la fiesta nacional, con colores chillones «6 toros 6 de la ganadería de Miura, en la plaza de la Maestranza de Sevilla».

Llegaron después de salir del cine y han cenado a base de tapas. Se han pasado un montón de horas bebiendo. Miguel está abrazado a Elena, pellizcándole los muslos.

—Te vas a pasar de rosca, luego no te apañarás después de tanto recalentón y tanto vino —dijo la chica.

Ahora hace frío. Entra el frío como un cuchillo por la puerta. Ernesto tiene la cabeza en el hombro de su muchacha.

—¿Qué hora tienes, Concepción? —pregunta Elena.

—Más de las cuatro, se me ha parado el reló. —Aparta la cabeza de Ernesto.

—¿Pedimos otra botella? —dice él. Se vuelve como desmerezándose hacia la otra pareja. Están cada pareja en un sofá. Hacen ángulo los dos asientos con la mesa.

—¿Nos vamos ya?

—Esperar un poco.

Han entrado dos taxistas y se han quedado en el pequeño mostrador, conversando. Uno de ellos mueve mucho las manos. Se oyen las palabras de los dos chóferes, remotamente, y la risa de cualquiera de ellos.

—Esperarme —dice Miguel. Se levanta y llega hasta el mostrador.

—El fulano me alquiló en la puerta del Palas y luego me llevó a la Gran Vía. Estuvimos contratando mujeres hasta que cargó seis y se las llevó a Villa Rosa. Se quedó allí, con ellas, toda la noche y todo el día siguiente, el cabaret entero para él. A mí me tenía con el coche a la puerta, fumando y comiendo a cuerpo de rey. El tipo era no sé qué en Cartagena y había ganado un millón de pelás en un negocio.

—¿Cuánto te dio al final?

—Le pedí doce billetes y me dio catorce sin rechistar.

—¿Tiene bicarbonato? —pregunta Miguel al empleado que hay detrás del mostrador. Está atendiendo a la historia que cuenta el taxista.

—Sí tenemos, señor.

—Es muy tarde, vámonos ya —dice Ernesto detrás.

Se ponen las mujeres los abrigos, mientras Ernesto le da vueltas al vaso con el bicarbonato.

—Cóbreme —dice Ernesto. Se acerca torpemente, con el abrigo arrebujado al brazo, y pone veinte duros sobre el mármol.

—Cobre, le digo.

—Enseguida, señor.

—Ese que me has contado sería de los de todo por la tapia. Ya sabes el chiste, un muchacho que veía cómo mangaban todos los del cuartel y va y le dice al comandante: «Oiga, mi comandante, ¿ese letrado que hay en la puerta es todo por la patria o todo por la tapia?» —dice uno de los taxistas.

—Cóbreme antes de que... —repite Ernesto. Se vuelve para mirar a los que están hablando—. Usted es rojo, ¿eh? No quiero oírle hablar así. ¡Maricón! ¿Te has percatado? —dice—. ¿Te has percatado? —se dirige a Miguel como pidiéndole ayuda—. ¿Te has percatado de la lengua que tiene el taxista este del arpa?

El chófer está pálido. Ha dejado caer los brazos, los codos, que tenía apoyados en el mostrador.

—Es una broma, señores —dice el otro chófer—. No ha querido más que contar un chascarrillo.

Ernesto le mira de arriba abajo.

—A ver tu documentación. Me vas a enseñar tu documentación.

—Déjalo —dice Concha. Le tira a Ernesto del brazo—. ¿Pero no decías que nos íbamos?

—Sí, déjalo —dice Miguel.

—Estoy seguro de que no quería molestar a los señores —dice tímidamente el tabernero.

—Mire, un servidor no quería ofender —tartamudea y saca el carné de conductor—. No se nos hubiera ocurrido ni entrar aquí. Estábamos esperando a esos señores, que nos han alquilado a los dos a la vez —señala a un grupo de hombres y prostitutas que están en las mesas del fondo.

—¡Valientes cabrones que son estos del ramo de la gasolina! —dice Ernesto—. Éstos eran los que te pegaban cuatro tiros en la tripa en el treinta y seis —se le traba la lengua con el vino y sujeta a Miguel de la manga; luego le habla en voz más baja, como contándole una picardía—. Muchos menos desgracias que éstos estarán criando malvas —se ríe. Le da una risa nerviosa, que no puede contener.

—Estoy seguro de que no lo han hecho de mala fe —insiste con timidez el empleado del bar.

—Anda, vámonos —dice Miguel.

—Hale —dicen las mujeres.

El cierre está a medio echar. Es de madrugada cuando salen, después de darle muchas vueltas, de hablar y volver a hablar sobre la misma cosa. El pavimento aparece cubierto por una escarcha blanca. Está la calle como si hubiera nevado. Se paran en la acera, un segundo. A lo hondo de la cuesta se ve el paseo del Prado y el bosque del Botánico. El cielo parece un cristal sucio.

—Todavía queda mucho rojo en Madrid —dice Ernesto.

Cuando se vuelve para buscar a Miguel se da cuenta de que su amigo se ha quedado muy atrás, con la rubita.

—De buena gana hacía una micción —dice pronunciando con sorna.

—¿Hacías una qué? —pregunta Concha.

—Aguas menores.

—Espérate a casa, ya sabes que vivo aquí al lado.

—¿No podían venirse ésos también?

—No puede ser. Mi tía no quiere, es un cuarto muy chico.

—Se me había antojado una cama redonda... —Se vuelve para despedirse a gritos de Miguel—: ¡Adiós! —dice alzando las manos—. Te dejo por estos mundos de Dios toreando pulmonías. —Se dirige ahora a Concha—: Fíjate que se le ocurrió

esta mañana salir a cuerpo gentil.

—Sí, déjalos en paz. Ellos se buscarán apañío en cualquier sitio.

Miguel y Elena les ven desaparecer por la primera bocacalle. Siguen despacio hasta el paseo del Prado.

Miguel ve recortarse en el alba los árboles del Botánico. La cara de Elena le parece cansada, a la luz de la amanecida. Cerca de Atocha hay parado un taxi, que está libre.

—¿Cuántos años me dijiste el otro día que tienes?

—Dieciocho.

—Y los que anduviste a gatas.

—Te digo la verdad, dieciocho.

El chófer está durmiendo dentro del coche cerrado. Se acercan y miran por la ventanilla, a través del cristal empañado.

—¿Dónde vamos ahora? —dice Elena.

—Vete a tu casa si quieres. No tengo ganas de nada.

—No puedo llegar a estas horas. Digo que me quedo a dormir en casa de una amiga. ¿Tomamos el taxi?

—Tómalo tú si quieres. Toma. —Le larga unos billetes arrugados.

—Si no es por eso —dice Elena. Abre la portezuela del coche.

—Anda vente, donde estuvimos la otra noche nos cogerán.

—No.

—¿Estás loco? Venga, vente —le dice desde dentro, con la portezuela abierta.

—No, me joroba. Estoy mareado. Tengo ganas de dar una vuelta.

El coche ha arrancado poco a poco. Elena le hace otra vez señas, desde dentro. El chófer vuelve los ojos, la cara recién despierta.

Miguel ve el coche y a la muchacha agitando la mano. Se queda un instante como extrañado, igual que si la despedida no fuera con él. Mira al cielo blanco. Cruza el bulevar sin despedirse de la chica. Sigue andando hasta la cuesta de Moyano, pegado a las casetas cerradas de los puestos de libros viejos; llega a la verja del Retiro. Ya es de día por completo. Una pareja —un hombre y una mujer jóvenes, cogidos del brazo — sube por la cuesta del paseo de Coches; van deprisa, como si temieran llegar tarde al trabajo. Se pasa Miguel un rato angustiado, con un ahogo que le dificulta la respiración. Se para y está un rato mirando los remolinos que forma el aire con las hojas caídas, que llevan allí desde el pasado otoño. Se acuerda de Elena que estará ya en la cama, desnuda, o sólo con esa combinación transparente. Ahora hace aire y nieva copos finos. Siente frío en la espalda. Se abrocha todos los botones de la americana y se levanta la solapa. Tiene las manos yertas, que le duelen de frío. Se aprieta el cinturón, porque le duele el vientre. Y piensa en su propio cuerpo colgado en la rama de un árbol. Estaría dormido, como cualquier noche. Cae aguanieve. Se oye el rumor del agua al caer y Miguel sigue caminando despacio, calándose hasta los huesos.

## XVII

Hay una larga calle que discurre pegada a las verjas del Retiro, una calle durante varios años llamada de Reforma Agraria, pero que ahora vuelve a llamarse de Alfonso XII. Se cruza Miguel con tres poceros. Se oye el ruido de las botas claveteadas pisando las losas de las aceras.

—¿Qué hora es? ¿Tiene hora, por favor?

—Las seis y media —dice Miguel. No les mira a la cara.

Cuando llega a la plaza de la Independencia le agobia verla vacía, sin nadie, con el jardincillo blanco porque ha cuajado un poco la nieve. Los arcos de piedra del monumento brillan con la luz primera del día.

Se mete en el metro. Baja, deprisa, las escaleras. Se agradece el calor que sube del túnel. Los vagones van llenos de gente trabajadora. Se aprietan al lado de Miguel y se mueven, entran y salen tumultuosamente en todas las estaciones. Pasan las cosas por delante de sus ojos sin que se dé cuenta. Tiene sueño. Está preocupado por si se entera su madre de la hora a la que llega, ya dos días seguidos.

Cerca de su casa, en la glorieta de Bilbao, pasa por un bar que está abierto. Orina y se atusa un poco el pelo, con un peinecillo que lleva siempre en el bolsillo de arriba de la americana.

Engracia sale en camisón a abrirle la puerta.

—¿Y mamá?

—No se ha enterado a la hora que viene, señorito. No se ha enterado de nada; pero no tardará en despertarse —dice la mujer—. Ayer vino usted casi a la misma hora —añade, moviendo la cabeza.

—No le diga nada.

—Descuide, señorito.

Se agacha la mujer a recoger un trozo de papel que hay en el suelo, y con la mano izquierda se tapa el escote del camisón. Por debajo de las mangas y por el cuello le asoma carne macilenta y pellejos. Tiene la mujer los ojos arrugados del sueño y el pelo canoso revuelto, con mechones que le caen en las orejas.

—Si quiere le traigo unas botellas de agua caliente para la cama.

—No.

Está roto. Siente cansancio y hasta dolor en la mano. Lo peor es que son dos días seguidos de mal dormir. Al tirarse de los pantalones para bajárselos le duelen los dedos de la mano. Y tiene los pies fríos.

—Voy a traerle el café calentito.

Permanece la mujer, de espaldas, esperando, a la puerta, que sigue entreabierta.

Cuando oye el ruido del cuerpo de Miguel al caer en la cama, el chirrido de los muelles, entra para doblar la ropa. Deja los pantalones sobre el respaldo de una silla.

—Llámeme a eso de las diez. Tengo que tomar el coche para Guadalarréal.

—No descansa, no...

—No se preocupe, cuando estoy de servicio duermo bien.

—¡Ay! —dice Engracia, y termina de colocar la camisa en el respaldo de la silla —. Cuida poco su salud, señorito Miguel.

Miguel se tapa la cabeza, se arrebujá dentro de la cama. Restriega los pies contra las sábanas para entrar en calor. Está tiritando, sin pensar en nada.

Había decidido la víspera no ir con Elena, pero por fin la llamó por teléfono. Y pasaron toda la noche juntos. Se fueron temprano a dormir a una casa de citas que había en la calle de Atocha. A la puerta había una mujer que vendía castañas asadas y Elena compró un cartucho lleno.

—Me gustan mucho las golosinas, y aunque ahora hay más hambres que sequías, no es que yo pase hambre; pero me gusta mucho comprar golosinas, castañas o lo que sea.

—Bueno, cómpralas.

—Tú no me entiendes, porque eres un señorito, pero cuando voy al cine siempre llamo un par de veces al chico de las patatas fritas y los caramelos.

—Ah —dijo Miguel, sin ganas de hablar.

—Yo creo que es porque siempre lo estaba deseando de pequeña. Mis padres nunca me compraban nada, siempre con la misma miseria.

Miguel la miró. Vio que Elena había empezado a pelar las castañas, parada a la puerta de la casa. Miguel sintió pena.

—Hale, vamos para arriba.

—Te figurarás que es una tontería, pero me siento una persona importante, alguien, cuando puedo comprar una chuchería o chistarle a un taxi para que se pare.

Era una habitación matrimonial. Había una cama grande y dos mesillas con tulipas de color rojo y un armario de luna. Pero hacía frío. La casa no tenía calefacción.

Serían las diez y media cuando llegaron. Estaban cerrando los portales y se oían los golpes de las puertas en la calle. Miguel miraba el pelo rubio, la nuca delgada y el cuello largo de Elena, que se había sentado en la cama para quitarse las medias.

—¿Qué te pasó ayer? Eres un tipo raro.

—Se nos hizo muy tarde en la taberna. Entre la discusión de Ernesto con los taxistas y tanto vino que bebimos...

—Ya te decía a cada rato lo que te iba a pasar, te pasaste de rosca —dijo Elena—. Además eres un tipo bastante difícil. Me figuraba que no ibas a llamarme nunca más.

—¿Por qué?

—Parece que nunca estás conforme con nada.

Terminó de quitarse las medias y se ovilló encima de la cama. Se desabrochó el vestido. Tenía la carne blanca como leche, con pecas en los hombros.

—Estoy dando diente con diente.

—Y tú te conformas con todo, ¿no? —dijo Miguel.

—Qué va, pero me aguanto. La vida está mala para andar con melindres. Yo no soy melindrera.

—Vamos, que te vas con el que paga... —dijo Miguel, por herirla.

—No lo creas. A alguno lo he dejado con la palabra en la boca —dijo Elena—. No vayas a creerte. Cuando sea vieja, no sé; pero lo que es ahora...

La habitación era exterior y aunque estaban cerradas las contraventanas se oían los golpes de los chuzos de los serenos y las palmadas de la gente que llamaba para que abrieran las puertas.

—Dios mío, qué noche más fría.

Engracia le despierta a las diez y cuarto de la mañana. Miguel había conseguido dormir poco más de tres horas. Su madre está en misa; a estas horas siempre está en misa.

—¿No va a esperar para despedirse de ella? —le pregunta Engracia.

—Tengo poco tiempo. El caso es...

—Entreabrió la puerta para ver cómo dormía usted, la pobre señora...

Miguel se encierra en el cuarto de baño. Sale casi fría el agua del termo. Se da sólo una pasada con la maquinilla de afeitar. Nota a ratos un pequeño dolor en la mano, como si se le agarrotara.

Sale, ya a falta de ponerse la americana, cuando oye el ruido de la llave en la cerradura, a lo hondo del pasillo. Es su madre. Trae ella el velo puesto, casi cubriéndole los ojos, la cara con arrugas profundas y la respiración ahogada de haber subido ahora mismo la escalera. Se queda un momento parada, mirándole sin expresión alguna.

—¿Qué hay, mamá?

—El domingo que viene son las misas por papá, que en Gloria esté, hijo mío.

—Sí, ya lo sabía, mamá.

—Vendrá gente...

—Sí, mamá.

Se pone Miguel la americana y, ahora, el abrigo. Engracia ha salido para ayudarle. Hay un perchero con espejo chico, en forma de escudo, y un farol que da una luz pobre. No llega al recibidor la claridad del día.

—¿No tienes guantes? —pregunta la madre.

—Siempre se me olvida ponérmelos —dice Miguel buscándose en los bolsillos del abrigo.

Se besan a la puerta. Por el hueco de la escalera suben los sonidos de las bocinas de los automóviles. Engracia está quieta, reflejándosele la cara de perfil en el espejo del perchero. Mira embobada la escena.

—Adiós, hijo, adiós.

Todo el viaje se lo pasa pensando en que tiene que volver a hablar con el médico, con Federico. No es solamente porque se resienta un poco de la mano. Nota una desgana muy grande, como si nada le importara en absoluto. Sigue cansado y con sueño. El coche va lleno y Miguel está sentado en una de las plazas de delante de las que llaman de primera clase. No quiere volver la cabeza, para no tropezarse con la mirada de la gente que viaja de pie. Siente asco contra esta indecisión suya que cada día le hace pensar al contrario de lo que ha decidido al principio. Nota dolor en las piernas y en las ingles. No mira Miguel más allá de los árboles o de las cunetas de la carretera. Ve los troncos pintados con una franja de cal, los matojos de la cuneta, los hitos que cuentan los kilómetros.

—Siempre yendo y viniendo, de la Ceca a la Meca —oye decir detrás, una voz de mujer.

Sólo de tarde en tarde, levanta Miguel los ojos y mira a la lejanía del campo. Se distingue el comienzo de la sierra, con las cumbres nevadas y rebaños de nubes, amontonándose una sobre otra. El paisaje está solitario. Atraviesa la carretera este campo yermo de siempre, de todos los días.

Cuando llega a la cárcel son las cuatro de la tarde y hace frío. Mira las galerías y le parece que nunca ha salido de allí. No está don Mariano, el médico de prisiones.

Miguel espera a Federico en la enfermería. Manda al practicante a buscarle. Los cristales que dan al patio de la cocina están llenos de escarcha, empañados por dentro.

—Debía prender un poco de alcohol para caldear esto, pero se ha llevado las llaves del armario don Mariano —dice el practicante.

—Quédese donde quiera. Tengo que hacerle una consulta a solas al interno —dice Miguel.

—Sí, señor.

Federico llega enseguida.

—Hace frío aquí —dice.

—Es igual, sólo quería hacerle una consulta breve.

—¿Vuelve a resentirse?

—No. No es la mano. Me duele un poco yo creo que por el frío, pero no es eso.

Baja la cabeza. Ha sacado el paquete de tabaco, casi sin darse cuenta, y, ahora, vuelve a guardárselo en el bolsillo de la americana. Va de paisano; no se ha puesto todavía la guerrera del uniforme.

—No sé si son nervios o qué, pero llevo una temporada que no doy pie con bola. El último día que hablamos pensé en no recurrir más a usted; lo hago porque opino que, a pesar de todo, es usted médico —dice.

Federico mira un momento a la ventana. Se da cuenta de que ha empezado a nevar. Caen copos finos.

—¿Lleva mucho tiempo así, con los nervios?

—No sé exactamente, pero... La verdad es que aunque no me ocurre nada grave, no tengo humor ni voluntad para nada.

—Puedo recetarle un tónico. Además necesita descansar.

—Descansar ¿de qué?, ¿de qué? —dice en voz baja, casi desesperadamente.

Se miran.

—Sí, quiero decir que no trabajo demasiado. Si me quedo sentado en casa los días francos o solo, es casi peor —dice Miguel avivando la voz—. Opino que lo mejor es eso, sí. Que me mande un reconstituyente bueno.

Federico se pone a escribir una receta; aunque no puede firmarla se pone a escribir en el papel. Mientras, Miguel mira los copos de nieve que caen rozando la ventana. Son ahora copos más gruesos y más livianos.

—Nieva —dice—. ¿Está la gente en los patios?

—Sí —dice Federico. Se da cuenta de que el oficial no le mira. Miguel está de cara a la ventana, con la frente medio apoyada en el cristal. Ha borrado con las manos un trozo de la capa gris de vaho de la ventana. Caen goterones de agua a lo ancho del vidrio.

—Sí, es difícil encontrar un sitio donde poner a tanta gente en invierno; pero habrá que decirles que entren ahora mismo.

Federico había recibido hacía pocos días carta de su hermana. Dentro del sobre venía un papel que había escrito Asunción. Le llamaba Frederic, en catalán. Era sólo una nota, pero decía que Juanito estaba bien, aunque no se decidía a estudiar, que trabajaba en un taller mecánico. Añadía Asunción que en Madrid, en Lavapiés, todos «deseaban verle pronto en libertad», «esperan que sea asunto de poco».

Vidal, cuando contestó a su hermana, incluyó dentro otra carta para Asunción. Le daba las gracias por lo del chico y le pedía que no lo dejara de la mano. «Cuéntame todo lo ocurrido que puedas contarme» y «escribeme de vez en cuando», añadía Federico.

Por los días en que escribió esta carta ingresó en la cárcel un muchacho nuevo. Se hizo amigo de Pedro y como lo destinaron a la misma nave, Pedro y Federico le buscaron sitio cerca de ellos, un petate al lado de donde ellos estaban. El dormitorio estaba lleno como un hormiguero, aunque como hacía frío se llevaban mejor las estrechuras y la falta de aire puro.

El nuevo se llamaba Álvaro y era de San Sebastián: un tipo de veintitantos años, bien plantado, con cara de buen comedor y buen bebedor, que hablaba mucho de Francia. En los ratos de optimismo, aunque eran pocos, les contaba lo bien que comían los franceses.

—Guisan como Dios y comen mejor que los vascos, que ya es decir.

—En España también guisamos bien, pero se reparte lo bueno entre unos pocos —dijo Pedro.

Álvaro se recreaba hablando de comida, y Menéndez, que también tenía el petate

cerca, protestaba.

—Callaros la boca, me cago en diez. Me ponéis los dientes largos.

Las bromas siempre eran entre Álvaro y Pedro. Lo hacían un poco por alegrar a los demás, pero no pasaban de ellos dos. El resto de la gente cada vez parecía más desesperada. Álvaro se dormía con un sueño sin sosiego y daba vueltas en el petate. A veces soñaba en voz alta, repetía palabras de los interrogatorios y las torturas y se quejaba: «¡Dejarme, dejarme ya!», decía en voz ronca.

Pedro sabía, o quería al menos alegrarle.

—Oye, despierta, oye —le decía.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Oye, Álvaro. ¿Cuántas patatas fritas te comías ahora?

Tardaba unos segundos en reaccionar el vasco. Luego sonreía con la cara ingenua, desencajada al mismo tiempo por la pesadilla. Se pasaba la mano por la cara y los ojos.

—¿Yo? Cuatro fuentes así —decía señalando altura con la mano.

Se reían, y Pedro sabía que iba a hacerle lo mismo.

—¡Vaya sueño cabrón que tenía! —decía Álvaro, mientras tanto. Pero Pedro sabía que el vasco iba a despertarle luego, para devolverle la broma.

—Oye, Perico, despierta.

Sentía los dedos del otro arañándole en el pecho.

—¿Qué quieres?

—¿Qué te comerías?

—Un manojillo de barcos cargaos de toros.

—Si no dejáis de dar la lata... —gruñía Menéndez, y se ponía a relatar por lo bajo.

Se callaban, sobre todo cuando oían que en otro rincón del dormitorio un hombre se quejaba o se ponía a blasfemar a voces. También discutían los presos entre ellos, por la menor cosa.

—Ahora es cuando se ve quién vale para la colectividad, quién vale para el socialismo.

—¿Socialismo de qué? Sólo hay un socialismo.

—¡Cabrones! —se levantaban los hombres y se lanzaban unos contra otros. Caían por el suelo, entre los petates.

Federico se mordía los labios de rabia. Se lo dijo a los que dormían a su alrededor.

—Tenemos que buscar la unidad.

—Algo me ha dicho Báez, uno que duerme en la otra punta —contestó Pedro—. Ya te diré de lo que se trata.

—Vengo dándole vueltas desde hace yo qué sé el tiempo...

Cada vez iba teniendo Federico más confianza con los chicos. Se contaban muchas cosas pasadas.

—Yo me arrimo a vosotros porque tengo fe en los jóvenes. Un muchacho joven es difícil que esté corrompido por nada. No creeros que sois una excepción.

—¿Cuántos años tiene ese chico que te ayudó cuando estabas en el campo de concentración? —preguntó Pedro.

—Quince o dieciséis tendría.

—A esa edad andaba yo casi pegando tiros.

—Y yo —dice Álvaro.

—Creo que es más difícil hacer cosas en paz que en guerra.

Los petates estaban amontonados por toda la nave. Se movían, hormigueaban los hombres debajo de las mantas, temblando de frío.

—Vaya noche que hace. No puedo pegar ojo —dijo Menéndez.

Desde el suelo subía una humedad helada y pegajosa que se agarraba a los huesos.

—Me duelen las piernas por dentro.

—Van a acabar con nosotros, antes de que veamos la vuelta de la tortilla.

—A los dieciséis justos ingresé en la juventud, me acuerdo como si fuera hoy —dice Pedro—. Por lo que decías tú de ese chico.

—Realmente no os lleváis tanto, no.

—En Madrid no le quedará más remedio que espabilar o quemarse entre tanta golfería —dijo el vasco.

—No puedo evitar acordarme de esa plaza donde él vivía, siempre tan llena de gente, que parecía que fuera a pasar algo.

Juanito no volvía a su casa hasta bien entrada la noche. Cuando él llegaba, su madre no estaba ya en casa. Encontraba el chico la comida todavía caliente sobre el fogón. Cenaba y, sin retirar siquiera los platos sucios, se acostaba. Casi enseguida se quedaba dormido.

Algunos domingos o días festivos, si no se veía con Enrique, se daba un paseo, solo, por el Puente de Vallecas. Por las aceras bajaba una multitud que venía de los barrios. A la izquierda, había un corralón donde guardaban carros. Se ponían a la puerta varios campesinos viejos, apoyados en sus garrotas, arrimados a la pared. Eran hombres de los que venían con sus hijos abanarse la vida a Madrid. Vestían zamarras con el cuello de piel de borrego. Juanito se paraba a escuchar lo que hablaban. Y si se aburría entraba en un billar modesto. Terminaba parado a la boca del metro, o entre las filas de gente a la puerta de los cines. Había, sobre todo, muchas parejas de novios esperando a que salieran los espectadores que estaban dentro viendo la película. Un día se tropezó con una mujer que estaba sola, merodeando también a la puerta del cine. Se puso la última en la fila. Era ya oscurecido.

—Oye muchacho, ¿quieres entrar?

—No tengo dinero.

—Te lo presto. Ya me lo devolverás otro día si te es posible.

Era una muchacha mayor. Tendría, si acaso, veinticinco años. Olía a colonia. Llevaba los labios y los ojos muy pintarrajeados. Vestía un traje azul, estrecho, con una cremallera en la espalda, que le llegaba hasta la cintura. Se le marcaban en el vestido, por detrás, las cintas del sostén.

—Anda, ponte a la fila, delante de mí, y esperamos a que despachen más entradas. No te dé sofoco —dijo la mujer.

Notaba el cuerpo de la muchacha que se apretaba contra su espalda, aprovechándose de las aperturas: las formas redondas del vientre, de los muslos y de los pechos. Se movía la mujer ligeramente. Le cogió ella de los hombros.

—Vuélvete para hablar, hombre. Va muy despacio esto, sale la gente con cuentagotas.

—Sí —dijo Juanito.

—Cuando entremos me desabrochas, si quieres. Sólo me besas.

Tenía tan cerca a la mujer, que apenas veía su cara. Le dolían al chico los tendones de las piernas y le temblaban los músculos de tanto empinarse.

No volvió a encontrarse con ella, aunque otro día fue Juanito a la puerta del cine. Entonces se acordó de Asunción. Se la imaginaba hablando con él y que él era mayor. Hasta se acostó pensando en Asunción. Le parecía una mujer muy guapa y como debían ser las mujeres.

Los días de trabajo, el tiempo transcurría de muy distinta manera. A la hora del almuerzo comía al lado de Enrique, sentados en el suelo a la puerta en los días de sol, y dentro de uno de los dos talleres cuando hacía malo. Como los dueños de los dos negocios eran primos hermanos, los obreros pasaban libremente de un lado a otro.

Los obreros casados solían comer con sus mujeres, que iban a llevarles el condumio al taller. A veces, también se acercaban los chiquillos. Los niños llevaban puestos los delantales blancos del colegio «municipal», manchados de chafarrinones de tinta. Se sentaba en el suelo, haciendo corro, toda la familia reunida. Cualquier mujer decía: «Antes de la guerra un largo de pan valía una perra gorda y te devolvían un vale de dos céntimos». Y le contestaba algo por el estilo una mujer de los otros corros. Y seguían hablando entre bocado y bocado de cómo se había puesto de mala la vida.

—¿Cómo es ese médico que conociste? —le preguntó Enrique a Juanito.

—Era todo un tío.

—¿Sabes si era comunista o anarquista?

—No lo sé de seguro.

—¿No sería de los de Besteiro?

—No losé.

—Mi hermano me ha dicho que nos va a presentar a un oficial mecánico que es un tío muy sano, que piensa como nosotros.

—Bueno.

—Creo que trabaja en un taller del paseo de Ronda, muy cerca de aquí.

Por fin conocieron al oficial. Era un tipo moreno, cenceño. Se llamaba Maxi y había sido de la JSU en la guerra. Como el oficial trabajaba cerca de donde los chicos, se veía casi todos los días con ellos, ya oscurecido, a la salida del trabajo. Les invitaba a tomar unos vasos en una taberna que había en la parte alta de la calle de Lista.

Se ponían pegados al mostrador, en una estrechura que había antes de llegar al teléfono. En las paredes había fotografías viejas de corridas de toros muy antiguas y unas aleluyas que cantaban las delicias del vino y del comercio. «Si bebes para olvidar, paga antes de empezar»; «con pan y vino se hace camino»; «hoy no se fía, mañana sí»; «los vinos generosos y los hombres dadivosos». El tabernero era un hombrón simpático, que cuando les veía entrar, les llamaba «Maxi y compañía». Los muchachos apoyaban los codos en el mostrador, que era de estaño y de azulejos de Segovia, y charlaban.

—En la embajada de los americanos dan partes de guerra, pero si te cogen con él los falangistas, te mullen —dijo Enrique.

—Los nazis van de culo, aunque lo disimulan los periódicos —dijo el oficial.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Juanito.

—Podemos hacer mucho, ya nos llegará la hora —dijo Maxi.

Si alguien entraba a llamar por teléfono se callaban. Tenían que arrimar la espalda a la pared para hacer sitio. Se quedaban así, mientras las chicas de la vecindad entraban a dar algún recado o a hablar con el novio.

—Esa habla por el teléfono como si estuviera dándose el pico con su hombre —dijo Enrique, por dárselas de mayor.

Maxi se rió; se reía cuando los chicos hablaban de cosas alegres, pero lo que más le entusiasmaba era hablar de política. Siempre estaba como sobre ascuas. Cuando sonaba el timbre era Maxi quien primero descolgaba el aparato.

—Preguntan si van a subir esa garrafa al noventa.

—Gracias, Maxi. Ahora me pongo. ¿Dígame?

A la entrada, alrededor de una mesa grande, se sentaban unos cuantos parroquianos a jugar al subastao. Principalmente eran los dueños de las carbonerías y de los pequeños comercios de los alrededores quienes jugaban. Y, a veces, emprendían discusión sobre el asunto de las cartas. La gente del mostrador tenía que gritar más, para hacerse entender.

—Observar a la gente: cuando ya llevan mucho vino en el cuerpo les gusta aparentar que han hecho algo muy importante en la vida, que son muy machos.

—Es verdad.

—Un día se despertarán, se percatarán de dónde está lo importante.

—¿Qué crees tú que es lo más importante? —preguntó Juan.

—La unión de los trabajadores para quitarles de la mano a los ricos las cosas que tienen sin dar golpe: la cultura y las comodidades.

—¡Ojalá! —dijo Enrique.

—¿Ojalá qué?

—Eso, que se terminara el abuso, de una vez.

A Maxi le chispeaban los ojos cuando oía a los muchachos y, luego, muchos ratos se quedaba ensimismado, como si abrigara una preocupación.

Un día sonó el teléfono y el oficial, que estaba cerca, lo agarró más rápidamente que otras veces. Habló en voz baja, en medio del jaleo de la taberna, durante unos minutos y, después, colgó. Miró el tabernero, pero se puso a servir unos chatos que le pedían en la otra punta del mostrador, cuando vio que Maxi había resuelto la llamada por su cuenta.

—¿Os acordáis de lo que me preguntabais el otro día?

—¿A qué te refieres?

—A eso que me preguntabais sobre en qué podíamos ayudar nosotros.

—Sí.

—Creo que pronto vamos a tener una oportunidad. —Se calló y vio que estaban muy sorprendidos—. Hay gente que se va a las sierras. Hay quien piensa que debíamos irnos al monte, a luchar.

Quedaron callados un buen rato. El oficial pidió otros vasos y una ración de patatas fritas a la inglesa. Se las comieron sin hablar palabra.

Juan se sentía preocupado por aquello que le había dicho Maxi. En el taller se pasaba el rato pensándolo, se distraía con el vuelo de una mosca. El maestro le llamaba la atención a voces o se acercaba sigilosamente por detrás al chico y le daba una palmada floja en el cogote.

—¿En qué piensas? Vamos a ver. ¿En qué puñetas estás pensando?

La verdad era que no pensaba en un negocio sólo, sino en mil. La imaginación le saltaba de una cosa a otra, como una nube de langostas. Se volvió muy atolondrado y tímido.

—No terminas de salir de la edad del pavo, de soltar el cascarón del culo —decía el maestro—. No sé qué coñe estás cavilando siempre.

Pensaba en que le contaría a Asunción lo que había dicho Maxi. Le gustaba parecer un hombre delante de ella y de Maruja. Pero además necesitaba a alguien que le aconsejara. De las personas que había conocido, de quien más se acordaba era de Federico Vidal, y, sobre todo, del abuelo.

La última vez que había visto a su abuelo fue cuando el viejo estaba ya muerto. La señora Julia había mandado a Juanito a casa de unos vecinos para que el chico no se empapara de los preparativos del entierro, pero él se metió en su casa, aprovechando la confusión que había por el velatorio, el ajeteo de la gente que entraba y salía.

El viejo estaba solo, tendido en el suelo sobre una manta. Tenía la piel amarillenta y un pañuelo sujetándole la cara, atado con un nudo para que no se le desencajara la boca. A los lados había dos palmatorias sin velas.

En el cuarto contiguo estaba la gente, de charla. Los hombres fumaban cigarros de picadura. Repartían el papel, arrancándolo de los librillos, hoja a hoja, y, luego, liaban los pitillos con parsimonia.

—Yo ya me he fumado la ración de esta semana.

—Y yo.

—¿Pagaría usted el Ocaso? —le preguntó una mujer a la señora Julia.

—Sí.

—Menos mal, mujer, menos mal. Si no, ahora, enterrar a alguien cuesta un ojo de la cara.

—Yo también pago la sociedad, hasta por mi hijo el casao, que no sabe ni pun del asunto porque pensaría que es de mal agüero —dijo otra.

—Pues yo les digo que lo primero es comer. Prefiero gastarme todo lo que me entrega mi marido en llenar el estómago, que no guardarlo para muertos —dijo otra.

—Pero por Dios...

—Hace usted bien —decían los hombres, y daban largas chupadas a sus cigarros—. Lo principal es matar el gusanillo del estómago, que estamos que nos quitamos el hambre a bofetadas.

—Y con lo que dan de racionamiento, no hay ni para un diente.

—Yo vendo de estraperlo el azúcar, para comprar pan.

Juanito se pasó, entonces, un rato grande mirando al cadáver. Le parecía que eran una cara y un cuerpo distintos a los de su abuelo. Escuchaba a los vecinos que conversaban en la otra habitación, y le dieron ganas de irse a buscar al viejo, fuera, entre la gente que charlaba.

Lo que más le dolía siempre a Juan cuando tenía una duda que resolver era no tener cerca al abuelo, para preguntarle. Se acordaba de cuando el viejo le escuchaba guiñando los ojillos, temblándole, brillantes y cariñosos entre las arrugas. «Vaya Juanito, vaya», le decía.

Fueron pasando los días sin que Maxi les dijera nada más concreto y a Juanito se le esfumaba la inquietud. Una tarde que salió más temprano del taller se pasó por Lavapiés. Estaban solas Maruja y la señora Concha, pero, al poco, vino Asunción.

—¿Sabes quién está aquí?

—Ah, hola —saludó Asunción—. Cuánto me alegro de que hayas venido.

Vio al chico, desde la puerta.

Se sentaron alrededor de una mesa que tenía puesto un tapete de hule. Asunción venía más arreglada que la otra vez, cuando habían estado en el bar de Diego de León. Se había pintado un poco los labios. Maruja contó que Asunción andaba buscando unos papeles que le hacían falta para colocarse.

—Sí —dijo la mujer—. ¿Tú sigues igual, claro?

—Ya ve usted. —Notó él mismo que se ponía colorado—. Sigo en el mismo taller, y de lo demás...

—¿Qué? —preguntó la señora Concha.

—No, nada... De lo demás, nada.

—No tenga usted miedo. Juanito es un chico prudente, aunque todos continuamos pensando... y tenga sus ideas —dijo Asunción.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró la señora Concha—. Tener cuidado con lo que habláis por ahí.

—Si no hablamos nada. —Se cortó y miró a Asunción y a Maruja. Sonrió—. Si queréis os invito abajo a un vermú.

Había parado sus ojos en Maruja.

—Bueno... —dijo la chica.

—Ya va a estar la cena. No os retraséis —dijo la señora Concha.

Iba nervioso. Cuando bajaban la escalera echó a andar un poco delante. Se volvía de vez en vez.

—Mi madre se asusta en el momento que te ve.

—No sé lo que le habrás dicho de mí...

—No, le dije que leíais libros; y dos veces se ha encontrado a tu madre... — torció el gesto—. Es tu madre la que le ha puesto la cabeza como un bombo.

—Tener tranquilidad, es mejor esperar el momento —dijo Asunción.

—Claro, pero alguna vez habrá que hacer cosas —dijo Juanito.

Llegaron al portal y Juanito se sentía, ante los ojos de las mujeres, como si ya fuera un hombre, aunque le daba vergüenza. No hablaron de nada importante.

—Federico ha vuelto a escribirme. No hace más que hablarme de ti.

—Se escriben ustedes, ¿no? —medio preguntó, con alegría.

—Me ha mandado una carta por mediación de su hermana.

El dormitorio está casi en silencio, sólo se oyen las respiraciones ahogadas de los que duermen. La bombilla que hay en el centro de la nave apenas da luz. De los petates de la derecha —por el lado donde es mayor la oscuridad— vienen dos hombres envueltos en mantas. El imaginaria dice:

—Daros prisa.

Apenas se les notan las facciones. Uno es más alto y grueso, y el otro menudo, de cara afilada.

—¡Federico!

—¿Qué?

—Viene del Dueso —habla susurrando el de la cara flaca—. Quiere saludarte.

—Ya. ¿Qué pasa?

—Nada —dice el alto—. Te traigo recuerdos de González Santos.

—¿Uno del sexto?

—Sí.

—¿Qué tal está?

—Bien. Te traigo una nota.

Se tocan las manos y Federico toma entre los dedos un rollo insignificante de

papel.

—¿Qué tal allí?

—Si se confirman las noticias de la guerra mundial, bien; pero la gente no se une; hay mucha confusión.

—Ya hablaremos. Te presentaré a éstos —dice Federico señalando a Pedro y a Álvaro, que duermen.

Tienen las bocas entreabiertas. Se les ven blanquear los dientes en lo oscuro; Pedro respira ahogadamente, de costado, le brillan los labios como si le saliera saliva. El otro está boca arriba, duerme con los párpados a medio cerrar.

—Salud —dice el nuevo.

—¿Es importante la nota?

—Rómpela cuando la leas, son noticias de la guerra y un saludo de los del Dueso.

—Bueno.

Federico, cuando el nuevo se marcha, mira a los que duermen. Pedro se ha dado la vuelta, ha quedado de espaldas encogido sobre el petate. Sigue en vela Federico. Oye, otra vez, decir algo, cualquier palabra de saludo, al imaginaria. En el extremo de la nave, junto a la puerta, se oye roncar a un preso. Alguno está soñando en voz alta. «Cállate», oye decir a otro. Federico deja caer el cuerpo hacia atrás y apoya la cabeza en la mano que tiene libre. En la derecha lleva, entre el índice y el pulgar, el pequeño rollo de papel que habla de la guerra mundial. No hay luz suficiente para poder leer. Suspira. Nota el aroma de los cuerpos, el sudor. Remotamente se oyen los alertas de los centinelas.

Ha bajado el termómetro cinco grados desde la última guardia, casi de repente, de golpe. Hay un termómetro a la intemperie, colgado al otro lado del cristal de la ventana. Miguel no puede pegar ojo. Se ha levantado y sigue paseando por la habitación, con el capote puesto. Prende otro cigarro y se pone a fumar. La cama está revuelta y de seguro fría, con las ropas arrastrando por el suelo. Es un pavimento de baldosas rojas descoloridas.

Mira a la noche, largamente. El cielo brilla como una lámina de fósforo, como si estuviera a punto de amanecer. Se oyen los alertas de los guardias preguntándose y respondiéndose de lejos.

—¡Centinela, alerta!

—¡Alerta está!

—¡Centinela alerta!

—¡Alerta está!

—Centinela alerta...

## XVIII

Llega del trabajo y su casa le parece muy desierta, pero de veras se alegra de que no esté su madre. Se quita las ropas del trabajo y anda descalzo por las habitaciones. Se sienta en una silla de anea que hay en la cocina, cerca de la hornilla medio apagada, todavía con el rescoldo del carbón. Se pasa un rato en la silla hasta que, ahora, siente la marca, la molestia de las trenzas del asiento de anea en los muslos desnudos.

Le viene de nuevo el recuerdo de Asunción. Piensa que ella debe enterarse de sus proyectos, imagina que si hubiera algo en concreto se lo contaría a solas. Le diría que pensaba irse al monte. Le da miedo, como un reparo, imaginar el cuerpo de ella, el cuarto donde Asunción y Maruja duermen, el cuarto con las cortinas encarnadas, desteñido el color.

Los ruidos y las voces de la taberna que hay en la planta baja llegan amortiguados y confusos a través del patio. Se oyen golpes de vidrios y un gesto o una risa, de repente, entre el murmullo. De tarde en tarde, alguien canta, rompe a cantar y se ahoga su voz entre el griterío. Hoy se nota menos frío. Desde hace unos días el tiempo ha templado un poco.

Juanito no tiene sueño. Casi desea volver ya al taller, para hablar con Enrique. Siempre le pregunta:

—¿Se sabe algo?

—A ver lo que dice Maxi esta tarde. El escucha las radios...

Pero Juanito, por las tardes, apenas se atrevía a preguntarle al oficial mecánico. Maxi les daba largos discursos, les hablaba de sus ideas, en voz baja, susurrando, pegados al mostrador. Le escuchaban sin perder palabra, con los ojos muy abiertos. Sólo se volvían alguna vez para mirar a las chicas que entraban a comprar vino y que llevaban las botellas vacías en la mano; o miraban, distraídamente, leían las aleluyas pegadas a la pared: «Si bebes para olvidar, paga antes de empezar»; «con pan y vino se hace camino»; o los carteles de toros; o aquellas fotografías viejas, cagadas de moscas, también recuerdos de corridas de toros; o hasta un cuadrito que debajo del cristal tenía una entrada del partido internacional de fútbol jugado entre Italia y España allá por el año treinta y cuatro.

—No me había fijado nunca en esa entrada, mirar —dijo Enrique.

Maxi se acercó. Levantó la cabeza y entornó los ojos para leer las letras pequeñas de la entrada de fútbol.

—El dueño hace bien en ponerla ahí. El fútbol es ahora como Dios y los santos.

—Desde luego.

—Bueno... Pero de lo que nos hablaste el otro día —insinuó Juanito.

—¿De qué?

—Dijiste que mucha gente iba a marcharse con los de la sierra.

—Sí, cuando llegue el buen tiempo piensan marcharse unos que yo conozco —dijo Maxi, bajando la voz.

—¡Bah! —dijo Enrique—. Cuando llegue el buen tiempo...

—En cuanto se derrumben los alemanes.

Ahora se acuerda Juanito de la conversación del último día. Le viene mucha inquietud. Está muy excitado, como alegre. No tiene sueño y le dan ganas de fumarse un cigarrillo. Hace poco que fuma, pero le dan ganas de echarse a andar y de comprar un cigarrillo y de fumar por la calle.

Se viste. Cuenta la calderilla y dos o tres pesetas que le quedan. Coge la llave del portal, que está siempre dentro del azucarero o del galletero: dos cacharros decorados con unas flores pintadas al óleo. La madre de Juanito tiene mucho cuidado de dejar siempre la llave en los cacharros que como adorno pone encima del aparador.

Baja las escaleras. La calle está solitaria. Sólo sale el ruido y el calor de la taberna. Corre, toda la calle abajo, camino del Puente de Vallecas. Hay una neblina lechosa, pero no hace demasiado frío. Un perro olisquea entre un montón de basura. De las rendijas de algunas ventanas sale luz y el rumor de las familias.

En la calle principal se nota más luz, los faros de algún coche barriendo el suelo húmedo.

Hay dos mujeres vendiendo tabaco en la puerta del metro. Se acerca a una que es flaca y dentada, de boca entreabierta y ojos saltones...

—Tengo barras de pan. ¿Si quieres, chico? ¿O es que buscas ganao?

—No. Deme dos Ideales, sueltos.

—Calla. Te crees que todos los chicos van a lo mismo... —dice desde el otro ángulo de la barandilla del metro la vendedora que está apoyada en aquel lado.

Se oyen llegar, dentro, los trenes. Siente un cosquilleo en las plantas de los pies por el temblor del suelo. Un hombre le pide limosna en la escalera del andén. Como es final de trayecto Juanito termina de fumarse el pitillo, a la puerta del coche, esperando a que arranque el tren. Va poca gente en el vagón. En Atocha suben dos hombres con maletas. En la otra estación, dos mujeres; se les nota en la cara que son prostitutas. En Sol, a la vez que el chico se apea, entran tres guardias de la Policía Armada, sin fusiles, de brazos caídos. Por el pasillo va una mujer con una cesta llena de verdura, al lado de un hombre que lleva un niño, ya mayor, dormido en los brazos. Por la escalera baja otro guardia hablando con un señor de sombrero. Juanito echa a andar por la calle de la Montera. Los escaparates de las tiendas están apagados. Una mujer joven va discutiendo con un viejo. Se queda mirando la muchacha a Juanito. El hombre sigue andando más deprisa y la mujer acorta el paso. Mira al chico de arriba abajo.

—No camines tan deprisa. Ese tío es un pelma.

—¿Qué?

—Si me ven sola, a lo mejor me cogen los guardias y me llevan a Oropesa.

Van un rato juntos, sin hablar, rozándose los hombros. Juanito la mira. Tuerce un poco la vista para no tropezar con los ojos de ella.

—¿Quieres que te invite?

—No tengo hambre —dice Juanito—. No me gusta entrar a estos sitios.

—Eres un tolili —dice la muchacha, sonrío—. No te enfades.

Se coge del brazo del chico para cruzar. Por la Gran Vía va y viene mucha gente. No hay mucha luz, pero algunos cines tienen los luminosos encendidos.

—Yo me quedo aquí —dice la muchacha, señalando un café—. No voy muy arreglada, pero dentro no te agarran los policías. Aquí sólo vienen putas señoritas.

Se ríe. Se quita el guante. Tiene una mano pequeña y fría.

—Adiós y gracias.

Juanito le suelta la mano y sigue caminando hacia la calle de Alcalá, cuesta abajo. Hay una mantequería que tiene encendida la luz del escaparate. Dos mujeres que venden tabaco están arrimadas a la luz.

—Yo me comía aquello y aquello —dice una vieja desdentada, señalando con el dedo.

El chico siente un ahogo en la garganta. Tiene las manos yertas y aprieta los puños dentro del bolsillo de la gabardina. Se clava las uñas en las palmas de la mano. Ahora alumbra otro cigarro. Se pasa los dedos por los labios para quitarse una mota de tabaco y nota que le huelen un poco a esencia, al perfume que llevaba la muchacha.

—La verdad es que no me habéis dicho de seguro si estáis dispuestos —dice Maxi.

—Por mí, sí —dice Juanito.

—Y por mí.

—¿Cuándo tendríamos que marcharnos?

—Ya os avisaré —dice Maxi. Mira alrededor. Es cuando salen de la taberna. Viene un coche por lo hondo, por la calle de Torrijos, y brillan los alcores, pendiente arriba, y los troncos de las acacias del paseo de Ronda y hasta el cristal oscuro de alguna ventana.

—No hace tanto frío. El tiempo va a mejor —dice Juanito.

—Sí.

—A lo mejor da el rabotazo, no se sabe —dice Enrique.

—De cualquier manera, no le digáis a nadie esto que hemos hablado —dice Maxi.

—Claro.

—¿Tú cuando crees que sería? —pregunta Enrique.

—Ya os he dicho que no lo sé con exactitud. Mejor es no saber nada hasta que no llegue el momento.

Se despiden en la esquina de Lista y Torrijos, como siempre. Al otro lado de la calle hay una academia, y un grupo de muchachos estudiantes están a la puerta. Son mozarrones con gabardinas nuevas y llevan libros debajo del brazo. Corretean persiguiéndose, alrededor de un árbol. Dan vueltas al alcorque lleno de agua de un árbol, y se agarran al tronco.

—Los ricos tienen ahora el derecho a todo —dice Maxi; se han vuelto los tres para mirar el juego de los estudiantes.

—Es verdad.

—Algún día serán las cosas distintas, todo será distinto —insiste Maxi.

—Yo ahora había tenido una oportunidad —dice Juan.

Cuando Juanito se queda a solas con Enrique compra unas castañas pilongas en un puesto que hay en la esquina. El tipo que vende es un hombre joven con un peso y un carrito de mano, de varas muy abiertas.

—¿Cuánto quiere?

—Cien gramos —dice Juanito.

Se vacía medio cucurucho en el bolsillo de la gabardina y le da a Enrique el resto. Las castañas son muy duras, saben dulces y como un poco rancias.

—Vamos andando hasta la Castellana, hasta el 17.

—Sí.

—Es un tipo que vale este Maxi, ¿verdad? —dice Enrique.

—Sí.

—Mi hermano me dijo que había estado con él en la guerra y que se jugaba el tipo como ninguno.

—¿Crees que nos llevará por fin?

—Claro que sí.

—Tengo ganas de hacer algo, aunque no sé, me da miedo que nos cojan antes...

Enrique escupe. Se limpia la boca con el revés de la mano.

—Algunas saben amargas, como a rancio.

## XIX

—Es preciso reconocer que los alemanes y los japoneses, los samurais y los germanos —subraya don Mariano— constituían una alianza de cuidado, pero las cosas no marchan siempre a pedir de boca.

—Los alemanes llevan más de un mes y medio resistiendo en Monte Casino, saben echarle riñones. Si no les hubieran fallado los italianos... Y... todavía veremos —dice Pepe.

El médico de prisiones y Pepe se vuelven para mirar a Miguel, que sigue jugando, distraídamente, con la cucharilla. Entra una franja de sol por la ventana de la cantina y hace culebrillas en los vasos. El agua tiembla dentro de los vasos con el pequeño vaivén de la mesa.

—¿Tú no lo crees así?

Miguel se despabila, de pronto. Está como extrañado de que le preguntara a él.

—Ya es demasiado empalago de guerra. No sé. La política me fastidia. Por la política tuvimos que hacer la guerra nosotros.

—Hasta ahí estamos, pero no se trata ahora de política. Lo que se ventila es qué raza es mejor, quiénes son los más pistonudos —dice Pepe.

—Los alemanes no le dan mucha importancia al individuo, sólo al líder —dice don Mariano.

—Le dan poca importancia a la escoria; el que vale, vale. De la plebe no salen más que bestias de carga —dice Pepe—, desengáñate, doctor.

Miguel sigue callado. Con la mano derecha se mueve el puño de la guerrera para mirar el reloj.

—¿Qué hora es? Os dejo el aula libre, antes de que se me haga tarde —dice Pepe.

—Las once.

—¡Puf! —resopla levantándose—. Bueno, os dejo solos, por si queréis seguir arreglando el mundo —sonríe. Sale hacia la puerta y se vuelve para saludar con la mano. Deja un momento la mano de filo, en el aire, como si fuera a hacer un saludo militar.

—¡Adiós!

Miguel y el médico de prisiones se quedan un momento solos, callados, sentados a la mesa. Miguel para de mover las piernas y deja de bailar el agua de los vasos. Se queda quieta la luz, el rayo que cae sobre la mesa.

—¿Y qué tal tu salud? —pregunta don Mariano.

—Bien. Me encuentro algo mejor.

—Vaya, vaya... —dice el médico. Saca una petaca, que tiene dentro tres o cuatro

cigarrillos—. ¿Si quieres? Voy a fumar ahora unos mentolados que me hace un amigo boticario. Están bien preparados y van mucho mejor para los bronquios.

—No, gracias.

—Este Pepe es un tío gracioso. Estos de Valladolid, si bien se mira, son más castizos que los propios madrileños de antes —dice don Mariano, mientras prende el cigarro.

—Sí...

—Aunque verdaderamente tiene razón. De estas cosas que hemos tocado es mejor no hablar. Además, vosotros hicisteis la guerra y...

—Claro —dice Miguel, secamente, distraído—. Se pone de nuevo a jugar con la cucharilla. Le vienen a la memoria los días de la guerra, cuando estuvo de alférez en la batería de Montaña. Se acordaba, a veces, hasta de los nombres de los conductores —los conductores tirando cuesta arriba de los ronzales—, de los nombres de los artilleros y hasta de los mulos.

—No sé si te lo he dicho... Yo estuve con los rojos. Luego me pasé a Francia por una embajada, y de allí a zona nacional —dice don Mariano.

—¿Sabes? Cuando veo a la gente, pienso que no conseguimos nada, que no valió de mucho.

Federico y Pedro siguen tumbados en los petates, uno al lado del otro, mirándose. Tiene Federico el cigarro encendido en la mano. Va dejando la ceniza en el suelo, poniéndola en los desconchones del cemento.

—¿Qué te dice tu madre de lo que pasa en Guadalquivir? ¿Qué piensa la gente de la calle?

—Mi madre sabe poco de todo. Es una pobre mujer que no ha hecho toda su vida más que trabajar —dice el muchacho. Se queda un rato callado—. ¿Y qué cuentan el médico y los oficiales? ¿Es que no hablan?

—No sé.

—Piensan poco, yo creo. Todos ellos piensan poco, son máquinas de jorobar al prójimo.

—Muchos sí, pero yo opino que un día se impondrá la realidad. Se darán cuenta de que son tan desgraciados como el que más lo sea.

—Tiene que llover mucho hasta que pase eso —dice Pedro.

Aparta Pedro, un poco, la manta. Se deja envueltos nada más los pies.

—Ya hace mejor tiempo y, además, tanta gente aquí... ¿Por qué habrán armado todo este lío? ¿Por qué serán así?

—Cuando un hombre tiene miedo, no piensa.

—Yo también tengo miedo.

—Seguro que es un miedo distinto. Ellos lo llevan dentro y tienen miedo hasta de que el mundo dé vueltas. Pero tú estás seguro de que el mundo da vueltas y tienes cincuenta mil pruebas, aunque tengas miedo de decirlo. Nadie te va a convencer de

que no se mueve.

—Psch.

—Lo peor es andar a ciegas, recibiendo golpes de todos lados.

Menéndez se ha levantado. Se sienta en el petate y se sujeta las rodillas con las manos.

—Seguís con la matraca —dice. Se queda un rato callado, como mirando al vacío—. Somos diez veces más tíos de los que debía haber en esta cárcel en tiempo normal. No hay quien respire —añade, hincha los carrillos—. ¡Me cagüen la osa!

—¿Seguirán de culo los alemanes? —pregunta Pedro.

—Tengo ganas de saberlo yo también —dice Menéndez—. Sois vosotros los que sabéis siempre todo...

—Mañana —dice Federico.

—Me jode estar al lado vuestro —insiste Menéndez—. Vosotros estáis siempre como sobre ascuas. A lo primero creí que el doctor era un tío tranquilo, pero sois todos de la misma pasta.

—¿Te acuerdas de los paseos que nos dábamos el primer mes que nos tiramos en la celda? Venga de un lado a otro, pin pan —dice Pedro sonriendo.

—Toma, claro que me acuerdo; pero a vosotros es otra cosa lo que os pasa —dice Menéndez.

—Le he escrito otra vez a esa mujer —dice Federico—. Me gustaría hablar con ella.

—¿De qué ibais a hablar? —pregunta Menéndez. Se vuelve y se suelta las rodillas. Se acuesta de nuevo.

—Vaya... de todo lo que puede hablar un hombre con una mujer —dice Federico.

—Me figuro que le seguirías con tu matraca, dándole sermones.

—Yo no me acuerdo de una chica sólo. ¡Qué va! Me pongo a darles vueltas a las que me acuerdo y se mezclan. A lo mejor las piernas de una y el cuerpo y los pechos de otra y se me olvida la cara que tienen.

—Si comieras más ibas a estar como un burro antes de desfogar, me imagino yo —dice Menéndez—. A ver si me dejáis descansar, de una vez...

—No puedo coger el sueño...

—Ya estamos casi en marzo.

—Si esto no termina antes del verano... —dice Menéndez.

—Esto nos lo dan en bandeja, ya veréis —dice uno.

—¿Por qué? —pregunta Federico.

—Ya veréis como sí.

—No sé... —dice Pedro.

Federico se vuelve hacia su petate.

—Callar ahora —dice. Arruga la frente. Se sienta para quitarse los zapatos—. ¿Cómo has dicho que se llama ese río?

—El Dniéper —dice Pedro.

—¿Le has dicho eso a Báez?

—Sí.

Es una noche muy clara. Detrás de las rejas de las ventanas brillan las estrellas. Está raso todo el trozo de firmamento que se ve.

—Si esto no termina antes del verano, nos vamos a ahogar aquí dentro —dice Menéndez.

Se oye discutir a dos presos en la otra punta de la nave y el imaginaria sale corriendo hacia aquel lado, saltando entre los petates.

—¡Cabrones! —dice.

—¿No quieres jugar una manita al mus? —pregunta Manolo.

Miguel se sienta en el sillón que hay cerca de la puerta. Lo aparta un trecho de la mesa. Los cristales del Centro de Vigilancia apenas están empañados. Si acaso, algo sucios.

—Sois cuatro, ¿no?

—Bueno... un servidor —dice un vigilante. Mira al corro de los oficiales. Es un hombre chaparro, con la cara arrugada. Parece un campesino o, quizás, un sargento chusquero de las Armas del Ejército.

—No, siga... Por mí, estoy dispuesto.

—Entonces... ¿usted de pareja conmigo? —dice Manolo.

—Lo que opinen...

—Venga, baraja de una vez.

—Procuraré hacerle bien las señas del juego —dice el vigilante.

—No vaya a pasarme lo que la última vez —sonríe secamente como disculpándose.

—Si sigue de pareja conmigo, terminará jugando como los ángeles. No sufra —bromea Manolo—. Usted en cuanto yo le diga, mus...

## XX

Es domingo. Se acerca el buen tiempo y los vecinos abren las puertas de sus casas. Por los corredores se oyen todas las radios, los anuncios comerciales, las canciones de moda, que se repiten mil veces todos los días. Se oye, también, el ruido de freír y los chorros de las fuentes comunales. Pero la gente sube despacio las escaleras y habla calmadamente. El patio está tranquilo y la máquina del taller se ha parado. Todavía quedan algunas virutas metálicas en el suelo. Cae un sol tibio que llega hasta las escaleras, hasta los primeros peldaños. Lo hondo de la casa queda oscuro: los pasillos profundos y las viviendas a las que nunca entra el sol; aunque ahora sale la gente, salen los viejos. Hay una mujercita vieja asomada al pretil del corredor.

—Yo dedico los domingos al aseo personal. Hasta el mediodía no estoy para nadie —dice a voces el señor Pablo. Se oye el chapoteo del agua y la fuerza que hace para poder lavarse en el barreño. Está en el otro cuarto.

—No digas tonterías, padre —dice Maruja.

—Qué tonterías ni qué leñe. Di que es verdad, Asun.

Asunción y Maruja siguen en su habitación, con la cortina echada.

—Me ha dicho el señor Segis que va a venir Juanito al bautizo —dice la chica, casi al oído de la otra, en voz baja.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se encontró al señor Segis en la calle y Juanito le dijo que vendría de seguro.

—A lo mejor fue para quitárselo de encima, o no se lo dijo con tanta seguridad.

—Tú sí vendrás. Aunque no sea más que por no hacerles el feo a las vecinas...

—Sí, iré un rato. A ver si es cierto que viene Juanito —sonríe Asunción.

Se oyen, aún, los esfuerzos del hombre y el chapoteo del agua.

—Luego se pasa el domingo en un soplo, sin que una haya hecho nada y sin haberte divertido una gota —dice Maruja.

—Tendrás tiempo —dice Asunción.

—Sí, mañana a las ocho yo me iré a la peluquería, y tú a la fábrica...

Desde hace un mes Asunción está colocada en la oficina de la fábrica donde trabaja el señor Pablo. No tienen el mismo horario y se ven poco Maruja y Asunción. La fábrica está cerca de Legazpi. Es una fábrica grande, de material eléctrico. Asunción todavía no la conoce bien. Llega por las mañanas al trabajo, como si llegara a un lugar extraño. En la Sección de Administración hay lo menos veinte empleados entre hombres y mujeres. La oficina tiene unas puertas de cristal rugoso que dan a un pasillo y a una escalera. En el piso de abajo están los talleres. Se oye constantemente

el ruido de las máquinas, de las poleas que se deslizan dando vueltas y vueltas. Huele el aceite quemado de los motores. Asunción lo recuerda, ahora, como algo que todavía nada tiene que ver con su vida. No sabe cómo va a poder traer hasta este espacio sus recuerdos y sus sentimientos.

Cuando llega la hora del convite son ya las tres de la tarde. Han vuelto los vecinos de la iglesia. Maruja se ha pintado un poco los labios, sin que se entere su madre. Y Asunción quiere contagiarse de la ilusión de la chica.

—Vámonos —dice.

—Si hay muchachos mayores habla con ellos. No vas a pasarte así toda la vida —dice Maruja.

No tienen más que bajar un tramo de escaleras y es en el primer corredor, en la puerta número cinco. Entran a una vivienda pequeña. Los techos son muy bajos, como los de todos los pisos de la vecindad. Se sientan Asunción y Maruja, alrededor de una mesa camilla. Van llegando hombres y mujeres. Los que no caben cerca de la mesa, se acomodan en sillas que rodean el cuarto o en una cama turca que hay pegada a la pared, debajo de un calendario con una estampa del Cristo de Medinaceli. Los chiquillos juegan en la habitación contigua, donde está el canasto con el niño recién nacido.

La gente llega, y lo primero que hace es pasar a la habitación del niño y acercarse al canastillo.

—Que le vean casado —dice Maruja.

—Gracias —dice la madre de la criatura—. Y tú delante pa que no te espantes —se ríe. Vuelve la cabeza para reprender a los niños que juegan arrastrándose por el suelo—. Son de la piel de Satanás —añade, mirando a Asunción.

—¿Todos son suyos?

—Sólo el rubio.

Es una mujer de carnes arrugadas y blancas, medio pelirroja.

El señor Segismundo se levanta para saludar a Asunción. Le da la mano inclinándose un poco. Es calvo y tiene unos ojos pequeños y picaros, que parecen de una persona más joven, y la nariz gorda.

—¿No ha venido Juanito el de la Julia? —pregunta Maruja, como sin hacerle aprecio a la cosa.

—Todavía no —dice la mujer.

—Ésta no hace más que llegar y ya preguntando por el mozo —dice el señor Segis, y sonrío.

—Es que teníamos que hablar con él. No se ría...

—Sírveles vino —dice la mujer.

—Que no beban mucho las señoritas, cae mal al estómago vacío —dice un vecino—. El morapio que nos lo dejen a los hombres.

—Siéntese aquí, aquí.

—Nos han quitado el sitio. Nada más llegar nos plantamos en la mesa camilla —

dice Maruja.

—Si quieren... —dice un hombre joven, levantándose.

—No, por favor.

Vuelve a acomodarse ahora. El hombre que les ha hecho sitio es un tipo moreno, corpulento. Lleva desabrochado el botón de arriba del cuello.

—El Alfredo es sobrino nuestro, aunque como no tenemos sitio está de huésped en casa de la señora Brigi —dice la mujer.

—Si no le importa a nadie me voy a quedar en mangas de camisa.

—Claro.

El ambiente del cuarto está cargado, todos muy juntos, pegadas las sillas unas a otras. Apenas hay espacio y el joven se arrima más a Asunción.

—¿Usted es de la vecindad? No recuerdo su cara.

—Sí. Desde hace poco —dice Asunción.

Hay un par de frascas vacías sobre la mesa y una fuentecilla con aceitunas negras y salsa de cebolla y pimentón. La gente habla ininterrumpidamente. Los hombres empiezan a ponerse cariñosos con sus mujeres, bromean. Maruja se ha quedado un rato de pie, y se asoma al otro cuarto, cada vez que oye chirriar la puerta. Vienen más vecinos.

—Hola. ¡Enhorabuena!

—Pasen, pasen aquí.

Alfredo se estrecha más y se ríe, como justificándose. No puede echarse hacia atrás. Pone ahora el brazo por encima del respaldo de la silla de Asunción.

—Discúlpeme, es que...

—No importa.

—Es que no se cabe —dice—. Pues como iba diciéndole yo soy de Albacete y ni siquiera me escribo con nadie de allí, por las cosas de la guerra. Tampoco tengo amistades, que se diga, en Madrid.

Asunción le mira. Pierde por un momento el hilo de lo que está diciendo el hombre.

—¿Qué?

—¿Se ha dado usted cuenta de cómo se animan los viejos?

—Es natural que se animen. Tienen que hacerse aún ilusiones... Mirar adelante. Como nos pasa a todos.

—¡Eh! Tío Segis —se vuelve—. Estoy seguro que ven ahora a las parientas como cuando eran mozos, cuando iban a las orillas del Manzanares.

—Bueno...

—Sí, hijo, sí. Mejor es que nos imaginemos que nos ven igual —dice la mujer de la casa.

Asunción tiene el ruido, todas las conversaciones, metidas en la cabeza; también las voces y la proximidad de los rostros, todos tan juntos. Se da cuenta de que el joven —Alfredo— de vez en cuando deja caer el brazo desde el larguero de la silla.

Siente el roce del brazo en la espalda y en la nuca. Le llega el aliento del vino y el tabaco.

—¿Usted también está sola...? Vamos, quiero decir que no tiene familia en Madrid.

—No tengo familia.

—Ya he caído quién es usted. Se lo oí a la señora Brígida, la de la casa donde me hospedo.

Asunción mira a Maruja, que no para de asomarse a la puerta.

—¿No viene Juanito?

—No, no viene.

—¿Es algún mozo? —interviene Alfredo. Sonríe.

—De buena gana bajaba al portal a ver. Hace calor —dice Maruja.

—No te impacientes —dice Asunción.

Se callan un rato y Asunción se queda como amodorrada.

—¿Qué dan de racionamiento esta semana? —pregunta una mujer.

Un hombre calvo se limpia la frente con un pañuelo. Los invitados siguen hablando a gritos.

—¿Quieres que bajemos por más vino a la taberna? —pregunta el señor Segismundo a su mujer.

—Déjese de vino tan a palo seco —dice una vecina.

—Sí, ya he caído quién es usted —repite el sobrino—. Pero debe animarse, que ya vendrán tiempos mejores.

—Gracias. Tiene razón.

—Es ya muy tarde para que venga Juanito —dice Maruja—. Tengo aquí mucho ahogo.

—Si no les molesta y quieren, puedo acompañarlas a dar una vuelta y a tomar algo.

—No, déjelo. Dentro de un poco nos vamos nosotras solas. Tenemos que ver unas cosas en un escaparate.

—Como quieran.

Asunción se siente también un poco inquieta por la ausencia del chico. Después de aquel día en que Juanito vino a verlas a Lavapiés, habían vuelto a encontrarse otra vez con el muchacho en el café de la calle de Diego de León. Hablaron muy poco. Juanito parecía disgustado sin ton ni son.

Fue cuando le preguntó:

—¿No ha vuelto a ver a Federico?

—Nos escribimos alguna vez. Creo que está bien y siempre pregunta por ti.

—Si pudiéramos hacer algo por ellos...

Y fue cuando había notado Asunción que la miraba mucho, con ojos avergonzados y tímidos, y que estaba nervioso, como si dudara si debía contarle algo o callarse...

—Ya es seguro que no viene Juanito, vámonos si quieres —insiste la chica.

Cuando Asunción y Maruja salen, por fin, a la plaza, es de noche, domingo por la noche. Parejas de novios bajan por las calles en cuesta, despaciosamente. En el café Barbieri han abierto los cristales de las ventanas. Se ve lleno, atestado, repleto de familias con los chiquillos que corretean entre las mesas. Las mesas cubiertas de copas medio llenas de agua, de tazas sucias, de papeles y migajas, pocas migajas. Flota un humo espeso. Salen el vocerío y el humo, a la calle, por las ventanas abiertas. Los camareros con las chaquetillas blancas y sucias están de pie, apoyados en las columnas. Se refleja toda la multitud del café en los espejos, hasta lo hondo.

—Qué aburrido es el domingo —dice Maruja.

—Ahora sí, pero vendrán otros tiempos, ese hombre lo decía arriba y tenía razón.

—No sé cuándo...

—Todos lo queremos.

Vienen dos borrachos, apoyándose el uno en el otro. Se paran y el más joven comienza a vomitar, a echar la cabeza hacia adelante, con cada golpe de la vomitera. La luz se refleja en la mancha del suelo. Siguen los dos hombres abrazados, dando trompicones.

—Vente, vamos a tirar por aquí —dice Asunción.

—¿Qué le habrá pasado a Juanito?

—No creo que le haya pasado nada. Habrá tenido algo que hacer.

—Es muy guapo, ¿verdad?

## XXI

Miran a lo alto, a las alineaciones rectas de nubes al final del paseo.

—El tiempo sigue bueno —dice Enrique.

Se han parado un instante, frente al cine. Es la puesta de sol y se reflejan rayos rojizos en los cristales. Están reventando hojas en los árboles más jóvenes, en las ramas finas de las acacias.

—Hoy no viene Maxi a la taberna, ¿no?

—Debe de estar muy ocupao.

—Yo se lo diría a esa mujer —dice Juanito.

—Nos han avisao que no abramos la boca hasta que no sea definitivo. Luego te despides y se acabó. Te despides de ella cuando nos vayamos.

—Me gustaría que se lo dijera a Federico, a mi amigo el de la cárcel, cuando vaya a verle.

—Ya te ha dicho Maxi que terminará por irse a la sierra todo Dios. Aunque seamos nosotros los primeros. —Se calla.

—No te creas que a mí no me da miedo...

—No si... Yo es que había pensado que Asunción...

—Leche, no haces más que hablar de esa mujer. A ver si es que te gusta...

Juanito sigue un rato callado. Tuercen por una de las bocacalles y Enrique se mete las manos en el bolsillo del pantalón. Se pone a silbar.

—¿No vamos a la taberna, entonces? —pregunta Juanito.

—Si tienes tú para invitar...

No se vuelven. Van uno al lado del otro.

—A mí me gusta más comer que beber —dice Juanito, al rato.

—Si tuviera perras...

—Vámonos al tranvía, y ¡para el barrio!

—En Madrid, te advierto, que cuando quieras percartarte, ¡zas! Estamos en pleno verano.

—Dímelo a mí...

Siguen camino de la Castellana, cuesta abajo. Atraviesan, ahora, el barrio elegante, las aceras que cruzan en solitario delante de las verjas de hierro —algunas reforzadas con chapas o comidas de hiedras— de jardines de palacetes y de chalets. Al llegar cerca de la calle de Velázquez, frente a un portalón, se para un coche negro, y el chófer sale corriendo, se quita la gorra y le ayuda a bajar a una señora de luto.

—Ése debe ser un pelota o un hipócrita, ¿verdad? —pregunta Juanito.

—Es su oficio.

—Por aquí vive gente de pasta.

—Y que lo digas... Aquel palacio que hemos pasao —se vuelve y señala hacia atrás—, en la otra manzana —añade—, es de un tal Juan March, uno que dicen que tiene más perras que el mismo Gobierno.

—No será tanto...

—Sí que lo es. No sabes qué clase de tío es el fulano.

Miguel se sentó a la mesa de unas terrazas del paseo. Hacía sol. El aire era tibio, primaveral. Se acercó un chico con una barquillera al hombro.

—¿Quiere tirar al clavo, señorito?

Vio al chico que se alejaba, parándose de pasada junto a una y otra mesa. Tenía el niño la espalda encorvada y vestía una chaqueta de hombre, que le caía grande. Las mangas de la americana le tapaban casi las manos.

Los tranvías pasaban repicando las campanillas, con caras pálidas y serias de gente asomada detrás de los cristales.

Vino Elena y se sentó a su lado. Ni siquiera se levantó Miguel para saludarla.

—Es la primera vez que te veo por la mañana —dijo la muchacha.

—Hola.

—Ya casi pica el sol.

Le tocó Miguel el brazo desnudo, con la punta de los dedos.

—Nos mira la gente —dijo ella.

Pasó, en fila, un colegio de niñas de uniforme, con dos monjas de velo almidonado, delante, y otras dos detrás. Se volvían las niñas para mirar a las parejas de novios, a los que estaban sentados en la terraza. Un coche sonó el claxon, se detuvo, y las niñas cruzaron la calzada a la carrera, gritando.

—Hay quien tiene suerte desde que nace. Me hubiera gustado ir a un colegio como esas chicas.

—Tú qué sabes...

—Bueno, no te cabrees; digo lo que me hubiese gustado.

—A lo mejor te hubieras vuelto más idiota.

—Gracias, generoso —dijo Elena. Se sacó el zapato y se agachó—. Se me ha hecho una buena carrera. —Se mojó el dedo con salivilla y se untó en la media.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Miguel, cuando vio que venía el camarero.

—Cualquier cosa. Que me traiga un vermut de botellín.

Entretanto se acercó un hombre de cara agitanada, con un pañuelo blanco al cuello. Se aproximaba a las mesas despacio, con un sigilo especial.

—Una pluma Waterman, me vendo —susurró.

—No, váyase —dijo Miguel. Se volvió a la muchacha—. Sólo hay mangantes y miseria —añadió.

—La gente tiene que buscarse el cocido de alguna manera, no creas que será por gusto.

—Sí... Me imagino...

—¿Qué piensas que hagamos esta tarde? —preguntó Elena.

—No sé. No tengo humor. Elige tú...

—Siempre estás igual, no variás.

—Estoy como me da la gana... la real gana —dijo Miguel de mal humor. Miró a la chica y cambió de tono—. No me seas tú también cataplasma.

—Bueno, ya decidirás. Pero no te creas que voy a dedicarte a ti todos los días, una tiene que sacar algo más que calentaderos de cabeza.

Miguel calló. Le molestaba el sol. Le daba el sol de lleno en los ojos. Los cerró y se pasó un rato así, sin hablar palabra. Carraspeaba y sentía rabia contra todo. Pero sentía la necesidad de detenerse allí, junto a aquella pobre chica. Le parecía que se le iban a saltar las lágrimas de rabia. Le venían las ideas y pensaba que nada absolutamente merecía la pena. A pesar de la molestia del sol, miró a una moza con aires de buscona que iba sola por en medio del paseo, entre los árboles. A lo lejos de la Castellana vio la Embajada de Alemania. Ondeaba una gran bandera con la cruz gamada. Se habían parado dos coches a la puerta, que daban marcha atrás para arrimarse a la acera. Parecía una escena cotidiana. Y Miguel fue tranquilizándose poco a poco.

Enrique ha subido de prisa las escaleras y cuando ahora le abre la madre de Juanito, se queda resollando a la puerta.

—¿Qué hay?

—Buenos días. ¿Está su hijo?

—Sí, hijo, sí. No hace más que dormir —dice la mujer, al tiempo que se da la vuelta. Vuelve hacia la cocina y Enrique la sigue.

—Anoche cuando llegué estaba roque, y, ahora, sigue haciendo seda —añade la madre de Juanito, de espaldas, según va andando.

Enrique viene despeinado, como siempre, y trae puestos unos pantalones de pana de los que suelen usar los campesinos y una camisa caqui de las del Ejército.

—¿Dónde te has encontrado eso? —pregunta la mujer, señalando.

—Lo he comprado en el Rastro.

—Vaya...

Juanito les oye hablar, entre sueños. Se incorpora en la cama y se pasa la mano por los ojos. Ve a la madre que se asoma a la puerta.

—¡Juanito!

—¿Qué? ¿Quién es?

—Soy yo —dice Enrique. Se asoma detrás de la mujer. Tiene la cara contenta. Le brillan los ojos por encima del hombro de la madre de Juanito—. Venía por si querías que nos fuéramos juntos al taller.

—Pues sí que os ha dado bien temprano hoy... —dice la mujer.

Mientras Enrique espera, la madre de Juanito se pone a mover las sillas de un

lado a otro y a sacudirlas con unos zorros, como si quisiera espantar las moscas.

—Parece que va a venir adelantado el verano —dice, suspirando.

Juanito sale, desnudo de medio cuerpo para arriba, y entra en la cocina. Deja la puerta abierta de par en par.

—Hola, Enrique.

Mete la cabeza debajo del grifo. Se le oye resoplar, dentro del chorro de agua.

—Enseguida estoy —se le ahoga la voz. Le cae el agua sobre la cabeza y le corre por el pelo, por la nuca y la cara—. ¿Has visto a ése? —pregunta asomándose fuera del chorro.

—Sí.

Se da cuenta de que Enrique está intranquilo, de pie, a la puerta de la cocina.

La madre saca un tazón de malta y un trozo de pan. Lo pone sobre una silla, en el asiento de madera. Canturrea mientras lo hace.

—Perdona que no te ofrezca —dice, sin mirar a Enrique.

—No se preocupe. Ya he desayunado.

Juanito llena el café de sopas grandes. Se acerca, mientras, Enrique. Mira, disimuladamente, hacia donde está la mujer.

—Date prisa. Tengo que hablar contigo —dice en voz baja, sin apartar los ojos de la espalda de la madre de Juanito.

—¿Qué es?

—Ahora tienes que venir a un sitio. Luego, he quedado esta noche con Maxi y con otro en la glorieta de Atocha.

—Sí, hijo, sí. No he visto a nadie en el mundo que le guste tanto la piltra como a este hijo mío —está diciendo la señora Julia, mientras sigue sacudiendo los zorros contra los muebles.

—¿Pero qué es lo que pasa, con tantas prisas? —pregunta Juanito al oído de su amigo. Le tiemblan un poco las palabras.

—Tenemos que irnos enseguida. Creo que mañana mismo.

## XXII

—Vamos, deprisa —dijo Juanito.

Nota que el día se le escapa de las manos. Tiene que hablar con Asunción para despedirse y para contárselo todo.

Enrique va más despacio, detrás de él, con paso cansino. Se queda mirando a la ventana abierta de un piso bajo. Dentro hay una mujer haciendo punto. Son una fila de ventanas al ras de la calle. Se ven habitaciones con muebles baratos, aparadores con espejos y fotografías antiguas, color sepia, pegadas en la pared.

—Es que quiero hablar a solas con Asunción, para que se lo diga a Federico. Quiero que sepan que me voy —habla con la cabeza casi vuelta, sin pararse.

—Si hay gente, no te vayas de la lengua.

—Descuida.

Van por una cuesta abajo. Por aquí todo el barrio parece nadar en el humo de los trenes. La calle se rompe contra unos pretilos de cemento. Unas escalerillas bajan hasta un paso a nivel abierto, sin guarda.

—¿A qué hora te han dicho que salía de la fábrica?

—A las ocho. En Lavapiés no hay manera de hablarle a solas, sin que se empape toda la familia —dice, apuradamente, intentando callar su agitación.

—Procura que se entere sólo ella.

—Es muy buena mujer. A lo mejor quería ponerse al habla con tu hermano.

—Díselo, si ves la ocasión.

Donde mueren las escalerillas están las traviesas de la vía. Las vías se abren, más lejos, formando uves largas que parecen no terminar. El sol se está poniendo, detrás de las casas. Se nota el reflejo en los balcones de los pisos áticos, en la parte alta de la calle. Hay una alambrada y un tapial negro no muy alto, detrás del cual se ve un solar: tierra con cardos y hierbajos secos. Termina el descampado en una fábrica con una chimenea alta y negruzca.

Un perro canelo, con las patas llenas de costrones de barro, les adelanta por la cuesta abajo. Va rabo entre piernas. El aire está parado y se nota una atmósfera tibia.

Enrique mira a la derecha, por una bocacalle larga, con casas de dos pisos y árboles flacos.

—Por aquí salgo derecho a Delicias, para tomar el tranvía. No te acompañe más.

—Bueno, hasta ahora.

—No vayas a faltar. Ya sabes que dentro de un rato nos esperan en Atocha, en el Nacional.

—Cómo voy a faltar...

Sigue Juan solo, camino de la fábrica donde trabaja Asunción.

Hay una calle solitaria, con tapias que huelen a orines, a boñigas de caballo. Se abren solares con letreros escritos en los muros, en las medianerías de las pocas casas. En un rótulo pone: «Echen la mierda más dentro».

Sopla un poco de viento y Juanito siente un escalofrío que le corre por la carne como un latigazo. Le cae un mechón de pelo en la frente. Silba un tren, y un perro ladra lejos. Llega el chico a la calle que bordea la fábrica: una calle que termina en el campo, pero que está bien pavimentada, sin aceras y con el bordillo nuevo de piedra de granito, con puntitos brillantes. Delante de la fábrica surge una fila de acacias retoñadas, derechas y jóvenes, plantadas hace poco; hasta se ve removida la tierra alrededor de los árboles. A un lado de la calle nueva está la fábrica, y, al otro, solares y vertederos con escombros y escorias. Hay varias puertas cerradas con hojas grandes de palastro y otra, un poco en alto, sobre tres o cuatro escalerillas.

Por la otra punta de la calle, hacia el lado de Legazpi, se asoma una mole de edificaciones modernas: casas de vecinos recién construidas. Se ve ropa blanca, tendida en los balcones.

Cuatro o, quizás, cinco obreros vienen en grupo, hablando por la calle. Duda Juanito un momento y, ahora, sale a su encuentro.

—¿Conocen a Asunción Salinas? ¿Saben a qué hora sale de la fábrica?

—¿En qué sección? —dice uno de los hombres.

—Está en la oficina, creo.

El obrero le mira, largamente. Es un hombre de unos cuarenta años, alto, con las manos grandes y fuertes, y los ojos oscuros.

—Ya sé quién es. La he visto largarse hace un rato, mientras esperaba a estos compañeros. Ahora está cerrada ya la oficina.

Juanito sigue andando unos pasos, despacio, triste, al lado del obrero, mirando al suelo. El hombre al que le ha preguntado Juanito se ha retrasado un poco. Observa la actitud del chico.

—Puedes dejar recado al portero, si el asunto lo merece. Puedes dejarle hasta una nota.

—¿Se la dará?

—Seguro.

—¿A qué hora cree que podrá dársela?

—A las ocho cuando entre ella. Avísale al portero que es urgente.

—¿Podía dejarle la nota en un sobre?

—¡Pues claro!

Los otros hombres se han quedado unos pasos delante, esperando, cuando se han dado cuenta del retraso de su compañero, que sigue mirando al chico.

—Bueno, ¿pero qué es lo que te pasa?

—No tengo papel, ni dinero para el sobre —dice—. Necesito dejar ahora mismo esa carta, sin falta. Y no sé siquiera si estará abierta alguna tienda.

El hombre le mira otra vez; otra vez está unos segundos mirando al chico.

—Entonces, que pides dinero, ¿no?

—No —dice Juanito. Levanta los ojos.

—¿Qué tripa se le ha roto al chico? —pregunta, a voces, otro de los obreros. Se ha vuelto sobre sus pasos. Se acerca—. ¿Qué tripa se le ha roto?

—Nada —dice el que ya estaba aquí—. ¿Tienes una peseta?

El obrero recién llegado se rebaña en el bolsillo, sin dejar de mirar a Juanito.

—¿Estás seguro de que no es un pinta?

—Trae —dice el primero. Se vuelve y señala con la mano—. Al final de esta calle encontrarás una cacharrería donde tienen papel y sobres. Despachan permanente, como la funeraria, ¿eh, chaval?

—Sí.

—¿Tienes bastante?

—Tendría que devolvérselo, pero no sé si podré.

Juan se queda dudando. Coge el dinero. Tiene los ojos muy abiertos y la sangre le golpea dentro del pecho.

—Cállate la boca —dice el hombre.

Los obreros se reúnen, de nuevo. Siguen andando por la calle adelante. Se vuelven, por dos veces, para mirar a Juanito. Van hablando entre ellos y se vuelven.

Juanito lo hace todo deprisa. Tiene un trozo de lapicero casi despuntado. Lo muerde para hacerle punta, y se apoya para escribir la carta a la puerta misma de la cacharrería. El escaparate es una ventana de la planta baja. Hay unas muñecas de trapo, unos cacharros de barro cocido y unos botijos blancos. «Si le da tiempo venga mañana jueves antes de las nueve de la mañana a la plaza de Barceló, en los jardines del Hospicio. Me voy a la sierra, con los amigos de Federico».

Ya se le hace tarde para llegar a la cita que tiene en la glorieta de Atocha. No le queda dinero para tomar el tranvía, sólo le han sobrado diez céntimos. Mira, según camina deprisa, hacia la parte de atrás de la fábrica. En lo hondo, las luces de los faroles están borrosas por la neblina del río. Ha oscurecido de golpe. Le entrega Juanito la carta al portero y sigue cuesta arriba, casi corriendo. A ratos corre y, a ratos, va a grandes zancadas. Llegando a las casas de vecinos, al pasar delante, mira de nuevo por las ventanas. Se oyen los aparatos de radio. En una de las casas hay un niño llorando sin parar.

Una muchacha rubia, con las zapatillas en chanclas, cruza la calle, corriendo. Lleva una botella vacía en la mano y va derecha hacia una taberna que hay en la esquina.

—Casi me atropellas —dice la chica.

## XXIII

Son las ocho y media de la mañana. En el centro de la plaza hay una explanada amarilla que bordean los castaños y las acacias. A estas horas no hay nadie. Es detrás del antiguo Hospicio: una edificación de muros rojizos, con un reloj parado en las dos y media. Al otro lado de la plaza hay un grupo escolar que ahora es cuartel de Sanidad.

La calle ancha que bordea la plaza llega a la de Fuencarral. Es una leve pendiente, que deja atrás un cine y varias casas de cinco pisos de aspecto elegante. En una acera de la calle hay casas, y, al otro lado, están los árboles de la plaza. Bajo las sombras, se ven dos carros; los borriquillos quietos e insensibles, los arrieros sentados en el suelo, esperando que alguien vaya a alquilarles para un porte.

Juanito y Enrique pasean la calle de punta a punta. Juanito está nervioso. Mira a lo lejos. A la puerta del cine se han parado unos soldados a leer las carteleras. Ahora, cuando Juan da la vuelta, ve la calle de Fuencarral. Un poco en alto, por donde brillan los adoquines, viene una mujer. No es Asunción.

—¿Qué hora, es?

Juan levanta los ojos hacia el reloj parado que hay en la parte trasera del Hospicio. Y Enrique se mira el reloj de pulsera.

—Las nueve menos veinte. No tardará en llegar la camioneta.

Siguen buscando por todo alrededor de la plaza, sobre todo en la parte alta de la calle que es por donde obligadamente ha de venir la gente que sale de la boca del metro.

Tres gorriones que picotean en el suelo levantan ya el vuelo para refugiarse en las altas copas de los árboles. Los burros mueven las cabezas y rompen un ruido de campanillas. Hay un quiosco cerrado, rodeado de sillas de mimbre, y detrás de los troncos se ven los bancos de madera vacíos.

—No vendrá —murmura Juanito.

—Pronto llegarán a buscarnos con la camioneta —dice Enrique.

Es una camioneta pequeña, «Chevrolet». Se detiene arrimada a la acera del parque, cerca de donde están los carros esperando. La caja tiene un toldo de lona, y, dentro, hay unos rollos de cuerda. En el baquet viene Maxi sentado junto al chófer, que es un hombre casi calvo, de ojos negros y hundidos.

—Hola.

—¡Salud! —dice Maxi—. Éstos son —añade volviéndose al conductor de la camioneta.

—Salud, chicos.

—Vamos a esperar un poco, por si viene esa mujer que es amiga de Juanito —dice Enrique.

—No podemos esperar mucho —dice Maxi.

—¿A quién aguardamos? —pregunta el chófer.

—A una que le han fusilado a su marido...

El chófer hace un gesto de asentimiento y se pone a fumar. Les ofrece tabaco a todos. Los muchachos están junto a la camioneta, apoyados en la portezuela. Siguen mirando hacia la calle de Fuencarral, por donde, de vez en cuando, se ve pasar más gente: los grupos que salen del metro cada dos o tres minutos, cuando llegan los trenes.

—Voy a daros unos papeles donde dice que sois mozos auxiliares del Servicio de Recuperación Artística, aprenderos los nombres, está todo en regla. Tenéis que decir que vamos a recoger unos cuadros a la iglesia de un pueblo que se llama Villar del Pedroso.

—Bueno —dice Enrique. Vuelve a mirar su reloj de pulsera.

—Son las nueve y cinco —añade.

Juanito deja un momento de mirar al alto de la plaza, para leer ahora el papel: Manuel Gutiérrez Requejo. Se le hace raro el nombre.

—Me llamo Manuel —dice.

—Claro —dice Maxi.

—Podéis meteros en la caja de la camioneta. Estaríais más disimulados que a pie firme —dice el chófer.

—Aguardaremos sólo mientras nos fumamos estos pitillos —dice Maxi—. ¿Estáis seguros de esa que esperamos...?

—Sí. No pude verla ayer. Ya te he hablado de ella. Le dejé una nota —dice Juan.

Mira a la plaza en paz. Las calles desembocan aquí casi solitarias. Los gorriones caen revoloteando uno a uno, desde los castaños y desde las acacias, y, ahora, vuelven a subir. En un balcón una mujer se ha puesto a sacudir una alfombra, en el piso ático de una casa.

—No podemos fiarnos de nadie. Todos los días detienen a alguien —dice el de la camioneta.

Se oye la bocina de un coche que pasa de largo por la calle de Fuencarral. La gente que sale del metro se desparrama. Se adivina un grupo de gente, pero no viene ninguna mujer. Sólo un par de chicos con delantales blancos y mochila de cuero a la espalda. Algunas viejas con los velos echados por la cabeza pasan en dirección contraria, camino de la iglesia.

Juanito siente correr muy deprisa la lumbre de su cigarro. «No vendrá». Se le va pasando la angustia. Nota cansancio y se apoya más, todo el peso de su cuerpo, en la portezuela de la camioneta. Ahora, se pone derecho y escupe en el suelo, con la punta de los labios, una mota de tabaco. Mide con los ojos el espacio hasta la calle de Fuencarral. Brillan allí un poco los adoquines. Únicamente ve venir tres soldados,

despacio. Se oyen los golpes de las tachuelas de las botas, los pasos arrastrados y lentos en medio del silencio. Un sol casi blanco se refleja en las ventanas traseras del Hospicio.

—No podemos esperar más —dice el chófer.

—Sí, vámonos. Ya no vendrá. A lo mejor no volvemos a verla —dice Juanito.

A las diez y media, empiezan a llegar mujeres y chiquillos. Una criada empujando un coche, dándole vaivenes, está meciendo a un niño. Algunas madres, con chicos que ya se andan, toman asiento en los bancos. Y también unos viejos que se apoyan en las curvas de las garrotas. Los arrieros siguen esperando, sentados en el suelo.

Asunción llega deprisa. Vuelve la cabeza de un lado a otro, y se para junto a los carros de alquiler.

—¿Qué quería?

—¿Han visto a dos muchachos jóvenes? Uno alto al que le cae un mechón de pelo —señala con un gesto de la mano en la frente.

El arriero que está sentado en el suelo se incorpora.

—No sé.

—Como no fueran unos que estaban de charla con el chófer de una camionetilla —dice otro que está apoyado en un árbol. Se montaron y se fueron todos.

—¿No sabe adónde han ido?

—No, señorita. Ni tan siquiera los conocemos.

Cuatro o cinco mulas, que van en fila por la carretera, se arriman a la cuneta. En la primera bestia de la recua va montado un hombre que vuelve la cabeza. Cuando pasa el coche de línea, los animales se estremecen y luego se colocan nuevamente en el centro del camino. Quedan ocultos tras la nube de polvo que levantan las ruedas del autobús.

El autobús va lleno, abarrotado de gente. Los hombres, casi todos de pie, se sujetan en las barras y en los respaldos de los asientos.

—Al principio no la había conocido —dice una mujer que va detrás de Asunción—. Entonces usted era la que iba con la señora Águeda en septiembre pasao. —Sí.

—Yo vengo a ver a mi hijo muy a menudo.

Algunos de los viajeros que están de pie se agachan de vez en cuando para mirar por las ventanillas. Todo el campo es igual: desarbolado, polvoriento, con retamas y cardos secos.

—Nosotros hemos venido a segar desde Andújar. Nos ha costao Dios y ayuda venir —dice un hombre tostado, andrajoso, que trae debajo del brazo unos bultos envueltos en papel de periódico. Hay otros tres o cuatro campesinos de iguales trazas, a su alrededor.

—Yo soy excombatiente —dice uno de ellos—. Me cogió el alzamiento en Burgos, por la siega.

Vienen hablando con un hombre viejo, de luto, que tiene aire de empleadillo.

Un chico, de cara sucia, que va de pie en el regazo de su madre, muerde un mendrugo de pan. Se desgranán las migas por el hombro de la mujer.

A la derecha del camino hay una era. Se ven a lo lejos unos hombres aventando el grano, junto a unos montones de paja. El campo es ahora amarillo.

Asunción sigue atendiendo a la mujer que se sienta a su lado.

—Cómo se pasa el tiempo...

—También viene Celia, la catalana.

—¡Ah! Calle. ¿La catalana es la del médico?

—Sí, es hermana suya.

—Ya caigo.

Asunción sabía que Celia iba a ir a principios de julio. Le escribió para preguntarle la fecha exacta. Asunción tenía que verse con Federico, para contarle lo de Juanito, para decirle que el chico se había ido a las sierras, quería hablar con el catalán, aunque fuera a medias y a través de las telas metálicas. No sabía qué pensar de todo aquello, pero tenía muchas ganas de charlar con Federico...

—Depende del sesgo que tome esto cuando termine el follón en Europa —le dijo el señor Pablo.

—No digáis que le conocemos, ni que tenéis ningún trato con él, si es que viene alguien a preguntarnos —dijo la señora Concha.

Maruja lloraba despacio. Estaba con los codos apoyados en el hule de la mesa, un hule frío con la pintura saltada, los dibujos azules. Asunción le había echado a Maruja el brazo por la espalda, y la chica tenía los ojos mojados.

—Él es bueno, ¿verdad?

—Claro que lo es —contestó Asunción—. Y no llores.

—Déjala; quien llora, en mear se lo ahorra —dijo la señora Concha, con rabia—. Pero no están los tiempos para andar con tontunes.

—Si es que me da pena.

—Menuda estará la madre. Vaya disgustazo.

—Yo tengo que ir a ver a Federico. Me parece que tuviera yo la culpa —dice Asunción.

—¿La culpa de qué? —preguntó Pablo.

—No sé decirle. De que se haya ido el chico.

—Depende del sesgo que tome la cosa después de la guerra, ya os digo.

—Pero si nadie hace nada... —dijo Asunción.

—No habléis tan alto, por el amor de Dios —dijo la señora Concha.

Maruja tenía los ojos colorados de tanto llorar. Se sorbió la nariz por dos veces. Miró a Asunción y sintió un escalofrío en la espalda, como de alegría.

—Juanito es muy valiente, ¿verdad? —dijo...

El autobús traquetea. Los hombres que van de pie se han puesto a fumar. El segador que es excombatiente saca una petaca sobada, de cuero gordo, y se pone a liar un cigarro de picadura.

—Es tabaco verde, del que plantan de estraperlo en el pueblo —dice.

El hombrecillo de luto mira, como si no lo entendiera.

—Algunos como usted han cogido buenos puestos, han tenido suerte.

Asunción se vuelve para hablar con la mujer que también va a la cárcel. La mujer no para de charlotear.

—Pues sí, yo vengo por Guadalquivir cada cinco o seis semanas. La última vez que vine no me dejaron ver al chico, porque estaban todos castigados.

—¿Por qué? —pregunta Asunción.

—No sé decirle. No he visto a mi hijo desde entonces. Pero estuvieron todos más de un mes castigados sin visitas.

El coche de línea levanta una nube de polvo blanco. Callan un instante de rascar las chicharras, y, ahora, rompen de nuevo. En el autobús la gente baila dormida. Una moza se saca del pecho un pañuelillo arrugado y se lo pasa por la cara. Tiene los pechos grandes y le suda la nariz. Se ríe cuando mira a los segadores. Unos pájaros salen volando desde unos cardones secos. A la entrada del primer pueblo está la Cruz de los Caídos, con una lápida recordatoria llena de nombres y apellidos, una larga lista. Pone: «Gloriosos caídos por Dios y por España. ¡Presentes!». A la derecha hay un cartelón con el nombre del lugar debajo de la insignia del yugo y las flechas, y un anuncio de «Ulloa Óptico», de Madrid.

—¿Ustedes serán aficionados a los toros? Como son andaluces —pregunta el hombre de luto a los segadores.

—Algo sí que somos.

—Ha estado muy buena este año la corrida por la feria de Alcalá. Vinieron unos espadas de postín.

—Éste tiene un chico de trece o catorce, que se le escapa siempre que se le tercia a las capeas —dice uno de los hombres mirando a otro.

—Sí señor. Es jabato el chaval, pero a mi mujer se le mete el corazón en un puño.

—El que algo quiere algo le cuesta —dice el de luto.

—Mi mujer siempre se lo imagina enganchado por los cuernos, y todo él hecho una criba.

—El que tiene suerte... —dice el de luto.

Unos pájaros aletean sobre las tejas curvas del pueblo. En alto, a lo lejos, se eleva un campanario. Dos nubes con las bases planas pasan remotamente sobre el campo. Hay dos olmos junto a una zanja y unos tapiales. Verdea un poco el suelo.

## **CUARTA PARTE**

CANCIÓN DE FE  
(fragmento)

*Ay, del amor y el hombre,  
del viento y de la vida,  
de la luz de mañana  
nunca yo dudaría.*

J. L. PACHECO

## XXIV

Llegó otro verano. En los patios, los presos se arrastraban de una pared a otra buscando las sombras. Quedaba poca vigilancia cuando, con la solana, se tendían los presos pegados a los muros. Los vencejos entraban y salían disparados del patio. Eran los gritos de los pájaros lo único que se oía. Pero con el verano se había agriado, de nuevo, el humor de la gente. También a esta hora, en algún rincón, podía surgir una disputa.

—Cabrones, hijos de perra.

—Fue una derrota. Nos ganaron porque...

—¿Pero qué derrota? Vosotros nos entregasteis.

—Nos ganaron porque sabían más de guerra y porque intervinieron los alemanes y los italianos.

—Pero ¿qué derrota?

Federico se ponía en medio.

—Venga, callaos.

Creía que lo más importante era que los hombres se mantuvieran unidos.

—Callaos.

Federico se ponía a mirar a las cosas y, a veces, él mismo tenía la impresión de que, después de muchos altibajos de esperanza y desesperación, estaba intentando unir tantos fragmentos que vagaban por su cabeza.

Se veían levantadas las manos delgadas, sarmentosas, de mucho tiempo sin trabajar. Se acosaban los hombres con rabia. No estaban los vigilantes en las galerías, y algún preso se volvía para mirar a la puerta del patio.

—Van ganando los aliaos. Ya veréis como nos lo dan en bandeja.

—¿Quiénes? ¿Los banqueros? ¿Mister Churchill y compañía?

—No. La democracia. España ya ha sufrido bastante, y bastante que estamos sufriendo.

—Sois unos traidores a la República, ahora que más falta hace la unidad.

—¿Qué República? Vosotros siempre bailáis al son que os tocan los rusos desde Moscú.

—Pero callaros, no vamos a adelantar nada con darle vueltas a las cosas —decía Federico.

—Lo que pasa es que tienen clavada la espina de cómo arreglaron el final de la guerra.

—Vosotros sí que tenéis espina.

—Venga, callar, callaros de una vez.

—Pero qué leche nos vais a echar la culpa del final de la guerra, a cargarnos con el muerto.

—Es la verdad; me pongo negro cuando os oigo...

—Os digo que os calléis. Callar ya.

Aquel tipo cenceño de mucha nuez y voz ronca, un día volvió a enzarzarse con Pedro. Se agarraron de las ropas y se echaron uno sobre otro, insultándose. Federico tiró de Pedro y les separó.

—Luego, tenéis que cantar los dos, firmes, delante de las cazuelas de rancho. Y las dietas, y el hambre, y el calor, lo pasáis juntos —dijo.

—Es que me carga. Me cargáis todos. Hasta tú con tus monsergas del carajo.

—Tú sí que me cargas a mí —dijo Pedro.

—A la mierda.

Escupió en el suelo y se dio media vuelta.

Lo cierto era que también transcurrían días de tranquilidad. Los hombres se pegaban al fresco de las paredes del patio, como perros. Y Federico comentaba con Pedro y con Álvaro, el vasco, en los ratos que tenía libres de la enfermería, las noticias de la guerra mundial.

—¿Crees que se arreglarán las cosas?

—Lo de Francia nos favorece.

—¿Y luego?

—Hace unos meses le dije a don Miguel que sólo resistían las ideas que merecen la pena, las que valen a la mayoría de los hombres y ayudan a vivir a la humanidad.

—¿Te atreviste a decírselo? —preguntó Álvaro.

—Éste le canta a Dios la verdad, no le conoces bien —dijo Pedro.

Federico sentía vergüenza al ver cómo los muchachos le admiraban. La verdad era que los consideraba de los tipos más valientes y enteros de la cárcel. Y le gustaba hablar con los hombres que se mantenían más serenos. Cuando no hablaba con ellos en la siesta, a la hora de la solana, charlaban en el dormitorio.

En el dormitorio, como era verano, estaban abiertas las ventanas altas de la nave. Federico y los muchachos callaban después de un rato de conversación. Escuchando, esperaban algún momento en el que el dormitorio y la cárcel entera parecían quedarse en completo silencio. Les parecía oír los gritos lejanos del campo, tras las ventanas. Hacían un esfuerzo para oír. Les habría gustado trepar hasta lo alto, hasta las rejas, y asomar la cabeza a la noche. Buscaban un hueco en silencio. Y se esforzaban de nuevo, una y otra vez, para escuchar el murmullo de la noche, del campo. No se cansaban, no se cansarían de esperar, aún años y años.

—Seguro que si nos calláramos todos, aunque sólo fuera un momento, podríamos hasta oír la música de las radios de Guadalquivir, y hasta las de Madrid.

—¿Tú crees que la gente bailará? ¿Que tendrán humor?

—Claro. ¿Por qué no? —dijo Federico.

—Si vieras las ganas que tengo de abrazar a una mujer.

—Me lo imagino.

—¿Ha vuelto a escribirte Asunción? —le preguntó Pedro una noche a Federico.

—Hace unas semanas me mandó mi hermana una carta suya.

—Es una mujer guapa y que tiene un buen cuerpo —dijo Pedro.

—¿Es esa que me dijisteis, a la que habían matado al marido? —preguntó Álvaro.

—Sí.

—A mí me ha dicho mi madre en una carta que le ha preguntado por mí una chica que tonteó conmigo en la guerra.

—Yo prefiero acordarme del bacalao o del cura de mi pueblo —dijo Álvaro.

Callaban cuando venía Menéndez. Habían muerto tres presos a principios de junio, uno de ellos muy amigo de Menéndez. Venía el viejo con las manos en la espalda y la mirada perdida en el suelo. Se tendía en el petate al lado de los otros. No notaba que Federico y los muchachos se habían callado y, al rato, comenzaba a hablar del muerto.

—No os figuráis lo bien puestos que los tenía —decía—. Si le hubierais visto meterse debajo de los tanques italianos en el Ebro, con una bomba en cada mano...

—¿Estaba casao?

—Sí. Me pongo de mala uva cada vez que me acuerdo de él.

—No vas a arreglarlo...

—Ya.

—Figúrate que cuando te mueres es como cuando te duermes cada noche. Además fuera todo seguirá igual, como estaba antes de que nacieras —dijo Federico—. Esto te consuela.

—Eso puede conformarte a ti cuando piensas que vas a palmarla alguna vez, pero a mí... Me pongo negro cuando me acuerdo de ese chico.

—Déjalo.

El tiempo iba cada vez a más calor. Habían muerto tres hombres a principios de junio; pero se multiplicaron los piojos y, también, los presos formaban filas interminables a la puerta de los retretes.

En todas las formaciones, los vigilantes escogían tres o cuatro hombres, a los que primero se les antojaba, y les hacían desnudarse. Todos tenían piojos. No tenían los funcionarios ni que mirar siquiera.

—¡Fuera! A desinfección. Tú y tú y tú.

Venía otra formación y otra, y volvía a llegar más gente a la celda de desinfección, pero la miseria no se terminaba nunca. Un día se llevaron a Menéndez.

En la celda no había ducha, ni agua. Era una celda con rejillas en el suelo, sin colchonetas, ni petates, ni mantas. Sólo las paredes lisas y las rejillas sobre el pavimento. Entraban los presos desnudos por completo y tenían que aguantar allí un día entero, hasta que les devolvían las ropas lavadas y todavía húmedas.

La celda tenía una ventana que daba a un patinillo tan pequeño y estrecho, que más bien parecía chimenea. No entraba claridad. La puerta de la celda encajaba mal

y, además, tenía una cancela que casi siempre estaba abierta. Por allí era por donde devolvían las ropas lavadas a los presos.

Al principio se agradecía la corriente de aire fresco, no se echaba de menos la ropa; pero los presos, cuando llevaban unas horas en cueros, flacos y demacrados como estaban, terminaban por pasar frío. Si querían descansar, tenían que echarse o que sentarse, al menos, en la rejilla. Menéndez se pasó las horas primeras, desnudo, paseando de un lado a otro. Cuando se acostumbró a la oscuridad, vio que había otros dos hombres en las mismas condiciones que él. Le dieron ganas de orinar y como no vio retrete en la celda, llamó a la puerta, desde dentro. Parecía que no iba a venir nadie y volvió a llamar. Estornudaba de vez en vez.

—Mea ahí mismo. Se escurren los orines por debajo de la rejilla —le dijo el vigilante.

—Qué puñeta de desinfección. Cuando salga voy a tener la misma miseria que antes. Ahora mismo podía quitarme los piojos a tirones.

—¿Era eso lo que querías?

—Sí.

—¿Qué te parece? ¿Que te den agua de rosas? —preguntó el vigilante medio asomándose por el ventanuco. Tenía una cara gorda, de guasón, y la nariz roma. Se volvió para mirar atrás—. Oye, aquí mismito hay uno que pide colonia, loción y masaje —dijo.

Al poco entró en la celda otro vigilante, acompañado de un preso que tenía destino. Dejaron la puerta abierta para que entrara más claridad. El preso que venía con el vigilante llevaba en la mano un bote grande de zotal, con una brocha dentro.

—Embadúrneles todo el cuerpo bien —dijo el vigilante.

Se acercaron los presos a la puerta. Quedaron los tres en fila, desnudos, uno detrás del otro, en el prisma de claridad que entraba por la puerta.

El tipo de la brocha les fue untando con zotal. Lo hacía desganadamente.

—Bien los sobacos, y en las ingles, y a ras del culo —iba señalando el funcionario.

El otro hacía lo que le indicaba el vigilante. Tenía los ojos bajos y estaba avergonzado, encogido, delante de las desnudeces de los presos de la celda.

—Qué hijos de mala madre son —murmuró Menéndez—. ¡Ya está bien! —Saltaba de picor.

El funcionario se asoma a la puerta, con las manos apoyadas en la jamba.

—Sigue untándoles del frasco, agua de rosas.

Se fue, al fin, por el pasillo.

Hasta por la noche no le devolvieron a Menéndez las ropas lavadas. Salió de la desinfección y se pasó dos días callado, como si hubiese perdido el habla.

—A ver si vas a empezar tú como el maestro, como el loco —dijo Pedro.

—Me cago en diez... dejarme —dijo Menéndez.

—Que haga lo que quiera. Tenéis siempre ganas de follón —dijo Federico.

—Vaya, menos mal que respira —dijo Pedro.

—Y vosotros, ¿qué respiráis? Mucho optimismo y mala leche, y luego...

—Te sale la UGT por la boca y babeas —dijo Pedro.

—¿Y a ti? Ya irás conociéndoles a los tuyos —dijo Menéndez brillándole los ojos—. Tú eres joven y vas pa adelante.

—¿Yo?

—¿Por qué no habláis de algo en lo que podamos estar de acuerdo? Si os parece —dijo Federico.

—¿De qué? —preguntó Menéndez—. ¿Crees que puede uno siquiera respirar o estar de acuerdo en esta puñetera cárcel?

—En vez de estar por ahí dando vueltas sin abrir el pico, podrías preguntar, por ejemplo, a tus correligionarios —dijo Federico. Cambió de voz—. Hablo en serio.

—Somos todos como un rebaño, ni vosotros os salváis, ni nadie. Aunque deis mugidos de vez en cuando. A ratos, con lo de la guerra mundial, se anima el negocio un poco, nos viene la alegría, pero luego nos desinflamos. Nos desinflamos como globos. Y nadie abre la boca más que para rebuznar. Yo soy el primero y me cabreo conmigo mismo, y sé que las cosas no debían ser así.

Tenía los ojos redondos, muy abiertos, y parecía estar mirando al vacío. Se quedaron los otros en silencio alrededor suyo, hasta que se le fue apagando la voz.

—Yo sé que es cierto que debíamos hacer algo —terminó, ya casi ahogándose. Parecía que fuera a romper a llorar.

—¿Ves? También me gustas de cuando en cuando, aunque sea de higos a brevas. Así debían de hablar en su tiempo los compañeros de entonces —dijo Pedro.

Sonrieron. Se miraron Menéndez y Pedro y sonrieron.

—Estaba en nuestras manos si quisiéramos demostrarles que no somos un rebaño, ni mucho menos.

—¿Con esos chavales que vienen alguna vez a charlar con vosotros al petate?

—Con éstos y con los de otros patios.

—Una organización como la vuestra, de cuatro a seis sabihondos, vale una pajolera mierda. Si la gente no está dispuesta se queda todo en agua de borrajas —dijo Menéndez. Movié la cabeza.

—Es verdad —dijo Federico—. Pero la gente puede arrancar si hay quien le lea la cartilla, quien le hable a tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Álvaro.

—No sé, pero habrá alguna manera.

—Metén la cabeza debajo del ala, como la avestruz, aunque se pudran y aunque tengan que guardar cola para ir al retrete y se vayan vivos por las tuberías de cagalera. Es eso lo que tienen: miedo y cagalera. Como la madre que los parió.

—Tú podrías hablar con la gente que se apunta a reconocimiento médico —dijo Pedro a Federico.

—Sí.

—Y tú a tus compañeros —dijo mirando a Menéndez—. Ahora va en serio.

—Más me fío yo de los beatos de Euzkadi que de los amigos de Menéndez.

—Calla, chico, calla —dijo el viejo—. No me seas gilipueñas.

—Sí, es mejor que nos pongamos de acuerdo.

—Dilo por ahí y te soltarán que te soplan lo de la unión desde Moscú —dijo Álvaro. Hizo por sonreír—. ¿Verdad que sí, Pedro?

—Que digan misa —dijo Federico.

—Si la cosa va en serio, podéis contar conmigo —dijo Menéndez.

Durante tres o cuatro días se sintieron con más ánimos, aunque sólo hablaban entre ellos o con los presos que conocían.

—Se lo diremos a los de confianza —dijo Pedro.

Vinieron algunos a los patios; aquel que se llamaba Báez y el que había venido de El Dueso y dos muchachos jóvenes.

—Esta vez podía salir bien. Hay que hacerlo sin que tengan disculpa para pegar. Hay que pedirles, sólo, que cumplan el reglamento de la cárcel.

—Yo creo que deberíamos esperar.

—¿Esperar, qué?

—La marcha de la guerra europea. Dicen que los rusos tienen cercados a los alemanes y que los americanos han tomado un punto que se llama Cherburgo.

—No decís más que nombres y nombres —dijo Álvaro.

—Bueno, vete tú mirando a ver eso que decía, preguntando a los de otros patios que se apuntan al reconocimiento. Tú tienes esa oportunidad —dijo Báez.

—Eso está acordado —dijo Federico.

—Sí, me parece bien que sigamos en contacto.

—Vosotros sois del segundo patio, aunque dormís en esta nave —dijo Pedro a uno de los chicos jóvenes.

—Preguntaremos.

—Bueno.

Federico, cuando se acostaba, se quedaba dándole vueltas al asunto. Pensaba cuál sería la mejor manera para conseguir que surgiera la protesta. No veía cómo. En ocasiones, se despertaba sudando, a media noche, u oía los gritos de algún preso que soñaba en voz alta o que jadeaba de miedo, recién despierto de una pesadilla. Hacía mucho calor, cada vez más calor, y el ambiente de los dormitorios era denso, espeso. Parecía que podía cortarse el aire con un cuchillo.

—¡No! ¡No me matéis! ¡No me saquéis de aquí! —gritaban en cualquier rincón—. Yo no he hecho nada. No he hecho mal a nadie. ¡Ni a don Pedro ni a nadie! ¡No he hecho mal a nadie! Fueron los de otro pueblo, los de Casarrubia. ¡Fueron los de Casarrubia!

Así, pesadillas parecidas a las de otro día, o mes, o año.

Oyó Federico al imaginaria que despertaba al preso, sacudiéndole.

—¿Qué te pasa? Nadie va a matarte.

—¡No me saquéis! ¡Santiaguín! ¡Maruja! No van a hacerme nada.

El imaginaria le sacudía. Le dio en la cara una bofetada.

—¡Leche! ¡Despierta!

El preso se despertó y se pasó un rato respirando como si fuera a ahogarse, y lloraba a ratos. Ya clareaba el día por las altas ventanas, detrás de las rejas. Era como el amanecer angustioso de un viaje. Recordó Federico cuando le llevaban de cárcel en cárcel. Se le quedó frío el sudor. Apretó los ojos y quería pensar en algo agradable. Se dio la vuelta contra el petate. Quedó boca abajo, con el vientre contra la ropa, y le dieron ganas de masturbarse. Seguía oyendo el jadear del preso de la pesadilla.

—¡Manuel! —llamó al imaginaria—, ¡Manuel...! Tengo aquí una pastilla para que se tranquilice. Dásela con un buche de agua.

Había conseguido robar dos pastillas de la enfermería. Esperó Federico, un rato, sentado en la cama. Luego, se tumbó de nuevo. Tenía la otra pastilla en la mano, apretándola levemente entre los dedos, y no sabía si tomársela él también. Estuvo un rato escuchando el jadear del preso, cada vez más lento. Por fin, se guardó la pastilla en el mismo papel donde la había tenido escondida.

Se notaba cada vez más claridad, más y más. Y le daba miedo que viniera otro día, que sonara el clarín de diana y tuvieran que levantarse y aguantar y hacer lo mismo que siempre.

## XXV

Los presos que se habían apuntado a reconocimiento médico iban llegando en grupos a la enfermería. Había un pasillo ancho, donde siempre tenía que estar encendida la luz eléctrica. El suelo estaba grasiento y brillaba. Aguardaban los hombres su vez, a la puerta, vigilados por un funcionario.

Desde dentro de la enfermería, se oía un leve bullicio. Había una puerta de dos hojas, pero sólo estaba abierta una de ellas. Un preso que tenía destino cuidaba de que los enfermos entraran, cuando eran llamados por su nombre. Pasaban de tres en tres.

Federico permanecía de pie, junto a una mesa pequeña, sobre la cual había un cajón de madera lleno de pastillas de aspirina, de piramidón y de papelillos de bismuto, y un libro registro abierto, y un tintero. Don Mariano seguía, por el contrario, durante toda la consulta sentado. Escuchaba desde la butaca lo que contaba el enfermo a quien tocaba el turno.

—Una pastilla y dieta —solía decir don Mariano.

También Federico atendía a los presos y hasta recetaba. Sobre todo cuando había prisas y se lo ordenaba el médico de la prisión.

—Hoy tengo que irme enseguida. Abrevie en lo que pueda.

El primer preso que pasó fue el chico joven. Cojeaba. Tenía los ojos grandes y redondos, con mirada de gato. Se fijaba despreocupadamente en las cosas.

—¿Qué tienes? —le preguntó don Mariano.

Se mojó el chico los labios con la lengua, antes de hablar.

—Me duelen las piernas —dijo.

Federico le había oído hablar con Báez, en misa, en el pasillo. Recordó su voz reposada y pensó que probablemente era del tercer patio. Se agachó Vidal y le tocó en la rodilla. Le empujó hacia atrás la articulación de la pierna. Y se quejó el chico.

—¿En qué parte te duele?

Don Mariano se desentendió, cuando vio que Vidal atendía al enfermo.

—Venga, tú mismo, a ver —le dijo al siguiente.

—¿En qué parte te duele? —preguntó Federico.

—Más que nada, al levantarme por las mañanas y cuando estoy acostado. Me duele por dentro y parece que estoy siempre cansao.

—¿Eres del tercer patio? —le preguntó, para cerciorarse.

—Sí. ¿Es algo grave lo de las piernas?

—Es reumático. No creo que tenga importancia. Estás un poco débil. Es lo que te pasa. Oye, atiende; te preguntaba si eras del tercer patio para un plante —susurró.

—Sí, me enteraré... lo contaré allí —dijo el chico en voz baja, pero como si

despertara de pronto. Le brillaban los ojos.

—Voy a darte unas pastillas de aspirina y si siguen doliéndote las articulaciones, apúntate a reconocimiento el lunes que viene —añadió en voz alta.

—Bueno.

—No dejes de traer la contestación el lunes. Diles que estamos pensando en hacer huelga de hambre —murmuró.

—Tenemos mucha gente esperando —dijo en ese momento don Mariano.

—Sí, ya termino.

El chico salió, cojeando. Miraba las cosas, con la misma indiferencia que cuando había entrado, pero le temblaban un poco los labios.

Siguieron pasando enfermos, siempre de tres en tres. Cada vez que anunciaban un nuevo grupo, se oía a la puerta un tumulto de pasos. Casi todos eran presos novatos, llegados a la cárcel en los últimos meses. Miraban con ojos muy abiertos, desde la puerta, cegados de pronto por la claridad.

—¿Qué tienes?

—Me siento malo y tengo diarrea.

—El que quiera reposo tiene que tener también dieta —decía don Mariano—. Dale unos papelillos de bismuto.

Federico vio a uno de la CNT que estaba en el patio número cuatro. Un tipo flaco, con cara de mal genio siempre, que había tenido pena de muerte, aunque se la habían conmutado por treinta años y un día.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el estómago. En la guerra me dijeron que tenía una úlcera duodenal.

—¿Te lo diagnosticó un médico?

—Me miraron por rayos X.

Le dijo Vidal que se levantara la camisa.

—Respira. —Le apretó con los dedos debajo del estómago—. Respira otra vez.

—Me duele.

—¿Qué decís de eso de la huelga? Sé que os lo han contado —dijo Federico bajando la voz.

—Nos parecen sueños de verano.

—¿Os ha hablado ese que ha venido de Burgos?

—Sí.

—Allí la hicieron...

Seguía apretándole el estómago de vez en cuando.

—¿Qué es lo de mi estómago?

—Evacúas mal y creo que es posible que tengas úlcera.

—Que nos den por saco es lo que está haciendo falta —dijo de mal talante—. Y... sobre eso de la huelga, si sale, por mí, dejaremos a los confederados en libertad de ir o no ir. Ya veréis como no somos nosotros lo que nos rajamos. Aunque muchos cabrones no querrán pasar más hambre de la de rigor, ya lo veréis.

—En Burgos sí salió.

—¿Y qué consiguieron? —preguntó bruscamente.

—Respeto. Queremos que nos respeten más.

Don Mariano se volvió en ese instante para mirar.

—Se retrasa usted mucho hoy, Vidal —dijo.

—Es una úlcera en el duodeno. ¿Podemos ponerle a régimen de enfermería?

—Sí. Lo que sea pero abrevie, por favor —dijo secamente.

El cenetista se había desabrochado del todo el pantalón y estaba remetiéndose los faldones de la camisa caqui, que tenía muchos desgarrones y costuras.

—¿Qué vais a hacer con mi estómago?

—Te pondremos a régimen de la enfermería, ya has oído a don Mariano.

—A don pollas en vinagre he oído —dijo mientras seguía remetiéndose la camisa, sin mirar. Luego, se acercó un poco más a Federico—. Dile a esos chavales que por mí, estoy de acuerdo —susurró, como escupiendo las palabras.

Salió cuando entraba una nueva tanda de enfermos. Don Mariano los despachaba a la mayor rapidez posible. Ya quedaban pocos y se veían las caras pálidas de los que esperaban asomados a la puerta, formando una barrera.

Don Mariano se revolvía un poco en la mesa. Se hizo un poco atrás para mirar a Federico.

—Es un tipo mal encarado ése.

—¿Quién?

—Ese del ucus duodenal —dijo—. Bueno, le decía que hoy tengo prisa ¿sabe? Hace la primera comunión mi hija mediana y quiero irme enseguida a Madrid.

Cada noche, en el dormitorio, comentaba Federico con los otros las conversaciones que había tenido en la enfermería. Quedaron en que el viernes se reunirían para ponerse de acuerdo en si debían o no fijar la comida en la que empezaría el plante, la huelga de hambre.

Hacía mucho calor en el dormitorio y, además, el ambiente estaba espeso, con olor a orines y a ropa sucia. En la bombilla, alrededor de la luz, se notaba flotar el humo del tabaco. Los presos sólo llevaban puestos los calzoncillos y estaban echados medio en pelota sobre los petates, cuando se oyó el toque de silencio. Los funcionarios cerraron las puertas. Incluso se oía dentro de la nave el runrún de las conversaciones, pero el vigilante se hizo el desentendido.

Del otro extremo del dormitorio vinieron algunos presos; Báez, que era un hombre de apariencia vulgar, que pasaba desapercibido y no parecía tener nada destacado; y también vino un chico cetrino; y otros. Estaban, además, como siempre, Menéndez y Pedro y Álvaro, el vasco. Casi todos iban cada vez a más flacos; se les marcaban las costillas. Algunos quedaron de pie y los restantes se sentaron en los petates de alrededor. Muchos otros presos, cuando se percataron de que había reunión, se quedaron sentados en su sitio. Uno se mordía las uñas. Se las arrancaba

con los dientes, a tirones.

—¿Qué se sabe del tercer patio? —preguntaban los que iban llegando.

—Parece que bien.

—En el segundo es segura la cosa. Se están portando de miedo los confederados.

—Ya.

—¿Qué se sabe del tercer patio? ¿Qué hay del tercero? —preguntaban siempre los que venían de atrás.

Parecían animarse las conversaciones. Por fin, Pedro se puso de pie y dijo que habían de decidir la comida en la que empezaría la huelga.

—La fecha puede salir de aquí —dijo.

Un chico rubito de los que dormían en el otro extremo de la sala, amigo de aquel que había regañado con Pedro, alzó la mano y dijo que quería hablar.

—¿Qué quiere?

—Blasco y algunos están de acuerdo con que hay que hacer algo, pero creemos que a lo mejor no es bueno hacerlo tan deprisa. La guerra mundial está acabando, y es mejor esperar.

—Otra vez estamos con las mismas —dijo Álvaro.

—¿Esperar, qué? —preguntó Pedro. Miró por todo alrededor y se encontró con los ojos de Federico. Se calmó—. Ahora vienen con ésas... —dijo.

—Sí. ¿Esperar, qué? Lo que cuenta ahora es esto que tenemos encima —dijo Vidal. Tomó la palabra y se dirigió al chico rubio—: Yo no tengo nada contra Blasco, ni ahora es una cosa personal, pero debes convencerles —añadió.

—Bueno, de cualquier manera, lo mejor es que cada uno exponga los pros y los contras —dijo Menéndez.

—Pero estáis majaras —cortó un andaluz—. Locos perdíos.

—Majaras, ¿por qué?

—No tenemos ná que perder. Yo con treinta años, y tú con la tira, y el otro, y el de más allá. Y vais a andaros con gilipolleces.

—De todas maneras, si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora.

—Si damos el bocinazo de la huelga tiene que ser con todas las de la ley —dijo otro.

—Estamos.

—Bueno, nosotros lo hemos decidido enseguida —dijo aquel chico cetrino, mirando a Báez y al médico.

—Bueno, vosotros siempre tenéis mucha disciplina —dijo el rubio, sonriendo.

Federico contuvo con un gesto a Pedro y a Álvaro. Al vasco le tocó en el brazo, cuando le vio encogerse.

—Dejar esas leches ahora —dijo Menéndez con voz chillona.

—Sí. Yo no voy a discutir más que las cosas que atañan a la huelga —dijo Federico, con flema—. De manera, que si alguien sigue con historias antiguas...

—Pero habrá que hablar —dijo el rubio, con tono de disculpa, dirigiéndose a

Menéndez.

—En esas estamos. Empieza cuando gustes —dijo el viejo.

Se mordió el rubio el labio inferior y calló un momento. Se dio cuenta de que todos empezaban a cansarse.

—Sólo quería decir que hay que asegurarse bien.

Se repetían. Algunos seguían insistiendo en que había que asegurarse bien antes de embarcarse en una protesta. Se notaba que muchos tenían miedo. O se aferraban a sus ilusiones sobre el final de la Guerra Mundial, se aferraban a las promesas que decían les habían hecho a los españoles los aliados. Otros ni siquiera se expresaban con claridad.

—¡Callar!

Se quedaron todos un momento cortados, sin mover ni siquiera las manos y la cara, casi sin respirar.

—¡Callaros! —repitió el imaginaria y siguió un rato cerca de la puerta—. Me parecía haber oído algo en el corredor. Es una barba muy larga la que os traéis. Daros prisa en resolver —susurró.

—Lo que no veo claro es lo que vamos a arreglar en la calle con ponernos farrucos aquí —dijo el rubio—. Pero si os empeñáis...

—Ya veremos si hay respuesta fuera... —dijo Álvaro.

Hablaban aún en voz muy baja, partidos en pequeños grupos. Uno boquita dijo que sabía de dos que habían dicho de no ir a la huelga, aunque lo decidiera la mayoría.

—¿Quiénes son?

—Dos comunes.

—Yo respondo de casi todos —dijo un hombre seriamente—. Yo soy también común —añadió, bajando la voz.

—Cada uno es en esta vida lo que le han dejado en el reparto —dijo Báez—. Yo, antes de ahora, he estado en la cárcel como preso común.

Como no hablaba nunca, Federico le miró. Estaba Báez mirándose las manos, cabizbajo.

—Cuando estaba yo en El Dueso, hicimos un plante. Dimos un paso al frente y los comunes también y arrinconamos a los oficiales.

—¿Por qué fue?

—Ni me acuerdo... Si lo que pedís es sólo mejor trato, estarán con vosotros —dijo—. Aquí no se raja nadie —añadió. Y cerró el puño.

El imaginaria había vuelto a inquietarse cerca de la puerta y hacía señas, de vez en cuando, a los últimos para que se dieran prisa en terminar la reunión. Federico estaba buscando en la camisa que tenía echada sobre el petate.

—No tengo tabaco para todos, tomad —dijo, entregándoles precipitadamente la cajetilla—. Yo opino que echemos un pitillo por que sea el viernes que viene —sonrió—. A la hora de cenar. Nos plantamos en el comedor.

—Le toca a don Miguel —dijo uno.

—No importa.

—Registrarán y pondrán todo por alto, aunque sea por amedrentarnos —dijo un viejo—. Lo sé bien.

—Por mí, que miren lo que quiera.

—Hay demasiado jabato por aquí —dijo el rubio, por lo bajo.

—¿Cuándo decís que empezamos? —preguntó uno.

—El viernes.

—Dale. Creí que estábamos todos de acuerdo en que sería el viernes a la hora de cenar —dijo Pedro.

—Tú siempre crees...

—Tanto como de acuerdo... —dijo Vidal—. Sólo yo lo he propuesto. Decid cuándo.

—El día es lo de menos —dijo otro.

—No, el día y la comida es lo que tenemos que dejar resuelto ahora.

—¡Daros prisa! Daros prisa y cortar de una vez —gritó roncamente el imaginaria.

—Yo propondré el viernes en la comida del mediodía a los de los otros patios. ¿Qué os parece? —preguntó Federico—. Si quieren, vale...

—Sí, el viernes al mediodía.

—A ver lo que dicen los del tercero —murmuró el rubio—. Si ellos quieren. Todos de acuerdo.

—¡Me cago en diez! —gritó Pedro.

—Callaros, por todos los santos —dijo el imaginaria—. Iros cada uno a vuestro sitio.

## XXVI

Después de que decidieron la fecha y la hora pasaron unos días de mucho nerviosismo. Todavía había algunos que no parecían decididos. Federico y los muchachos apenas hablaban entre ellos. Sólo miraban al cielo y a las nubes que pasaban rápidas y negras. El aire parecía arder. El cielo se encalmó sin que estallara tormenta y se quedó azul y casi blanco a las horas de más calor.

El viernes, cuando los presos terminaron de cantar los himnos, se miraron unos a otros. Caía un sol pegajoso y los vigilantes se habían quedado en la parte del patio, donde hacía sombra.

Álvaro corrió, por detrás de la fila, y se colocó al lado del Chato.

—¡Derecha, arr!

Ya Álvaro iba colocado detrás de aquel preso del que no estaban seguros. Le tiró de la chaquetilla y el otro ni siquiera se volvió.

—Si me pinchan no echo gota de sangre —dijo Pedro en voz baja, en el momento en que empezaban a marchar.

El primer preso de la primera fila pasó por delante de las perolas de rancho, con el plato boca abajo, con la parte hueca del plato vuelta hacia el suelo. Tenía que pasar justamente por la raya de sol y sombra. El segundo preso llevaba también el plato boca abajo, y el tercer preso, y el otro, y el otro...

—¿Qué es lo que pasa? —gritó el vigilante.

Los presos siguieron pasando más deprisa, todos con los platos vueltos hacia el suelo. No miraban siquiera el rancho. Tenían las caras sin expresión alguna. Álvaro iba tirándole de la chaquetilla al que tenía delante. Siguieron pasando.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —volvió a decir el vigilante, bajando un poco la voz—. ¿Qué les pasa a ustedes?

Seguían pasando. Habían decidido, los presos, que quien tenía que hablar en el primer patio era un tal Gómez, un hombre achaparrado, con la cabeza al rape, redonda y formándole pliegues en la nuca. Cuando le llegó su turno, salió de la fila. Se detuvo y dijo, con voz ronca:

—Huelga de hambre. —Luego, tomó aliento y miró al vigilante de la prisión—. Más comida y menos personal en los dormitorios, que nos traten como a personas —añadió con voz acampanada y como recitándolo de memoria.

Todos los hombres estaban parados, con los músculos agarrotados, tiesos. Tenían las piernas temblando.

El funcionario encargado del cante de los himnos de ritual, que estaba un poco aparte, se acercó a su compañero.

—Bueno, pero...

—Vete a comunicárselo a don Miguel —le cortó el otro.

—Sí. Ahora mismo.

Se oyeron sus pasos, alejándose a la carrera. Primero, cruzaba el patio y, luego, por lo hondo del pasillo. Era un hombre gordo que se bamboleaba al andar. Los presos volvieron la cabeza para verle marchar. Algunos hombres que estaban en la parte donde daba el sol rompieron la formación, para resguardarse a la sombra.

Había silencio. El vigilante encendió un cigarrillo de hebra y se puso a echar el humo premeditadamente, para disimular sus nervios.

Regresó el vigilante, sudando, limpiándose la frente con la mano. En aquel momento, se había levantado un poco de viento.

—Ya mismo viene el oficial —dijo, mirando a su compañero. Luego, añadió en tono de reconvención, en voz alta—: ¡Estáis haciendo el tonto!

Cuando llegaba don Miguel, le alcanzó un vigilante del otro patio. Estuvieron un rato hablando, a la puerta, donde terminaba el pasillo.

—Es del segundo —dijo Menéndez en voz baja.

—Sí, la cosa marcha —contestó Federico.

—Va que arde —dijo Pedro.

Miguel se paseó, con las manos a la espalda, por delante de los presos. Miró los platos vacíos. Miró a los hombres a la cara y notó que les brillaban los ojos y que parecía que no tenían miedo. Estuvo un rato paseando. No sabía qué decir. Sentía una emoción extraña. Volvió a mirarlos, aunque no se atrevía a hacerlo abiertamente, a la cara. Sobre todo, se daba cuenta de que quizás no tenían miedo los presos. Era esto lo que más le extrañaba y le tenía inquieto.

—Voy a darle parte al director —dijo—. Retiren la comida —añadió, dirigiéndose a los vigilantes.

En la puerta del patio le esperaba otro oficial, junto al funcionario del segundo patio que había venido antes.

—Estamos buenos...

—Sí —dijo Miguel.

Siguieron andando los tres, despacio, por el pasillo. Miguel se metió las manos en el bolsillo del pantalón.

Andaba mecánicamente, con la cabeza vacía, sin pensar nada. El calor le tenía con mucha desgana. Sólo sentía ganas de acostarse, de que terminara su día de servicio, y de pronto se encontraba con aquello.

—Habrás que registrar los dormitorios, dejarlos a todos en pelota viva, a ver si hay matute —dijo el otro oficial. Era uno nuevo, un hombrín con bigote recto.

—¿Tú estás de jefe de día? —añadió.

—Sí.

—¿Vas a avisarle al director?

—Cuando venga esta tarde —dijo Miguel.

—Ya.

Habían llegado al Centro de Vigilancia. Sobre la mesa había un pisapapeles de mármol blanco, muy sucio, y Miguel se puso a empujarlo con la punta de los dedos.

—Están engallados con lo de la guerra europea, es lo que pasa —comentó el del bigote—. Ahora, que no esperarán que vayamos a aguardar con los brazos cruzados a que vengan a darnos el paseo. ¿No os parece?

Llegaron otros dos funcionarios y el oficial de portillo. El oficial del bigotito se puso a leer una novela policiaca, de Edgar Wallace.

—No estaría mal una partida de subastao —dijo, cuando había leído un par de hojas.

—No tengo ganas —dijo Miguel.

—¿Estás preocupado con lo de la puñetera huelga?

—Psch.

—¿Tenéis prensa? —preguntó el de portillo—. El *Informaciones* decía anoche que estaban a punto de sacar un arma secreta los alemanes.

—Ojalá —dijo el del bigote.

—Son capaces.

—¿De verdad que no creéis que lo que pasa a los presos es que están engallaos con lo de la guerra? —preguntó el del bigote.

—Es lo que yo digo.

—Sí, señor —dijo el vigilante—. Don Blas tiene razón, lo vengo notando últimamente.

—El comandante que yo tenía —dijo otro funcionario— decía que no debía uno darle vueltas a lo que no entiende. «Doctores tiene la Santa Madre Iglesia». Al final se arreglará todo.

—Sí, pero ahora se relamen de gusto los muy hijos de puta —insistió el del bigote.

Cuando llegó el director, los encontró hablando de lo mismo. Miguel le comunicó lo de la huelga, sin darle demasiada importancia.

—Vaya gaita —dijo el director—. Venía fumándose un faria que estaba muy mordisqueado y manchado de saliva hasta su mitad.

—Si pudiéramos cortar la cosa antes de que trascendiera, sería mucho mejor. Regístrenlos y redoblen la vigilancia para que no les entre nada, ni un papel —añadió.

Se atusó el pelo con la mano. Lo llevaba peinado hacia delante por disimular un poco su calvicie.

—¿Registramos los dormitorios, ahora que están en el patio? —preguntó el del bigote.

—Que hagan zafarrancho, que carguen primero con sus bártulos y los pongan en el patio. Llevad a celdas a los tres o cuatro que sean los responsables.

Miguel asistía a la conversación, sin intervenir. Bostezó y volvió a mover el

cenicero de mármol, con la punta de los dedos.

—¿Eh, Miguel? —dijo el director.

—Sí. Lo que usted ordene —dijo distraídamente. Se espabiló—. Claro, haremos como es costumbre en estos casos —dijo, luego.

Se formaron varias filas de hombres cargados y silenciosos en el patio. Ya daba la sombra en casi todo el suelo. Estaban los presos de cualquier manera, sin guardar apenas las alineaciones, y los vigilantes llevaban las porras en las manos. El director se había quedado a la puerta, pero cuando vio que había mucho desorden, entró y le dijo a Miguel que terminaran lo antes posible.

—Sí —dijo Miguel. Salió corriendo hacia la otra punta, sin pensarlo bien—. Dejen las cosas en el suelo —gritó.

—Sí, déjenlas delante. Y cuando lleguen los funcionarios, se desnudan ustedes y ponen la ropa con los demás bártulos —dijo, a voces, el director, mientras miraba a Miguel, que iba de un lado a otro, con actitud que quería ser amenazante.

Se les notaba a los presos, en el cuerpo desnudo, la marca pálida de la parte que les tapaba la ropa. Sólo tenían curtida —del sol y del aire— la cara, el cuello hasta la camisa, las manos. El pecho, el vientre, los muslos, y hasta los brazos, los tenían blancos. La carne marfileña, como de muerto.

Se acercó un vigilante. Venía con un papel de estraza grasiento en la mano. Soltó el trapo al reír.

—Éste tenía envuelto aquí un cacho de tocino —dijo. Soltó la risa, y luego, se quedó callado. Miró a los presos. Estaban serios, las caras como si fueran esculpidas en piedra sin mover un músculo—. Un trozo de tocino —repitió.

El oficial del bigote tiró el papel al suelo. Pareció derretirse más, aquello, en el suelo caliente. No dijeron palabra el oficial y el funcionario cuando se miraron. Miguel observaba la fila de presos en el patio. No quería mirar a Federico de frente, a la cara. Pero se miraron de lejos, cuando Federico iba cargado con el fardo de ropa.

—Ya verá usted como se rajan —dijo el vigilante, casi al oído del director—, ya verá, don Victoriano.

—Claro que se rajan. Claro que se rajarán.

Estaban los funcionarios nerviosos. Se les notaba nerviosos, y algunos temblaban.

Una vez terminado el registro, el director se retiró. Subió las escaleras que le llevaban a su despacho. Y Miguel y los otros se pasaron por la cantina. Había ya, allí, algunos funcionarios de los otros patios.

—Sigues medio enfermo, ¿no? —le preguntó a Miguel el del bigotito.

—Me encuentro así, así.

Los vigilantes se reunieron un poco apartados de los oficiales, en la barra misma del mostrador, pero en el otro extremo. Era gente que provenía del cuerpo de suboficiales del Ejército, y Miguel se gastaba con ellos pocas confianzas. Los vigilantes, por lo general, se trataban de usted con los oficiales de prisiones.

Encontró Miguel un ejemplar del diario *Arriba* sobre el mostrador. Lo abrió por la primera página. Salió con el periódico en la mano hacia la puerta, donde había más claridad. Vio que en aquel momento se iban, sin haber conseguido hablar con los presos, cuatro o seis mujeres y unos chicos astrosos, de la comunicación de por la tarde. Llevaban los paquetes debajo del brazo.

El chófer del director se asomó a la puerta de la cantina. Miguel le conocía porque los oficiales empleaban algunas veces el coche para ir y venir de la ciudad.

—Hay follón dentro, ¿eh?

—No es nada grave.

El chófer se calló y Miguel sacó, impensadamente, una cajetilla de tabaco rubio de la Tabacalera. Se puso un pitillo en la boca, y, luego, reparó en el otro hombre.

—¿Quiere?

—Gracias.

El hombre cogió un pitillo y se lo puso también entre los labios, sin prenderlo.

—Vaya verano de calor que empieza —añadió.

—Sí, es verdad.

—Por otra parte, siempre pega, y después, en el invierno, al revés: nueve meses de invierno y tres de infierno, que dice el refrán —aseguró el chófer—. Ahora que, como quien no quiere la cosa, es el mismo clima que en Madrid.

Era un hombre chato, con el pelo cortado a cepillo, de voz reposada.

—En Madrid está todo más acondicionado —dijo Miguel, por decir algo.

—Claro —dijo el otro—. Yo ando buscando llevarme allí la familia, a la parienta y a los chicos. Tengo cuatro y medio, ¿sabe? —sonrió—. Lo digo porque mi mujer está otra vez encinta.

En aquel momento salía hacia la puerta una muchachita que llevaba un vestido muy corto y sin mangas. También salía sin haber podido comunicar. Se le veían los brazos y el cuello blancos, como leche.

—Vaya con la niña —comentó el chófer.

Miguel había vuelto, por fin, los ojos al periódico y se puso a leer las noticias de la Guerra Mundial. Leía sin pararse demasiado a pensar, algo distraído. Se olvidó, también, de que el chófer seguía a su lado. Levantó la cabeza cuando sintió que se iba. Le oyó despedirse y salir corriendo por el pasillo adelante. Se marchaba ya el director. Le dieron a Miguel ganas de irse. Se quedó al filo de la puerta de la cantina, sin atreverse a entrar, por no mezclarse con los otros funcionarios, sin ganas de nada.

Los presos, mientras tanto, habían vuelto a cargar con los petates. Subieron las escaleras en formación, sin guardar demasiado el orden, casi a tropel. Iban contentos. Llegaron cegados por la luz y apenas veían en la penumbra. Olía a humedad y a zotal, y el suelo estaba salpicado de agua, como si hubieran regado.

La claridad que entraba por las ventanas palidecía las caras de los hombres. Pero sonreían y hablaban entre ellos animadamente. Empezó mucho murmullo de voces, en cuanto se percataron de que no había dentro ningún oficial.

—¿Te diste cuenta del rubio?

—Sí que me di cuenta.

—Que dé a lavar los pantalones a la familia.

—Yo lo agarré a ese tipo de la chaqueta, al Chato, le iba tirando, que creí que se la arrancaba a trozos —dijo Álvaro.

—Qué leche.

—¿Meterán esta noche a alguno en celdas?

—Eso es seguro.

—Ya veremos la forma de que lo pasen los castigados lo mejor posible.

Poco a poco iban acostumbrándose a la oscuridad. Les brillaban los ojos como a gatos. Muchos se tumbaron en los petates.

—En la forma de reaccionar se ve que les van mal las cosas a los alemanes.

—Hay que enterarse de lo que pasa.

—Tener tranquilidad —dijo Federico.

—No dejarán entrar ni un librito de papel —dijo Menéndez—. Ya veréis.

—Bueno, ahora tumbalos boca arriba y procurar ahorrar fuerzas. Ni siquiera habléis.

—Ya.

—Hay que aguantar, cuantos más días mejor.

## XXVII

—He librado dos veces. Como estamos francos dos días y luego las veinticuatro horas de servicio... Total, son cinco días los que han aguantado —dijo Manolo.

—No, fueron seis.

—Algunos menos, qué coñe —dijo Pepe.

—Fueron seis —insistió don Mariano—. Lo sé bien.

—Bueno... Porque este director es un pedazo de pan —dijo Pepe—, que si no, ni siquiera buenas palabras. Y ya veréis el tiempo que se tiran los de las celdas...

—¿Tomáis otras cervezas?

Iba a entrar Miguel. Se detuvo a la puerta misma de la cantina, en el pasillo de los locutorios. Se quedó parado y no se atrevía a seguir adelante. Oyó que los presos cantaban en el patio. Se oía lejos, en lo hondo de la cárcel. Desde hacía poco tiempo, los hombres cantaban alguna vez. Era una canción sin importancia, parecía una canción de chicos de la escuela, en esos pueblos perdidos...

La Mari Juana  
la que hilaba,  
bebía vino,  
se emborrachaba.  
Como era tuerta,  
con el culo  
atracaba  
la puerta.

## XXVIII

—Aquí, en el Villar, se baja mucha gente.

Hay una aglomeración de personal alrededor del coche de línea. Ha parado frente a la taberna que tiene el piso bajo tintado de almazarrón. La taberna de tres puertas con cortinas de palitos colgantes. La gente se aprieta en el interior del local y muchos hombres se asoman para mirar al autobús. Una tropa de chiquillos corretea de un lado a otro. Miran los niños el coche, con los ojos muy abiertos y temblándoles las aletas de la nariz, como si lo esperaran desde hace mucho tiempo.

—Una limosna por el amor de Dios.

—Señora, un cacho de pan.

Van bajando los viajeros, con las cestas en las manos, arrastrando sacos y bolsas.

—Quedan asientos libres para todos. A estas fechas viene mucha gente al pueblo —dice una mujer que también tiene a un pariente preso.

—¿Es a su marido a quien va a ver? —le pregunta otra.

—No, es mi hermano, el mayor.

Mueven la cabeza las mujeres, giran la cabeza y vuelven a girarla para hablar unas con otras. La que ha tomado asiento, ahora, cerca, les cuenta lo de la huelga de hambre.

—Dios mío, ya me extrañó que la última vez estuvieran todos castigados, pero no pude enterarme por qué. Como tiene una tantísimo que hacer... En Madrid no me veo con ninguna.

—¿Y sabe en qué terminó? —preguntó Asunción.

—No. Aún quedan algunos pocos en celdas.

—Y la señora Águeda, ¿sabe si va a venir?

—No. Yo la conozco poco.

El coche arranca. Se asoman los rostros de los campesinos, a la salida del pueblo. No cambia el paisaje. Parece que atravesaran el mismo campo de siempre, los retamares, los cardos. El coche corta un aire seco y quemado. El polvo se pega a la garganta, igual que si fuera humo de pólvora. En una hondonada, como de arroyo seco, azulean unas zarzadoras. Se quedan atrás. Pasa, largamente, un campo desnudo, cuarteado, yermo. Siempre igual.

—Se bajaron los segadores... —dice Asunción.

—Aquí tienen poca cosecha que recoger —dice la mujer que viaja a su lado, mirando por la ventanilla—. Irán a la provincia de Soria o por esa parte.

—Nosotros sí que estamos recogiendo buena —dice la otra.

—Ya sonará la hora, mujer. No se desespere.

—Cómo quiere que no me desespere...

—¿Sabe si entre los que quedan en celdas de castigo está Federico, el médico?

—Creo que no. Lo hubiesen comentado la última vez que estuve.

—¿Cómo se encuentra de ánimo?

—Bien. Aunque la procesión vaya por dentro. Siempre están consolándonos a nosotras, aunque debería ser al contrario.

—¿Viene a ver a Federico, el médico?

—Sí. Quedé en encontrarme con su hermana en Guadalquivir.

—¡Ah!

—Vengo a traerle un recado —dice Asunción. Siente calor en la cara y se pone a mirar a través del cristal abierto de la ventana, pero agachando un poco la cabeza, resguardándose del sol.

—¿Se escribe con él?

—Sí, señora.

El coche traquetea. De tarde en tarde se ve un árbol o un caserío. Asunción siente contento cuando se da cuenta de que ya falta poco para que lleguen a Guadalquivir. Se acuerda de Juanito, cuando ve a lo lejos unos cerros, el principio de la sierra.

—¿Por aquí no hay guerrilleros, maquis? —pregunta.

—A veces bajan a los caseríos.

—Hay mucha guardia civil —dice la que tiene a su hermano preso.

Todo el camino le es ya conocido. Se pasa un rato viendo cruzar frente a la ventanilla los escasos árboles. Hasta el ruido del motor le parece familiar cuando el coche cambia de marcha al subir las pendientes.

—¿Ha quedado con la hermana del médico, en Guadalquivir?

—Me dijo que iba a la prisión por la mañana.

—Mejor, así viene usted derecha a la cárcel, con nosotras.

La ciudad parece muerta, como si no hubiese cambiado en absoluto desde la última vez que estuvieron aquí. La gente se para en las aceras y levanta la cabeza para ver pasar el coche de línea. Recuerda Asunción —como de un tiempo anterior, perdido— los nombres de las tiendas. Hay una tienda de ultramarinos que se llama «La Blanca» donde también venden cuerdas, alpargatas y aparejos para las caballerías. Se ven las cosas colgadas a la puerta. Y recuerda las esquinas sucias, con chafarrinones de orines secos, embebidos en la pared, y los letreros de «Prohibido hacer aguas mayores y menores», «Prohibido fijar carteles», y también el comedor de «Auxilio Social», su fachada larga, desconchada la pintura azul y los balcones corridos, en uno de los cuales está la bandera nacional.

—Todo tiene mierda del año que la pida —dice una de las mujeres que acompañan a Asunción.

—A mí que no me saquen ya de Madrid. Corte o cortijo, que decía mi pobre padre que en paz descanse.

—Todas estas ciudades pequeñas son por el estilo, pero tienen también mucho de

bueno —dice Asunción.

—Lo que es a una servidora...

Las mujeres van hacia la cárcel en grupos pequeños. Más adelante, un grupo de campesinas vestidas de negro, y un poco más lejos una vieja con un chiquillo en la mano. Asunción ha comprado dos latas de conservas. En la tablilla ha escrito: «Federico Vidal. Prisión Central la Brigada». De lejos se ve el brillo de los tricornos, los civiles haciendo centinela a la puerta de la cárcel. El edificio grande, sin vida en las ventanas, como si fuera un caserón abandonado o un convento. Hay un grupo de gente, sobre todo mujeres, arrimadas a la ventanilla.

Celia está cerca, apartada de las otras mujeres que esperan mirando a la calle. Tiene un bolso grande de lona muy viejo, en la mano. Viene corriendo, cuando ve a Asunción; y se abrazan.

—Dios mío, Celia. Qué bien estás.

—Y tú. ¿Ya te has apuntado para la comunicación?

Siguen andando las dos mujeres hacia la puerta. Las que venían con Asunción han ido hacia la ventanilla para apuntarse.

—Hale —dice una, señalando a la entrada de la prisión, sonriendo.

—Tengo que contarle a Federico que se ha marchado Juanito a la sierra, con los guerrilleros —dice, bajando la voz.

—¿Quién?

—Ese muchacho de Madrid que conocía tu hermano.

—¿Sí? —dice, distraídamente—. Tú estás más delgada.

—Trabajo; además, estoy preocupada con lo que pasa estos días.

—Claro. Oye, ¿ya te he dicho que él te espera para la comunicación de ahora?

—Sí. A ver si puedo contarle eso a Federico.

—Yo le vi ayer y me preguntó muchas veces por ti. Estará esperándote.

—¿Cómo le has encontrado?

—Más tranquilo. Parecen todos más animados desde lo de la huelga que tuvieron. Ya sabes...

—¿Quedan todavía algunos en celdas?

—Sí, creo; pero no sé si es por algo de después.

—Ya.

—También están más animados por lo de la guerra europea. Van bien las cosas.

—¿Y tú qué piensas?

—Parece que el tiempo no anda o que fuera muy despacio. Todo está igual.

Se han agrupado los familiares de los presos en un semicírculo, alrededor de la puerta. Sale el funcionario. Lleva gafas ahumadas. Es un tipo que se deja bigote, aunque lo tiene muy escaso. Lee en voz alta:

—María Bermúdez. Carmen García, Ana Casares, Celia Vidal y una persona más, Petra Requejo, Miguel Blasco, María del Rosario Durán, Manuela Salinas, Anastasio Sáez, Dolores Morales y dos personas más, Genoveva Caset, Josefina Méndez...

Las mujeres entran deprisa. Las madres con los chicos de la mano, tirando de ellos para que corran más. Otras llevan a los pequeños en brazos. Una muchacha va atusándose el pelo, chupándose los labios para que se le pongan rojos, llamándose la sangre a los labios a fuerza de sorbetones. Hablan bajo, al atravesar el pasillo que va a los locutorios. Ocupan los puestos, frente a la tela metálica, y buscan con la vista el lugar donde se ponen sus hombres. Ahora están saliendo los presos, en fila. También levantan las cabezas y miran a un lado y a otro.

—Aquí, Petra.

—Mira al final del locutorio.

—¡Manolo! Traigo al chico. Oye.

—Ana, ¿no me ves? ¡Ana!

—¡Frederic!

—Hola.

—Mira, ya está aquí Asunción.

Federico lleva una camisa blanca, le asoma el cuello de la camisa por encima del de la guerrera. Se le nota que está recién afeitado. Asunción siente inquietud. Se quedan los dos mirándose, sonriendo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me alegro de que hayas venido. No sabes cuánto me alegro —dice Federico. Se vuelve un momento para mirar a su hermana—. Está mejor, mucho mejor, la encuentro mucho mejor —dice, y le nota mucha alegría. Se le nota saltar de alegría, bailar sobre las piernas.

—Sí.

—Tenía que hablarte del chico, de Juanito —dice Asunción. Mira al vigilante, que pasea de un lado a otro, por el pasillo que hay entre las dos telas metálicas. Ahora está de espaldas el vigilante, llegando a la otra punta del pasillo—. Sí, Juanito. Se ha ido a la sierra —hace un gesto en el aire.

—Ah —dice. Se queda un momento callado—. Claro, no lo había pensado, lo recuerdo todavía pequeño; pero es natural...

—Nos ha dado un buen disgusto.

—¿Por qué? —Se la queda mirando—. ¿Qué iba a hacer?

—Todo el mundo no va a irse. Son pocos. ¿Sabes?

—Él era uno de nosotros y tenía que arrancar así. Dicen que va a irse mucha gente.

—Es posible...

—No podéis tomarlo a mal, ni mucho menos. Tú no te preocupes, que al final...

—¿Cuándo?

—Enseguida, no sé cuándo, pero...

Celia se interpuso. Echó sus palabras en medio de las de los dos cuando vio que se acercaba paseando el vigilante.

—¿Sabes algo de cuándo sales?

—Puede que sea este año. No pasaremos aquí dentro la Nochebuena. Ya verás.

—¡Ay, hijo!

—Ya sabéis lo de Francia.

—Sí.

—Se derrumban los alemanes. —Se vuelve a Asunción—: ¿No te importará que siga escribiéndote? Escríbeme tú, si quieres. No me importa que me oigan, ¿sabes? Lo que te he dicho de Francia.

—No. Yo también te escribiré —dice, sonriendo, saltando también sobre las puntas de los pies, echada sobre la tela metálica.

El vigilante se había detenido, cerca, pero no parecía ocuparse de nadie.

—Sí, te oigo —dice Asunción en broma, haciendo un mohín.

Federico se ríe.

—¿Vendrás más veces, antes de regresar a Madrid?

—Claro. Siempre que pueda colarme tu hermana... He pedido un permiso sin sueldo, donde trabajo, hasta que se me acabe el dinero —dice sonriendo, encogiéndose un poco de hombros.

—Por mí, siempre que pueda —dice Celia—. Yo pienso pasarme una semana en Guadalquivir.

—Y no te preocupes por Juanito —dijo Federico—. Ha hecho lo que tenía que hacer... aunque quizás sea un poco joven —dice, como recapacitando.

—¡Qué chico!

—Le veremos, cuando termine todo esto.

—La prima Anita, la del Valentí, está otra vez embarazada, se me olvidó contártelo ayer —intervino Celia.

—Vaya, se dan prisa.

—Es verdad.

—A mí también me gustaría tener chicos. Aquí es cuando se da uno cuenta de que debe de ser importante tener hijos.

Pasa una consulta en el patio. El médico de prisiones, don Mariano, le ha encargado a Federico que la pase él solo.

—Así nos desbroza usted la otra de la enfermería, ¿eh, Vidal? —le dijo.

Federico, cuando termina de comunicar con Asunción y Celia, tiene que ir al patio. Ya hay un grupo de hombres que se han apuntado para reconocimiento. Delante de la puerta de la galería están Pedro y Álvaro, paseando. Pega el sol. Cae de plano y no se mueve una brizna de aire. Sólo hay sombra en el lado donde esperan los enfermos. Algunos tienen las caras amarillas, los ojos inexpresivos. Están flacos. Hay un muchacho con la cabeza vendada y otro con la cara llena de costras.

—¿Te has enterado? —le pregunta Pedro a Federico, saliéndole al paso.

—¿De qué?

—Están locos los fachas; se creen que no se les va a terminar nunca el mando.

Creo que han sacado gente de la otra cárcel ayer de madrugada.

—¿Los fusilaron?

—Siguen en sus trece.

—¿Has conseguido ver a los de las celdas?

—No. Fue a visitarlos don Mariano. No me dejaron bajar a mí.

—Pero ¿entiendes eso de la provincial? —preguntó Álvaro.

—Tal y como están las cosas internacionales...

—No tiene que ver, en Madrid es peor ahora. Tienen que seguir alimentando su máquina —dice Pedro.

—Sí —dice Federico.

—¿Ha venido tu hermana con Asunción?

—Termino ahora mismo de comunicar con ellas.

—¿Estarías contento? —dice Pedro.

—Sí.

—Vaya. ¿Qué cuentas? Dicen que los maquis tienen dominada media Francia —intervino Álvaro.

—La cosa está que arde —dice Pedro.

—Me ha dicho Asunción que la gente está echándose a las sierras.

—¿Quién?

—Se ha ido ese chico que conocí yo en Madrid, ese Juanito del que os he hablado algunas veces.

Se abre paso Federico, entre el grupo de enfermos. Les da la espalda y se van apartando al verle.

—Dejadme, hacer sitio.

Se pierde entre el bosque de cuerpos.

—A ver si consigues que me manden a la enfermería, compañero —le dice uno.

Vuelven las caras, conforme cruza Federico.

—Mira, Federico, he vuelto a recaer.

—Oye, Vidal...

—Si no logra entrar Federico a las celdas bajas, hay que hacer algo —dice Pedro.

—Hay que llevarles unos cigarrillos y algo de comer, que vean que no nos hemos olvidado de ellos.

—¿Quién va a ir?

—Yo me encargaré, si Federico no consigue entrar.

Menéndez y otros dos, que iban paseando juntos, se detuvieron al cruzarse con los muchachos.

—¿Qué hay?

—Vidal dice que la gente empieza a echarse al monte.

—A ver si suena la hora —dice uno picado de viruelas, con cara de campesino.

—Ya veis los de la Pepa, en la provincial.

—Sí.

—¿Sabéis cuántos?

—Dieciocho, creo.

—Y en Madrid muchos más, y todos los días.

—Todavía va a costar mucha sangre —dice Pedro.

Miguel mira al patio, desde la puerta de la galería. Se queda un rato observando al grupo de presos que hay alrededor de Federico. De vez en cuando, ve asomar la cabeza del médico. Oye su voz, en los huecos de silencio. El vigilante del patio está cerca del grupo de enfermos, pasea de un lado a otro, mirando al suelo, un poco apartado de los presos.

Miguel se queda, un poco detrás del muro, mirando. Lleva así un rato, y, ahora, escucha pasos detrás, por lo hondo del pasillo. Viene Pepe con un vigilante.

—Hola.

—Qué hay.

—Ya ves, dando una vuelta por aquí.

—Antes he preguntado por ti. Hoy me voy a quedar. Me ha pedido el director que termine esos puñeteros papeles para la Dirección de Prisiones.

—Ya.

—Desde allí lejos —señala al fondo del pasillo— no te había conocido. Me decía Olmedilla que eras tú y no quería creérmelo.

Olmedilla se ha quedado un poco atrás y sonrío a los oficiales.

—Sí que soy —dice Miguel.

—¿Pasa algo en el patio?

—No, nada. Estaba viendo a los de la consulta.

—Hay un vigilante, ¿no?

—Sí, está Domingo. Es que me he quedado mirando al pasar...

—¡Ya! Trabaja un huevo ese médico recluso, cada vez más —dice Pepe, haciendo fuerza con los puños—, ¿no?

—Sí, le gusta su trabajo.

—¡Bah! A nadie le gusta trabajar. Aquí pasa consultas, porque se aburre, seguro. No creas que es otra cosa. Cuando un tío se aburre en la cárcel, o trabaja o revienta.

—Parece buen médico. Ya ves lo de mi brazo —dice desganadamente.

Mueve los dedos de la mano. Abre y cierra la mano, por dos veces.

—Bueno, lo será. Pero dale una consulta en Madrid. Ya encontraría otra distracción mejor que la de mirar barrigas a los tíos —dice Pepe. Se vuelve al funcionario, que le sonrío y no para de hacer movimientos de aprobación con la cabeza. Es un tipo calvo, cuarentón, con dos palas grandes y amarillentas del tabaco.

—Desde luego, don José.

—No digo que no —dice Miguel, encogiéndose de hombros.

—¿Te vienes?

—Bueno.

El vigilante del patio se había dado cuenta de que estaban allí los oficiales. Ha hecho intención de acercarse, pero ahora da la vuelta, cuando ve que ya se van. Echan a andar los tres por el pasillo, como quien no se dirige a ninguna parte.

—¿Quieres ser mi pareja para el mus? —pregunta Pepe.

—Una partida sólo. Luego tengo que seguir con ese rollo del director.

—¡Psch!

Pepe se para, casi en seco. Levanta la cabeza.

—Leche, siempre estás aburrido, pisándote la barba. No me extrañaría nada que el día menos pensado dijeras que te ibas de fraile, de cartujo.

—No es para tanto.

—¿Sigues liao con esa Elena?

Miguel se encoge de hombros. Sigue delante, con las manos en los bolsillos.

—Ah, bueno. Si te callas, es que la cosa marcha —dice Pepe.

Han llegado al Centro de Vigilancia.

—Traigo pareja para el mus —dice—. Mientras resuelves lo de quedarte en el siglo con esa Elena o meterte en la Trapa, lo mejor es que le des al naipe —añade, dándole a Miguel en la espalda.

Al tiempo que se acomodan, Miguel piensa que a lo mejor Pepe habla así no por hacerse siempre el gracioso, sino por emprender una conversación difícil, que haga pensar. Recuerda que hace más de un mes que no se ve con Elena. La última vez fueron a su casa. Ella le dijo que aquel domingo su familia se había ido de campo. Entraron en una calle estrecha, llena de cierres sucios de tiendecillas. Había portales oscuros y diminutos, húmedos, que terminaban en patios, detrás de escaleras de madera viejas, hundidas, desgastadas las huellas. Era domingo y hora de siesta. En la calle, sólo había tres chicos jugando a la pelota. Miguel y Elena entraron en una de aquellas casas. La escalera subía muy pina y haciendo caracol. Elena abrió con la llave y echó el cerrojo por dentro.

—No hables fuerte, con estas casuchas se oye todo.

La ventana daba a un patinillo insignificante, que parecía muerto, de un raro sepulcro. No se oía un alma.

—No parece que haya nadie en toda la casa.

—Estarán durmiendo los vecinos. Voy a cerrar las ventanas.

Se notaba un calor húmedo. La habitación estaba llena de muebles baratos y muy viejos. Había un aparador con las puertas de cristales rugosos que tenían encajadas algunas fotografías en las juntas del cristal y la madera: dos niños con trajes de primera comunión y otra foto de un hombre con bigotes lacios.

—Quédate en cueros.

—No —dijo ella—. En mi casa no.

—Bueno, haz lo que quieras. No sé a qué hemos venido...

No volvió Miguel a decirle nada y se echó en un camastro que había frente al

aparador. Elena se sentó a su lado y se quitó los zapatos y se alzó la falda.

—Descálzate para no ensuciar el cobertor.

Luego, Elena hizo café. Se pasó un rato contándole cosas de cuando era niña y de un sargento italiano que había sido novio suyo cuando se terminó la Guerra Civil.

—Me entregué a él, porque le quería, y porque me dijo que iba a volver a España de representante de abonos; no te creas que fue por otra cosa.

Cuando salieron de la casa estaban sudando. Era ya oscurecido.

—Ya te veré en la taberna, si vas por allí.

—El que a lo mejor no va eres tú. Llámame a ese teléfono mío que tienes. Es del vecino del primero, aquellas ventanas —señaló con el dedo.

—Sí, te llamaré cualquier día.

—En esta semana. Pero ¿vas a irte ya?

—¿Adónde quieres que vayamos?

—Podríamos dar una vuelta.

Le parecía Elena una mujer más vieja que él. Nunca podría hacerse a la idea de que sólo tenía dieciocho o diecinueve años. Elena tenía los ojos hundidos, inexpresivos, con patas de gallo, embadurnados de rímel...

—Bueno, ¿llevas juego? —preguntó Pepe.

—Llevo —dice Miguel y mira sus cartas. Se da cuenta de que Pepe está haciendo la seña de dúplex con los ojos.

—¿Pares?

—¿Chica?

—Ni pares ni juego —dice Olmedilla...

En todos los portales había alguna pareja de novios, cogidos de la mano.

—¿No hacen tapas por aquí, en alguna taberna?

—Tenemos que ir hasta Casa Paco. Si quieres te acompaño hasta el metro —dijo Elena.

—Bueno.

—¿Por qué vas tan deprisa?

Había echado a andar delante, sin cogerla del brazo.

—No sé —dijo Miguel—. Es la costumbre.

—No será por lo que trabajas...

—Es que tengo ganas de orinar.

—Podías haber orinado en mi casa...

Pepe junta las cartas. Se deja el cigarrillo pegado en los labios y mira a todos los jugadores.

—¡Mus! —dice.

—No vamos, no. Ustedes comprenden... —se justifica Olmedilla, sonriendo, enseñando los dientes, los incisivos grandes y amarillos del tabaco.

Se han quedado para comunicar por la tarde y, ahora, vuelven juntas. Asunción

sonríe, sin ton ni son. Tiene ganas de ver otra vez a Federico.

—Total, es tan poco tiempo —murmura.

—No, decía que apenas estamos diez minutos en la comunicación.

—Y porque somos forasteras, que a los de Guadalquivir sólo les dejan una vez a la semana.

El sol rueda ya bajo en el cielo, que tiene un color naranja que no parece de verdad. Asunción y Celia van campo a través, sobre los altos desmontes que deja la carretera a la derecha. El paisaje son lomas de tierra y alguna casa mísera junto a una pequeña huerta.

—No conocía este camino.

—Hay que dar mucha vuelta para llegar a Guadalquivir, pero es más agradable.

—Ya lo veo. Es triste aquella salida.

—Ellos están cada día más animados. Ya lo habrás visto. Esperan el triunfo de los aliados... Mañana es la libertad, piensan.

—¿Qué piensas tú?

—¿Y si no fuera cierto lo que dicen? Si tuvieran que seguir todos años y años, hasta cumplir las condenas, o vete a saber... —dice Celia.

—No seas tonta —dice Asunción—. Es mejor que no lo pienses.

Pasan por delante de un caserío: piedras negruzcas y tejas curvas de barro rojizo bajo un cielo luminoso de nubes con bordes de luz. Hay una mujer a la puerta, sentada en una banqueta de madera. Dos o tres gallinas picotean en el suelo.

## XXIX

Es un pequeño trozo de papel enrollado.

Todos los presos han formado corro alrededor de Federico. Hay una rueda de caras, de cabezas, de cuerpos, que empieza en los petates más próximos al de Federico. A Pedro le brillan los ojos como si tuvieran lumbre.

—Léelo tú —dice.

Federico tiene el papel, arrugado y lleno de dobleces, entre los dedos.

—Compañeros —dice en voz baja pero va elevando la intensidad de las palabras, insensiblemente, sin darse cuenta de ello.

—París está libre de alemanes —le tiembla la voz—. Los norteamericanos han cruzado el Marne. En toda Francia actúan los españoles. En Hendaya ondea la bandera de la República. ¡Salud!

—Se derrumban —dice Pedro—. Se van al infierno.

Los hombres que están más cerca ríen. Se corre el murmullo de las palabras hacia atrás y unos a otros, los presos, van contándose o comentando lo que el papel dice.

—Léelo otra vez.

—Sí, anda, léelo, Vidal —dice uno que, por el habla, se nota que es gallego.

—Compañeros: París está libre...

—¡Que les jodan a todos! —grita uno.

—Si no calláis...

—Anda, lee, sigue leyendo —insiste el gallego.

—Compañeros: París está libre de alemanes. Los norteamericanos han cruzado el Marne. Es un río —dice, y se vuelve. Siente el corro de ojos, entero, sobre él—. En toda Francia los guerrilleros españoles...

—Vendrán aquí, la gente se echará a los montes —dice Álvaro.

—Seguro que vendrán a sacarnos de aquí.

Se empujan, se cierra la rueda de hombres alrededor de Federico, y le falta espacio para entenderse con el papel en la mano. Se empina, apretándose los codos contra el cuerpo.

—No me dejáis —dice—. ¿Cómo puñetas voy a leer así?

—Venga, léelo.

—Compañeros: en Hendaya ondea la bandera de la República.

—¡Ya queda poco! —dice una voz.

Ríen. Pasan un rato riendo y empujándose.

—Sí, ya queda menos —dice Pedro.

Los hombres se van tranquilizando, poco a poco. Se va callando el rumor. Se

vuelven, gateando entre los petates, hacia el sitio de cada uno. Pero otros se quedan rezagados, hablando por lo bajo, en corrillos. La nave sigue así mucho rato.

—Para ir a Hendaya sólo hay que cruzar un puente, ¿sabes? —dice Álvaro.

—Ya.

—¿Tú has estado en Francia? —pregunta Pedro a Federico.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Una tierra verde y llana, de vida más fácil.

—Como Euzkadi, aunque en Euzkadi hay más montaña.

—¿París es grande?

—Sí.

—Le contarás lo que ponía la nota a tu hermana y a Asunción, mañana.

—Lo sabrán ya, pero se lo contaré de todas maneras...

—Hay que decírselo y mandarles algo de tabaco a los de celdas —dice Pedro.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevan ya?

—Hasta he perdido la cuenta.

Quedan callados y, durante un largo rato, se oyen las conversaciones, como rezos, por todo el dormitorio.

—Lo más importante es que sean los españoles quienes luchan. Claro.

Federico se ha puesto a fumar. Se ve la lumbre del cigarro avivándose a cada sorbetón, tiznándole la cara de luz roja. Parpadea la bombilla. Es una luz pequeña y temblona como la de una vela o de una lamparilla de ánimas. Los presos se quedan mirando cada vez que la luz se estremece.

—Es del grupo electrógeno.

—A estas horas, cortan la luz en Guadalquivir. ¿Qué decías antes de los de celdas? —pregunta Vidal.

—Si no consigues entrar, tenemos una cosa pensada éste y yo. No se lo digas a nadie.

—Bueno, dormíos.

—¿Y tú?

—No hago más que darle vueltas al magín.

—Piensa tú también cosas agradables, cuenta ovejas —dice Pedro—. O piensa que está ya ese amigo, ese chico de Madrid, hablándoles de ti a los de las guerrillas. O piensa en Asunción —añade.

—Me cabrea esa bombilla, apagándose y encendiéndose —dice Álvaro.

—Cierra los ojos, anda.

Los oficiales terminaron de comer a las tres. Les sirvieron un café espeso, con mucha achicoria, y se quedaron un rato de sobremesa. Hacía calor y estaban sudando, en camisa y con las mangas remangadas hasta medio brazo. Eran Miguel, Pepe y

Manolo.

—Eso que dicen que el café puro quita el calor... —dijo Manolo.

—Bueno, eso de puro, puro... Yo prefiero el verano, por todo —dijo Pepe—. Por las ropas de las mujeres y porque no te crean los presos tantos problemas: los dejas de paseo en el patio y ya está.

—A mí me es indiferente —dijo Manolo—. ¿Y a ti?

—Psch. También me da igual —dijo Miguel.

—Esa mierda de café sabía a regaliz —dijo Pepe.

Se quedaron un rato callados. Pepe se hurgaba los dientes con un palillo, concienzudamente. Tenía los labios mojados de saliva. Le chorreaba la saliva casi hasta la barbilla.

—Joe —dijo, sacándose una mota con los dedos.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo están los presos? Algunos, hasta seguro que piensan que nos van a meter a nosotros dentro del hotel —dijo Manolo.

—A mí, desde luego, también me fastidian los políticos —dijo Pepe limpiando el palillo en la servilleta—. ¿Sabéis lo que me voy a traer el próximo día?

—No sé.

—Un cubilete y unos dados. Me gusta más que las cartas. En el Regimiento me aficioné. No hacíamos más que dale que te pego a los dados, en la sala de banderas. Y se han perdido aquellos tan majos que había... Antes, Miguel se preocupaba de esto.

—¿Yo?

—Sí. Te los dejarías por ahí. Estoy ahora todos los días jorobado y no te preocupas de mí. No me quieres nada. Unos días tengo que quedarme por el servicio y, otros, hacer ese trabajo de oficina en la garita —dijo Pepe, como si interpretara.

—¡Sí, vaya! —dijo Miguel sin mirarle.

—Éste y yo nos llevamos a partir un piñón —dijo Pepe, incorporándose y echándole a Miguel la mano por la espalda—. Pero en apariencia estamos siempre como el perro y el gato. Cuando no me vea en la prisión más que para los relevos, ya verás como me echa de menos.

Miguel sonrió, aunque se sentía nervioso y cohibido.

—¿Tenéis prensa? —preguntó.

—Sólo la de Guadalquivir. Hoy seguimos sin el *ABC* y sin *Arriba* —dijo Manolo—. Yo estoy en que sacan el arma secreta los alemanes y que todos estos avances y retrocesos son puras chorradas...

—Sí —dijo Pepe—. Aunque a algunos se les haga la boca agua o el culo agua de limón, como dicen los castizos.

Miguel hizo un recorrido por los patios, aunque iba como ausente. Se alegró cuando le dijeron que había venido el cura. Pensó que así no tenía que volver con los otros oficiales. Como era jefe de día, salió a recibir al pater.

—Dile al cura eso de que vas a solicitar la Trapa como destino —dijo Pepe.

Era un hombrachón, y Miguel resultaba pequeño a su lado. Tenía la cara colorada.

Posaba sus ojos tiernos en las cosas, con mucho amor.

—¿Qué tal los presos?

—Como siempre, padre —dijo Miguel.

El cura se puso a liar un cigarro de picado, gordo como un dedo, y le ofreció la petaca a Miguel. Se dieron una vuelta por la galería que daba al patio de la enfermería.

—Esta parte es la más fresca —dijo el cura—. Se está aquí como en las propias rosas. Este edificio fue antes convento, ¿sabe? —añadió.

—No lo sabía.

Le habló después el cura de cómo era aquello antes de la guerra y le preguntó si rezaban los presos, además de cuando les llevaban al Rosario o a la misa de los domingos.

—Creo que no rezan, no —dijo Miguel.

—La cárcel es mal sitio, Armenteros —dijo el cura. Era el único que llamaba a Miguel por el apellido. Pensó Miguel que casi nadie lo hacía así y recordó que con este nombre, sin embargo, no podía evitar recordar a su padre. «Sr. Armenteros», decían los de la fábrica, y así se referían a su padre. Recordó que lo habían matado los rojos en el 36. Simplemente porque se quedó en Madrid, en lugar de irse a veranear a Segovia con él y con su madre.

—... Es mal sitio la prisión —siguió el cura—, una verdadera trampa del demonio. Pocos serán los que salgan limpios. Unos pecarán de una forma y otros de otra. El peor enemigo, desde luego, es el ateísmo. Los ateos, como no se arrepientan al final de sus días...

Miguel dejó de escucharle un rato. Miraba a la claridad que se veía al final del corredor y a las sombras que hacían ellos dos al pasear; primero se hacían pequeñas y, luego, iban volviéndose largas y borrosas, hasta deshacerse en lo oscuro. Le dolía un poco la cabeza y notaba una pesadumbre muy rara.

—Les decía en otra cárcel a los oficiales que procuraran que los presos no pintaran estampas de mujeres. Aunque siempre es mejor esto que el pecado contra natura; pero cuando me propuso uno echar bromuro al rancho, yo le dije que opino que no, que no es bueno llamar a la química en ayuda de la pureza, que es como si trajésemos en nuestra ayuda a la cirugía, Armenteros, a la cirugía. Eso les dije —se rió. Se sujetaba el estómago con las manos, para reír.

—Sí —dijo Miguel, aunque le parecía extraño, grotesco aquel humor del cura.

—Yo tengo que ver las cosas con claridad, y ustedes, al igual que los presos, deben aprender también la virtud de la paciencia —dijo.

Pepe se fue a media tarde y, algo después, ya con la fresca, también se fue el señor cura. Atardecía. En aquella época del año la noche se abría casi de golpe. El cielo se amorataba y, enseguida, empezaban a brillar estrellas.

—Ya ha llegado la prensa de Madrid —le dijo Manolo, cuando se encontraron en

el Centro de Vigilancia.

—¿Qué dice?

—Nada —dijo echando el *ABC* sobre la mesa—. La verdad es que yo nunca he sido nada en política. Yo hago lo que me mandan y me basta. Funciono.

—Claro.

—El caso es que personalmente siempre he creído que los alemanes iban a ganar, igual que lo creíamos todos. Pero no sé, no sé...

Estuvo Miguel echando una ojeada al periódico y, luego, se salió a la puerta de la cárcel, a tomar el fresco. El oficial de portillo se había sacado una butaca a la puerta.

—¿Qué hay?

—Nada.

Estaba muy aburrido y no tenía sueño. Le volvía aquella pesadez a la cabeza. Le daba asco, aquel asco de siempre. Pero seguía una noche muy clara y en el cielo corrían los meteoritos, la lluvia de estrellas.

—Tenemos que llegar a rastras hasta las celdas, sea como sea —dice Pedro.

—Todavía les queda un mes.

—Sí, un mes y medio, casi —dice Álvaro.

—Bueno, pues acordado; nada más.

—Sí. Yo te avisaré cuando vaya a la enfermería. Si cuando pase delante del Centro de Vigilancia veo que no hay posibilidad, me volveré con cualquier disculpa —dice Federico.

—¿Viene hoy también Asunción a verte? —le pregunta Pedro.

—Sí. Mi hermana tiene que irse pasado mañana, pero Asunción ya ha encontrado la manera de que la pase la mujer de uno del segundo patio, de un socialista.

—Vaya... Seguís cada vez más animados. Ya nos percatamos de ello.

—Cuando salgamos de aquí, tendremos todos que rehacer nuestra vida. Hasta me dijo Asun de buscarse algunas clases en Guadalajara. Como es maestra... Pero yo le he dicho que se vuelva a Madrid... Antes es la libertad...

—Sí, hay mucho tajo por delante —dice Pedro.

—Estoy pensando la cara que van a poner los de las celdas cuando vean entrar los paquetes por la ventana —dice Álvaro—. ¿Qué decíais del tajo?

—Que cuando salgamos tenemos mucho por delante.

—Nos va a parecer mentira cuando empecemos a trabajarlo —dice Álvaro.

—Vendrá un mundo más bueno y más limpio —dice Federico—. ¿No crees?

—Sí. Yo sí lo creo.

—Tiene que ser alguna vez. Pero vendrá, con todos esos trabajos, llegará como un torrente, ya lo veréis. Y todo lo podrido se irá al guano —dice Federico.

—Será enseguida.

## XXX

Las dos mujeres llegan a la puerta de la cárcel, al mismo tiempo que Miguel. Van ellas un poco detrás; pero, como ahora el oficial acorta el paso, le adelantan en el zaguán. Pasan a su lado Celia y Asunción.

—Ése es el que se rompió el brazo, ¿no?

—Sí, el mismo.

Siguen hacia los locutorios, cogidas del brazo, mirando por todo alrededor. Una oscuridad se abre por el ancho pasillo de la derecha. Se nota el olor de la prisión.

—Me da lástima tener que marcharme ya —dice Celia.

—También a mí me quedan pocos días.

Hay poca gente para la comunicación. Un funcionario que está sentado a la puerta del locutorio les pregunta el nombre y mira en una lista.

—Pueden pasar —dice.

Miguel entra por el pasillo que va a la cantina. En el otro extremo del corredor se oye el ruido, el runrún de los presos que hablan en el patio. Siente Miguel, al llegar a la cárcel, como si se despertara. En el coche de línea venía amodorrado. Estaba entoldado el cielo, pero se filtraba entre las nubes un poco de sol, y caía por igual sobre todo el campo.

Eso le aumentaba aquella sensación de modorra, de sueño. Y ahora se encuentra, de repente, en la cárcel.

En la cantina está Manolo, apoyado en la barra.

—Hola.

—Ya ves, esperándote como agua de mayo.

—Es temprano, ¿no?

—Sí, sí. Si no me quejo. —Le mira y, como le ve serio, sigue hablando, vuelto hacia la barra—. Hoy vais a tener también a Pepe aquí. Continúa haciéndole ese trabajo al director.

—¿Tú has cambiado el turno?

—Sí. Para mí que Pepe le está echando cuento, que no da golpe —dice de broma.

—Habéis bajado hoy más temprano a la gente al patio —dice Miguel.

—Déjalo, ahí los tienes.

Salen por la galería principal y se asoman al primer patio. Está atestado de hombres de pie, o sentados en el suelo, o que dan vueltas desordenadamente. Algunos van despacio, pegados a la pared, circunvalando al patio, como si sacaran agua de una noria.

—Cada vez hay más reclusos.

Miguel conoce a casi todos, los conoce incluso de lejos, por el tipo, por la pinta y por la forma de andar. Les ve dando vueltas, sin salir del mismo sitio. Un clamor de voces, de palabras mezcladas, sale del patio. Parece que suben. Y a lo mejor por eso vuelan muy alto los pájaros. Muchos hombres están apoyados en las paredes o echados en el suelo, con las caras vueltas a la puerta. El funcionario que vigila, sentado en una silla a la vera de la garita, hace intención de levantarse. Sigue descansando cuando ve que los oficiales pasan de largo.

—Por fin tenemos cubilete y dados —dice Manolo.

—Qué bien, si este año pasáramos todos la Nochebuena juntos. Qué bien —dice Celia—. ¿Eh, hermano?

—Sí, a lo mejor no tienes que volver a darte el viaje —dice Federico—. Ni tú. —Mira a Asunción. Está riendo, apoyado contra la tela metálica—. Y voy yo a buscaros...

Miguel se sienta en una silla de las que hay arimadas a la mampara de cristales del Centro de Vigilancia. Coge una novela policiaca que hay sobre la mesa —la misma que estaba leyendo, no recuerda quién, el otro día— y mira la portada. Hay una mujer caída en el suelo, con ojos de muerta, los brazos y las piernas, los muslos, muy abiertos, y un salpicón de sangre. Es un libro ya sobado, con los cantos sucios de grasa y los bordes de las hojas vueltos hacia arriba.

—Es de Olmedilla —dice Manolo—. La trajo él.

—Ya.

—A mí me jode leer, se me embota la cabeza. Yo creo que empieza a fallarme la vista —dice Manolo.

Miguel abre la novela. Tiene las letras delante de la vista. No lee. Es como si escondiera la mirada sobre el libro.

—Esperadme para matar el pavo —dice Federico—. Si es que los hay. Si es que hay pavos...

—Con buenos dineros sí que los hay.

—Hoy le toca a don Miguel de jefe de día —dice Pedro.

—Les vamos a dar pocas —dice Álvaro.

—Ten cuidado no te las den ahora a ti —dice Federico, riendo. Mira el reloj de pulsera—. Voy a pedirle permiso al vigilante para ir a la enfermería a ver a don Mariano. Si no me vuelvo desde el Centro de Vigilancia con cualquier disculpa, tú arranca a correr hacia las celdas. Pegado a la pared de la derecha, será más difícil que te vean.

—Sí.

Los dos muchachos se quedan en el umbral, mirando a lo oscuro, hacia donde está el Centro de Vigilancia. Mientras tanto, Federico se acerca al vigilante del patio.

—Sí, vaya. Al pasar por el Centro, diga que tiene permiso mío.

—Gracias —dice Federico.

Los muchachos miran a Federico, que se va por el pasillo adelante, derecho hacia el Centro. Están nerviosos.

—Espera —dice Pedro.

Federico, para ir a la enfermería, no tiene que tirar por el pasillo de la izquierda —que es donde están las celdas de castigo—, sino por el de la derecha. Se detiene delante del Centro de Vigilancia.

—Voy a ver a don Mariano, tengo permiso del funcionario.

Los oficiales están dentro, sentados todos en las sillas. Así, si no se ponen de pie, sólo pueden ver un trozo del pasillo. Los oficiales miran a Federico Vidal.

—Sí. Continúe.

—No se vuelve Federico —dice Álvaro. Se acerca más al umbral.

Pedro mira al vigilante del patio. Se mete las manos en el bolsillo del pantalón. Está al lado de Álvaro.

—Sigue distraído —dice—. Arrastrándote todo el primer trecho, luego puedes correr agachao; cuanto más te pegues a ellos al dar vuelta a la galería, mejor.

—Sí.

Álvaro tiene abombada la pechera de la camisa, toda la parte delantera de la camisa. Se aprieta el cinturón y se ahueca más la tela. Se ha metido tres cajetillas de Ideales y unos trozos de pan blando.

—Cuanto más te pegues a la garita, al dar la vuelta, mejor —insiste Pedro.

—Sí. —Se sujeta de nuevo el pantalón.

—Suerte. Venga, ahora.

Álvaro se agacha. Atraviesa el umbral, rápidamente, de un salto, y se tira al suelo. Empieza a arrastrarse, pegado al muro, con los dedos y las rodillas en el pavimento. Se arrastra deprisa, como alma que lleva el diablo.

—Y si se equivocaran, si no fuera verdad lo que piensan y tuvieran que tirarse aquí años y años, hasta cumplir las condenas.

—No puede ser —dice Asunción—. Eso no puede ser.

—Me viene un ahogo cada vez que lo pienso —dice Celia.

—Anda, súbete. Se va a marchar el coche. Te escribiré en cuanto esté de vuelta por Madrid.

—Si viéramos cómo se hacían viejos ahí dentro, cómo se pasaban los años...

—No, no puede ser, no. Anda, súbete; se va a marchar el coche enseguida.

Se oye el ruido ronco, ahogándose, del motor en marcha. Celia se sube. Pone un pie en el estribo y se vuelve, angustiada. Tiene los ojos redondos, que parecen de vidrio.

—No me hagas caso.

—Adiós.

—Adiós, Asunción. No me hagas caso.

—No, no pienses esas cosas.

Las mujeres van subiendo. Celia se ha quedado de pie, un poco agachada, a la puerta.

—Nos marchamos —dice el cobrador, y cierra de un golpe la portezuela: está todavía en tierra y, ahora, da la vuelta al coche y se sube por el otro lado, por el lado contrario al del chófer.

—¡Hasta pronto, Celia!

Corre viento. Siete u ocho mujeres y chiquillos y dos hombres viejos, que están parados delante del comedor de «Auxilio Social», dicen adiós con las manos a la gente que se va.

## XXXI

—Ese jodío médico se mueve de un lado para otro, como si toda la cárcel fuera suya —dice Pepe.

—Tres reyes —dice el rubio. Coge los dos dados que quedan y vuelve a sonarlos dentro del cubilete.

—Te vas a ir tú a la mierda, con tu jodío cubilete —dice Pepe, amenazándole en broma, con el canto de la mano.

—Cuatro reyes —sonríe el otro—. ¿Qué decías del médico?

—No, que se mueve con más soltura que si fuera de la familia.

—Dicen que lleva ya más de dos años, ¿no?

—Y los que te rondaré morena.

—Te toca a ti —dice el oficial rubio.

Miguel está sentado en la butaca. Tiene la novela abierta, apoyada en un pico de la mesa. Escucha el rodar de los dados dentro del cubilete, el ruido hueco de los dados. De pronto, calla el ruido.

Pepe se queda parado. Cuando está agitando los dados, se detiene y levanta los ojos. Estira el cuello y se pone a observar a través de los cristales.

—Mira —dice—. Mira.

Todos levantan las cabezas. Pepe ha dejado el cubilete sobre la mesa. Quedan callados, mirando a la galería. Un vigilante, que es quien está más cerca de la puerta, se pone de pie.

—No, mejor es dejarle que se meta más. Esperar a que lo tengamos encima —dice Pepe—. Agazaparos en la mesa, como si no pasara nada.

El hombre que viene arrastrándose por el pasillo se encuentra ya muy cerca de la garita acristalada. Ve los cristales de la parte alta y los de la derecha, que están levantados, posiblemente para que corra el aire. Avanza el hombre, a gatas, durante un trecho, rápidamente.

Miguel se ha incorporado y le mira. Se da cuenta de que es muy joven, aunque todavía no puede reconocerle. Continúa observando al hombre.

—Agacha tú la cabezota. Y mira a otro lado, como si no estuviéramos percatados —dice Pepe.

Pepe está agachado, con la barbilla casi pegada a la mesa. Pone cara de fiesta, y agacha más la cabeza cada segundo que pasa. Se le alegran los ojos y le hacen chiribitas.

—Su madre. Veréis la que le voy a dar —añade. Estira, de pronto, el cuello y se levanta. Sale Pepe, espatarrado, esquivando la mesa, apartando de un empujón al

vigilante.

—La que le voy a meter —va diciendo Pepe.

Álvaro le ha oído llegar. Todo su cuerpo le ha sentido llegar. Está en el suelo, y mira al oficial. Se queda Álvaro en el suelo, caído tripa arriba, con los ojos llenos de miedo.

Pepe da una zancada desde la tarima del Centro de Vigilancia y se queda junto al muchacho. Levanta el pie, haciendo un gesto de fuerza.

—¡Me cago en tu madre...! —Levanta otra vez el pie y hace intención de pisarle. Y al fin le pisa de lleno en la cara—. Me ca...

Miguel ha permanecido todo el tiempo sentado. Había dejado el libro sobre la mesa, y había visto cómo Pepe se levantaba apartando al vigilante. Ahora, da un salto, cuando ve que Pepe va a pisotear de nuevo al chico. Se levanta y salta. Se echa sobre Pepe y le empuja.

—¡Mierda, déjalo! ¡Cabrón, déjalo! —Le empuja cuando Pepe va a levantar la bota por tercera vez. Le empuja con las dos manos—. ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡El jefe de día soy yo! —Le empuja y Pepe sale tambaleándose, asustado, mirando los ojos de Miguel.

—Está loco. Este tipo está loco —dice Pepe volviéndose al oficial nuevo. El vigilante y el oficialito han saltado desde la tarima, detrás de Miguel—. Está loco —repite Pepe. Lo repite bajando ya la voz.

Miguel está pálido, como un muerto, tieso. Se le notan las venas de la frente y le salpica la saliva al hablar.

—Entendido, que no le toques, entendido.

—Pero, qué puñeta de hombre. Por mí madre os juro que cada vez entiendo menos a este tío —dice Pepe a los otros.

—Dejarlo estar —dice el rubio.

Álvaro tiene una desgarradura pequeña encima de la ceja. Se ha puesto de pie. Se toca la cara con la mano. Está asustado, sin saber qué hacer.

—¡Váyase! ¡Al patio! —grita Miguel.

Lo oye y sale corriendo, galería adelante.

Miguel entra solo, dentro del Centro de Vigilancia. Le tiemblan las piernas. Se sienta y nota cómo le late todo el cuerpo. Ve, al final del corredor, las cabezas de los presos, asomándose desde la claridad, desde el resol del patio. Llega, como siempre, aquel clamor de voces que parece salir de lo hondo de un pozo.

—Dejarlo estar —dice, abajo de la tarima, el rubio.

—¡Qué voy a dejarlo! —dice Pepe—. Es un chalo.

Por la tarde, el rubio le dice a Miguel que Pepe ha estado hablando con el director, que Pepe y el director se han pasado mucho rato charlando, por lo bajo, sobre el asunto.

—Debías ir y darle tu versión al director, decirle que te pusiste nervioso porque estás tú de jefe de día, o lo que quieras.

—Psch.

—Tú y Pepe ya os arreglaréis, pero al director sí que debías decírselo.

Miguel se pasa toda la guardia sin moverse del Centro. Hasta pasada media tarde espera todavía que el director le llame para preguntarle algo. No le dicen nada. Nadie le habla de lo que ha pasado.

Ya de noche, después que Pepe y don Victoriano se han ido, el rubio vuelve a acercarse a Miguel.

—Te has puesto muy furioso pero, de todas maneras, no ha estado bien que Pepe se lo chive al director.

—Me da lo mismo.

—Yo de ti, se lo diría el jueves. Desde luego que le contaría algo al director, así, como el que no quiere la cosa, lo dejaría caer; para que no vaya a hacerse él sus conjeturas, o de parte... o vete tú a saber...

Por la mañana sale temprano de la cárcel, sin hablar apenas con nadie. Según sale, ve que llegan algunas mujeres. Son las mismas caras de siempre. Parecen las mismas personas de todos los días, de todos los años: los mismos chiquillos y las mismas madres. Se queda Miguel, un instante, parado junto a los guardias civiles. Un poco más allá está el coche del Gobierno Civil. El chófer le hace una seña con la mano.

—Le acerco hasta el autobús de las once, ¿eh, don Miguel?

—Sí, me parece que no viene nadie más.

—Somos los justos —dice el chófer, sonriendo.

Suben. Miguel se sienta al lado del chófer, y, conforme corre el automóvil, mira la pared del desmante cortada a pico. Siente contento, con la marcha del coche. Siente una especie de alegría.

—Vaya —dice. Estira los pies en el asiento.

Entra el aire fresco por la ventanilla. Se nota que es por la mañana. Cuando llegan, ahora a la parada del autobús de Madrid, piensa que falta casi media hora, y mira al bar.

—¿Quiere tomar algo? —pregunta al chófer.

—No, gracias. Es tarde. ¿Tiene hora?

—Las once menos cinco —dice, mirando al reloj de pulsera.

—No puede ser, don Miguel. Nos hemos cruzado con la gente que pasaba a la comunicación de las once...

Miguel arruga la frente. Hace un gesto, tuerce la boca.

—Es verdad. Se me ha debido de parar el reloj —dice, dudando de sí.

Pasa solo. No hay nadie en el bar. Va escuchando el reloj, pegándose a la oreja.

—¿Sabe qué hora es?

—Las once y veinte, don Miguel —dice el tabernero.

—Entonces, sólo faltan diez minutos para que salga el autobús.

—Sí, señor. ¿Qué va a tomar?

—Póngame una caña. El caso es que no me ha parecido ver a casi nadie dentro

del coche de línea. Juraría que está medio vacío.

—A las fechas que estamos ya, don Miguel...

Se acerca a la puerta. Un muchacho joven, de cara despierta, sube al coche en ese momento, con una maleta vieja, atada con cuerdas, en la mano. Le parece a Miguel que la ciudad sigue muerta. Piensa que mucha gente en el mundo ni sabrá siquiera que existe Guadalarreal, que muchos hombres se habrán ido de aquí para no volver nunca. Mira Miguel, desde la taberna, al muchacho que se sube.

Ha entrado un viejo con un niño de la mano. Y, ahora, una mujer joven, de luto, se asoma y toca desde fuera en los cristales. Se le ve mover la boca, detrás del cristal.

—Ya está aquí tu madre —dice el viejo, mirando al niño, tirándole de la mano—. No. Está ya ahí tu madre y vamos a perder el coche.

El tabernero mira al viejo cuando éste ya va a cerrar de nuevo la puerta de cristales.

—Le acompaño en su sentimiento —dice, y mira también a Miguel, que está a la expectativa, con el vaso de cerveza en la mano.

—He venido a enterrarle como Dios manda —dice el viejo—. Me llevo a mi hija y a mi nieto al pueblo. He hablado con el Raimundo pa que nos pare en la revuelta.

El tabernero hace un signo afirmativo con la cabeza. Y se vuelve para atender a Miguel, cuando ya el niño y el viejo están en la calle.

—Tiene demasiada espuma, ¿no, don Miguel?

Se pone el tabernero a fregar unos vasos, de costado, en el rincón. Parece nervioso.

—Está bien.

La parte de plazuela que se ve desde el mostrador está vacía; son sólo dos ventanas, un trozo de pavimento, de empedrado gris, y el muro de una casa. Vuelve a pensar Miguel que mucha gente del mundo no sabrá siquiera que existe esta ciudad, que pueden vivir una larga existencia sin pisarla nunca. Ni recordarla.

—Pues sí, dentro de unos minutos tiene usted el coche en marcha. A la hora del almuerzo, en Madrid —dice el tabernero. Habla muy deprisa, con otra voz.

—Se me había parado el reloj —dice Miguel.

## XXXII

El preso que se llama López está mirando al cielo, un trozo de cielo nublado, en la oscuridad —entre las rejas de la ventana—, cuando ve que pasa un bulto y lo siente caer al suelo. Oye el golpe contra el suelo de la nave. Lo han oído todos los presos de alrededor, los que están extendiendo los petates.

—Lo han tirado desde el patio.

Es un trozo de ladrillo, envuelto en un papel escrito. Se arrodilla el preso. Lo lee:

—Compañero, dos columnas de los aliados han cruzado la frontera de los Pirineos. ¡Salud! —se pone a reír, a soltar carcajadas, con el papel entre las manos.

—¿Qué es? —preguntan desde lo hondo.

—Mirar, lo ha tirado alguien desde el segundo patio.

Se dan el papel unos a otros. Están todos de pie, extendiendo las manos.

—Trae.

—Trae.

—Lo han tirado desde el segundo.

Muchos se pasan la mitad de la noche en vela, comentándolo.

—Cuéntaselo a Asunción, pregúntale a ver qué es lo que piensa la gente, fuera —dice Pedro.

—Claro que se lo contaré. Mañana es el último día que viene.

—Ahora es seguro.

—Sí, ya veremos —dice Federico.

—El día que se hundan del todo los alemanes, no sé qué van a hacer... —dice Álvaro.

Por la mañana, cuando la avalancha de presos baja las escaleras, se cruza con los de otra nave. Se lo cuentan unos a otros. Van escaleras abajo, atropelladamente. Se levanta una nube de polvo que se agarra en la garganta; el polvo sucio de los peldaños de madera.

Federico está sobre ascuas, deseando ver a Asunción. Se lo cuenta nada más verla detrás de las telas metálicas.

—Está todo el mundo muy animado —dice Federico.

—Sí.

—¿Y en la calle?

—También, pero mucha gente ni siquiera se atreve a hablar.

—En cuanto llegues a Madrid me escribes contándome si se sabe algo de Juanito.

—Qué van a saber...

—Es verdad. Tal vez no sepamos de él hasta que no se aclare la situación.

—Tú, ¿estarás contento?

—Claro.

Sonríe Asunción. Se queda apoyada en la tela metálica.

Federico se vuelve de costado:

—¿Oyes? —pregunta mirando atrás.

—¿Qué pasa?

—Están cantando, dentro, en los patios.

Se oye una canción, arrastrada, lenta, un coro que se ahoga en lo hondo de la cárcel. El oficial que está paseando entre las dos mallas metálicas se detiene un momento. Se ha puesto a escuchar.

—Que no hagan locuras —dice Asunción.

La gente del locutorio se ha callado un momento y, ahora, sigue hablando. Parece que se ha callado la canción. De vez en cuando, las mujeres que están comunicando con los presos dejan de hablar y quedan un instante atendiendo. Ya no se oye nada.

—Díselo a Celia, todos estamos muy animados.

—Se lo diré.

—¡Adiós! Hasta pronto.

—¡Adiós!

Le ve agitando la mano, sonriendo.

Cuando Asunción sale, todo el cielo está encapotado. A ratos, se ven cruzar gasas de nubes más bajas.

—¿Qué sería lo que cantaban? —le pregunta la mujer que le ha ayudado a entrar.

—No sé.

Es una mujer de campo, menudita, con las manos sarmentosas.

—Qué animaos están, ¿verdad? —dice. Tiene la cara envejecida y el pelo rizado, reseco y ya muy canoso—. Entonces, ¿se va usted?

—Sí. En el coche de las cuatro. Voy a marcharme ahora mismo para Guadalquivir. Gracias por haberme ayudado a entrar.

—Adiós, hija. No faltaría más... Yo me quedo a comunicar por la tarde. ¿Qué sería lo que cantaban?

Asunción se deja acompañar un rato por la mujer. Van silenciosamente y a cada momento levantan la cabeza para mirar al cielo, las nubes bajas que pasan pausadamente.

—Voy a irme mejor campo a través, aunque tenga que dar más vuelta —dice Asunción.

—Yo creo que va a haber tormenta.

—No importa. Ya me resguardaría en alguna parte.

Va adentrándose en el campo. Hay un camino que atraviesa entre dos lomas yermas. Un poco debajo, se ve una rambla de arena; piedras rodadas y matorrales de juncos que amarillean. Desde aquí, volviendo la cabeza, todavía se ve la cárcel.

Asunción pasa delante de unos huertecillos con plantas de maíz y tapiales de piedras negras. Hay casuchas enanas, hechas de cantos, apenas sin trabazón, con tejas curvas, gastadas y ya sin color alguno. Ha empezado a llover. Camina un trecho bajo la lluvia. A lo lejos, por una derecha que cruza entre los cerros, va un hombre tapándose la cabeza con un saco. Lo lleva a modo de capucha, y corre cuesta arriba.

La senda por la que Asunción anda pasa delante de unas casas que quedan en alto, sobre un talud. Ahora llueve más fuerte. Se oye el rumor rápido, creciente, de la lluvia, y el cacareo alocado de unas gallinas. Asunción sube, y mira al campo que se extiende hasta el último cerro. Sólo se ve alguna mata de retamas, de brezos, entre la tierra maltratada y las calvas de los roquedales.

Se queda un rato, apoyada al murete de la casa. Hay un ventanuco bajo, sin cristal, medio cubierto con una arpillera. La puerta está entornada y, dentro, se ve un cuarto grande, de techo muy bajo, un par de sillas con los asientos de anea, que tienen sueltas y desgajadas las trenzas de espadaña, y un montón de mazorcas de maíz.

—Pase, si quiere resguardarse —dice una mujer.

Es un tanto hombruna, de ojos pequeños y larga nariz. Anda de un lado a otro, desgarradamente, con las manos caídas y abiertas. Viste una saya negra, llena de lamparones.

—¿Viene de la cárcel?

—Sí.

Mira a Asunción, de arriba abajo.

—¿Va usted acortando hasta la barriada?

—No. Voy a Guadalajara, pero he preferido dar esta vuelta.

—¡Ah! —dice la mujer—. Siéntese si quiere —señala las sillas rotas de anea.

—Gracias, me estaré aquí, a ver si para de llover.

Saliendo un poco a la puerta, a la derecha, lejanamente, se ve todavía el tejado y el piso alto de la cárcel. Parece enterrada por los cerros, entre un mar de lomas peladas. Piensa Asunción en la alegría de los presos. Mira la cárcel hundida en aquel campo maltrecho, y se asoma más, casi bajo la lluvia y bajo los goterones del tejado, para mirar.

—Antes había menos presos, ¿verdad? —dice la campesina.

—Sí.

Llevan un momento mirando, cuando se oye un griterío. Vienen tres chiquillos corriendo: dos chicos de cinco o seis años, pelones, vestidos con camisas remendadas y pantalones de pana, de tirante cruzado a la espalda, y una niña —pareja en años con los chavales— flaca y de piernas larguiruchas, con un vestido descolorido, que le cae corto. Traen las ropas caladas. Llevan, todos ellos, debajo del brazo, manojos de hierba negruzca y medio seca. Es alfalfa. Se caen algunos tallos por el suelo. Están los chicos callados, ahora, un poco alejados del umbral de la puerta.

—¿Qué quieren los chicos? —pregunta Asunción.

—Siempre que viene el carro a la vaquería, me traen unos haces de alfalfa para

los conejos. Dicen que es de la que se cae, pero yo sé que no es verdad.

—Claro.

—Yo les doy algo de comer a cambio.

Se ha acercado un poco la niña. Los chiquillos se quedan detrás.

—Le traemos esto —dice y se agacha para recoger los tallos que se han caído al suelo. Tiene el pelo revuelto, empapado de agua.

—Dejarla allí dentro. Más al rincón —dice la campesina. Se queda todavía un rato junto a Asunción, mientras los chicos ponen la alfalfa en el suelo—. ¿Tiene preso a su marido? —pregunta.

—A mi marido me lo mataron. Vengo a ver a otra persona —dice Asunción.

—Cuántas penas.

La mujer le da a cada chico un cuscurro de pan, y los niños salen corriendo, gritando alocadamente.

—No para de llover.

—Yo voy a dar una vuelta al corral. Siéntese si gusta —insiste la mujer.

Asunción se queda sola, a la puerta. Al rato, ve venir a un niño, más pequeño, que apenas anda. Tendrá el chiquillo poco más de dos años. Tiene la cara ojerosa y se para delante de Asunción. Lleva la mano cerrada y, entre los dedos, tres o cuatro tallos verdes de hierba. Estira el niño el brazo, sin soltar la alfalfa. No sabe hablar aún.

—Toma —dice. Abre el bolso, donde tiene un trozo de pan—. Toma.

Y el chiquillo corre, hasta quedarse cara a la pared, con el pan sujeto entre las manos, mordiéndolo.

Asunción mira las lomas suaves, como con piel humana. Piensa que a lo mejor sólo la compasión le une a esta tierra.

Llueve. Son nubes bajas y rozan los cerros, como humaredas.